GILLIAN BRADSHAW

El heredero de Cleopatra

salamandra



Annotation

Considerado por algunos la pieza clave de la posible unión entre Roma y Egipto, y despreciado por otros como el indigno fruto de la pasión amorosa de Julio César por Cleopatra, Cesarión es tal vez el personaje más enigmático de aquella fascinante época histórica. Supuestamente asesinado por orden de Octaviano, el hijo adoptivo y sucesor de César, que lo veía como una seria amenaza para sus sueños de expansión del Imperio, poco se sabe de la suerte que corrió el joven heredero de Cleopatra.

Gillian Bradshaw

El heredero de Cleopatra

Título Original: *Cleopatra's heir*
Traductor: Murillo Fort, Isabel
Autor: Bradshaw, Gillian

ISBN: 9788478888160

Para Mike

(*Lo sé, no viene a cuento, pero algo tenía que hacer para decir: «¡Bien hecho!»*)

Prefacio

En lo más recóndito de mi cabeza oía la desconcertante pregunta: «¿Por qué llamas a Cleopatra "griega"?»

Es como ella se hubiera llamado a sí misma. El Egipto faraónico cayó en manos de los persas en el año 525 antes de Cristo; dos siglos después, el imperio persa, y Egipto con él, fue conquistado por Alejandro Magno. En 323, uno de los más insignes generales de Alejandro, Tolomeo, hijo de Lagos, un griego macedonio emparentado con el conquistador, se convirtió en sátrapa o gobernador de la provincia de Egipto, otorgándose posteriormente el título de «rey». Los historiadores occidentales lo conocen como Tolomeo I Soter. La dinastía por él fundada (conocida como de los lágidas, por el nombre de su padre, o de los tolomeos, por el nombre de todos sus reyes) gobernó Egipto durante ocho generaciones.

Es incuestionable que Tolomeo y sus descendientes se consideraban griegos. Gobernaron Egipto a través de una administración cuyos cargos estaban copados por oficiales y ambiciosos inmigrantes helenos.

Para él, los egipcios eran campesinos. (Esa era la teoría. La realidad, sin embargo, resultaba más complicada, sobre todo hacia el final del dominio griego; aunque, incluso entonces, la supremacía de los valores griegos era un hecho.) De todos los monarcas lágidas, sólo uno se tomó la molestia de aprender el egipcio.

Y ese lágida, el último que gobernó Egipto, fue Cleopatra Vil. Aunque no fue exactamente el último. En cumplimiento de la tradición que prohibía que una reina gobernase sola, nombró rey y corregente oficial a su hijo mayor cuando éste apenas gateaba. Este niño fue fruto de la política de alianzas de Cleopatra con el poder dominante de la época. Su padre fue Julio César (al menos eso aseguraba ella, porque sus enemigos romanos siempre lo negaron categóricamente). El decimoquinto y último rey Tolomeo llevaba el apellido César, y el populacho lo llamaba «pequeño César»; en griego, Cesarión.

Los planes de Cleopatra para Roma, Egipto y su hijo se esfumaron. Julio César murió, y Marco Antonio, el aliado romano que ella eligió en su lugar, acabó siendo derrotado por Octaviano, el heredero de César. (Cesarión no podía ser el heredero, pues los no romanos no podían heredar propiedades romanas, y como César no tenía hijos romanos reconocidos, hizo testamento a favor del nieto de su hermana.) En ese momento Cesarión no llegaba a la edad adulta. Octaviano, obviamente, no deseaba que un hijo natural de César le complicara su posición y quiso apresar a Cleopatra cuando tomó Egipto, en el año 30 antes de Cristo.

Pero a Cesarión lo quería muerto.

Capítulo 1

Le dolía el costado. Fue consciente de ello aun antes de estar del todo despierto: el dolor lo golpeaba en la cabeza incluso dormido. Cambió de posición para intentar mitigarlo, pero no consiguió más que empeorar la situación. Se volvió hacia el otro lado y se quedó quieto, tendido, apenas consciente de quién era.

El calor era asfixiante y tenía sed. Le dolía la lengua y, por supuesto, la cabeza. Sentía una dolorosa punzada en el costado derecho, como si tuviese un cuchillo clavado. Estaba tumbado sobre algo rugoso, duro e incómodo. Todo a su alrededor era una sombra de color morado, densa y tórrida. El escaso aire que había estaba impregnado de un sofocante y pesado olor a mirra que no conseguía disimular el de la sangre y los orines.

Palpó débilmente el punto que le dolía y sintió una intensa y profunda sensación de desgarro. Luego apartó la mano y se acarició los dedos inflamados. Estaban mojados.

«He debido de sufrir un ataque y he caído encima de algo —pensó, con sentimiento de culpa—. Mi madre se enfadará. Espero que no castigue a los esclavos.»

Se tocó el cuello en busca de su fina cadena de oro, tiró de la bolsita de seda que colgaba de ella, oculta bajo la túnica, y la presionó contra la nariz y la boca. Raíz de peonía, cardamomo, resina de amoníaco, nueza, cincoenrama y cebolla albarrana: el remedio, al menos, olía bien. Inhaló profundamente varias veces e intentó recordar dónde estaba.

Soñoliento, pensó en su habitación de palacio. El suelo de mármol pulido, siempre suave y frío al contacto con los pies, incluso en el verano más caluroso, con sus dibujos de aguas policromadas: blanco níveo, dorado, jaspeados verdes y rojos... La cama de cedro taraceada de oro... En invierno los cubrecamas eran de seda acolchada, y en verano, de algodón teñido en vivos colores. Había un jarrón de alabastro con agua fría y una fuente borboteaba en el patio...

Cuando era más joven iba a nadar a la gran casa de baños, en la que había estanques revestidos de lapislázuli y grifos dorados con forma de delfines. Las pinturas del techo representaban a Dioniso cubriendo de parras el barco pirata mientras los marineros, que huían entre las verdes olas, se transformaban... El agua era tan fresca, tan suave... Recorría su piel desnuda y chapoteaba alrededor de sus brazos y piernas...

«Nadar empeorará tu enfermedad.»

¡Por Apolo, tenía mucha sed! ¿Qué hacía allí, tumbado y solo? ¿Dónde estaban los esclavos para abanicarlo y untarlo con aceites perfumados, para servirle bebidas frías en copas heladas? ¿Dónde los médicos con sus pócimas? ¿Por qué se había despertado solo? ¿Había sufrido el ataque en algún lugar privado donde nadie podía encontrarlo? ¿Cuánto tiempo llevaba allí tendido?

Hacía mucho calor. No podía pensar con claridad. Debía salir de aquella sombra morada. Se estaba achicharrando.

Se sentó muy despacio, sujetándose con la mano el lado dolorido, y se halló inhalando una tela de lona púrpura. Apartó como pudo aquella cosa y entonces se percató de qué se trataba... Era el toldo de la tienda, que evitaba que el sol penetrara durante el día. Debía de haberse caído. Se tumbó sobre la izquierda y empezó a retorcerse a un lado y a otro para salir de allí, protegiéndose la zona dañada en todo momento con la mano. Unos troncos de leña crujieron a sus pies y resbaló sobre ellos hasta salir al resplandor de la luz del sol. El dolor era como el de un puñal al rojo vivo; se quedó quieto, jadeando de angustia. Por encima de él, el cielo se veía sin nubes y sin color por la violencia del sol.

Estaba acostado sobre bultos. Miró y vio que se trataba de uno de los guardias. Le habían atravesado el cuello con una lanza de tal forma que le habían partido la mandíbula. La sangre se había secado y la túnica estaba acartonada.

Cesarión retrocedió gateando y se puso en pie sobre una piedra caliente. Contempló la imagen, horrorizado, y se golpeó convulsivamente el pecho con la mano izquierda. El estómago se le contrajo y una arcada le subió a la garganta. Cayó de rodillas, se acercó de nuevo a la cara la bolsita de seda y cerró los ojos con fuerza. «No —pensó—. No, por favor, otra vez no...»

Pero no sucedió nada. Ni hedor a putrefacción, ni sensaciones sobrecogedoras, ni recuerdos. Sólo la piedra ardiente bajo sus rodillas, el sol sobre la cabeza y el olor del remedio. El suelo estaba demasiado caliente para permanecer arrodillado. Abrió los ojos y se levantó.

El guardia muerto iba vestido únicamente con la túnica roja; la coraza, las armas y el manto habían desaparecido. Yacía con la espalda apoyada sobre el montón de leña y parte de su cuerpo estaba envuelto en una tela de color morado. Había permanecido con los brazos extendidos a ambos lados hasta que Cesarión había caído sobre él; uno de ellos, doblado hacia la cadera, sujetaba un pedazo de pan duro a modo de ofrenda. Tenía los ojos cerrados. Una de las monedas que le habían puesto sobre ellos brillaba en el suelo a los pies de Cesarión. Se llamaba Megastenes, recordó; era un alejandrino de buena familia, de veintidós años. Había sido seleccionado para aquella misión por su lealtad.

Una lealtad que lo había conducido a la pira funeraria. Cesarión la miró de reojo: un montón de leña, apuntalado con sillas de montar de camello y sacos de cereales de metro y medio de altura, todo cubierto con el toldo de color morado. Empezaba a recordar. La noche anterior (¿o había sido hacía dos noches?) lo habían despertado unos gritos en la oscuridad. Saltó de la cama y buscó a tientas su lanza sin conseguir dar con ella. Alguien había irrumpido en la tienda portando una antorcha y había estado a punto de golpearlo, pero se había dado cuenta a tiempo de que se trataba de Rodón, su tutor, que se había quedado retrasado en Coptos a la espera de noticias. Rodón iba

completamente vestido, con el cabello, que normalmente llevaba impecable, lleno de polvo y despeinado. Estaba lívido y con la mirada extraviada. Había depositado la antorcha en el suelo y cogido la lanza que estaba apoyada junto a la entrada de la tienda, la que Cesarión buscaba.

—¡Aquí! —gritó en voz alta—. ¡Aquí, rápido!

Cesarión alargó el brazo para hacerse con la lanza..., pero Rodón estaba apuntándole ya con ella.

—No —murmuró, y sus miradas se encontraron y se sostuvieron—. No te muevas.

—¡Rodón! —exclamó Cesarión sin comprender nada.

—Tú no vales mi vida —dijo Rodón con intensa vehemencia—. Tú no vales más vidas. Hay ya demasiados muertos que estaban enteros y sanos. —Luego volvió a gritar—: ¡Aquí! ¡Está aquí! ¡Rápido!

Cesarión recordaba haberse arrojado contra el traidor con un grito de rabia, mas después...

Fragmentos vividos, sobrenaturalmente intensos: una oveja muerta sobre un altar a la que un sacerdote inspeccionaba las entrañas; una mariposa que revoloteaba sobre el ojo de un cadáver; el sonido de una flauta. Había habido un... intervalo, y se había despertado herido.

Se observó.

En el lado derecho de la túnica había una masa seca de sangre coagulada; un hilillo rojo descendía en dirección a la rodilla.

«No conseguí herirlo —recordó—. Me traicionó y ni siquiera conseguí herirlo... o morir noblemente. Sufrí un ataque y me apuñalaron; desde entonces he estado sumido en un profundo estupor. Me dieron por muerto y me colocaron sobre la pira con el guardia..., los guardias, muertos a mi alrededor.»

Había más de un guardia, acababa de verlo en ese mismo momento. Otro par de pies asomaban bajo la tela morada, junto a la cabeza de Megastenes. Se dirigió lentamente hacia la figura inmóvil y se inclinó para retirar la tela. Se trataba de Eumenes, el comandante de su pequeño ejército. Tenía la pierna izquierda casi cortada y mostraba heridas de puñal en un lado y en la entrepierna. Mantenía apretados los dientes y una expresión de agonía dominaba sus facciones; las monedas que le habían puesto sobre los ojos parecían escarabajos que se los estuvieran carcomiendo. Cesarión devolvió la tela a su lugar con mano temblorosa. Las rodillas le Saqueaban. Deseaba sentarse, pero los guardias muertos ocupaban todo el espacio de la pira y el suelo estaba demasiado caliente.

Debajo del de Eumenes había otro cuerpo. Se precipitó hacia él y lo inspeccionó. Heliodoro, el cretense, apuñalado en el corazón. Resultaba extraño que aquel mercenario hubiera muerto intentando defender a Cesarión. Siempre había dicho que estaba allí sólo por dinero. ¿Cómo cobraría ya su salario?

Permaneció de pie un segundo interminable, observando la cara de aquel hombre.

Su expresión reflejaba tranquilidad, como si la muerte no lo hubiera cogido desprevenido. Heliodoro había sido un hombre apuesto que cuidaba su cuerpo y atusaba día y noche su larga cabellera negra. Alguien lo había peinado y le había colocado monedas sobre los ojos. Con la mano derecha sujetaba un pedazo de pan, y tenía la túnica, rasgada y manchada de sangre, perfectamente colocada. El cuerpo, igual que los otros, estaba sin lavar... El campamento había sufrido escasez de agua desde antes incluso de que llegara el enemigo. Habían ungido el cadáver: el aceite aromático daba brillo a sus tranquilas facciones y había dejado un rastro de manchas oscuras en la túnica escarlata. Al menos Heliodoro y los demás tendrían un funeral digno.

Cesarión dejó caer el toldo morado y permaneció con la mirada perdida más allá de la pira. Colinas rojas, suelo oscuro y polvoriento y el despiadado cielo del desierto. El sol estaba en lo alto; debía de ser cerca del mediodía. Tres cuerpos muertos yacían sobre la pira. En el campamento eran treinta y ocho, sin contarlo a él; dos pelotones de soldados de la Guardia Real; Eumenes; su secretario y su ayuda de cámara; el secretario de Cesarión y dos sirvientes. ¿Dónde estaban los demás? ¿Dónde estaban los atacantes? ¿Quién había llevado a cabo los preparativos de aquel funeral para luego abandonarlo sin prender la pira?

Probablemente hacía demasiado calor cuando la prepararon y aguardaban a que cayese la noche. Se volvió y miró a sus espaldas.

El campamento que sus hombres habían montado seguía en pie, agrupado en torno al borde de piedra de un pozo que unos mineros habían excavado en el suelo hacía un siglo. Unas pocas acacias achaparradas y algunos cardos muertos daban testimonio de que en aquel lugar de vez en cuando, en invierno, se veía el agua; pero era agosto y el aire seco calentaba como un horno. El pequeño conjunto de tiendas de lona se apiñaba junto a la base de unos riscos cercanos, a la espera de conseguir un poco de sombra que lo protegiera del peor calor de la tarde. Su propia tienda, situada en el centro, se veía extrañamente deformada. En la tela aparecían zonas chamuscadas, visibles a través del vaho provocado por el calor. A Rodón debió de caérsele la antorcha y se prendió fuego. Los animales de carga (camellos, en su mayoría) estaban atados un poco más lejos y permanecían inmóviles en unos puntos de sombra que proporcionaban unos peñascos. No se divisaba ninguna tienda nueva, aunque sí parecía haber otros animales. Para dar más sombra habían puesto unos mantos militares sobre unas lanzas clavadas en el suelo. Apoyados en ellas, unos escudos proporcionaban también algo de sombra, único refugio en aquella tierra ardiente. Se trataba de escudos grandes, oblongos, de color rojo y decorados con motivos desconocidos. Empezó a contarlos, pero lo dejó, resignado. Eran escudos de legionarios romanos y habría unos ochenta: una centuria completa. Frente a ellos, un gran estandarte, el águila romana resplandeciendo de manera insoportable bajo el sol de mediodía.

Los romanos habían viajado ligeros de equipaje, pensó, para que nadie pudiera adivinar su misión. Nada de tiendas, sólo algunas bestias de carga para transportar el

agua y la comida. Habían elegido el equipaje adecuado y el número adecuado de personas para la tarea que se les había encomendado. Sabían adonde iban y contra cuántos hombres tendrían que enfrentarse.

Sin duda, Rodón les había hecho llegar un mensaje tan pronto como la expedición abandonó Coptos. No..., incluso antes: no había tiempo material para que el mensaje hubiera viajado desde Coptos hasta Alejandría y que un grupo de hombres hubiera llegado hasta allí. Rodón debió de enviar el mensaje en el mismo momento en que el cortejo real se alejó del Nilo. Esperó a los romanos en Coptos, los condujo hasta la ruta de las caravanas a marchas forzadas —de noche, ya que nadie viajaba por el desierto oriental de día si podía evitarlo— y los llevó hasta el campamento aprovechando la oscuridad. Seguramente el ataque había tenido lugar antes del amanecer, mientras la mayoría de los hombres dormían. Debió de dar el santo y seña a los centinelas, y cuando se dieron cuenta de lo que sucedía, era demasiado tarde. Luego debió de correr en busca de Cesarión, porque sabía que los hombres se rendirían si su rey era capturado o asesinado.

Eumenes, Megastenes y Heliodoro habían luchado, sumidos en la confusión, ya que los enemigos los habían despertado repentinamente y no sabían qué ocurría. Los demás se habían rendido. Rodón podría afirmar sin mentir que los había salvado del exilio o de la muerte, que era a lo único a lo que podían aspirar con Cesarión. En la pira no había cuerpos de romanos, lo que significaba que los atacantes habían cumplido su misión sin perder ni un solo hombre. Se sentirían satisfechos por ello y serían indulgentes con los prisioneros; de todas formas, tampoco tenían motivo para odiar a los miembros de la Guardia Real, a quienes no les quedaba ninguna realeza que guardar. A buen seguro, Rodón recibiría una sustanciosa recompensa. Los romanos debían de estarle agradecidos. Había eliminado a un rival peligroso para su emperador y conseguido un gran tesoro sin hacerles perder ni un solo hombre.

Cesarión se presionó los doloridos ojos con las palmas de las manos. Rodón llevaba tres años enseñándole filosofía y matemáticas. Él mismo lo había elegido entre otros tutores. Le gustaba aquel hombre, le agradaba su mordaz sentido del humor, su sinceridad, su inteligencia penetrante y su elegancia. «Tú no vales mi vida.»

«No —razonó para sus adentros de manera apasionada—. Rodón no me traicionó sólo a mí, sino a todos mis antepasados.

Nosotros éramos el último reino independiente a orillas del Mar Medio. Y ahora los romanos lo tienen todo. Desde hoy, los griegos son un pueblo sometido. ¡No debería haber sucedido sin una batalla, Rodón! ¡No debería haber sucedido por culpa de una traición griega!»

Pero el consuelo era imposible: Cesarión también se había equivocado, como siempre. No había luchado: le había sobrevenido un ataque. Y en esos momentos se encontraba junto a su pira funeraria esperando que alguien se diera cuenta de que habían cometido un error.

¿Estarían todos dormidos? ¿Se habrían molestado en poner centinelas?

Suspiró, se restregó la boca y se detuvo a observarse la mano: se había ensuciado con la sangre seca que le cubría la barbilla. Había repasado furtivamente la boca pastosa con la lengua y, en efecto, la tenía inflamada y le dolía mucho. Debía de haberse mordido en el transcurso del ataque. Los romanos se llevarían una bonita imagen cuando cayeran en su error y lo capturaran: el «rey Tolomeo César», hijo de la reina Cleopatra y del divino Julio..., un jovenzuelo sucio y manchado de sangre, de apenas dieciocho años, incapaz de hablar con claridad.

Tal vez Rodón tuviera razón, tal vez no valiera ya más vidas. Apretó los dientes para luchar contra aquella sensación de vergüenza que tan familiar le resultaba. Siempre defraudaba las expectativas puestas en él. No era ninguna novedad. Pero estaba obligado a seguir la lucha. No podía responder a su fallo con el abandono. De ser así, tendría que haberse suicidado cuando supo que padecía una enfermedad incurable.

¡Por Dioniso! Qué estúpido... Ni siquiera había muerto cuando debía hacerlo. ¡Aquello era como una estúpida comedia en la que el héroe prolonga hasta tal punto la escena de su muerte que al final los demás actores lo golpean en la cabeza para ponerlo a la fuerza en la pira!

Pero los romanos no lo habían hecho aún.

Debían de haber apostado centinelas. Los romanos siempre apostaban centinelas. Antonio era muy previsor en todo, y, había que reconocerlo, el emperador Octaviano era competente: lo había demostrado al derrotar a Antonio. No había razón alguna para suponer que el campamento no estuviera vigilado. Al oficial al cargo le habían encomendado una tarea delicada: no podía ser tonto. Habría apostado centinelas aunque no hubiera tenido treinta y cinco prisioneros y un tesoro que vigilar. En aquel campamento había cofres con cincuenta talentos de oro, ¡suficiente para financiar un pequeño ejército durante un año entero! Incluso aunque los prisioneros estuvieran atados, el oficial romano debía asegurarse de que sus propios hombres no robaran nada.

El oro se encontraba en la tienda de Cesarión. Tal vez aún siguiera allí y el comandante romano estuviera durmiendo a su lado, como había hecho el propio Cesarión. Tal vez hubiera también allí centinelas, sentados en el interior de la tienda, al cobijo del sol. Para un centinela era sin duda el mejor lugar donde sentarse.

Debían de estar cansados después de la marcha. La distancia hasta Coptos era considerable, y mucho más hasta Alejandría, o donde fuera que los romanos se encontraran cuando hubieran recibido el mensaje de Rodón. Habían cubierto un largo trayecto a gran velocidad, habían cumplido su misión y en aquellos momentos hacía mucho calor y estaban descansando. Ningún centinela normal estaría apostado a pleno sol vigilando el desierto vacío. Permanecería sentado en cualquier rincón a la sombra; y de vigilar algo, no sería precisamente la pira funeraria. De los muertos no había nada

que temer.

Cesarión se quedó inmóvil, contemplando el campamento como un estúpido. Le dolía el cuerpo y estaba muy cansado. Había hecho todo lo que había podido y había sido derrotado: ¿tenía, entonces, derecho a descansar? De no haber estado la piedra tan caliente, se habría limitado a tumbarse allí mismo. ¿Debía intentar escapar? Fracasaría. Estaba herido y no disponía ni de agua ni de algo para protegerse del sol. No era una persona sana y acababa de despertarse de un ataque grave. Ni siquiera en el caso de que los centinelas no lo viesen duraría mucho en el desierto. Tendría suerte si podía llegar hasta la ruta de las caravanas, que se hallaba a más de tres kilómetros de distancia.

Pero en aquella dirección había apeaderos donde encontrar agua. Kabalsi, el más cercano, estaba a unos ocho kilómetros de distancia. Podía alcanzar el puerto de Berenice en sólo dos jornadas. Uno de esos días debía llegar un barco allí; llevaban casi medio mes esperándolo. Al principio habían planeado esperarlo en el mismo puerto, pero Eumenes temía que las posibles filtraciones sobre el tesoro atrajesen la atención de los ladrones; así que decidieron acampar amparados en el secreto del desierto; y Rodón los había traicionado... Pero el barco llegaría a puerto. En él irían amigos, suministros, dinero. Todo se arreglaría.

Cesarión notó que los ojos se le humedecían y luchó por tragarse las lágrimas. Con el esfuerzo se hizo daño en la lengua. Se secó las lágrimas; sentía el extraño frío de la humedad, que contrastaba con su cara caliente. No quería seguir..., pero debía intentarlo. No podía abandonar mientras existiera una posibilidad de escapar. Su madre la reina le había ordenado que huyera a un lugar seguro mientras ella permanecía en Alejandría para dirigir la resistencia contra la invasión romana. Nadie albergaba ninguna esperanza de poder detener la invasión. En aquel mismo momento ella estaría sufriendo los horrores finales del asalto con el único consuelo de que su hijo mayor era libre. Jamás lo perdonaría si se rendía y moría.

Habían levantado la pira sobre una roca plana que estaba situada en el centro del lecho de un río seco; el camino hacia la ruta de las caravanas atravesaba el campamento y corría hasta los pies de unas colinas rocosas. Cesarión observó con desesperanza el terreno desolado que se extendía ante él y empezó a caminar a trompicones. Megastenes yacía con medio cuerpo fuera de la pira y tenía los brazos semidoblados sobre un montón de madera. Cesarión se agachó trabajosamente debido a la herida, le pegó los brazos al cuerpo, buscó las monedas y las colocó en aquellos ojos sin vista. El cuerpo pesaba demasiado para situarlo de nuevo encima de la pira, así que tiró del toldo morado hasta que consiguió cubrir la cara del muerto. Megastenes había dado su vida por él. Se merecía un buen funeral.

Poco a poco inició el ardiente camino que se dirigía hacia las colinas, atravesando el campamento en dirección a la ruta de caravanas, que se hallaba situada a más de tres abrasadores kilómetros de distancia. De todos modos, pasado el mediodía, no habría ni

una sombra donde poner los pies. El suelo era irregular, estaba salpicado de piedras y exhalaba calor. Cesarión caminaba lentamente, sujetándose el costado con la mano. A cada paso que daba, notaba que le tiraba la herida. Se sentía enfermo y mareado. Con cada suspiro esperaba el grito de un centinela. Comenzó a contar los pasos simplemente por la macabra satisfacción de ver lo lejos que conseguía llegar. Uno, dos... Se imaginaba sudando, aunque notaba la piel tan caliente y seca como las piedras que lo rodeaban: el aire absorbía la humedad incluso antes de que pudiera formarse una gota. Treinta y cinco, treinta y seis... Por Heracles, el aire era tan seco que incluso respirar dolía. ¡Ojalá se acabara todo!

Ciento cinco, ciento seis... ¿Debía quizá haberse adentrado en el campamento y haber bebido un trago de agua antes de partir? No. No tenía nada con que extraerla del pozo y seguramente alguien se percataría de su presencia... Ciento ochenta y tres, ciento ochenta y cuatro... Se preguntaba si estaría muy mal herido. La hemorragia se había cortado y el hililllo de sangre se había secado en la espinilla y en el pie, así que tal vez no fuera tan grave. Pensó en detenerse un instante para observar la herida, pero ¿qué sentido tenía? Si retiraba la túnica, arrancaría la costra aún fresca y la herida empezaría a sangrar de nuevo, y, además, ¿qué podía hacer? Doscientos cincuenta, doscientos cincuenta y uno... De todos modos, era probable que alguien le hubiera echado mirra a la herida. Habían ungido todos los cuerpos de la pira y el dulce aroma le embriagaba cada vez más a medida que caminaba. La mirra, según los médicos, era el mejor de los antisépticos. Así pues, la herida estaba bien tratada; no tenía sentido mirarla. Trescientos veintiocho, trescientos veintinueve... Además, preocuparse por una infección era una tontería: tenía pocas probabilidades de sobrevivir lo suficiente para contraerla.

Trescientos noventa y cuatro, trescientos noventa y cinco... Si conseguía superar el campamento y a los centinelas, estaría probablemente a salvo hasta que cayera la noche. Nadie se preocuparía por él hasta que fueran al lugar donde habían instalado la pira y descubrieran que no estaba allí. Cuatrocientos. Luego saldrían en su búsqueda, por supuesto. El principal objetivo de la misión era matarlo a él; el tesoro tan sólo era un beneficio añadido. Debía encontrar un escondite entre las rocas cerca del primer apeadero. No, tenía que seguir caminando hasta que no pudiese más; de lo contrario, los romanos apostarían centinelas en los apeaderos más cercanos y lo cogerían. Quinientos, quinientos uno... Aunque lo harían de todos modos. Si iba a buscar agua a los apeaderos lo atraparían; y si no, moriría de sed. Quinientos treinta y dos... ¡Por Apolo y Esculapio, le dolía la lengua! Ojalá tuviera en ese momento un poco de agua para humedecerla... Quinientos sesenta y nueve, quinientos setenta. ¡No había esperanza, era inútil! No podría huir. ¿Qué sentido tenía seguir sufriendo, padeciendo el calor y el dolor, cuando de todos modos iba a morir? Seiscientos.

Se detuvo, respirando con dificultad, y miró hacia atrás. El campamento había desaparecido. Parpadeó, se volvió despacio y miró de nuevo a sus espaldas. La

distancia y la canícula lo habían reducido a una sombra borrosa bajo las colinas rojizas.

Su corazón pegó un brinco. De repente creyó que la posibilidad era real: podía escapar. Sintió miedo por vez primera. Dio media vuelta y prosiguió a trompicones su camino.

El lecho del río se ensanchaba a medida que descendía y decidió cruzarlo, pues temía perder el rastro de la ruta de las caravanas si seguía por la orilla izquierda. Continuó avanzando sobre el suelo irregular y la vibración hizo que la herida se le abriese. Cuando alcanzó de nuevo el camino, un hilillo de sangre le bajaba por la pantorrilla; se detuvo a limpiarlo para evitar que los romanos pudieran seguirle el rastro..., aunque sabrían sin duda el camino que había tomado. Sin agua no había posibilidad de escapar y por allí no había más que la que se encontraba en los depósitos enterrados de los apeaderos.

La cadena de colinas corría paralela al este y ofrecía algo de sombra, aunque el calor seguía siendo terrible; la cabeza le dolía tanto que casi no sentía el dolor de la lengua. Pensó en descansar, pero decidió que no podía correr ese riesgo. Los romanos saldrían a por él en cuanto oscureciera y las sombras avanzaban con rapidez. Continuó andando con dificultad, aunque convencido de que había superado la peor parte.

Sin embargo, se dio cuenta de que no era así en cuanto llegó a la ruta de las caravanas. El dolor de cabeza había aumentado tanto que eclipsaba incluso el de la herida, y se sentía cada vez más mareado y débil. El apeadero de Kabalsi se encontraba todavía a cinco kilómetros de distancia.

En aquel punto, la ruta de las caravanas corría casi en dirección sur, alejándose de las colinas y de la sombra que éstas ofrecían. Estaba en campo abierto. Andaba a trompicones sobre un suelo irregular y pedregoso. El sol le azotaba la cabeza como el martillo de un herrero y la tierra ardiente le devolvía el calor a la cara. Se acordó de uno de los médicos que su madre consultó durante el primer año de su enfermedad, cuando tenía trece y ella todavía confiaba en su curación. El hombre le recomendó un tratamiento a base de purgaciones y ejercicio, «para exudar el demonio que tiene en él». Cesarión bebió un laxante, que sabía a rayos y que le produjo retortijones, y una terrible pócima que le provocó vómitos; después tuvo que pasear por el jardín a pleno sol. A la quinta vuelta sufrió un ataque, lo que al menos garantizó que nunca volvieran a llamar a aquel médico...

Se detuvo. El estómago se le subía a la boca y olía a putrefacción. Se sentó, temblando, horrorizado, invadido por un miedo inimaginablemente peor que la muerte que lo perseguía, y buscó su bolsita de hierbas.

Oyó una flauta. Su madre, con la corona de la serpiente roja del Bajo Egipto ceñida a la cabeza, le sonreía junto a un altar. Lucía un vestido dorado y carmesí y tenía las manos ensangrentadas. En el altar había un cordero negro que lanzaba débiles patadas mientras un sacerdote le examinaba las entrañas. Éste tenía la cabeza afeitada y

sus ropas de lino blanco estaban salpicadas de sangre. Levantó la vista y miró directamente a los ojos de Cesarión. Sus ojos, negrísimos, parecían huecos en la cara. Abrió la boca para hablar, pero el sonido que surgió fue el zumbido silbante del sistro. De pronto, el cordero era un hombre y lo que tenía abierto no era el abdomen, sino la cabeza.

—Éstos son los ventrículos del cerebro —dijo una voz salida de la nada. Cesarión observó las rezumantes cavidades de la jugosa masa gris que tenía delante. La mano de la víctima se sacudió.

—¡Está vivo! —exclamó Cesarión, horrorizado..., y sintió dolor en la lengua.

Se encontraba sentado sobre una piedra ardiente. El calor era insoportable y le dolía todo. Gimió y se doblegó.

Al cabo de un minuto, descubrió que tenía los dedos enlazados en la cadena de oro que le colgaba del cuello, cogió la bolsita del remedio y se la acercó a la cara. Permaneció sentado sin moverse durante mucho rato, inhalando las esencias. Los acontecimientos de las pasadas horas iban recomponiéndose en su cabeza.

«Intenté correrse dijo—. Intenté correr, pero sufrí un ataque. Necesitaba descansar. Madre, hacía mucho calor, las piedras no podían ni tocarse, estaba herido...»

«¿Podías andar? —se imaginaba que le preguntaba su madre—. ¿Cómo era de grave la herida, entonces?»

«No lo sé. No la miré. Intenté correr y sufrí un ataque...»

«¿De los fuertes? ¿Te caíste?»

«No, fue de los flojos. Me acordaba de cosas, aunque no sabía adónde iba. Hacía mucho calor, me sentía muy mal, debes comprenderlo, por favor, necesitaba descansar...»

«Si no corres, los romanos te atraparán y te matarán. El barco te espera en Berenice, Cesarión. Está sólo a cincuenta kilómetros y hay agua no muy lejos de aquí. Te quedan cuatro o cinco horas hasta que descubran que has desaparecido. Cuatro o cinco horas preciosas; cuando esas horas se hayan ido, ya no podrás recuperarlas. Debes utilizar esas horas, Cesarión. Yo lo haría. Tu padre las habría utilizado. No me falles, hijo mío. No me falles ahora.»

Cesarión gimió y se puso en pie, trastabillando. La ruta de las caravanas se balanceaba ante sus ojos. «¡Oh, dioses y diosas, si pudiera beber un poco de agua!»

Con la mano en el costado, dando tumbos como un borracho, prosiguió su camino por la ruta de las caravanas.

* * *

No llegó al apeadero. La tarde se disolvió de nuevo en horrores, olores y

fragmentos de recuerdos; cuando regresó al presente, las sombras eran más grandes. Se incorporó, tambaleándose otra vez como un borracho, y cayó al suelo. Después de un rato se despertó y sintió el calor de la tierra. Estaba rodeado de sombras azules y el sol se ponía. Intentó con escaso entusiasmo ponerse en pie y todo se disolvió una vez más.

Volvió a despertarse, esta vez envuelto en la oscuridad. Hacía frío y tenía las manos y los pies entumecidos. Detrás de él escuchaba el retumbar de pezuñas de camellos y el crujir de los arreos. Sabía dónde estaba..., tendido en medio de un camino de caravanas, a cierta distancia del apeadero más cercano... Y sabía también que su intento de huir casi había fracasado. Pero no parecía importarle mucho. Si permanecía tumbado y sin moverse, el dolor era casi imperceptible y pronto desaparecería. Siempre había sabido que fracasaría. Decidió que probablemente era lo mejor. Rodón tenía razón. No valía más vidas.

El retumbar de los camellos y el crujido de los arreos fue aproximándose. Luego oyó una voz masculina, áspera, cortante y extrañamente inesperada, que exclamó:

—¡Hay un hombre muerto en el camino! Cesarión permaneció inmóvil, a la espera. Después de un momento intemporal, alguien le tocó la cara y una voz dijo:

—Creo que está vivo.

Cesarión cerró los ojos. De lo siguiente que tuvo conciencia fue del agua. Corría maravillosamente húmeda por el interior de su boca seca. Tragó, y la lengua le dolió tanto que boqueó y el agua se deslizó garganta abajo por donde no debía. Tosió, le dolía la herida, y al intentar beber de nuevo, el agua le subió hasta la nariz y estornudó. El agua dejó entonces de manar y él emitió un sonido de protesta. Alargó una mano en su busca y todo empezó de nuevo. «Nada en el mundo es tan dulce como el agua —pensó—, ni el oro ni la salud ni el amor; nada.» Gimió de placer. El agua se le derramaba por la túnica, fría en la fría noche, y resultaba delirantemente maravillosa.

—Es suficiente por ahora —dijo una voz, y el chorro se detuvo.

Cesarión descansó la cabeza y descubrió que la tenía apoyada en el hombro de alguien, pero no se movió. Le habría gustado darle las gracias a quien le había dado de beber antes de que lo matasen, mas le costaba demasiado esfuerzo.

—¡Sólo eres un niño! —añadió la voz, aparentemente sorprendida. «Cumplí dieciocho en junio», pensó Cesarión, indignado, pero la lengua le dolía demasiado para poder decirlo—. ¿Qué tipo de gente es capaz de abandonar a un niño en un lugar maldito como éste?

Cesarión no respondió. Sin embargo, algún rincón de su cabeza empezaba a agitarse con perplejidad. La voz no era romana, el acento era extraño y decía palabras raras. ¡Dioses y diosas, ni siquiera hablaba griego, hablaba egipcio demótico!

—A ver si podemos levantarte —dijo la voz.

La persona que hablaba tiró de él y, para complacerlo, el muchacho intentó incorporarse. Pero sus piernas se negaban a obedecer y comenzaron a castañetearle los dientes. La persona que hablaba lanzó un juramento y alguien más se acercó y cogió a

Cesarión del brazo, propinándole involuntariamente un codazo en las costillas, justo encima de la herida, que lo dejó sin respiración del dolor.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz. Luego repitió lo mismo en griego—. ¿Me entiendes, muchacho? ¿Qué te pasa? —Tenía el acento cantarín del Alto Egipto.

—Me duele —contestó entre dientes Cesarión.

—¿Dónde? —le preguntó la voz.

—En el costado —dijo Cesarión con dificultad, intentando pronunciar correctamente—. Me duele el costado.

Una mano le tocó la zona de la herida y se retiró en cuanto Cesarión emitió una queja.

—Está bien —dijo amablemente la voz, que habló de nuevo en demótico—. Menches, tiene una herida en el costado derecho. Acerca el asno. Lo subiremos a él.

Lo siguiente que supo fue que estaba sentado a lomos de un asno. Un brazo le rodeaba la cintura para sujetarlo; él rodeaba el cuello de alguien con el brazo izquierdo y descansaba la cabeza sobre un hombro. Esa persona olía a sudor rancio, a ropa sucia y a aceite de pescado, pero la piel era cálida. La noche era muy fría, así que Cesarión no hizo nada por apartarse. El hombre empezó a tararear una canción suave y rítmica que Cesarión desconocía. Salía la luna y el desierto era de color gris. Todo estaba maravillosamente en calma.

Al cabo de un rato el asno se detuvo. El hombre que olía tan mal se separó de él y lo depositó delicadamente en el suelo. La arena era suave, pero estaba fría; se acurrucó sobre el costado izquierdo, temblando. Alguien lo tapó y se quedó dormido.

Cuando se despertó volvía a hacer calor. Era de día. Tenía la cabeza más despejada, aunque estaba sediento y muy débil. Incluso cambiar de posición exigía un esfuerzo tremendo. Permaneció tumbado durante un rato, con los ojos abiertos y la mirada fija en la silla de camello que tenía delante. Al cabo de un rato movió la cabeza para escudriñar a su alrededor.

Descansaba bajo un toldo sujeto en dos de sus extremos por sendas sillas de camello, y en los otros dos, por unos postes delgados. En el exterior del improvisado refugio estaban el sol, la tierra desnuda y las formas inmóviles de los camellos.

Jamás se había encontrado en una situación semejante. Pensó en el hombre que había cabalgado la pasada noche junto a él a lomos del asno... Su olor, el suave tarareo de una canción... «¡Sólo eres un niño!», había dicho en demótico y en tono de sorpresa.

«No sabe quién soy —pensó Cesarión, confuso. Todo le resultaba extraño—. Me encontró tirado en medio de la ruta de las caravanas y se paró a socorrerme porque... porque estaba allí, en el suelo, herido, y necesitaba ayuda. Qué raro.»

Incluso parecía raro que en un momento como aquél, con Alejandría sitiada y Egipto a punto de caer en manos de Roma, siguieran circulando caravanas por las rutas comerciales..., pero la guerra duraba ya dos años e imaginó que a los mercaderes no les quedaba otro remedio que comerciar o morir de hambre.

Bien. ¿Y qué sucedería a continuación? Seguramente los romanos llegarían enseguida y le preguntarían al jefe de la caravana si había encontrado algún hombre herido. ¿Y qué respondería éste?

Imposible predecirlo. Tal vez entregase su hallazgo a la primera. O pidiera una recompensa. Aunque también podía ocurrir que callara por temor a represalias. También podía decidir darle un golpe en la cabeza y lanzarlo por un barranco. «No he visto al hombre que busca. Probablemente habrá muerto en el desierto.»

O podía protegerlo. El hombre que olía mal parecía amable. Sin embargo, tal vez no fuera el jefe de la caravana, sino un ayudante. Había hablado en demótico; incluso en griego tenía un acento extraño. Un mercader que transportaba una caravana desde el Nilo hasta el Mar Rojo tenía que ser griego, un miembro de la élite que gobernaba Egipto desde hacía tres siglos. Tal vez el jefe de la caravana fuera también amable. Un griego debía mostrarse hospitalario con un compatriota en dificultades.

Dependería mucho, claro, de cómo lo abordaran los romanos. Una cosa era que se acercaran un par de ellos diciendo que buscaban a un fugitivo, y otra muy distinta que llegara todo un pelotón anunciando que perseguían al joven rey Tolomeo César y que prestarle ayuda era un acto de traición. Aun en el caso de que el jefe de la caravana fuera un patriota, era muy poco probable que arriesgara su vida por una causa que ya estaba perdida. Cesarión, mientras fuera posible, mantendría en secreto su identidad.

En aquel instante apareció una forma negra recortada contra la luz del exterior. A continuación, un hombre se arrastró al interior a gatas, pues no había altura para entrar de pie. Debía de rondar los cuarenta años, era delgado y tenía una fuerte mandíbula cubierta por una barba de tres días. Tenía la piel morena y el cabello rizado típico de los habitantes del Alto Egipto. Llevaba una túnica de lino sucia y un pañuelo de tejido basto sobre la cabeza para protegerse del sol. Su aspecto lo delataba como un egipcio nativo, un campesino, así que seguramente sería uno de los camelleros. Parecía molesto por algo; cuando sus ojos tropezaron con los de Cesarión, gruñó, enfadado.

—Bien —dijo en tono áspero, hablando un griego cantarín—, estás despierto. —Cesarión reconoció la voz: era la persona que había hablado la noche anterior, el hombre que olía mal y que lo había acompañado a lomos del asno—. Muchacho, ya no hay agua. Este lugar tres veces maldito y odiado por los dioses no tiene agua y no podemos lavarte. Toma un poco de cerveza. —Le acercó un jarro de tosca arcilla tapado con un trozo de madera y envuelta en un trapo.

Cesarión recordaba con sentimiento de culpa que Eumenes había ordenado a los hombres que llevaran los camellos a Kabalsi para acarrear agua con objeto de no gastar las reservas del campamento. Al parecer, lo habían dejado seco. Deseaba que no hubiera sido así, pues quería agua. En condiciones normales ni habría tocado la espesa cerveza que tanto agradaba a los egipcios; pero en aquel momento incluso aquello le parecía delicioso. Se incorporó lentamente, apoyándose en el codo, y extendió el brazo para coger la vasija. El movimiento le provocó un doloroso tirón en la herida.

Consiguió sentarse bien y asió el recipiente con la mano izquierda. El hombre silbó entre dientes. Miraba fijamente la túnica ensangrentada de Cesarión.

—No tiene buen aspecto —comentó, señalando la herida—. ¿Qué ha ocurrido?

Cesarión no sabía qué responder. Intentó sin éxito quitar el tapón de la vasija. El hombre se la cogió, la abrió y se la dio de nuevo. Cesarión bebió con codicia, sin enterarse del sabor amargo y disfrutando del placer del líquido.

—¿No me entiendes? —le preguntó el hombre, cortante.

Cesarión bajó la vasija y movió la cabeza con cautela al tiempo que esbozaba un gesto de asentimiento.

—Por favor —refunfuñó, moviendo con dificultad la lengua inflamada—. Tengo sed. —Miró el recipiente e, incapaz de resistirse, dio un nuevo trago. La cerveza se le pegaba en la lengua, lo que hacía que le supiese aún mejor.

—Cuando te encontramos anoche —dijo el hombre en voz baja—, pensé que o bien te habían robado o que eras tú el ladrón. —Cesarión bajó la vasija y miró al hombre, consternado—. Pero no lo eres, ¿verdad? Eso no te lo han hecho en ninguna pelea —dijo el egipcio señalando de nuevo la herida—. Eso es una herida de lanza o de espada. Además, estás quemado por el sol, como los que no están acostumbrados al desierto, y tu túnica es militar, tela de la mejor calidad. Ya anoche pensé que era muy extraño encontrar a un ladrón bañado en perfume caro. La mirra es por la herida, ¿verdad? ¿Por qué no te la vendaste bien al curártela? —Cesarión, ofendido, se dispuso a soltar la vasija, pero luego volvió a cogerla precipitadamente al ver que se tambaleaba. El egipcio sonrió, divertido—. ¿No tienes nada que contar? —le preguntó.

Cesarión miraba fijamente el suelo seco. ¿Estaría jugando con él? ¿Habrían estado ya allí los romanos? La verdad era que habían tenido tiempo de sobra para llegar al apeadero. ¿Se trataba de un juego cruel? Hasta ese momento lo había considerado una persona amable, pero ya no se lo parecía tanto.

—Muchacho —dijo el egipcio, con mirada inteligente—, hace dos noches nos adelantó un grupo de romanos. Iban tan deprisa que ni se detuvieron a robarnos. Anoche vimos un fuego, a la derecha del camino... Un fuego grande, a unos tres kilómetros, río arriba. Estabas con la guardia de la reina, ¿verdad?

Cesarión lo miró, incrédulo. ¿Habían prendido la pira los romanos y quemado los cuerpos?

Entonces tal vez no se habían percatado de su ausencia. El toldo morado tapaba la pira, y si no lo habían levantado... Al caer había movido a Megastenes, pero quizá los romanos hubiesen pensado que lo habían hecho ellos. O tal vez ni se hubieran dado cuenta. Había colocado el toldo en su lugar para tapar de nuevo la cara del guardia. Quizá supusieran que todo estaba bien y prendieran fuego. Todos esos aceites aromáticos, las sillas de los camellos y los sacos de harina... La pira habría prendido en un segundo y destruido cualquier rastro de su huida.

Si los romanos lo creían muerto e incinerado, ¿repararían en el error cuando

reunieran las cenizas para el funeral?

—Eres joven para ser soldado —insistió el egipcio—. Y por el lugar del corte, no llevabas coraza. ¿Eres esclavo o libre?

Cesarión lo miró, confuso. Al principio estaba demasiado preocupado con sus propias preguntas para prestarle atención..., pero en ese momento se mostró perplejo ante tamaña insolencia. Sus facciones se cubrieron de indignación.

—¡Dioses y diosas! —exclamó con voz ronca.

—¿Y bien? —insistió el egipcio sin dejarse impresionar—. Escucharé tu historia. Si eres esclavo, quiero saber qué le ha pasado a tu amo.

—¡No soy un esclavo! —gritó Cesarión, furioso. La lengua volvía a funcionar—. ¡Por Zeus!

Dejó la vasija de un golpe y ésta se volcó. El egipcio la cogió, la sacudió y bebió el último trago de cerveza.

—Entonces, ¿por qué no llevabas coraza? —le preguntó secándose la boca.

—Estaba durmiendo —dijo Cesarión, enojado—. Llegó Rodón y... —Se calló.

—¿Rodón? ¿Tu amante? —inquirió el egipcio, interesado. De no haberse sentido tan débil, Cesarión habría pegado a aquel hombre. Que un nativo, un campesino, le dijera a él una cosa así... era increíble. La reina crucificaría a cualquiera que mostrara una falta de respeto como aquélla hacia su primogénito—. No creo que los soldados tengan muchos perfumes a mano —dijo el egipcio en respuesta a la mirada airada—; y si es así, eso explicaría por qué la reina ha perdido la guerra.

La rabia de Cesarión desapareció de inmediato.

—¿Ha terminado la guerra? —preguntó débilmente.

El hombre asintió con cautela.

—Eso se decía en Coptos cuando salimos de allí. Alejandría ha caído. El amante de la reina, el general Antonio..., ha muerto, dicen, y la reina Cleopatra ha sido hecha prisionera. Del muchacho, de Cesarión, no se sabe nada, aunque de todos modos nunca contó demasiado. Egipto es ahora una provincia romana.

Cesarión sacudió la cabeza y se apretó los ojos con los puños. Alejandría, caída; Antonio, muerto; su madre...

Ella siempre había jurado que jamás permitiría que la hicieran prisionera, que jamás acataría un triunfo romano. Había jurado que se quemaría viva en su mausoleo, junto con sus tesoros, antes que rendirse a sus enemigos. ¿Por qué el destino... era tan inexplicable? ¿Por qué...?

El estómago empezaba a subírsele a la boca. Se acercó a la cara la bolsita con el remedio e inhaló profundamente.

—Lo siento —dijo el egipcio. Cesarión le echó un vistazo fugaz y apartó de nuevo la vista. Estaba llorando. Se secó las lágrimas enfadado sin retirar de la cara el remedio. Sentía que el ataque se acercaba. Las emociones intensas lo desencadenaban —. Así que estabas con la guardia de la reina... —afirmó el hombre después de un

prolongado silencio.

—¡Déjame! —le ordenó Cesarión.

—Los romanos que nos adelantaron eran casi cien —continuó el egipcio—, y tenían prisa. Debe de ser algo muy importante lo que los ha traído tierra adentro tan pronto. No esperaba verlos aquí hasta que se hubieran establecido primero en el resto del país. Me imagino que a ti y a tus amigos os enviaron también en esta dirección por algún asunto importante... ¿Buscar o esconder algo para la reina, quizá? Supongo que alguien se lo explicó a los romanos, que corrieron en vuestra búsqueda, y hubo una lucha. Consiguieron el tesoro... ¿Qué era si no?

—Sí —dijo Cesarión, desesperado—. ¡Déjame solo!

—Una pena. ¿Estás seguro?

—¡Oh, dioses y diosas, déjame solo!

—Lo siento —repitió el egipcio, y salió.

Alejandría, caída; Antonio, muerto; su madre, prisionera... Siempre y cuando lo que había oído el egipcio fuera cierto, siempre y cuando ella no hubiera muerto también. Hundió la cara entre las rodillas, tembloroso. Y aunque estuviera con vida, moriría pronto, moriría. No podría soportarlo, no soportaría acatar a César Octaviano ni andar encadenada a su triunfo. Moriría. Todo había acabado. ¿Por qué, en nombre de los dioses inmortales, no se había quedado en aquella maldita pira? ¿Por qué no había tenido el sentido común de morir en el momento justo?

La recordaba bailando en el santuario de Dioniso, en pleno corazón de palacio. Vestía una piel de cervatillo e iba adornada con perlas y guirnaldas de hiedra en el cabello. Acababa de pisar la uva junto al altar, a la luz de las antorchas y al son de la animada música del sistro y la flauta. Era todo fuego y gracia.

Antonio, que estaba ebrio, intentaba seguir sus pasos como un fantoche... Parecía como si ella lo hubiera planeado, una ninfa danzando con un oso, un delfín divirtiéndose con un barco. Incluso en las cosas más nimias alcanzaba la perfección...

De nuevo el olor a putrefacción y un sentimiento de horror. Cleopatra salía del barco vestida con ropajes de color carmesí y una diadema labrada en oro. Una mujer se abalanzó hacia ella destacándose de entre la multitud. Iba vestida con una túnica, y tenía la cara y los hombros magullados.

—¡Piedad! —gritó—. ¡Reina, mi esposo no ha cometido ningún crimen!

Un pez nadaba en las profundidades verdes de una piscina, cuando otro surgía repentinamente de entre las algas y lo cazaba.

El hombre estaba atado a la mesa boca abajo, desnudo, con las manos y los pies sujetos a las patas mediante cuerdas gruesas. Tenía el cráneo abierto por la nuca y la sangre goteaba sin cesar formando regueros en el suelo de piedra.

—Éstos son los ventrículos del cerebro —dijo el médico. Luego extrajo la jugosa masa gris con un escalpelo y una mano del hombre se sacudió.

—¡Está vivo! —gritó Cesarión, horrorizado...

Estaba sentado bajo un toldo. Hacía calor. Le dolía la herida. Se estiró lentamente y luego se recostó sobre el lado bueno, temblando de agotamiento. Seguía con el remedio pegado a la cara, pero no podía aspirarlo: las lágrimas le habían taponado la nariz.

¿Por qué recordaba aquellas cosas en un momento como aquél? La reina era valiente, brillante, inteligente; su magnificencia dejaba a los hombres mudos de admiración, su ambición ocupaba el mundo. Recordar esas cosas... El hombre que estaba en la mesa era un criminal convicto, condenado a muerte, y el esposo de aquella mujer, un enemigo de la reina, ejecutado cuando el Estado corría peligro. Era una cruel ingratitud sacar a relucir esas cosas en ese preciso instante, cuando la reina o bien estaba muerta o se había convertido en una prisionera impotente. «Lo siento, madre —pensó, sintiéndose miserable—. Es la enfermedad quien lo recuerda, no yo.»

No era ningún consuelo. Su enfermedad había sido siempre su mayor fracaso, su fracaso imperdonable.

«Debes escapar», le dijo su madre la última vez que habían hablado. Un encargo que aún esperaba poder cumplir. Debía cumplirlo. Saber que su hijo seguía con vida y en libertad era el único consuelo que podía ofrecerle a la reina en su cautiverio; y su supervivencia, el mejor regalo que podía ofrecerle en su funeral.

Era la última hora de la tarde cuando el egipcio regresó: las sombras eran alargadas. Cesarión había dormido y se había despertado con una sed atroz. Se sentó impaciente en cuanto el egipcio entró arrastrándose. Esa vez llegaba sin vasija, únicamente con un pedazo de pan seco y un par de higos blanquecinos envueltos en un trapo. El egipcio se percató de su decepción.

—Ya te lo he dicho: no tenemos agua y casi nos hemos quedado sin cerveza —declaró, depositando la comida en el suelo—. Estamos guardando la última vasija para el viaje de esta noche. Tú has bebido más que nosotros, muchacho; esta mañana te hemos dado ración doble, privándonos nosotros... ¿Cómo te llamas?

Cesarión sofocó un arranque de ira ante el tono que utilizaba aquel hombre: no quería que supiera a quién estaba llamando «muchacho». Se planteó la posibilidad de decirle la verdad, «Tolomeo», ya que el nombre era lo suficientemente común como para no despertar sospechas, pero no estaba seguro de ser capaz de responder a ese nombre. Nadie lo había llamado nunca Tolomeo: Cesarión, «pequeño César», su apodo, ése era el nombre que utilizaba todo el mundo, desde su madre hasta los pescadores de los muelles de Alejandría... Cuando no lo llamaban «rey» o «señor», naturalmente. Eligió un nombre que sonaba parecido.

—Arión —contestó.

—Yo me llamo Ani. —Era un nombre egipcio, en absoluto helenizado—. Arión —

prosiguió Ani—, ¿serviría de algo ir a ese campamento del que vienes para pedir agua?

—No —respondió Cesarión, sintiendo un escalofrío a pesar del calor reinante.

—Saben que estamos por aquí —razonó Ani—. Nos adelantaron en el camino. No pasará nada si les cogemos un poco de agua, ¿verdad? No creo que pretendan estar mucho tiempo aquí. Esta mañana hemos gastado el agua que nos quedaba. El camino hasta el próximo apeadero se nos hará eterno sin poder beber.

—Casi no nos quedaba agua —le explicó Cesarión—. Por eso Eumenes traía a los camellos a beber aquí.

—¿De veras? —exclamó Ani, irritado—. ¡Maldita sea! ¡Así que por vuestra culpa ahora no tenemos agua! —Permaneció un momento en silencio y luego dijo—: Tu gente llevaba ya un tiempo por aquí, ¿no es así?

Cesarión se encogió de hombros, incómodo. Estaba hablando demasiado, pero no podía hacer otra cosa. Necesitaba la ayuda de la caravana si pretendía llegar a Berenice y al barco; se sentía demasiado débil para realizar el trayecto por su cuenta.

—Sí —admitió.

—Con un tesoro. Dijiste que los romanos se habían hecho con un tesoro.

Cesarión le recordó que fue él quien había dicho lo del tesoro: era lo primero que había pensado cuando supo que un ejército real se había enfrentado en el desierto con los romanos. Miró al egipcio, disgustado.

—No intentes engañarme, muchacho —dijo Ani en tono áspero—. Anoche te salvé la vida. Por si no lo sabes, te diré que la mayoría de los jefes de caravana que se tropiezan con un muchacho medio muerto en el camino lo dejan allí, ¿me explico?, podría tratarse de un señuelo de ladrones. Pero yo te he dado agua, te he montado en mi asno y te he cuidado como si fueses uno de los míos. Así que podrías responder a mis preguntas.

—Estoy en deuda con el jefe de tu caravana... —empezó fríamente Cesarión.

Ani pareció hincharse.

—¡Yo soy el jefe de esta caravana! ¿Quién creías que era? —Echaba fuego por los ojos—. ¿Te crees que no soy nadie porque soy egipcio, porque no hablo ese griego altisonante como tú? Estás en deuda conmigo, muchacho. ¿Qué ibais a hacer con ese tesoro, eh?

Cesarión luchó por dominar su rabia: si no se contenía, aquel insolente campesino podría abandonarlo en ese lugar falto de agua.

—Estábamos esperando un barco —confesó—. Se suponía que teníamos que embarcar en Berenice hace dieciséis días.

—Ah —dijo Ani. Y al cabo de un momento, añadió lentamente—: He oído decir que el pasado invierno la reina trasladó todos sus barcos al Mar Rojo. Decían que planeaba partir hacia el este con todo su tesoro y convertirse en reina de otro lugar. Pero también oí decir que los barcos se incendiaron.

—Sí —afirmó Cesarión, distante—. Se encontraban todos en el puerto de

Heroonpolis y el rey Maleo de Arabia los atacó y los incendió. Pero algunos pudieron recuperarse.

Ani asintió con la cabeza.

—¿Así que ella decidió sacar a algunos hombres y algún dinero fuera del país para disponer de un refugio si perdía Alejandría? Y vosotros debíais trasladar el tesoro hasta Berenice para cargarlo en un barco sin peligro de que los árabes o los romanos lo descubrieran. Sólo que el barco no llegó y los romanos lo descubrieron.

—Es posible que el barco esté allí —le dijo Cesarión. Tenía que darle a aquel orgulloso campesino una razón para que lo ayudara—. Sabemos que partió de Heroonpolis. Se ha retrasado, pero ahora debería estar en Berenice. Si me llevas hasta Berenice... te pagarán por ello.

Ani lo miró, receloso.

—Supongo que lo harían —admitió a regañadientes—. Para ellos vale algo saber que los romanos tienen el tesoro. ¿Qué tipo de tesoro era, por cierto?

—Cincuenta talentos de oro. Silbó.

—¿Y estás seguro de que los romanos se lo han llevado todo? ¿No... enterrasteis una parte en algún lugar secreto? —No podía ocultar su ansiedad.

—No enterramos nada —replicó Cesarión de mala gana—. lira el tesoro real. Estaba destinado a pagar a los hombres que luchan por Egipto.

—Bueno —dijo Ani con resignación—, entonces tendré que amasar mi fortuna a las duras. —Se sentó en cuclillas y con el pulgar y el índice se pellizcó el labio... Un gesto de campesino, vulgar, como todo en aquel hombre—. ¿Y dices que no merece la pena ir a ver si queda algo de agua en tu campamento?

—Ya casi estábamos sin agua —explicó Cesarión sin alterarse. Deseaba que lo dejara en paz—. Ahora hay allí una centuria entera de romanos con todos nuestros animales de carga, además de los suyos. Probablemente deben de andar cortos de provisiones.

—¿Una qué entera?

—Una centuria —contestó Cesarión con una débil sonrisa de sarcasmo—. Una división de una legión romana. Ochenta hombres.

—¡Por mi vida, realmente debes de ser un soldado! Muy bien, esta noche tendremos que pasarla sin agua. ¿Sabes si todavía queda agua en Hydreuma?

Hydreuma era el siguiente apeadero, el último antes de llegar a Berenice.

—Allí hay pozos —subrayó Cesarión, impaciente. De hecho, había un pequeño asentamiento. Eumenes había enviado allí a algunos hombres a comprar verduras.

—Si los camellos de tu gente no los han vaciado ya. Está bien, muchacho...

—¡Deja de llamarme así! —le espetó Cesarión, explotando finalmente—. ¡No soy un esclavo! Soy un alejandrino nacido libre y... y de buena familia. La reina en persona me ha enviado aquí. ¡Por Apolo! ¡Egipcio camellero, cómo te atreves a llamarme «muchacho»!

Ani abrió los ojos de par en par.

—Muchacho —dijo deliberadamente—, ¿puedes caminar hasta Hydreuma?

Cesarión miró al suelo. Sentía que le ardían las mejillas. Estaba seguro de que no podría. Dudaba de si sería capaz de andar tan sólo un kilómetro. Y lo que era peor, tenía la terrible sospecha de que, si lo intentaba, sufriría otro ataque. Había padecida muchos en el transcurso de los dos últimos días, muchos más de lo habitual, y sentía que lo presionaban como un peso físico: no sabía cuántos más sería capaz de soportar. Además, aquel hombre probablemente lo abandonaría en cuanto se enterase de la enfermedad que padecía. La gente creía que era contagiosa. Incluso en palacio los esclavos se escupían en las manos antes de recoger algo que Cesarión había tirado y arrojaban el vino que le sobraba en lugar de bebérselo. Hasta aquel momento, Ani no había mencionado nada en relación al ataque que Cesarión había sufrido aquel mismo día, lo que sin duda significaba que no se había enterado. Eso hablaba bien de aquel hombre.

—Así que —dijo Ani con dulzura— necesitas la ayuda de este camellero egipcio, ¿no? Entonces creo que no es buena idea que te dediques a insultarme, ¿no crees?

—No —susurró Cesarión, temblando de humillación.

El egipcio esperó un momento; al ver que no se disculpaba, decidió dar el silencio por respuesta.

—¿Es grave el corte? —le preguntó de pronto.

—No lo sé —respondió débilmente Cesarión.

—¿No lo sabes? ¿Ni siquiera lo miraste cuando te pusiste la mirra?

—Yo no me puse mirra.

—Entonces, ¿es que siempre llevas perfume?

«Tranquilo, corazón; has soportado cosas peores.»

—Los romanos me ungieron antes de colocarme en la pira. Creyeron que estaba muerto. El corte no puede ser tan grave: conseguí caminar hasta..., conseguí caminar hasta la ruta de las caravanas.

Ani lo miraba con incredulidad.

—¿Creyeron que estabas muerto? ¿Y te levantaste y te fuiste?

—¡Déjame! —Cesarión se llevó las manos a la cara, se ahogaba. Su madre, asesinada o hecha prisionera; Antonio, muerto; Egipto, una provincia romana... Y él, allí sentado, ¡soportando los insultos de un camellero!—. Hacía mucho calor. Todos estaban tumbados a la sombra en alguna parte; nadie vigilaba la pira. ¡Oh, dioses inmortales, desearía no haberme despertado!

—¡Vamos, muchacho! —exclamó Ani, reprobándolo, y ante el horror y la repugnancia de Cesarión, le dio un golpecito en la espalda—. No digas eso. Eres joven, tienes toda la vida por delante... Vamos, déjame ver... —dijo, y tiró de la túnica.

Cesarión le apartó las manos hecho una furia.

—¡Déjame! —Aguantó la respiración, luchando consigo mismo—. Si me quito la

túnica empezará a sangrar de nuevo. Me han puesto mirra, puede esperar.

Ani volvió a sentarse, con el entrecejo fruncido. Cesarión se quedó mirándolo.

—Puedes volver a montar en el asno —dijo Ani después de un silencio—. Ruego a los dioses que en Hydreuma haya agua. Independientemente de que me digas o no la verdad, esta herida no tiene buen aspecto. Ahora trata de comer algo: será una noche muy dura.

Capítulo 2

Y, en efecto, fue una noche muy dura. Posteriormente, Cesarión sólo recordaba fragmentos: sentado en mala postura a lomos del asno, con la herida al rojo vivo; tumbado y tembloroso en el suelo, a la luz de la luna durante una parada; la casi insoportable delicia que le supuso el último trago de cerveza a medianoche. Estaba seguro de haber sufrido al menos un ataque durante el transcurso de aquella pesadilla de viaje, pero el dolor y la sed lo ponían tan enfermo que le pasó casi desapercibido, confundido con un delirio.

La caravana era más pequeña de lo que imaginaba. Estaba compuesta por dieciocho camellos, tres hombres y un asno. Los camellos iban cargados con gigantescos fardos de lo que parecía tejido de lino. Caminaban unidos entre sí por una cuerda en tres hileras de a seis, cada una encabezada por un hombre. Cesarión llegó a la conclusión de que, hasta el momento en que lo habían recogido, los hombres habían transportado sus equipajes a lomos del asno, y ahora, por su culpa, se veían obligados a cargarlo a sus espaldas. Dedujo que se trataba de una caravana muy pobre, puesto que los camelleros tenían que ir a pie.

Los dos ayudantes de Ani se llamaban Menches e Imouthes; se trataba de un hombre de mediana edad y su hijo, más o menos de los mismos años que Cesarión, ambos egipcios vulgares y de piel oscura, igual que Ani. Pusieron reparos y discutieron en demótico con Ani al ver que Cesarión montaba en el asno y que debían compartir con él su ración de cerveza. Ani rechazó sus protestas argumentando que se verían recompensados cuando llegaran al barco del joven.

Abandonaron el apeadero una hora antes del amanecer. El asno estaba sediento e incómodo y lanzaba coces constantemente, a pesar de que Ani procuraba tranquilizarlo acariciándole la cabeza. El dolor de la herida de Cesarión empeoraba a pasos agigantados. Le parecía que jamás llegarían a Hydreuma, que caería para siempre en la negrura, obligado a soportar una lenta agonía. Cuando por fin llegaron, ni se enteró. A esas alturas, andaba derrumbado sobre el asno, con las manos entrelazadas bajo el cuello del animal, semiinconsciente y tembloroso. No recuperó la conciencia hasta que lo bajaron del asno. El fogonazo de dolor que sintió hizo que gritara y se retorciera sobre el suelo polvoriento. Estaba oscuro, hacía frío y había gente a su alrededor. Una voz de mujer le dijo «¡Sshhh!» al oído y lo trasladaron al interior de un lugar tenebroso. Por encima de su cabeza se inició una discusión. Cerró los ojos.

Volvió a despertarse cuando le dieron agua. Todo estaba oscuro, iluminado solamente por la llama de un candil que sostenía la mujer que había de pie junto a él. Se encontraba tendido sobre un jergón; sobre su cabeza había algo que parecía ser el techo de una tienda. Parpadeó, pues lo veía todo borroso. Otra mujer, arrodillada a su lado,

rociaba la sangre seca de la túnica con el agua de una jofaina. Desprendió el broche que sujetaba la prenda por encima del hombro derecho y lavó con una esponja húmeda la herida. La mujer que sostenía el candil se agachó y acarició el broche.

—¡Quieta! ¡Eso no es tuyo! —dijo Ani. Cesarión giró la cabeza hasta dar con él; se encontraba de pie en el centro de la tienda y miraba a las mujeres.

La mujer escupió sobre el broche, que estaba cubierto de mugre, lo frotó contra el hombro de su túnica y lo examinó a la luz del candil. Era una mujer de mediana edad y de aspecto desabrido.

—Esto es oro —informó a Ani.

—Pero no es tuyo —replicó éste, quitándoselo de las manos.

—¡No somos ladronas! —se quejó la mujer—. ¿Creéis que vamos a robarle?

Ani resopló.

—Sí. De hecho ya lo estáis haciendo con el precio que me cobráis. Dame también su cinturón y sus sandalias, y la bolsita que lleva colgada al cuello.

La mujer de la jofaina sonrió a Cesarión. Era más joven que la que sostenía el candil, y más morena: le brillaban los dientes a la luz de la llama. La muchacha empapó la esponja en la jofaina y siguió lavándole la herida; luego le desabrochó el cinturón, tiró de él y se lo pasó a Ani. Se dispuso entonces a quitarle la bolsita que contenía el remedio, pero Cesarión la mantenía entre las manos.

—No —dijo débilmente—. No, la necesito.

—¡Por Isis! —dijo Ani, acercándose a él—. Vuelves a estar en tus cabales, ¿eh? Muchacho, esta bolsa estaría mucho más segura conmigo.

—La necesito —insistió Cesarión.

El egipcio se encogió de hombros.

—Tú sabrás. —Miró de reojo a la mujer de más edad—. Espero que siga aquí esta noche... Y también la cadena que la sujeta. De todos modos, es sólo un remedio curativo. Únicamente contiene hierbas.

«Si lo sabe, es que lo ha inspeccionado —pensó con repugnancia Cesarión—. Seguro que ha mirado a ver si encontraba dinero.»

La muchacha morena le desabrochó las sandalias. Ani las cogió, se las puso bajo el brazo y se incorporó.

—¿Adónde vas? —musitó Cesarión.

El jefe de la caravana no le gustaba ni le inspiraba confianza, pero aún confiaba menos en las mujeres. Le harían daño. Notaba el agua que empapaba el amasijo de sangre y lino que tenía en el costado y sabía que, tan pronto como se hubiera ablandado la costra, tirarían de la túnica para separarla de la herida. ¡Por Apolo y Esculapio, eso le dolería!

—Voy a echar un vistazo a la caravana —contestó brevemente el egipcio—. Muchacho, estoy pagando cuatro dracmas a estas dos para que cuiden de ti y te laven. Si no te dan el servicio que pago, dímelo. Estaré de vuelta al anochecer.

Salió de la tienda al polvoriento exterior. La muchacha morena sonrió otra vez a Cesarión y roció la herida con más agua. La mujer mayor escupió, se inclinó y tiró de la túnica. Cesarión se quedó sin respiración del dolor. La mujer volvió a escupir y se dirigió a la joven morena en otro idioma.

La muchacha hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Se puso en pie, se abrió de piernas encima de Cesarión y se remangó la túnica. Luego se sentó en cuclillas y orinó directamente sobre la herida.

Él volvió la cara a un lado y presionó la bolsita del remedio contra su boca. Estaba acostumbrado a los tormentos y a los ultrajes de la medicina. Se suponía que la orina fresca era buena tanto para ablandar las costras como para limpiar las heridas. Intentó imaginarse que aquel escozor tan intenso se producía en cualquier otro lugar... Allí, en aquella veta de cuarzo de la piedra de la pared...

La mujer mayor tiró de la túnica hacia delante y hacia atrás para aflojarla. El dolor explotó convertido en un brillo blanco y ardiente. El joven se quedó sin respiración, mordió la bolsita, notó que al estómago subía una sensación conocida de tremendo horror...

Al esclavo le habían cortado la nariz, que borboteaba mientras el hombre gritaba. Era un sonido espantoso. Los guardias lo azotaban. Las correas de cuero del látigo llevaban espinas anudadas que dejaban grandes huecos descarnados en la espalda y en las nalgas desnudas. Cesarión lloraba. Corrió hacia su madre y la agarró del vestido; ella lo miró y le sonrió. Llevaba un peinado ondulado y la cinta carmesí de la diadema estaba bordada con perlas.

—¡Ordena que paren! —le suplicó Cesarión—. ¡Ordena que paren, por favor! ¡No quería hacerlo!

—Te ha insultado —replicó Cleopatra—. Hijo mío, un rey jamás puede permitir que quien lo insulte quede sin castigo. Si lo hace, pierde la autoridad, y si pierde la autoridad, está muerto.

El esclavo gritaba aún de una forma horrible. El hueso blanco contrastaba con la masa roja en que se había convertido su espalda.

—¡Por favor, por favor! —sollozó Cesarión.

Alguien tocaba la flauta. La música flotaba en la fragancia del jardín, dulce y penetrantemente bella.

Luego era de día y todo estaba tranquilo. Se encontraba tumbado boca arriba y contemplaba el techo de la tienda. Estaba desnudo, exceptuando el vendaje de lino que le envolvía el pecho siguiendo las costillas inferiores. Le sorprendía que le doliera tanto el costado derecho. Le resultaba imposible recordar cómo había resultado herido.

«Debí de sufrir un ataque y me caí sobre algo», pensó soñoliento... Después recordó que ya había pensado lo mismo.

Lentamente los recuerdos volvieron a su lugar. Se palpó el vendaje. Allí debajo había una herida que no había visto todavía. Se preguntó de nuevo por su gravedad.

Palpó en busca de la bolsita del remedio y, aliviado, comprobó que seguía allí y se la acercó a la cara. Se preguntó si las mujeres le habrían contado a Ani que había sufrido un ataque. Esperaba que no. Quedaba aún una jornada más de viaje hasta Berenice.

La muchacha morena se acercó en aquel momento. Parecía contenta de verlo despierto. Le dio agua y le habló cariñosamente en un idioma que finalmente reconoció como troglodítico, el idioma de los nativos de las costas del Mar Rojo. Su madre sabía troglodítico, pero él nunca lo había aprendido.

—¿Hablas griego? —le preguntó esperanzado, pero ella se echó a reír y sacudió la cabeza.

Le hizo gestos indicándole la acción de comer, luego salió y regresó con un cuenco. Lo ayudó a sentarse, lo recostó contra la pared de la tienda y le dio de comer lentejas estofadas con cilantro. No tenía hambre, pero la comida le sentó deliciosamente bien a su estómago vacío. No había comido nada, exceptuando los dos higos del día anterior (tenía la boca demasiado seca y la lengua demasiado dolorida para engullir pan). Recordaba que los médicos le habían dicho que el ayuno podía provocar ataques y sonrió con amargura. La muchacha morena le sonrió a modo de respuesta y le dijo algo para animarlo. Lo ayudó a tumbarse de nuevo y buscó una almohada para que apoyase la cabeza.

Cuando volvió a despertarse hacía calor, pero no era tan insoportable. El dolor había disminuido y permaneció tendido, escuchando. En algún lugar cercano se oía el balido de unas cabras y gente que hablaba, aunque no entendía nada. ¡Por Zeus, Hydreuma era un lugar muy agradable! Al cobijo del sol asesino, agua en pleno desierto, compañía... Y la muchacha morena era bonita...

Tal vez debería quedarse allí unos días. Sospechaba que la noche anterior había tenido fiebre y que la herida estaba infectada. Parecía que empezaba a curarse, pero era probable que el viaje la empeorara de nuevo. Se encogió ante la perspectiva de volver a montar en aquel detestable asno... Por Dioniso, otra noche como la última acabaría matándolo.

Sin duda, cuando anocheciera Ani intentaría proseguir camino hacia Berenice, pero ¿seguía necesitando realmente a Ani? El mar estaba a veinticinco kilómetros y el trayecto era cuesta abajo. En cuanto hubiera recuperado las fuerzas podía despedirse del jefe de la caravana y de sus insultos e ir solo a Berenice.

Cambió de posición con dificultad, y pensó que Ani esperaría recibir dinero y no estaría dispuesto a partir sin él. Le quedaba el broche de la túnica... Podía dárselo.

Frunció el entrecejo. Estaba casi seguro de que la noche en que los romanos irrumpieron no llevaba el broche encima. Había dormido con la túnica puesta..., porque así ahorraban tiempo en caso de tener que salir precipitadamente, pero no llevaba el broche. Se trataba de una túnica militar, cosida por el hombro izquierdo y prendida con un broche por el derecho para poder abrirla y disponer rápidamente de un brazo para maniobrar. El broche se le clavaba en el hombro, así que dormía sin él. Tampoco

dormía nunca con cinturón y sandalias.

Los romanos debieron de vestirlo antes de colocarlo en la pira. Se los imaginó manoseándole el cuerpo: abrochándotela túnica, colocándole el cinturón, calzándole las sandalias y poniendo en su lugar la cabeza y las extremidades. Sintió náuseas. Por Heracles, ¿llevaba la misma túnica que vestía en el instante en que Rodón había irrumpido en la tienda? Era incapaz de recordarlo. Se imaginaba la escena y lo único que veía era la sangre espesa y coagulada y no recordaba los cortes que pudiera haberle ocasionado la lanza. Debieron de arrancársela y mofarse de su desnudez: no lo sabía.

Megastenes, Eumenes y Heliodoro estaban en la pira vestidos con las prendas rajadas que llevaban en el momento de su muerte. Pero recordaba que no llevaban ni cinturón, ni broche, ni sandalias. Naturalmente, los romanos no les prestaron a ellos la misma atención que al hijo de la reina.

De repente pensó que los romanos debieron de exhibirlo de algún modo. Seguramente lo colocaron en el centro del campamento, engalanado con el manto de color morado y la diadema real, y todos los hombres y los prisioneros debieron de desfilar ante de él para verlo y asegurarse de que estaba muerto. Luego debieron de retirar el manto y la diadema, junto con sus anillos, el sello personal y cualquier objeto que pudiera identificarlo para así ofrecer pruebas de su fallecimiento al emperador, que se encontraba en Alejandría. De haber estado más cerca de la ciudad, habrían intentado trasladar el cuerpo, o la cabeza al menos... Pero no quisieron cargar con un cadáver en descomposición durante diez días por el desierto y luego, Nilo abajo, otros catorce más. ¡Por Dioniso! ¿Nadie se había dado cuenta, con tantos preparativos y desfiles, de que seguía respirando?

No se percataron de que había sufrido un ataque; muy pocos conocían su enfermedad. La reina había atajado cualquier comentario sobre el defecto de su hijo y se había asegurado de que únicamente los colaboradores más próximos estuvieran al corriente.

Le habían clavado una lanza y no mostraba signos de vida. Debió de sangrar por la boca al morderse la lengua y el humo de la tienda lo dejaría medio ahogado: probablemente creyeron que la lanza le había atravesado los pulmones. Cuando expusieron su cuerpo para pasar la inspección debía de estar amaneciendo, y el aire seguiría lleno de humo y él profundamente inconsciente. Era natural que le hubiesen dado por muerto.

Y sin duda no verificaron la pira antes de prenderla. Eso no significaba, sin embargo, que el fuego hubiera borrado todas las pistas del error cometido por los romanos. Los huesos no se habrían consumido por completo. Si los romanos hubieran seguido los ritos funerarios correctos, habrían reunido los fragmentos chamuscados, los habrían lavado en vino y los habrían colocado en urnas para ser posteriormente enterrados. ¿No habrían notado entonces que había tres cráneos en lugar de cuatro?

Rodón y algunos más estaban al corriente de la existencia de sus ataques. ¿No habrían empezado a recelar y enviado hombres en su busca, aunque sólo fuera como medida preventiva?

Suponía que debía alegrarse de que los romanos le hubieran dejado el cinturón y las sandalias. Descalzo habría sido incapaz de caminar por el ardiente desierto. Y también agradecía el broche de la túnica, pues necesitaba algo con que recompensar a Ani. Aunque tal vez no debía hacerlo. Quizá, al fin y al cabo, lo que debía hacer era salir corriendo hacia Berenice y confiar en que el barco estuviera esperándolo.

Oyó pasos que se aproximaban a la tienda y se sentó, con la esperanza de que se tratase de la hermosa muchacha morena. Pero no; en su lugar entró la tenebrosa anciana. Llevaba la túnica de Cesarión colgada del brazo; al ver que estaba despierto, dio un resoplido y se acercó a él. De pronto, Cesarión se dio cuenta de que estaba desnudo y buscó algo con lo que cubrirse.

Ella le lanzó la túnica.

—Bien —remarcó—, os encontráis mejor.

Cesarión volvió la túnica e inspeccionó el lado derecho. La habían lavado, pero la sangre había dejado una mancha descolorida sobre el rico carmesí. Con hilo de lino de color blanco habían remendado de forma bastante pobre los dos rotos que había en ella. ¡Gracias a los dioses, de cualquier modo!

La mujer se acercó a él por un lado, cogió con resolución una punta del vendaje que le envolvía el pecho y empezó a retirarlo con destreza.

—Tenéis suerte. Vuestro amigo os ha comprado mirra para esto.

—No es mi amigo —le explicó, airado.

—¿No? —La mujer se detuvo—. Entonces, ¿por qué nos paga para que os cuidemos?

—Espera que lo gratifique espléndidamente.

Ella soltó una carcajada. Tenía una risa maliciosa y desagradable que dejaba asomar unos dientes ennegrecidos. Él apartó la vista, deseoso de que hubiera ido la muchacha morena en su lugar.

—Sois rico, ¿verdad? —ronroneó ella con voz apagada—. También él se ha dado cuenta. Sois uno de los jóvenes que estaban en las montañas. Un destacamento especial, dijeron, seleccionado por la reina en persona. Yo me dije: «Deben de ser caballeros ricos y jóvenes, ¡me gustaría que viniesen por aquí!» —Le acarició el hombro con un dedo retorcido—. Podría haberos encontrado un entretenimiento delicioso.

Él le apartó la mano y la miró con frialdad, ofendido.

—¿Qué sabes tú de todo eso? —le exigió.

La mujer lo miró con malicia.

—¿De entretenimiento? Oh, joven señor, ¿qué no sabré yo de eso?

—¡Del campamento de las montañas!

Otra risotada.

—Vuestro comandante envió a unos cuantos hombres a Hydreuma a comprar verduras; ¿creéis que no sabíamos que estabais allí? ¿Qué sucedió con vuestro campamento y vuestros amigos, joven señor? ¿Os encontraron los enemigos? ¿O fueron los bandidos? —La miró de reojo, sin saber qué decir—. Ese andrajoso jefe de caravana dijo que os encontró tirado en el camino —le confió—. Dice que Alejandría ha caído. Decidme qué ha sucedido, por favor, joven señor. Si se trata de los bárbaros, temo que vengan aquí y se lleven a mis muchachas.

No parecía asustada; más bien, impaciente. Esa mujer, pensó Cesarión, «entretendría» tanto a bárbaros como a griegos, y si intentaban llevarse a sus «muchachas», su única preocupación sería obtener dinero a cambio. Y lo que era más, lo vendería incluso a él si pensara que tenía un comprador. Se acercaría a todos los romanos que aparecieran por Hydreuma en busca de agua, verduras o información. Incluso enviaría a alguien al campamento para preguntar si deseaban una muchacha o un fugitivo.

—¡Métete en tus asuntos! —le ordenó, cortante.

Luego permaneció sentado e inmóvil mientras ella le retiraba el vendaje, preguntándose qué podía decirle para convencerla de que mantuviera la boca cerrada. ¿Amenazarla? ¿Con qué? Estaba herido y desvalido y los cuidados que le ofrecía los pagaba otro. ¿Entregarle el broche a cambio de su silencio? Se quedaría con él e igualmente trataría de venderlo. Era una prostituta y una alcahueta. ¿Por qué lo había puesto Ani en manos de prostitutas? Respiró hondo, indignado, y luego, cuando ella le quitó el vendaje, lo hizo de forma entrecortada.

Tenía dos heridas en el mismo lado: una perforación profunda entre las costillas, y una cuchillada de menor tamaño que bajaba desde arriba y acababa en la primera perforación. Bajo el vendaje le habían colocado un paño de lino que se veía completamente manchado de sangre, y la piel que rodeaba los cortes aparecía inflamada y roja. Cesarión contempló su carne herida con un sentimiento simultáneo de fascinación y repulsión.

La mujer hizo un gesto de reproche.

—Los bandidos de estas tierras disparan desde lejos con el arco y utilizan cuchillos y estacas para distancias cortas —observó—. ¡Oh, joven señor, sé que fueron bárbaros extranjeros! ¿Por qué no queréis hablar de ello? ¿Os persiguen? ¿Matasteis a alguno?

—¡Calla! —le espetó desesperado, e intentó de nuevo pensar en algo que consiguiera hacerla callar.

La mujer arqueó las cejas y dejó de hablar. Buscó una palangana y una esponja y se puso a limpiar las heridas. Era agua salada, y escocía. Cesarión se mordió el labio, luego se acercó el remedio a la cara y aspiró profundamente.

Escuchó pasos que se acercaban a la tienda y apareció Ani, despeinado y de mal humor. Gruñó al ver lo que estaba haciendo la mujer.

—¿Y bien? —Se acercó a observar cómo lavaba la herida. Cesarión pensó, indignado, que parecía que estuviera inspeccionando una mercancía—. Por lo que veo, mejor de lo que podría haber sido —se respondió a sí mismo mientras la mujer finalizaba su tarea y se levantaba para vaciar la palangana—. Por la forma en que has gritado esta mañana he pensado que estabas a punto de morirte. Te he oído desde los camellos.

Cesarión no dijo nada. Le habían contado que cuando lo acometía un ataque de los que lo dejaban inconsciente lanzaba gritos horribles. Nunca se había oído, pues cuando lanzaba el grito ya estaba desvanecido.

—Parto dentro de una hora —prosiguió el egipcio—, pero creo que deberías quedarte aquí un par de días más. Puedo llevar una carta al barco. Sabes escribir, ¿no?

—¡Por supuesto que sé escribir! —exclamó Cesarión, despectivo—. Pero no puedo entregarte ninguna carta.

—¿Por qué no?

«Porque no confío en ti», pensó. Sin duda, Ani la leería antes de entregarla... O encontraría a alguien que se la leyera, ya que él debía de ser analfabeto. Si supiera quién era en realidad Cesarión, lo vendería incluso más rápidamente que la prostituta.

—¿Crees que si tus amigos del barco supieran lo ocurrido zarparían sin esperarte? —le preguntó Ani con dulzura.

—Sí —contestó Cesarión, tenso. Era una excusa tan buena como cualquier otra y probablemente era lo que haría el barco si enviara una carta escrita bajo un nombre falso.

—¡Amigos de verdad y leales! —comentó Ani colgando los pulgares del cinturón —. Muchacho, sigo creyendo que deberías quedarte a descansar un par de días más. Anoche delirabas, y por la forma en que has gritado esta mañana... Scylla me ha contado que el dolor te ha provocado una especie de ataque.

—Se agitaba violentamente y echaba espuma por la boca —corroboró la alcahueta, que se acercaba en aquel momento con un paño de lino limpio para colocarlo en el interior del vendaje—. Ha sido terrible.

—Ahora me encuentro mejor —dijo Cesarión muy serio.

Ani soltó el aire por la nariz.

—Esos romanos no te perseguirán —dijo flemático—. Acaban de conseguir cincuenta talentos de oro; no perderán más tiempo dando caza a un joven impulsivo, aunque hubiera matado a uno de sus camaradas. Seguramente estarán ya de vuelta en casa.

—¿Cincuenta talentos de oro? —chilló Scylla—. ¿Cincuenta talentos de oro? —repitió salivando de avaricia.

—Eso es lo que me dijo —le contó Ani haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Cesarión—. Parece que su destacamento estaba aguardando para cargarlos en un barco. Pero ahora los tienen los romanos. ¿Crees que estarán esperando sentados

a que todos los ladrones del vecindario se enteren de que tienen tanto dinero? Pues yo no.

Cesarión lo miró de reojo. «Cuéntale un secreto a un campesino maloliente y enseguida lo sabrá el mundo entero», pensó el joven.

—Esta noche partiré hacia Berenice —dijo despacio—. Puedo ir caminando yo solo.

Ani se encogió de hombros.

—¡Si insistes! —Depositó en el suelo un paquete que parecían las sandalias de Cesarión anudadas con el cinturón, y después extrajo una jarrita de los pliegues de su manto—. Mirra —dijo, entregándosela a Scylla.

Ella la cogió con mirada maliciosa, la abrió y la olió.

—Quiero que me devuelvas la jarra en cuanto hayas terminado —le dijo Ani sin alterarse—, con todo lo que sobre en su interior, ¿me explico? Por si acaso me quedaré aquí para mirar.

Scylla gruñó, cogió la jarra y frotó suavemente el costado de Cesarión con el precioso ungüento.

Poco antes de que partieran, apareció la muchacha morena para dar de comer a Cesarión: pan con queso y aceitunas. Mientras el joven comía, la muchacha le dijo en un tono preocupado que estaba demasiado enfermo para irse. A pesar de ello, lo ayudó a vestirse, le abrochó las sandalias y le enrolló alrededor de la cabeza el pañuelo de Ani sin dejar de facilitarle instrucciones incomprensibles y precipitadas. Cuando por fin él se puso en pie y se dirigió tambaleante hacia el exterior de la tienda, ella se quedó a su lado, inquieta.

Hydreuma era menos agradable de lo que había imaginado: polvo, unas cuantas tiendas agrupadas alrededor de un pozo, algunas palmeras, huertos de verduras y un largo cobertizo sostenido por columnas y techado con hojas de palmera donde dormían un rebaño de cabras y unos cuantos camellos. El sol se ponía a sus espaldas y delante de él la ruta de las caravanas seguía la ladera de la montaña dando unos virajes endemoniados. A lo lejos, de color añil, brillaba el Mar Rojo. En un entrante de la resplandeciente costa se veía un lago que parecía una esmeralda, con una diminuta rejilla roja y blanca que centelleaba a su lado: Berenice. La caravana de Ani aguardaba en el camino, con Ani encabezándola y sujetando el asno.

—Caminaré —le dijo Cesarión al egipcio, mirando con odio al pequeño animal.

—Muchacho, ni siquiera deberías estar levantado —replicó Ani—. ¡No puedes ir andando hasta Berenice!

—¡Caminaré hasta donde pueda! —insistió, y sin esperar a los demás, comenzó a andar.

—¡Mucha felicidad! —gritó la muchacha morena a sus espaldas. A Cesarión le costó un momento darse cuenta de que estaba hablándole en griego. Se detuvo, rebuscó en su memoria y encontró una de las pocas frases en troglodítico que su madre le había

enseñado, las palabras que significaban «adiós».

La muchacha morena rió encantada. Corrió tras él y le dio un beso. Sonriendo como un estúpido, repitió las palabras y la muchacha le estampó otro beso. Cuando alcanzó el primer recodo del camino, miró hacia atrás y vio que ella seguía allí. Lo despedía con la mano. Él devolvió el gesto.

—Una muchacha agradable —dijo Ani, que caminaba a su lado. Imouthes montaba el asno y el jefe de la caravana iba a pie. El sol poniente proyectaba sus sombras, largas y azules, sobre el polvo blanquecino—. ¿Cómo es que hablas troglodítico?

Cesarión gruñó ofendido y reemprendió el camino.

—No lo hablo. Sólo sé decir «hola» y «adiós». —Pero no quería dejar de hablar tan rápidamente de la muchacha, y preguntó—: Es una esclava, ¿verdad? Esa sucia alcahueta se la alquila a los camelleros que pasan por aquí.

—Y saca buen provecho de ello —comentó ecuánime el jefe de la caravana—. Lo más probable es que alguien acabe comprándola. Una muchacha tan atractiva como ella no creo que se quede mucho tiempo como prostituta.

—¡Para empezar, no comprendo cómo alguien pudo venderla a un burdel!

Ani lo miró extrañado.

—La mayoría de la gente pobre vende a las hijas que le sobran. Aquí hay mucha pobreza. ¡Madre Isis, jamás he visto un país tan árido!

Cesarión se quedó sorprendido.

—¿Nunca habías estado aquí?

El egipcio parecía confuso por vez primera.

—No —admitió. Y al cabo de un instante, añadió—: Vengo porque se me ha presentado una oportunidad. Conozco a un hombre que negocia con barcos, sólo que este año, con la guerra y todo eso, ha decidido no invertir su dinero. Yo tenía algo ahorrado... y estoy dispuesto a arriesgarlo. Los griegos domináis desde siempre el comercio del Mar Rojo. Es una oportunidad, y hay que aprovecharla. —Miró hacia atrás, en dirección a las hileras de camellos, orgulloso y nervioso al mismo tiempo—. Nací en Coptos. Llevo toda mi vida viendo cómo parten las caravanas hacia Myos Hormos y Berenice y regresan cargadas con las riquezas del este. Pero ahora yo tengo mi propia caravana.

«No muy grande», pensó Cesarión, a quien volvía a hervirle el resentimiento.

—¿Por qué me abandonaste en un burdel? —le preguntó.

Ani lo miró y soltó una risotada.

—¡Por Isis y Serapis! ¿Estás ofendido por eso? No puedo creer que nunca hayas estado en uno.

A Cesarión le ardían las mejillas: era la primera vez que había estado en un lugar como aquél.

—¡Esa puta vieja y malvada pretendía averiguar si los romanos estarían dispuestos a comprarme!

—Los romanos se han ido ya —apuntó Ani—, y así se lo he hecho saber a ella. Muchacho, ¿dónde podía haberte dejado si no? ¿En este montón de estiércol? Exceptuando Scylla y sus muchachas, en este lugar no hay otra cosa que no sean pastores de cabras. Cuidaron bien de ti, ¿no? —Lo miró, ceñudo e incómodo, y no respondió—. De todas maneras, ¿por qué te preocupa tanto que te persigan los romanos? No son salvajes comedores de niños. Todos los que yo he conocido hablan la lengua griega y admiran su cultura; no matarían a un joven griego de buena cuna, a menos de que les dieras un buen motivo. ¿Mataste a alguno de ellos?

Aquélla podía ser, supuso, una explicación razonable que justificara su deseo de huir. Y decidió utilizarla.

—Creo que sí —dijo con cautela—. No lo sé. Estaba oscuro. —Luego añadió con sarcasmo—: ¿Así que sigues creyendo que soy un esclavo fugado?

Ani se encogió de hombros.

—Debes admitir que no tenías muy buen aspecto cuando te encontré. Aunque cuando empezaste a hablar, enseguida me di cuenta de que eras un caballero. «Estoy en deuda con el jefe de tu caravana...» —Imitó el acento griego de Cesarión alargando las vocales con exagerada afectación—. Jamás creí que alguien pudiera hablar así, pero tú te encontrabas demasiado enfermo para fingir. Y la tropa con la que estabas no era, evidentemente, un ejército regular: la reina no dejaría cincuenta talentos de oro a cargo de cualquiera. —Escarbó en la bolsa y extrajo el broche de la túnica—. Ten.

Cesarión lo cogió. Vio que se trataba del broche de oro con la esmeralda engarzada, más ostentoso que la sencilla fíbula de oro que llevaría si estuviera en un campamento. Se detuvo, se alisó la túnica y lo engarzó.

—Un esclavo fugitivo no llevaría eso a la vista —apuntó Ani con satisfacción—. Lo escondería. ¿De dónde eres? —Cesarión reemprendió la marcha sin responder. La herida empezaba a dolerle con fuerza—. Dijiste que eras de Alejandría —añadió el hombre.

—Sí —admitió el joven.

—Nunca he visitado esa ciudad, pero, si culmino con éxito esta empresa, el mes próximo iré allí a vender mi cargamento. ¿Es de Alejandría tu familia?

«Mi madre, prisionera, si es que sigue con vida; Antonio, muerto.»

—Dijiste que la ciudad había caído; ¿sabes algo de lo que sucedió? —le preguntó a su vez Cesarión.

—He oído decir que no la saquearon. Así que tu familia debe de estar sana y salva.

—Pero ¿qué sucedió?, ¿qué dice la gente?

—Parece que el ejército se rindió a César Octaviano sin ofrecer resistencia. Es lo que han venido haciendo durante todo este último año, desde que empezó a resultar evidente que la reina y Antonio perderían. En cuanto Octaviano acampó en el hipódromo, los hombres se dispersaron en todas las direcciones. Luego ocurrió lo

propio con la flota. Y no se trataba de mercenarios o romanos, como en otras ocasiones; eran egipcios, que se suponía que permanecerían fieles a la reina. Por lo visto Antonio llegó a la conclusión de que también la reina iba a abandonarlo y amenazó con matarla. Ella estaba tan asustada que ordenó a sus sirvientes que le contaran que se había quitado la vida. Me imagino que pretendería darle explicaciones en cuanto se hubiera calmado un poco, pero Antonio se suicidó. Incapaz de soportar la vida sin ella, se dejó caer sobre su espada. Eso fue el fin. El general, muerto; la guerra, terminada, y la ciudad, caída sin ofrecer resistencia. La reina se encerró en su mausoleo junto con su tesoro y amenazó con prenderle fuego si los romanos no le permitían abandonar la ciudad; pero éstos la engañaron y la hicieron prisionera.

Esas palabras tenían el doloroso sonido de la verdad. Lo reconocía todo. La deserción, la traición, el engaño... Todo le resultaba amargamente familiar: llevaba años escuchando esa historia. Su madre había dicho que ardería en el mausoleo antes que rendirse a los romanos; pero si habían conseguido entrar allí por medio de engaños... Probablemente era cierto. Al final todos la habían traicionado. Se preguntaba si sabría que Rodón también.

—Un verdadero desastre —dijo Ani, misericordioso—. La caída de una casa tan grande y tan antigua, y de una reina que aseguraba poseer el favor de una diosa. Pero al menos la guerra ha terminado, gracias a la buena diosa, y no habrá más peleas, ni más impuestos para pagar guerras. Además, he oído decir que el rey romano promete clemencia.

Cesarión resopló, tratando de contenerse.

—César Octaviano ha sido siempre un mentiroso y un asesino implacable.

—¿Crees que habrá represalias? —le preguntó Ani con una sombra de preocupación.

—Nunca ha mantenido ninguna promesa que no le haya convenido —dijo Cesarión con amargura—. Ha roto tratados y ha simulado luego que era culpa de la otra parte. Ha condenado a muerte a miles de compatriotas suyos, y te aseguro que los romanos prefieren derramar sangre extranjera a romana. A todo aquel que no le gusta lo acusa de conspirar contra él, lo hace ejecutar y luego se queda con sus propiedades. Un cocodrilo es más clemente que Octaviano.

—Puede que sea como tú dices. Pero no he oído hablar de ejecuciones. Espero que puedas volver a casa. De hecho, si quisieras podrías...

—¿Sabes qué ha sido de los hijos de la reina?

Cuando partió de Alejandría, en junio, Cesarión se había despedido de sus hermanastros y su hermanastra. El pequeño Tolomeo Filadelfio, de seis años, no quería que su hermano mayor se fuera y lo había seguido hasta los establos. Recordaba la diminuta figura con su manto en miniatura de color morado, desamparado, en medio del patio de los establos, mordiéndose los puños mientras lo veía alejarse al galope.

Ani parpadeó.

—No. He oído decir que el joven rey no se encontraba en la ciudad cuando fue tomada. ¿Cuántos hijos tenía?

—¿No lo sabes? —le preguntó Cesarión, sorprendido.

Ani hizo un sonido despreciativo.

—¡Muchacho, llevo toda la vida viviendo en Coptos! Sé más de lo que pasa en el mundo que la mayoría de la gente de allí porque me interesan las cosas y me gusta charlar con los viajeros y obtener toda la información que puedo; pero aquí sólo conocemos el nombre del rey y el de la reina, y mucho de lo que se dice de ellos es inventado. Sé que la reina y Antonio tenían hijos..., pero no es porque los haya visto por aquí.

—Ella los había proclamado reyes y reinas.

Ani pareció sorprendido y dudoso.

—No he visto sus nombres escritos en ningún decreto ni documento.

—¡No reyes y reinas de Egipto! ¡De Armenia, Media, Macedonia y Cirenaica! ¡Y ella se proclamó «reina de reyes» y a su hijo «rey de reyes»!

Ani pareció sorprendido de nuevo, y después pensativo.

—Oh, sí. Creo que he oído algo de eso. Se celebró una gran ceremonia en un gimnasio de Alejandría, ¿no es así? La gente lo comentó. Por lo visto la ceremonia fue magnífica, como nunca se había conocido en la ciudad, pero la mayoría de esos lugares ya tienen sus propios reyes, así que cualquier cosa que saliera de allí significaría más guerras. Gracias a los buenos dioses, espero que ahora no ocurra nada de eso. Bueno, me temo que no sé nada más, ni tampoco de los hijos de la reina. Lo único que he oído decir es que la reina fue hecha prisionera y que el joven rey había abandonado la ciudad... —Se interrumpió, como si de repente se le hubiera ocurrido alguna idea—. Tal vez sepas tú más de esto que yo.

Cesarión notó que la sangre le bombeaba en el costado.

—¿Qué quieres decir?

—El joven rey es la persona a la que, en buena lógica, la reina debía de enviarle el tesoro —dijo Ani—. Tal vez tú fueras a reunirte con él.

El ritmo del corazón de Cesarión volvió a disminuir. No dijo nada. Ani consideró el silencio de su huésped como un reconocimiento de que tenía razón. Miró dubitativo a Cesarión, pellizcándose el labio inferior.

—No creo que Cesarión sea la persona indicada a quien seguir en el exilio —prosiguió el egipcio—. He oído rumores de que es leproso. Dicen que ha estado años encerrado en palacio.

Cesarión le lanzó una mirada furiosa. A veces pensaba que lo único que había conseguido su madre manteniendo en secreto su enfermedad era que corrieran docenas de rumores, en lugar de uno. Aquél, sin embargo, era la primera vez que lo oía.

—¡Eso es mentira! —declaró, indignado.

Ani levantó las manos a modo de concesión.

—Si tú lo dices, te creo. Tú eres de Alejandría y yo soy de Coptos. Te he dicho que no me entero de muchas noticias, sólo de rumores de los mercaderes y los barqueros que suben río arriba, e incluso así no sé lo que es verdad, seguro que dicen mullías mentiras. La mayoría afirma que la reina es una diosa sagrada que obra milagros, otros que es una ramera borracha. Algunos dicen que el joven rey es un dios manifiesto, otros que es medio tonto o leproso. A decir verdad, a Coptos le importa poco todo eso. Pero incluso en el caso de que el rey mereciera tu lealtad, ¿te has preguntado si le gustará que llegues sin el dinero..., especialmente ahora que estás herido?

Acababa de presentársele la pregunta de qué haría sin dinero. Cesarión la dejó de lado: la tarea en ese momento era salir de Egipto sano y salvo.

—Ya me preocuparé de eso cuando llegue —dijo, y consintió que Ani pensase lo que quisiera.

Ani hizo dos o tres intentos más de averiguar los orígenes e intenciones de Cesarión, pero éste no le respondió. El costado le dolía cada vez más y le costaba respirar. Finalmente el egipcio se percató de la situación y se dio por vencido.

Caminaron hasta que oscureció por completo; se detuvieron un rato para descansar y beber agua, y prosiguieron la marcha. A medianoche comieron un poco de pan y queso y partieron de nuevo en cuanto asomó la luna. Cerca de hora y media después, Cesarión se rindió y pidió montar en el asno.

La caravana volvió a detenerse una hora antes del amanecer. Cesarión estaba aturdido y dolorido. No podía más. Era su oportunidad de dejar de traquetear y descansar, así que se deslizó del asno y se tumbó en el suelo, abrazándose para entrar en calor. A los pocos minutos, Ani se acercó y le echó una manta encima.

Cuando el dolor aflojó, se percató de que estaban montando un campamento. Colocaron los toldos, desenrollaron los jergones y ataron los camellos. Mientras, habían encendido una hoguera sobre la que colgaba un caldero. Olía a cerdo guisado con cebolla. Al cabo de un rato, Ani fue adonde estaba Cesarión con una tortita de pan en forma de cono rellena de estofado. Al ver que no se movía, se puso en cuclillas a su lado, le cogió la mano, le depositó el pan en la palma y le cerró los dedos.

Cesarión refunfuñó y se sentó. Observó el pan con disgusto y miró a su alrededor. La luz había adquirido una tonalidad gris perla. Habían plantado los toldos en una zona llana y arenosa, alterada únicamente por unos pocos arbustos espinosos. A un lado de la arena había agua, y a la derecha, edificios... Edificios de verdad, de ladrillo y barro, no las volátiles tiendas del desierto.

—¿Estamos en Berenice? —preguntó con voz ronca, sin atreverse a creerlo.

—¡Estamos! —replicó Ani con una sonrisa—. Come y descansa. Esta noche bajaremos al puerto.

Cesarión echó un vistazo al cono de pan. No tenía hambre, pero se obligó a mordisquear un pico.

—Iremos esta mañana —corrigió a Ani después de tragar—. Descansaré un par de horas y luego iremos.

La sonrisa se esfumó del rostro del hombre.

—Muchacho, no pienso hacer negocios con aspecto de campesino. Tengo que dormir y alimentarme, y luego lavarme y ponerme mi ropa buena. Puedes esperar hasta el anochecer.

—Iré por mi cuenta. Esta mañana.

—¿Y te irás sin pagarme? Juraste que conseguirías dinero de tus compañeros del barco y me pagarías.

—¿Cuánto quieres?

Ani lo miró con los ojos abiertos como platos. Cesarión dio un nuevo mordisco al pan y lo engulló, negándose a tropezar con su mirada. No sabía por qué, sentía vergüenza. La luz brillaba a su alrededor.

—Le di cuatro dracmas a Scylla —dijo lentamente el jefe de la caravana—. He pagado dos dracmas y tres óbolos por la mirra y un dracma y cinco óbolos por los vendajes. Has comido..., digamos que por un valor de cuatro dracmas. Has montado en mi asno y has disfrutado de nuestra protección durante dos días; digamos ocho dracmas más en concepto de alquiler del animal. El manto que llevas me costó veinte dracmas...

—Puedes quedártelo —dijo Cesarión con desprecio. ¡Manió! ¡Aquello no era más que un trapo para cubrirse la cabeza!

—Calculo, pues, que me has costado veinte dracmas y que me debes diez más por las molestias.

—Te daré el broche. La piedra cuesta más que eso.

La respuesta lo dejó boquiabierto. Ani realizó un ruido grosero y lo miró con expresión de rabia.

—Muchacho, ¡ese broche es lo único valioso que posees! Estás en una ciudad desconocida, a cientos de kilómetros de tu familia y de cualquier fuente de dinero, y además te marchas al exilio... Por todos los dioses, ¿cómo piensas sobrevivir si te deshaces de lo único valioso que posees?

—¡Deja de llamarme «muchacho»! —le gritó Cesarión.

—¡Si la piedra del broche es buena, vale sesenta dracmas! —le gritó Ani a modo de respuesta—. Y te pertenece a ti, no a tus queridos compañeros de barco. ¡Piensa un poco, joven idiota! ¿Valen tanto unas cuantas horas? —Se puso en pie, destacando por encima de Cesarión—. ¡Y mírate! Tienes un agujero en el costado y apenas te mantienes derecho. Dulce Isis, ¡si tuvieses una pizca de sentido común te habrías quedado en Hydreuma y dejado que aquella preciosa putita cuidase de ti! ¿Qué tiene de maravilloso el exilio? —Hizo una pausa, cogió aire y luego continuó—: Pues no me quedaré con tu maldito broche. Si quieres, puedes acompañarme al puerto esta noche, o si no, puedes irte por tu cuenta ahora mismo sabiendo que me debes veinte dracmas... y tu vida... y no molestarte en pagarme.

Cesarión no sabía cómo responder. Ani permaneció a la espera de una respuesta, pero al ver que su antagonista era incapaz de darla, dio media vuelta con aire de satisfacción. Sin embargo, después de unos pasos, se detuvo y dijo:

—Puedes dormir ahí —dijo, indicándole un toldo que estaba apuntalado contra un arbusto, con un jergón desenrollado debajo—. Será mejor que estés bajo cobijo cuando salga el sol.

Cesarión se quedó sentado mordisqueando la carne hasta que Ani desapareció bajo su toldo. Luego se arrastró hacia el suyo, se tendió en el jergón y se durmió sin preocuparse siquiera por guardar el broche de la túnica.

Se despertó cuando comenzó a hacer calor y se arrastró al exterior del toldo en busca de agua. Aún no era mediodía, pero el sol calentaba como un horno; la blancura de la arena hería los ojos y el cielo brillaba sobre el mar como la seda. Cerca del suyo había otros dos toldos entre los cuales habían colocado los fardos de lino sujetos con cuerdas. Ani dormía bajo el más cercano, con la cara tapada por el jergón y con un brazo doblado sobre su rizada cabellera. El asno dormía plácidamente en la sombra localizada entre su dueño y un arbusto, y los camellos, atados, descansaban mascando imperturbables montoncitos de forraje.

A escasos metros había una fuente pública, un sencillo lavadero de piedra con un depósito que podía llenarse para que bebieran los animales. Cesarión se acercó, bebió del grifo y se lavó con agua el costado herido: estaba ardiendo. Luego se deshizo del pañuelo de Ani y se mojó la cabeza. Empapó el pañuelo y volvió a ponérselo; después se sentó, se inclinó sobre la piedra fría y sumergió las manos en el agua.

«Debes evitar las cosas frías y húmedas. Agravarán tu enfermedad.»

Al infierno con eso: tampoco parecía que las cosas calientes y secas mejoraran su estado.

Debía encontrar el barco. Y admitía que le aterrorizaba pensar que, después de todo, el barco no estuviera allí. Llevaban esperándolo desde mediados de julio y aún no había llegado. ¿Por qué confiar en que aquellos hombres siguieran siendo leales cuando tantos otros se habían pasado al enemigo? El capitán de la expedición había sido seleccionado como hombre de confianza que era... Aunque también lo eran Rodón y todos aquellos que se habían alejado a toda prisa de la reina.

Eumenes había enviado a un hombre a Berenice para que controlara la llegada del barco. Su nombre era Dídimo y se alojaba en una posada llamada Feliz Regreso. Así pues, lo que debía hacer era dirigirse a la ciudad, buscar la posada y al hombre, y saber de su boca cómo iban las cosas.

¿Qué pensaría Ani cuando se despertara y viera que no estaba?

No importaba. Si el barco había llegado, le mandaría los treinta dracmas y la

relación finalizaría. Si no era así...

A Ani no le gustaría recibir treinta dracmas sin haber visto el barco personalmente. Se sentiría traicionado. Cesarión no podía decir por qué pensaba eso, como tampoco podía explicar por qué una parte de él entendía ese sentimiento.

Nuevamente, ¿qué importaba? Ani era un campesino insolente que lo había insultado. Cleopatra habría hecho que lo azotaran.

Pero sí importaba. El jefe de la caravana le había salvado la vida. Por más que le doliera admitirlo, era la pura verdad. Y, exceptuando los insultos, Ani lo había tratado con mucha amabilidad. Le había cedido su propio asno, los últimos tragos de cerveza, la mirra, el estofado y el jergón.

Ani podía haberse quedado con el broche en cualquier momento; y, sin embargo, se había negado a aceptarlo incluso cuando se lo había ofrecido. Se preguntaba por qué. El egipcio parecía... preocupado... por la seguridad de su invitado. ¡Tal vez fuera eso! Consideraba a Cesarión como un invitado con que debía mantener las obligaciones del anfitrión. Tal vez fuera por eso por lo que Cesarión se sentía avergonzado ante la idea de escapar de él: sería violar su hospitalidad.

O tal vez fuera otra cosa. Tal vez fuera que a Ani le gustaban los muchachos y se había encaprichado de él.

Cesarión permaneció sentado, sacudido por una desagradable sensación de asco. Recordaba cómo Ani le había rodeado la cintura con un brazo cuando marchaban a lomos del asno la primera noche y cómo había dejado descansar su cabeza sobre el hombro de aquella asquerosa túnica. Recordaba la mirada de Ani mientras Scylla le lavaba la herida... Se vio sentado en la penumbra de la tienda, con la vieja bruja mojando con mirra su piel desnuda y el repugnante campesino comiéndoselo con los ojos... Había estado varias veces inconsciente en presencia de Ani (el hombre había inspeccionado su remedio sin que él lo supiera), de modo que ¿qué más habría hecho aquel tipo?

Se tapó la boca con la mano, pues se sentía enfermo de humillación. Era el hijo de una reina que afirmaba ser la encarnación de la diosa Isis y de un hombre más grande que cualquier rey... ¡Un hombre que incluso los romanos adoraban como a un dios! Poseía títulos divinos: «Theos Philopator Philometor, el dios que ama a su padre y a su madre», «Señor de las dos tierras» y «Rey de reyes». Tenía un templo erigido en su honor. Tal vez no se lo mereciera; tal vez todos esos títulos fueran simple propaganda para las masas ignorantes... Pero ser el objeto de deseo de un camellero... ¡Debía matar a aquel bruto!

Una pobre recompensa por la vida que había salvado aquel animal. De hecho, Ani no le había hecho nada..., al menos no mientras estaba despierto. También podía ser que Ani albergara únicamente sentimientos amistosos y hospitalarios; no tenía pruebas de que no fuera así. No: alejaría de su cabeza esa idea repugnante. Más aún, le dejaría el broche..., una recompensa más adecuada que unos simples treinta dracmas. Pero iría a

la ciudad por su cuenta y ya no tendría nada más que ver con aquel hombre.

Regresó a su toldo, se arrodilló y depositó el broche sobre el jergón donde había dormido. Satisfecho, se puso en pie a duras penas y se colocó el pañuelo.

Recordó contra su voluntad que le había dicho a Ani que no se quedaría con aquella prenda. Pero con un sol semejante necesitaba algún tipo de protección para la cabeza y no disponía de dinero para comprar otra cosa. El broche pagaría por ello, y más.

Partió lentamente hacia la ciudad, hundiendo los pies en la áspera arena de coral.

Berenice era una ciudad pequeña. Había un mercado central, flanqueado por un templo de tamaño medio dedicado al dios Serapis, y un fuerte capaz de albergar una pequeña guarnición, aunque llevaba años vacío; a su alrededor, unas cuantas calles de casas en condiciones precarias y tres veces la cantidad de almacenes, oficinas navieras y posadas que hubieran sido razonables en un lugar como aquél. Berenice había sido fundada como puerto comercial en la costa del Mar Rojo, y aparte del comercio no tenía ningún otro tipo de vida.

Esa tranquila mañana el mercado se encontraba casi vacío y las calles estaban desiertas. Un mes antes, en julio, la ciudad era un hervidero. El monzón soplaba desde el oeste y los barcos que comerciaban con la India aprovechaban para zarpar hacia el este, inundando el mar de velas resplandecientes. Pero en ese momento el año estaba demasiado avanzado para navegar hacia oriente, y no habría barcos que zarparan rumbo al oeste hasta febrero, cuando los vientos cambiaran. El comercio costero no era de temporada y provocaba mucha menos agitación.

Cesarión se detuvo en el mercado para beber agua de la fuente y empapar el pañuelo, que se había secado durante el breve trayecto que había realizado. Un par de ancianas, que hilaban a la sombra detrás de un puesto de melones, lo miraron con curiosidad y murmuraron entre ellas a su paso. El joven dudó mi instante, pero luego se enfrentó a las miradas y se acercó.

—Mujeres —dijo con voz ronca—, ¿conocéis una posada llamada Feliz Regreso?

Se miraron la una a la otra, como sorprendidas de que pudiera hablar, y una de ellas hizo un gesto afirmativo con la cabeza y le informó:

—Está en la calle del puerto, hacia la mitad. Pareces muy enfermo, joven. ¿Quieres sentarte aquí y que vaya yo a buscar a tus amigos?

—No, gracias. —Giró a la izquierda al salir del mercado y caminó de manera rígida por la calle que flanqueaba el puerto.

Éste no era de aguas profundas. Era necesario arrastrar las embarcaciones hasta la playa y cargarlas mediante rampas. En esos momentos había tres o cuatro barcos, con las proas salpicadas por el agua turquesa de la laguna. Uno de ellos le llamó la atención; los otros eran barcos mercantes barrigudos. Pero aquel navío era un galeón, largo, esbelto y ligero. Se dirigió hacia él, con el corazón acelerado, y dejó de dudar. Se trataba de una *triemiolia*, una trirreme pesada a la que se le podía extraer el banco

de remeros superior para realizar largos viajes a vela. La proa estaba decorada con una figura vestida que sostenía algo redondo. Notó su sonrisa clavada en la cara. El barco que tanto tiempo habían esperado era una *triemiolia* llamada *Némesis*, y esa diosa aparecía siempre representada como una mujer que sostenía una rueda de fuego. Conseguiría escapar.

De no haber pasado por delante de la posada Feliz Regreso, se habría dirigido directamente al barco. Sin embargo, vio el cartel que anunciaba la posada, un dibujo de un puerto y un barco anclado con el nombre en letras rojas, y decidió entrar a comprobar si Dídimo estaba allí y tenía algo que decirle.

La posada Feliz Regreso era una de las más grandes. Se trataba de un edificio de dos pisos que se erguía orgulloso en la parte central del puerto. Cesarión empujó la sencilla puerta y se adentró por un oscuro pasillo que conducía hasta un patio con pórtico. Por encima de éste crecían, plantadas en macetas, unas parras cuyas frondosas hojas proporcionaban una agradable sombra; cerca de las mesas colgaban racimos de uva roja ya madura. En una de las mesas había un par de hombres que jugaban a los dados; el resto del lugar estaba vacío.

Cesarión tomó asiento en la mesa más próxima, contento de poder estar fuera del alcance del sol durante un rato. Uno de los jugadores se percató de su presencia y se le acercó.

—¿Vino, señor? —le preguntó, sonriendo.

—Estoy buscando a un hombre llamado Dídimo —dijo Cesarión.

La sonrisa se esfumó instantánea y absolutamente.

—Fue arrestado anteayer. Me debe dinero. —Cesarión sintió como si algo en su interior se hubiera paralizado—. ¿Eres amigo suyo? —inquirió el camarero—. Me debe el alojamiento de diez días.

—¿Quién lo arrestó? —preguntó Cesarión—. ¿Por qué?

El camarero escupió.

—El barco que aguardaba llegó anteayer... Esperaba a los hombres de la reina, ¿no es eso? Pero los romanos se habían apoderado del barco y lo arrestaron en cuanto subió a bordo. ¿Eres amigo suyo? Quiero mi dinero.

—¿Los romanos?

—Ya lo has oído. Han conquistado Egipto, eso dicen; la guerra ha terminado, la reina ha sido apresada y Antonio ha muerto. Estaban informados sobre la llegada del barco y fueron a Myos Hormos, donde estaba siendo reparado, lo tomaron y lo trajeron hasta aquí. Me imagino que querían capturar a Dídimo y a sus amigos. Tú probablemente sabes más que yo; eres uno de los amigos de Dídimo, ¿verdad? —El camarero se inclinó sobre la mesa y miró implacablemente a Cesarión a los ojos—. Quiero mi dinero.

—No tengo dinero —le explicó Cesarión. Temblaba.

—Tu amigo me debe ese dinero. Dámelo o salgo corriendo hacia el barco y les

digo a los romanos que ha aparecido alguien preguntando por Dídimo.

—Los romanos asaltaron nuestro campamento —susurró Cesarión—. Afortunadamente conseguí escapar con vida. No puedo darte dinero... Tampoco los romanos te lo darán, aunque me entregues a ellos. Lo único que harán será hacerte preguntas sobre por qué Dídimo y yo estábamos aquí.

El camarero seguía escudriñándolo con la mirada. Fijó la vista en la túnica burdamente remendada. No tenía ni siquiera el broche que la sujetaba. No llevaba ni una bolsa. Volvió a escupir, ésta vez directamente a la cara de Cesarión.

—¡Sal de aquí!

Cesarión se puso en pie a duras penas y se dirigió hacia el pasadizo oscuro, y, de allí, al sol devastador de la laguna. El *Némesis*, acunado por las tranquilas aguas, se burlaba de él. Se secó la saliva de la cara y se frotó la dolorida mano contra el muslo. Le costaba respirar. El estómago se le subió a la boca y, de repente, olió a putrefacción.

«Dioses —gritó para sus adentros—, por Esculapio y Apolo, no. ¡Aquí no!» Cayó de rodillas en la calle e intentó buscar su remedio, pero los dedos se le enredaron en el manto y el objeto rehuyó su mano.

Capítulo 3

Ani se despertó hacia el mediodía. Permaneció inmóvil durante un par de minutos diciéndose que era una locura levantarse, que luego notaría la falta de sueño, pero sabía que era inútil. La inmensa y alegre emoción que sentía hacía completamente imposible que pudiera volver a dormirse.

Se sentó y miró hacia fuera desde el toldo. Allí estaba el mar, a apenas veinte metros de distancia. ¡El Mar Rojo! Él, Ani, hijo de Petesuchos, estaba acampado a orillas del Mar Rojo ¡y con su propia caravana! Ofreció una apasionada oración de acción de gracias a Isis, su diosa favorita, que le había concedido que un sueño infantil se hiciese realidad.

Se arrastró hasta el brillo de la luz del sol y dio un rápido repaso a la situación. Las mercancías seguían intactas, como debía ser. Estaban bien sujetas con cuerdas, de manera que, en caso de que alguien las manoseara, los toldos del campamento se sacudieran a la vez. Todo bien, por el momento, aunque debía pensar en algún lugar donde almacenar la carga; y también debía alquilar algo donde alojarse, de lo contrario la gente pensaría que era un cualquiera. Los camellos seguían allí, rumiando plácidamente, y ningún maldito ladrón había tocado el asno. Exceptuando su pequeño grupo, no había nadie más a la vista. Ani sonrió. Menches, que había ido allí muchas veces, juraba que aquél era el principal lugar de acampada de caravanas, que en julio y febrero era como una feria, y que nunca lo había visto tan vacío. Sin duda se debía a la guerra. ¡Aquello era bueno, muy bueno! ¡No habría nadie más para pujar por el cargamento de ese barco tan elegante y exquisito, y el capitán tendría que aceptar lo que le ofrecieran! No era que Ani ofreciera poco, pero sí menos de lo habitual, y a los griegos no les hacía gracia dar gangas a los egipcios. Sin embargo, en aquellas circunstancias el capitán estaría incluso dispuesto a aceptar a un egipcio como inversor y socio... ¡Y tanto que lo estaría!

Ani se inclinó sobre la fuente, relamiéndose con su próximo éxito comercial en un sitio privilegiado que normalmente habría correspondido a una caravana grande, mientras que las pequeñas y pobres como la suya quedaban al margen. Bebió, se echó un poco de agua por la cabeza y miró a su alrededor. Las casas rojas y blancas de Berenice estaban a pocos metros de distancia y siguiendo el recorrido de la costa pronto verían los barcos en la playa. Uno de ellos era sin duda el *Prosperidad*, con el que había ido a reunirse. *Prosperidad*. ¡El nombre en sí era ya un buen presagio!

El mar brillaba seductor bajo el sol. ¡Era enorme! Había oído decir que era imposible ver sus límites, pero nunca había podido imaginarse algo así, y nadie había mencionado los colores... Los verdes y azules de un pavo real, el añil oscuro de la puesta de sol y los fuegos del amanecer. Siempre se lo había imaginado rojo y

cenagoso, como el Nilo en época de crecida, pero era el agua menos cenagosa que había visto en su vida.

Echó un vistazo a su alrededor. Habría querido correr hasta el mar en el mismo momento de su llegada... para tocarlo, para demostrarse a sí mismo que había llegado de verdad; para saborearlo, para comprobar si era salado como decían; para nadar en él y limpiar de su piel seca el olor de doce días de viaje. Pero no se había atrevido a lanzarse a él delante de Menches e Imouthes. Él era el propietario de la caravana y ellos sus empleados. Los propietarios de caravanas serios y profesionales no celebraban su llegada a Berenice lanzándose al mar vestidos; y mucho menos despojándose de toda la ropa. Menches le había contado también que el Mar Rojo estaba lleno de criaturas venenosas que picaban como escorpiones y que jamás se aventuraría a meterse en él. Ani, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad y había decidido que si iba con cuidado no pasaría nada; pero tampoco quería ofender a Menches, que conocía el camino de las caravanas y la ciudad. Menches e Imouthes seguían durmiendo. Dormían, ¿no? ¿No se les habría ocurrido irse a la ciudad sin avisarle? Rodeó el montón de mercancías para comprobarlo y..., sí, padre e hijo roncaban el uno junto al otro bajo el toldo de mayor tamaño. Los miró con aprobación: hombres decentes y de confianza, vecinos de Coptos que no lo engañarían.

Se agachó bajo el tercer toldo para comprobar el estado de Arión antes de ir a nadar..., y entonces descubrió que no estaba.

Palpó el hueco del jergón vacío. Tenía al muchacho en mejor concepto; pensaba que la conversación que habían mantenido por la mañana habría tocado alguna fibra sensible de aquella cabeza tan orgullosa y tozuda. Evidentemente no era así: Arión no sentía ningún tipo de obligación hacia un simple egipcio y se había ido sin pagar... llevándose el manto con él.

De pronto Ani descubrió un brillo verde y dorado en medio del burdo tejido. Se inclinó y descubrió que el muchacho le había dejado el broche.

Pues bien. ¡Que los dioses lo confundiesen! Le había dicho a ese joven loco que no aceptaría aquella maldita cosa, pero ahí estaba. Lo cogió y jugueteó con él. La piedra era del tamaño de la uña de su pulgar. Valía más de los treinta dracmas que había dicho el muchacho con la seguridad ignorante del joven que nunca paga nada de su bolsillo. A Ani no le agradaba tener que admitir que, hasta que el otro valoró la piedra en esa cantidad, él mismo pensaba que lo que adornaba el broche no era más que un simple cristal. En esos momentos brillaba bajo la luz con un exquisito e inigualable fuego verde. Sesenta dracmas, le había dicho al muchacho, pero no había sido más que una conjetura: no tenía ni idea del precio que podía alcanzar una esmeralda de ese tamaño. Más que eso, a buen seguro.

Se preguntó lo rica e importante que tendría que ser su familia para que la reina lo hubiera nombrado miembro de la escolta que llevaba cincuenta talentos de oro para su hijo en el exilio. Nunca escogería a nadie con un historial dudoso; seguramente tampoco

elegiría a ningún egipcio. Probablemente era imprescindible ser conocido por los oficiales del ejército de la corte real de Alejandría, y eso significaba ser griego de pura sangre y rico, además. La arrogancia de Arión lo delataba, así como su bellamente cultivada voz. Ani era campesino de nacimiento, pero sabía distinguir a un miembro de la aristocracia si se lo encontraba. Sin embargo, le parecía inconcebible que alguien que tenía tanto lo echara todo a perder para seguir a una nulidad de rey a la pobreza y al exilio. La lealtad estaba muy bien, pero era probable que el joven monarca ni siquiera deseara la carga que suponía otra boca que alimentar, especialmente si ésta pertenecía a un hombre enfermo que no iba a resultarle de mucha utilidad.

Pensó que, aunque no quería la joya, Arión, al fin y al cabo, se la había dado: debía ceder y quedarse con ella. No se sentía satisfecho. Pasó ante sus ojos la imagen de la cara de Arión aquella misma mañana: la nariz corva y pelada por el sol, la piel de alrededor de los ojos blanca como la ceniza, pálida y ojerosa toda ella, una expresión de dolor y agotamiento... pero decidida. ¿Qué pensaba hacer sin dinero aquel joven apasionado, valiente y completamente falto de sentido práctico? Necesitaría medicinas y cuidados, comida y ropa. Tal vez esperase que se lo proporcionaran los amigos que tenía en aquel misterioso barco, aunque había admitido que esos mismos amigos partirían sin esperarlo en caso de peligro. Tal vez confiara en el joven rey Cesarión..., lo cual era una locura mayor si cabe, pues ningún rey con el nombre de Tolomeo gastaría dinero en un partidario suyo herido que le había perdido cincuenta talentos de oro.

Ani infló las mejillas y resopló, disgustado. No quedaba otro remedio: no podía abandonar en un mundo cruel a un joven inexperto, sin dinero y herido. Iría a buscarlo para devolverle el broche. Si Arión le respondía con veinte dracmas, bien; y si no, habría sido un acto de caridad hacia un desconocido que agradaría a los dioses y que le aportaría buena suerte, algo que, y los dioses lo sabían muy bien, necesitaría en el transcurso de los días siguientes.

Se imaginó explicándole a su esposa y a su hija su acto caritativo, se imaginó el orgullo de su esposa y a su hija de dieciséis años admirándolo con los ojos abiertos de par en par. A Tiathres le preocupaba que los demás se aprovecharan de la generosidad de su esposo, pero Melanthe daba por sentado que su padre era sabio y bondadoso. Sonrió: ser el héroe de la casa bien valía veinte dracmas. Regresó adonde se encontraban Menches e Imouthes y tiró del pie del hombre mayor. Menches se despertó con un gruñido y se incorporó hasta quedarse apoyado en el codo.

—Arión se ha ido —le informó Ani.

—¡Maldito sea! —replicó Menches—. Ya te dije que te engañaría.

—Ha dejado esto —dijo Ani, jugueteando con el broche entre el pulgar y el índice —. Voy a buscarlo para que me dé el dinero y no esto. Estaré de vuelta en un par de horas. Quédate vigilando la mercancía.

Menches refunfuñó y volvió a tumbarse.

—Negará haberte conocido —lo alertó con pesimismo—. Ningún griego admitiría tener una deuda con un egipcio.

—Ya veremos —repuso Ani, y partió en dirección a la ciudad.

Después de dar unos treinta pasos, miró hacia atrás, y al ver que Menches no lo observaba, cambió de dirección y se encaminó a la playa. Tenía tiempo para un breve baño iniciático.

El agua estaba caliente como la sangre, salada como las lágrimas y asombrosamente transparente. Había peces que jamás había visto: amarillos, azules tornasolados o multicolores como mariposas. Las algas de las zonas cenagosas ondulaban con un vivo verde y en las partes en que el fondo era rocoso crecían arbustos de lo que parecía una piedra clara, y matas de flores rojas y verdes con grandes pétalos que se balanceaban en las lánguidas corrientes. «Dioses —pensó con una pasión deliciosa—, ¡esto le encantaría a Melanthe!»

Chapoteó en el agua e intentó retenerlo todo para poder describírselo a su hija cuando regresara a casa. Un pez pasó rozando una de las flores y, ¡una imagen increíble!, la «flor» lo capturó entre sus grandes pétalos y lo empujó, luchando, hacia el interior de una boca que había aparecido en el centro. ¡Por Isis y Serapis, a Melanthe la asombraría! Ojalá pudiera verlo: se imaginaba su cara morena, ilusionada, con los ojos abiertos como platos y brillantes de emoción.

A sus demás hijos también les gustaría, por supuesto, y Tiathres, su esposa, gritaría sorprendida, pero Melanthe sería quien lo sentiría igual que él. Sus hermanos eran demasiado pequeños para apreciarlo, y Tiathres era demasiado... práctica. Una buena cualidad, naturalmente, pero a veces... El mundo era asombroso: se trataba de sacar todo el aire y gritar ante tanta maravilla. Por Isis y Serapis, ¡una flor que comía peces! ¡Quién habría imaginado que pudiera existir algo así!

Sin ganas, regresó nadando a la orilla, con cuidado de no tocar nada hasta estar sobre la arena blanca y limpia. Salió del agua, se vistió con la ropa sucia y partió hacia Berenice. El enfado y la exasperación que sentía respecto a Arión se habían desvanecido. Había visto una flor comiéndose un pez. ¡Dulce Isis, qué mundo aquél!

En lugar de coger el camino que llevaba al mercado, continuó paseando por la playa hasta que se terminó la arena. Allí subió por una rampa a una calle pavimentada que corría paralela al puerto. Sin duda alguna, Arión se habría dirigido a su barco. Y si lo había enviado la reina, seguramente no sería un barco mercante. Sería fácil de encontrar.

Lo identificó enseguida. Su forma alargada destacaba entre las embarcaciones comerciales como un perro pastor entre las ovejas. Avanzó enérgicamente a lo largo de la calle del puerto en dirección a él. Sin embargo, se detuvo cuando vio un pequeño grupo de gente congregado en el exterior de una posada. Un cuerpo yacía en el suelo. Sacudido por una fría premonición, cruzó la calle, se unió a la gente y vio que, efectivamente, se trataba del cuerpo de Arión. El joven estaba tendido sobre su costado

herido, con una pierna doblada bajo el cuerpo formando un extraño ángulo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y la barbilla brillante de saliva. El manto que Ani le había prestado le envolvía el cuello y el brazo izquierdo. Parecía que no respiraba, y, bajo la piel quemada por el sol, su cara estaba rígida, enferma y tristemente joven.

—¡Bendita madre Isis! —musitó Ani, horrorizado.

—Ha sufrido un ataque hará una hora y ha muerto —le dijo un hombre alto del grupo—. No sabemos adónde llevar su cuerpo. ¿Sabes quién era?

—Sí. —Ani tragó saliva, incapaz de apartar la vista de la cara inmóvil—. Se llamaba Arión. Era de Alejandría. Ha llegado esta mañana conmigo.

Todo el mundo se quedó mirándolo cuando dijo eso. Uno de los hombres, un griego delgado de mirada fría y vestido con una túnica azul, le preguntó:

—¿Eres amigo de Dídimo?

—No conozco a ningún Dídimo en Berenice —respondió Ani—. Soy de Coptos. —Se agachó junto al muchacho y, con mucho tiento, trató de desbloquear el brazo que había quedado atrapado. Notó la piel caliente, ardiente como la tarde, aunque del todo inerte. Una remota zona de su mente registró que, por el hecho de tocar un cadáver, estaba involucrándose en los rituales de la muerte. Se dio cuenta, resignado, de que sería él quien acabara pagando el funeral. Resultaría caro, no tenía por qué asumir aquella carga... Pero se había hecho responsable de aquel muchacho perdido y no podía abandonar su cuerpo para que se pudriera, ni a su fantasma para que vagara eternamente. Al menos sería un funeral griego, rápido y en caliente, y no una momificación.

—Me refiero al Dídimo que se alojaba en mi posada —dijo el hombre de la túnica azul—. Lo arrestaron anteayer. Me debe dinero.

—¿Quién? —inquirió Ani, sin prestar atención—. ¿Qué?

—Dídimo —repitió el hombre de la túnica azul, subiendo el tono de voz—. He dicho que me debe dinero. Éste llegó a mi posada preguntando por Dídimo y tú acabas de decir que ha venido contigo. Los romanos arrestaron a Dídimo. Están en ese barco, el *Némesis*. ¿Voy y les cuento que andas preguntando por Dídimo o prefieres pagarme la deuda de tu amigo y entierras tranquilamente a este otro?

Ani levantó la vista para observar aquellos fríos ojos. Se puso lentamente en pie. Junto al de la túnica azul había tres hombres más; al menos dos de ellos tenían aspecto de ser griegos. Los cuatro eran ciudadanos de Berenice y él era un forastero.

—Ya te lo he dicho: no conozco a ese tal Dídimo —dijo sin alterarse—. Soy un caravanero de Coptos. Conocí a este joven en el camino y lo traje conmigo porque estaba herido y necesitaba ayuda. Pero si yo fuera posadero y acabara de amenazar a un joven que había entrado en mi posada solo y herido, preguntando por sus amigos, en busca de ayuda, amenazado con entregarlo a sus enemigos por no pagar un dinero que no tenía, y si luego lo hubiera visto morir de dolor y miedo en el mismo umbral de mi puerta... no estaría amenazando al hombre que acaba de llegar para llevarse su cuerpo.

Estaría suplicándole a Zeus el Grande que perdonara mi gran pecado y temería que mi siguiente huésped pudiera ofender las leyes de la hospitalidad tanto como yo lo he hecho.

El posadero se sonrojó de rabia. El griego alto que había hablado en primer lugar, un hombre bien vestido de mediana edad, le preguntó:

—¿Has hecho eso, Kerdon?

—¡Dijo que era amigo de Dídimo! —se quejó Kerdon—. Sí, le pedí que me pagara la deuda de su amigo, pero cuando contestó que no tenía dinero, dejé que se largara. ¡No acudí a los romanos!

—Obtener dinero de él habría sido condenable —dijo el hombre alto mirando desolado hacia el galeón—. Nuestros enemigos han invadido el país con las lanzas y han traído ese barco hasta aquí con la intención de capturar a los servidores de la reina. ¿Ibas a entregarles a un joven griego a traición?

—¡No! —protestó Kerdon, bañado en sudor—. Estamos en tiempos difíciles, Archedamos, ya lo sabes. Necesito ese dinero y por eso se lo pedí. ¡Pero no acudí a los romanos!

—Amenazaste con hacerlo —dijo el hombre alto con un tono de voz pausado pero acusador—. Y el joven, que estaba enfermo, ahora está muerto. Me acordaré de esto, Kerdon. —Se volvió hacia Ani—. Amigo, me llamo Archedamos, hijo de Archelaos; soy el supervisor del puerto de Berenice y mi presencia ha sido requerida para hacerme cargo del cuerpo de este infortunado joven. ¿Estáis dispuesto a correr con los gastos del funeral? Debo deciros que, de no ser así, ignoro qué hacer. Ahora la ciudad no puede pagar nada. Los romanos de ese barco nos han informado de que en estos momentos nos encontramos subyugados a ellos y el consejo no sabe si disponemos de dinero ni si tenemos autoridad para gastarlo.

Ani tragó saliva. El supervisor portuario. La intervención de ese hombre podía facilitar cualquier negocio que allí pudiera tener lugar; su enemistad lo condenaría al fracaso. Con una mezcla de resignación y resentimiento, comprendió que nunca sabría si pagaba el funeral por bondad o porque quería ganarse la simpatía del funcionario.

—Correré con los gastos —dijo a modo de conformidad—, aunque estaría muy agradecido si los ciudadanos pudieran ayudarme. Soy egipcio, como probablemente habréis notado, y sé poca cosa de funerales griegos.

—Que los dioses os recompensen por vuestra piedad —dijo Archedamos con afecto—. Decidme adonde queréis que lleve el cuerpo y os ayudaré a trasladarlo.

Uno de los hombres que había allí era un esclavo municipal asignado al supervisor del puerto, que había llevado consigo un carro para trasladar el cadáver. Ani lo ayudó a cargar el cuerpo sin vida de Arión y luego se dispuso a deshacer el lío de la tela del manto. «Pobre muchacho —pensó con tristeza—. Tan joven... Tenía toda la vida por delante. Rico, de buena cuna y bien educado, si entiendo yo algo de todo eso. Y míralo aquí... Isis y Serapis, refugio y cielo de toda la naturaleza humana, recibidlo con

bondad.»

Con la más remota de las esperanzas, verificó la falta de pulso bajo la barbilla. Sin embargo, la yema de su dedo pulgar notó una palpitación lenta, regular y fuerte.

Ani se quedó boquiabierto y, sin darse cuenta, se encontró esbozando una sonrisa como de loco.

—¡Está vivo! —gritó—. ¡Grande sea la diosa! ¡Está vivo!

—¿Qué? —exclamó Archedamos, y se acercó a comprobarlo personalmente.

—¡Ja! —explotó Kerdon, aliviado e indignado simultáneamente—. Me habéis acusado, y resulta que el amigo no tenía más que un ataque epiléptico. ¡Sufre la enfermedad sagrada!

—¡No! —replicó Ani, pero luego, de repente, sospechó que así era.

Recordó la reacción del joven cuando la vieja prostituta de Hydreuma le dijo que había sufrido un ataque: ningún signo de alarma, ninguna sorpresa, tan sólo un «ya me siento mejor» taciturno y resentido. No era una reacción normal para un acontecimiento tan preocupante. Se descubrió sorprendido y extrañamente conmovido ante la idea de que ese joven y arrogante griego pudiera sufrir una enfermedad tan despreciada como aquélla, mas siguió adelante como si la sospecha no se le hubiera pasado por la cabeza.

—Está herido y tiene fiebre. Ha perdido sangre y ha pasado mucha sed. Ha viajado dos noches con una herida en el costado y tú lo has amenazado y le has arrancado su última esperanza. No es necesario sufrir la enfermedad sagrada para caer desmayado después de todo eso. Lo que debemos hacer es apartarlo del sol.

—¡No pienso meterlo en mi posada! —exclamó Kerdon enseguida—. No atiendo a enfermos. —Y entró con paso majestuoso en el edificio y cerró de un portazo.

Archedamos miró a Ani.

—Os ayudaré a llevarlo hasta la caravana —se ofreció.

Ani pensó que estaría mucho mejor en una casa, pero no dijo nada. Lo último que quería era ofender al supervisor del puerto.

—¿Decís que estaba herido? —le preguntó Archedamos en cuanto reiniciaron el camino por la calle del puerto en dirección al campamento de las caravanas. El esclavo tiraba del carro y Ani y el supervisor portuario lo empujaban.

Ani hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Herido en el costado, y además sufría una insolación. Lo encontré hace tres noches inconsciente en el camino. Intenté convencerlo de que se quedara a descansar en Hydreuma, pero insistió en que quería llegar a la ciudad para reunirse con la gente de ese barco.

—Me alegro de que alguien se haya ocupado de él —dijo el supervisor del puerto —. He oído decir —continuó en voz baja y con rabia— que, después de echarlo, Kerdon lo insultó y hasta le dio patadas. Me duele el corazón de pensar que un joven como éste, un servidor leal a la reina, pudiera haber muerto de esa manera, con un zoquete orgulloso maldiciéndolo y dándole patadas.

—Nadie debería morir así —coincidió Ani.

Archedamos refunfuñó. Al cabo de unos segundos, siguió hablando, empleando esa vez un tono distinto.

—¿Estaba en el campamento que había instalado cerca de Kabalsi? Me habían informado al respecto. Yo tenía instrucciones de prestar ayuda a su comandante en caso de que lo solicitara. ¿Merece... merece la pena que mande un mensaje al comandante? ¿O subir allí para... recuperar... algo?

«Sabe lo del oro —pensó Ani—, o al menos sospecha que estaba ahí. "Recuperar", ¡ya!»

—No —respondió sin alterarse—. Los romanos asaltaron el campamento. Según Arión, tenían oro y los romanos se lo llevaron. Cuando iba con la caravana por el camino de Coptos, me adelantó una tropa. Fue hace cuatro noches. Arión me comentó que escapó de ellos por poco.

Archedamos suspiró.

—Han sido muy previsores: una tropa para asaltar el campamento y otra para tomar el barco, por si la primera fallaba. ¡Padre Zeus, que haya yo vivido para ver Egipto caer en manos de un conquistador extranjero! —«Mi gente ya había visto eso antes», pensó Ani, pero no dijo nada—. ¿Decís que habéis llegado con una caravana? —prosiguió el supervisor, observando la túnica sucia de Ani y su humilde manto.

—Se trata de una caravana pequeña, señor, pero sí, soy el propietario... Ani, hijo de Petesuchos, de Coptos. —Se dio penosamente cuenta de lo vulgar que le resultaría su nombre egipcio a aquel elegante griego y se apresuró a seguir hablando—. Excusadme, por favor, por mi manera de vestir. Estaba preocupado por Arión y cuando me percaté de que se había marchado por su cuenta a la ciudad, salí a buscarlo sin detenerme tan siquiera a cambiarme de ropa. —No era necesario mencionar el baño.

—Vuestra preocupación habla bien de vos —dijo el otro, dándole con ello su aprobación—. Así como vuestra resolución. Vuestra caravana es la única del lugar. Casi todos los comerciantes han decidido esperar a ver cómo evoluciona la guerra antes de invertir sus propiedades en algo arriesgado. Son momentos difíciles para la ciudad.

Era una forma natural de iniciar la conversación y Ani era de los que creían firmemente que había que aprovechar la oportunidad cuando ésta se presentaba.

—Para seros sincero, señor, estoy aquí debido a la guerra. Soy propietario de algunas tierras y de una fábrica de tejidos en Coptos. Durante años he suministrado lino a un caballero que invierte en el comercio costero. Este año, sin embargo, él ha decidido no invertir. En su último viaje obtuvo buenos beneficios y no quiere arriesgarse. Pensé que yo podría ocupar su lugar. Siempre he querido conocer Berenice.

Archedamos sonrió.

—¿Con qué barco vais a realizar el negocio?

—Con cuál «espero» realizar el negocio... —lo corrigió Ani, devolviéndole la sonrisa—. Es posible que deba contentarme con comprar lo que pueda del cargamento actual, y nada más. Pero el barco en cuestión es el *Prosperidad.*

Archedamos chasqueó la lengua, complacido.

—En cuanto os he oído decir que el inversor se había retirado, he pensado que se trataría del *Prosperidad*. Su capitán es amigo mío: Kleon, hijo de Kallias. Lleva días dando vueltas por la ciudad sin encontrar a nadie para despachar su cargamento. En condiciones normales... —la mirada del supervisor lo golpeó de nuevo— no aceptaría de buen grado tratar con un desconocido, sobre todo, si me permitís decirlo, con un desconocido que carece de los privilegios de los griegos, como imagino que es vuestro caso.

Ani hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza. Era consciente de que sus orígenes jugaban en su contra. Los egipcios pagaban impuestos de los que los griegos quedaban exentos y además estaban excluidos de puestos de poder a los que sí podían acceder los griegos. No podían, por ejemplo, recurrir a los tribunales de justicia griegos ni contraer matrimonio con ciudadanos griegos. Evidentemente, un egipcio no era el socio ideal para un griego.

—Sin embargo —continuó Archedamos—, le comentaré vuestra piedad con los desconocidos... y la decisión que habéis demostrado al venir hasta aquí a pesar de la inseguridad de los tiempos que corren. ¿Os importaría venir a cenar a mi casa mañana por la noche para conocerlo?

«Oh, Isis —pensó Ani con fervor—, ¡gracias, gracias!»

—Gracias —dijo al instante—. Muy amable por vuestra parte.

Habían llegado a la rampa que bajaba a la playa y se detuvieron, pues el carro no podía avanzar por la arena. Ani veía desde allí su caravana, imperturbable junto a la fuente: una pequeña montaña desordenada de toldos, mercancías y camellos.

—Hemos llegado esta misma mañana —le explicó precipitadamente al supervisor del puerto—. Aún tenemos que alquilar una tienda.

—Veo que tampoco habéis guardado la mercancía en un almacén —dijo Archedamos—. Da la casualidad de que tengo uno de mi propiedad que está vacío; se encuentra en la esquina de la calle del mercado con la del puerto. Kleon suele guardar allí su cargamento hasta que lo tiene todo preparado para subirlo a bordo.

—No se me ocurre un lugar más adecuado para mis mercancías —replicó Ani enseguida.

—Llevadlas allí esta tarde —apuntó Archedamos, satisfecho—. Venid dos horas antes de la puesta de sol y me encargaré de que las estiben como es debido. Mi vecino Kratistes podría alquilaros una tienda.

—Eso sí me alegraría. Para recuperarse como es debido, Arión necesita un cobijo mejor que un simple toldo.

Ambos miraron la forma inmóvil que yacía en el carro. Archedamos suspiró.

—Seré sincero con vos —dijo, avergonzado—. Sé que debería llevarme a este joven a casa, pero me da miedo que Kerdon acuda a los romanos y les diga que Archedamos aloja a un fugitivo... Se me conoce por apoyar a la reina. La acusación podría costármelo todo. ¿Estará bien con vos?

«¿Y si Kerdon dice: "Ese egipcio propietario de una caravana aloja a un fugitivo"? —pensó agriamente Ani—. ¿No perdería yo nada?» Sin embargo, sonrió a Archedamos y afirmó:

—Creo que se recuperará si logro convencerlo de que no se mueva durante unos cuantos días. Iré a buscar el asno para transportarlo hasta el campamento.

Echó a correr por la arena, desató al animal y lo condujo hasta llegar a lo alto de la rampa. El esclavo lo ayudó a cargar a Arión a lomos del asno. Arión se quejó cuando lo levantaron, algo que Ani interpretó como síntoma de recuperación.

—Que los dioses os recompensen por vuestra bondad con los desconocidos —dijo Archedamos, satisfecho de solucionar un problema tan peligroso sin comprometer en ello su vida ni su conciencia—. Os espero esta tarde en el almacén.

Cuando Ani llegó con el asno al campamento, Menches, que estaba de pie junto a la fuente, echó a correr hacia él.

—¡Por todos los dioses! —exclamó, observando la desvalida forma que colgaba sobre el molido lomo del asno—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha caído en la calle. —Ani pasó uno de los brazos del joven por encima de su hombro y lo bajó al suelo—. Reclamaron la presencia del supervisor del puerto para que se hiciera cargo de su cadáver. Pero está bien, sigue con vida. Ayúdame a ponerlo en su jergón.

—Deberías haberlo dejado —dijo Menches sin hacer el menor movimiento para ayudarlo—. No trae más que problemas y mala suerte. Jamás verás ningún dinero de ese barco.

Ani se echó a reír.

—No, no veré ningún dinero de ese barco —confirmó, y se quedó satisfecho al ver la confusión de Menches—. Parece que los romanos enviaron a sus hombres para que se hicieran con él antes de que llegara aquí, y el barco está en el muelle a la espera de lanzarse sobre cualquier griego extraviado.

Menches estaba sorprendido y consternado.

—¿Y pretendes que este griego se quede en nuestro campamento? ¿Cuánto tiempo?

—No creas que acojo al muchacho de mala gana —replicó Ani felizmente—. El supervisor del puerto se ha mostrado tan conmovido ante mi buena acción con un griego desconocido, que me ha pedido que cene con él... ¡para conocer al capitán del *Prosperidad*! ¡Y me ha prometido que me recomendará a él como socio! —Se echó a

reír—. ¡Que los dioses lo recompensen! Si no piensas ayudarme a poner a Arión en su jergón, ve al menos a buscar agua limpia. Quiero inspeccionar la herida.

Arión gemía mientras Ani le limpiaba la herida. Cuando éste le aplicó la mirra, abrió los ojos de repente. Miró a su alrededor sin comprender nada, como si nunca hubiera visto aquel lugar.

—Tranquilo —le dijo Ani, y le puso una mano sobre el pecho desnudo para impedir que se incorporara.

La apagada mirada de Cesarión brilló de repente y las macilentas mejillas cobraron color. El joven le quitó la mano de un golpe y se hincó de rodillas en la arena.

—¡Aparta las manos de mí! —le espetó.

—¡Siéntate! —replicó Ani con impaciencia—. Te entrará arena en la herida.

Cesarión lo miró furioso. Ani había bajado la túnica del hombro izquierdo, pero se la había dejado sujeta en la cintura. Tenía la piel blanca y la herida resaltaba, lívida e inflamada. Habían aparecido nuevas magulladuras aquí y allá.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó con rabia.

—¡Curándote la maldita herida! —exclamó Ani, que comenzaba a enfadarse—. Muchacho, te has caído en la calle delante de una posada, y, por lo que me han dicho, el posadero te ha pateado con ganas mientras tú yacías sin sentido...

—¡Por Heracles, el barco! —gritó Arión, angustiado.

—Lo han tomado los enemigos —replicó Ani sin alterarse—. Me lo han dicho. Lo siento.

Arión pasó por alto la muestra de condolencia.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué has ido tras de mí y has vuelto a traerme aquí si sabes que no puedo pagarte? ¡No soy... —su voz se debilitó de asco y repulsión— un esclavo que puedas utilizar a tu antojo! Y nunca seré tu «muchacho». ¡Dioses! ¿Qué estabas haciéndome?

—Madre Isis, ¿eso piensas de mí? —explotó Ani, asombrado y furioso—. ¡Estaba limpiándote la herida! ¿Crees que iba a sodomizarte? —Eso era justamente lo que Arión pensaba. Miró a Ani con los ojos brillantes—. ¿Por qué se te ocurre pensar una cosa así de mí? Creo que te he tratado con amabilidad. —Hizo una pausa, sin apartar la vista de la furiosa y juvenil cara que tenía frente a él—. Así debe de funcionar entre los griegos ricos, ¿no es eso? Si alguien te trata con amabilidad, te preguntas inmediatamente qué quiere de ti.

La mirada furiosa acabó apaciguándose y Ani se sintió incómodo por un momento. En realidad, sí quería algo del muchacho. Reprimió su indignación diciéndose que no era cierto, puesto que incluso había estado dispuesto a dejarlo marchar sin ninguna ganancia para él.

—Da la casualidad —dijo Ani, sentado en cuclillas— de que no me gustan los jovencitos. Soy un hombre casado en segundas nupcias, pues mi primera mujer murió en el parto, y tengo tres hijos. Y aunque me gustaran los jovencitos, no me aprovecharía de

alguien que está herido e imposibilitado bajo mi protección: ¡si cometiera un crimen semejante, los dioses podrían destruirme de la peor manera imaginable! ¡Avergüénzate de condenarme por ello cuando jamás te he dado el más mínimo motivo! —Arión temblaba. Buscó la bolsita que llevaba colgada del cuello y se la acercó a la cara, como hacía siempre que se sentía angustiado—. ¡Te he salvado la vida! —prosiguió el caravanero, enfadándose más a cada minuto que transcurría—. He pagado para que cuidaran de ti; he venido andando hasta aquí para que tú vinieras montado en el animal; me negué a quedarme con tu precioso broche, aunque me lo ofreciste, y cuando me lo dejaste, fui a devolvértelo. Te he encontrado supuestamente muerto y he cuidado de ti con mis propias manos..., y a cambio no he recibido de ti ni una palabra de agradecimiento, ¡sólo esa vergonzante acusación!

Arión permaneció donde estaba, arrodillado en la arena junto al jergón.

—¡Dioniso! —dijo en voz baja.

—Aceptaría una disculpa —replicó escuetamente Ani.

El joven pareció no haberlo oído.

—Dioses, ¿por qué sigo con vida? —Se tapó la cara y se echó a llorar.

«El barco —pensó Ani—. Ahora que ha comprendido que no represento ninguna amenaza para su pureza, su hombría y su virtud helénica, vuelve con el problema del barco. Gran dios, Menches tiene razón: debería haber dejado a este pequeño canalla egoísta tirado en la calle.»

—Muchacho —dijo impaciente—, la fortuna te ha bendecido manteniéndote alejado de ese barco. Incluso aunque hubiera seguido en manos de tus amigos, sólo habría servido para conducirte al exilio; pero ahora puedes regresar a casa..., a tu casa en Alejandría, con tu gente, que andará buscándote...

—Están muertos —dijo Arión con voz apagada—. No puedo ir a casa.

Eso marcaba una gran diferencia. Ani se dio cuenta de pronto de que, después de todo, el joven le caía simpático. Sin familia... y seguramente también sin dinero. Un huérfano, apenas mayor de edad, que había tomado las armas para luchar apasionadamente a favor de la causa de la reina y que no podría reclamar el derecho a ninguna propiedad de Alejandría, aunque sus padres hubieran sido tan ricos como sus modales indicaban. Los conquistadores romanos recompensaban a sus amigos griegos, y no era difícil encontrar quienes reclamaran una herencia en recompensa.

—Incluso así —dijo el caravanero después de un breve silencio—, eres joven, educado, un ciudadano, y cuando vuelvas a encontrarte bien...

El comentario provocó un sonido de mofa en el muchacho y Ani comprendió entonces que Arión había perdido toda esperanza.

—¿Sufres la enfermedad sagrada? —le preguntó con franqueza. La cabeza de Cesarión se levantó y Ani se encontró con unos ojos llenos de lágrimas que lo miraban repletos de miedo y vergüenza. El joven seguía presionando la bolsita contra la boca—. ¿Qué es eso? —inquirió con calma Ani, acariciando la seda—. ¿Un preparado contra

los ataques?

Arión dudó un instante.

—Sí —respondió muy amargamente—. O mejor, un remedio para despejar el cerebro. No lo sé: sin él sería peor.

Ani no sabía qué decir. La enfermedad sagrada... Él no compartía el miedo tan extendido a que pudiera ser contagiosa. Conocía a una mujer en Coptos que sufría ataques a diario desde que era pequeña. Había vivido toda la vida en compañía de su familia, primero con sus padres y después con su hermano y la familia de su hermano. Ninguno de sus parientes había sufrido ataques. Y tampoco ningún vecino, a pesar de que todo el mundo extraía el agua del mismo pozo y se pasaban tranquilamente ropa y cacharros de cocina. No, la enfermedad sagrada no era contagiosa. Era, sin embargo, una enfermedad temible que despertaba repugnancia y horror entre los que presenciaban sus efectos. Y la persona que la sufría de adulto la padecía toda la vida.

En ese momento pensó que el hecho de que Arión la sufriera hacía que el muchacho fuera aún más de su agrado. El recelo, la negativa a confiar nada sobre su persona, no eran simple arrogancia, sino el temor al rechazo en caso de ser descubierto. ¡Y por Isis y Serapis, el joven era valiente! Para llegar a Berenice no se había limitado a combatir la herida, la sed y el desierto, sino también su propia incapacidad física; había luchado contra todo ello hasta la extenuación, sin sentir piedad hacia sí mismo ni orgullo por lo logrado.

—Debería haber muerto —dijo Cesarión muy despacio—. Te pido perdón por la carga que he supuesto para ti y por mis sospechas, que admito eran injustificadas. Te agradezco tus muchas bondades. Me iré ahora mismo. Puedes quedarte con el broche.

Ani lo miró sorprendido y desesperado. Arión no confiaba en él, no comprendía su amabilidad, y seguía, al parecer, esperando lo peor.

—¡Siéntate! —le ordenó—. No estás en condiciones de ir a ninguna parte. La enfermedad no me da miedo; si no fui capaz de dejarte abandonado cuando te encontré herido, menos lo sería ahora, sabiendo que sufres semejante enfermedad. Puedes quedarte aquí hasta que te hayas recuperado. De hecho...

Se quedó dudando. Desde el primer momento se había percatado de la bonita modulación de la voz del joven griego y anhelaba hacerle una oferta, pero no estaba seguro de cómo respondería a ella un joven tan orgulloso y testarudo como aquél.

—Gracias —dijo Arión sin mostrar interés—, mas no es necesario.

Ani se imaginó enseguida por qué no era «necesario». Y se lo dijo:

—¿Qué piensas hacer: entregarte a los romanos o suicidarte?

Arión lo miró, perplejo, sorprendido de que Ani hubiera adivinado sus intenciones. Pero lo cierto era que él no había dejado lugar a dudas sobre sus sentimientos. Se había entregado en cuerpo y alma a la causa de la reina, y esa causa estaba perdida. No podía concebir la posibilidad de sobrevivir a ese desastre.

—¿Qué bien haces muñéndote? —le preguntó Ani—. No sería más que otra vida

perdida, al final de una guerra perdida. ¿Por qué no vivir e intentar reparar parte de la pérdida?

Arión volvió a acercarse la bolsita a la cara.

—No sabes lo que dices. La pérdida es irreparable.

—Siempre hay cosas que hacer.

—¡Déjame solo! —le suplicó Arión. Hablaba con la boca tapada por las plantas.

—¿No quieres regresar a Alejandría? —inquirió Ani astutamente—. Allí debes de tener amigos aunque tu familia haya muerto. Cuando preguntaste por la ciudad, me di cuenta de que te sentías preocupado por alguien. ¿No quieres ver cómo están? ¿No crees que deben estar angustiados por ti y con ganas de volver a verte? ¿No te importa lo que puedan sentir cuando sepan que has acabado con tu vida?

Se produjo un largo silencio. Luego Arión se inclinó lentamente hacia delante sobre el jergón y se acurrucó sobre el lado izquierdo. Después se echó a llorar, sin hacer ruido, tapándose los ojos con una mano. La herida se abría cada vez que respiraba hondo.

—¡Muchacho, morir no tiene sentido! —protestó Ani, tocándole el hombro. La piel le ardía de fiebre—. No hay ninguna necesidad. Sería una pérdida.

—¡No me toques! —gruñó Arión, y le apartó la mano. Continuó tendido, sollozando y tapándose los ojos con la mano. De pronto dijo—: De Berenice a Coptos hay doce días de viaje, y catorce más río abajo hasta Alejandría. ¿Cargarías conmigo durante todo el recorrido por simple caridad?

—No... —admitió Ani, y respiró hondo—, pero podrías pagarme escribiendo cartas.

Arión continuaba inmóvil.

—¿Escribiendo cartas?

—Escribiendo cartas en buen griego a los caballeros con los que quiero establecer negocios —respondió Ani.

Se le había hecho un nudo en el estómago y le faltaba el aire. Deseaba aquello, lo deseaba más de lo que él mismo imaginaba. Aristodemos, cuyo lugar en Berenice intentaba usurpar, era un caballero, un griego cultivado, y los hombres con quienes trataba (en Berenice y río abajo hasta Alejandría) eran griegos. Despreciaban a los egipcios analfabetos. Ani leía y escribía un poco, pero cartas... Cualquier cosa que pudiera llegar a hacer al respecto estaría mal escrito, peor redactado y lleno de faltas de ortografía; y los caballeros educados se reirían de él y lo desecharían al instante. Había pensado contratar a un escriba, pero el que podría conseguir sería un pueblerino con algo de formación, y supondría sólo una ligera mejoría con respecto a su humilde mano. Arión, sin embargo... Un alejandrino de familia rica, miembro de una selecta tropa designada personalmente por la reina... Aquel muchacho podría escribir cartas que dejarían a Aristodemos como un inculto. Y podía enseñarle muchas cosas: las reglas y los modales de Alejandría, cómo colocarse aquellos malditos mantos griegos

como hacían los caballeros, cómo comportarse en una cena, algo que, ¡dioses!, le urgía saber para la cena de la noche siguiente. Necesitaba a un caballero, y los caballeros, por definición, no se contrataban. Necesitaba al muchacho.

Arión bajó la mano y lo miró con desagrado. Seguía moviendo los ojos.

—Quieres que trabaje para ti... —dijo sin alterarse—, ¡que sea tu secretario! —Era evidente que lo consideraba tan sólo un poco menos degradante que la «función» que él había pensado que Ani le iba a reservar.

—Lo haríamos de una manera informal —replicó Ani con rapidez—. No es necesario que firmemos ningún contrato. Tú escribes cartas para mí y me aconsejas sobre las costumbres griegas, y yo te ofrezco transporte hasta Alejandría y... comida y ropa para el viaje. Cuando lleguemos allí, serás libre de olvidarte de mí e ir a donde te apetezca. —Se inclinó hacia delante—. Ya me debes la vida, además de veinte dracmas. Aceptaré tu conformidad como pago de la deuda. No voy a negar que saldré beneficiado, pero también tú. Llegarías a tu ciudad, y al menos tendrías el consuelo de saber cómo están tus amigos. Tal vez puedan ayudarte.

—No podrán ayudarme —dijo Arión con voz muy débil—, pero me gustaría... me gustaría... —Se interrumpió.

—Ven conmigo a Alejandría —le pidió Ani con voz cariñosa—. Morir no tiene sentido, como tampoco lo tiene entregarte a tus enemigos. Es absurdo sacrificarse a uno mismo. —Empezó a tocarle otra vez el hombro, pero se detuvo—. Te traeré un poco de agua —dijo—, quédate aquí y piénsalo. Decidas lo que decidas, no hay prisa. Puedes quedarte con nosotros mientras estemos en Berenice. Estaremos aquí al menos cinco días. Esta noche conseguiremos una tienda y estarás más cómodo.

—Debería haber muerto —fue la respuesta de Arión, pero no se movió del jergón durante el resto de la tarde.

* * *

Dos horas antes de la puesta de sol, Ani, afeitado y vestido con sus mejores prendas, encabezaba la procesión de camellos cargados que se dirigía al almacén situado en la esquina de la calle del mercado con la del puerto. Se trataba de un edificio sólido adherido a una mansión que, como Ani supuso enseguida, pertenecía a Archedamos. El supervisor del puerto contempló satisfecho cómo iban estibándose las mercancías, recogió la cuota correspondiente a un mes de almacenaje y acompañó a su nuevo amigo al lado opuesto de la calle para que conociese a su vecino Kratistes, que estaría feliz de alquilar una tienda al único cliente de la ciudad. La cargaron en un camello y se la llevaron. Estaban ocupados instalándola cuando por la rampa que descendía a la playa apareció una compañía de hombres armados.

Ani los vio acercarse, soltó el viento de la tienda y se quedó mirándolos, alarmado. Ocho de los hombres vestían cota de malla sobre una túnica corta de color rojo y portaban lanzas largas y escudos oblongos de fondo rojo decorados con relámpagos y alas amarillas. Otro, seguramente un oficial, llevaba un peto dorado e iba armado con espada. El sol poniente se reflejaba sobre los nueve cascos brillantes coronados con crines de caballo rojas. Archedamos caminaba apretado entre ellos y se le veía triste, pequeño y muy asustado.

El grupo se acercó hasta la caravana y se detuvo. Los soldados soltaron las lanzas sobre la arena, y al caer provocaron un ruido sordo. El oficial examinó la caravana con un aire de interés condescendiente. Menches e Imouthes, que se habían quedado petrificados junto a la tienda a medio montar, miraban también.

—Humm... —murmuró Archedamos al oficial romano—. Éste es Ani, el propietario de la caravana. Ani, os presento al centurión Cayo Paterculo, de la compañía romana que está a bordo del *Némesis*. Él, humm, ha oído hablar del incidente del Feliz Regreso y desea... desea hablar con vuestro huésped.

Ani se sintió mareado y paralizado. Así que Kerdon había acudido a los romanos. Era evidente que Archedamos temía que lo hiciera, pero, por la razón que fuese, Ani pensó que aquel asunto no les interesaría. Sin embargo, allí estaban, y no podía hacer nada. Tampoco podía esconder a Arión, ni protegerlo, y enfrente de aquella pared de metal empezó a temer por su propia integridad. Los romanos podían arrestarlo perfectamente por dar cobijo a un fugitivo y quién sabe el tipo de trato que podía esperar por ello.

De pronto vio una imagen muy intensa de su esposa y de sus hijos, en Coptos, sentados en la estancia principal de la casa, a punto de cenar. Melanthe diría: «Me pregunto si papá estará en Berenice en estos momentos», y Tiathres le respondería: «Sólo deseo que regrese a casa.»

«Dulce Isis —rezó—, déjame volver a mi hogar.»

—Me han contado —dijo el centurión en un griego claro pero con marcado acento — que has dado cobijo a un soldado de la reina, a un fugitivo del campamento de Kabalsi.

Ani tragó saliva repetidas veces. «Di la verdad —se ordenó—. Ayudar a un viajero herido no tiene nada de vergonzoso y la desgracia será suya si te castigan por ello.»

—Señor —dijo con respeto—, encontré a un joven herido y sin sentido en el camino, cerca de Kabalsi. Lo recogí y lo traje conmigo hasta Berenice porque de haberlo dejado allí habría muerto. Es muy joven, señor, no tendrá más de dieciocho años, listaba herido y desarmado. Los dioses nos ordenan ser piadosos y caritativos con los desconocidos y los viajeros.

—¿Estabas tú en el campamento griego de Kabalsi?

—¿Yo? —dijo Ani, pillado por sorpresa—. ¡No, por supuesto que no! Yo soy de

Coptos: he venido aquí con una caravana de lino. Archedamos puede confirmarlo: mi mercancía se encuentra en su almacén.

—Ya lo ha hecho —admitió el romano—. ¿Le preguntaste a ese joven quién era y qué hacía tirado en el camino?

—Señor, cuando lo encontré estaba inconsciente. —¡A ver si el romano entendía que lo primero que había hecho era prestarle ayuda y que las preguntas llegaron después!—. Se lo pregunté al día siguiente, cuando despertó. Me dijo que se llama Arión y que es de Alejandría, que él y algunos otros habían acampado en las montañas a esperar la llegada de un barco al puerto de Berenice. Dijo que vuestros hombres habían asaltado el campamento, que hubo una pelea, que perdieron los griegos, y que él había huido. Quería alcanzar Berenice para avisar al barco de lo sucedido. —Respiró hondo—. Señor, siento mucho si os he ofendido por haberlo ayudado, pero no creía que un joven herido pudiera importar a los dueños de Egipto.

—Y así es —dijo el centurión—, mas mi responsabilidad era que no huyera nadie de ese campamento. ¿Dónde está el fugitivo?

Impotente, Ani hizo un gesto en dirección al toldo.

Arión dormía con la túnica todavía bajada hasta la cintura y el manto cubriéndole el pecho desprovisto de vendaje para evitar que las moscas fueran a la herida: Ani había decidido que al corte le iría bien que le diera un poco de aire caliente y seco. El centurión lo miró un instante y luego vociferó una orden a sus hombres. Inmediatamente, dos de ellos soltaron los postes frontales que sujetaban el toldo y los dejaron caer en el suelo. Arión abrió los ojos. Vio al centurión y trató de sentarse, pero luego volvió a caer con una expresión de resignación en la cara.

—¿Te llamas Arión? —le preguntó el oficial romano.

El joven griego parecía sorprendido.

—Hoy has ido a una posada que se llama Feliz Regreso y has preguntado por Dídimo —dijo el centurión.

—Sí —confirmó Arión. Estaba confuso.

El oficial romano sonrió.

—Una respuesta sincera. ¿Eres del campamento de Kabalsi?

—Yo no estaba en Kabalsi —contestó Arión—. Estaba a unos ocho kilómetros, arriba, en las montañas.

El centurión resopló.

—No irás a negar que estabas en el campamento del rey Tolomeo César...

Archedamos lanzó un grito sofocado. El romano lo miró de reojo.

—¿El rey? —preguntó Archedamos—. Pensaba... pensaba que llevaban oro.

—¿No lo sabías? —inquirió el centurión, divertido—. El bastardo de la reina Cleopatra estaba allí. Está muerto, muerto e incinerado. —Hizo un gesto despreciativo —. Pero también había oro.

Ani miró a Arión, que estaba con los ojos cerrados y los clientes apretados,

intentando mitigar el dolor. El muchacho nunca había confirmado que sirviera al rey, sólo que el rey había estado en el campamento. Tal vez había supuesto que Cesarión había podido escapar mientras él y sus camaradas defendían el campamento, y sólo ahora se daba cuenta de que su silencio protector no había servido de nada.

—No lo sabía —dijo Archedamos, paralizado—. Yo tenía órdenes de ayudar al comandante del campamento, que se llamaba Eumenes. No sabía nada del rey.

—Entonces guardaron bien el secreto —comentó el centurión. Parecía satisfecho con ello y contento de tener la oportunidad de explicarles aquella victoria de su pueblo —. Había un traidor, el tutor del joven rey, un hombre llamado Rodón. Fue él quien mandó un mensaje a nuestro general y éste envió a mi amigo Marco Avitus y a sus hombres para que tomaran el campamento, y a mis hombres y a mí para que tomásemos el barco en el que el rey planeaba huir de Egipto. Mis hombres y yo marchamos hasta Heroonpolis, tomamos el mando de un galeón y nos hicimos con el barco del rey antes de que llegara a Berenice, abortando de este modo su huida. Pero esta mañana he recibido un mensaje de Avitus en el que me decía que ya no había posibilidad de huida, pues había completado con éxito su misión. Él y su centuria navegaron por el Nilo hasta Coptos, donde se reunieron con Rodón, el traidor. Él los guió hasta el campamento del rey, les dio la contraseña y corrió en busca del rey. Tomó la lanza de éste con intención de hacerlo prisionero, pero cuando el joven monarca se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, se abalanzó sobre su tutor y se atravesó el corazón con su propia lanza. Probablemente sea cierto lo que dicen, que era un imbécil. Sea como sea, ninguno de los hombres de Avitus quería ser conocido por haberlo matado. Se llamaba César, aunque no tuviera ningún derecho a llevar ese nombre.

Arión abrió los ojos de repente.

—¡Eso es una falacia! —exclamó.

El centurión parecía divertirse con la situación.

—La reina no es mejor que cualquier prostituta. Le dijo a Julio César que el hijo era suyo, pero quién sabe la identidad del verdadero padre.

—Julio César lo sabía mejor que tú —replicó Arión—, y la tenía en tan alto concepto que incluso erigió una estatua suya junto al altar de sus divinos ancestros, en el corazón de la ciudad de Roma. El padre de Octaviano fue Cayo Octavio. El único que no tiene ningún derecho a llamarse César es tu emperador, centurión.

Hubo un momento de silencio... y luego el centurión se echó a reír.

—¡Una respuesta belicosa! Ahora sí creo que luchaste por defender a tu rey. Avitus dijo que no hubo mucha pelea. No murió ninguno de los nuestros, sólo algunos enemigos.

—Cosa que lamento —declaró Arión con un sorprendente desdén por su propia seguridad.

—Perdiste, gallito —replicó el centurión, que seguía divirtiéndose—. Tu rey ha muerto y tú estás desarmado y sin dinero, y no puedes ni levantarte. Me sorprendió

mucho que me dijeran que alguien del campamento había llegado hasta aquí. Avitus aseguró que no había escapado nadie.

—Yo lo hice —insistió Arión ferozmente—. Yo no me he rendido.

—Ya lo veo. Cuando Avitus atacó estaba oscuro y hubo cierta confusión. Es fácil pasar por alto a un joven herido que sale del campamento en plena noche. ¿Qué puesto ocupabas en el campamento, griego? —Arión se limitó a seguir mirándolo echando fuego por los ojos—. ¿Eras esclavo? ¿El amante de algún oficial, quizá?

—¡No! —exclamó Arión, rabioso—. ¡Soy nacido libre, alejandrino y caballero!

El centurión volvió a sonreír: Ani estaba seguro de que también él había reconocido al aristócrata con sólo escucharlo y que la sugerencia era únicamente una artimaña para que el joven mordiese el anzuelo.

—¿Y cuál era tu puesto en el campamento del rey?

Arión bajó los humos, malhumorado.

—Oficial del Estado Mayor. Con Eumenes, el comandante de la guardia personal del rey.

El centurión hizo un gesto de asentimiento con la cabeza: oficial del Estado Mayor era exactamente el tipo de puesto que solían asumir los jóvenes aristócratas.

—Eso explica la herida —señaló—. Avitus dijo que el comandante fue de los pocos que combatió.

—Sí —confirmó Arión apretando los dientes—. Murió como un valiente.

El centurión hizo un nuevo gesto afirmativo con la cabeza, ya que la observación encajaba con lo que le habían dicho.

—Mejor habría hecho rindiéndose, y tú con él. Eso lo habría mantenido con vida y a ti con la piel entera. Bien, Avitus tomó las medidas pertinentes para que tu comandante tuviera un funeral real: fue incinerado junto con el rey. En estos momentos, Avitus se dirige a Coptos con el resto de tus amigos, exceptuando los pocos que murieron en el ataque. Son prisioneros, pero no se les hará ningún daño. Tampoco se te habría hecho a ti.

Arión echaba chispas por los ojos. Empezó a hablar, pero se interrumpió y volvió a empezar.

—Si deseas matarme, hazlo. —Miró orgulloso a todos los presentes y añadió con precipitación—: Lo único que tengo que decir es lo siguiente. Ani me ayudó única y exclusivamente porque es un hombre piadoso que cree que ayudar a los desconocidos complace a los dioses. No es ningún seguidor de la reina ni un enemigo de Roma. Castigarlo también a él sería una injusticia.

Ani estaba sorprendido, conmovido... y profundamente aliviado, en especial cuando el centurión sacudió la cabeza y declaró:

—No lo castigaré. —Entonces el romano levantó la cabeza y anunció en voz alta —: Hemos convertido Egipto en provincia romana. Tu reina ha sido apresada. Hemos matado a tu rey y tomado posesión de su tesoro. El pueblo romano tiene por costumbre

perdonar a los vencidos, y nuestro emperador, Cayo julio César Octaviano, hijo del divino Julio, desea iniciar con clemencia el gobierno romano de esta provincia. Ha decretado que no se tomen represalias contra cualquiera que luchara en favor de la reina, siempre y cuando deponga las armas ahora. —Observó a Arión y torció los labios para esbozar una sonrisa—. Has perdido las armas, gallito, así que entenderemos que las has depuesto.

Arión lo miró de reojo y la sonrisa del centurión se acentuó. Se inclinó y puso la mano sobre el costado del griego. Arión se agazapó, aunque lo único que había hecho el centurión era colocar un par de dedos junto a la herida.

—Está infectada —dijo flemático—. Y tienes fiebre. Te llevaría a Alejandría con nosotros, pero necesitas cuidados, y aunque te los diéramos, seguramente el viaje acabaría contigo. —Se enderezó—. Te dejaré aquí, Arión de Alejandría, al cuidado de este piadoso caravanero. Te he visto y he hablado contigo, y estoy convencido de que estabas en el campamento del rey y de que no constituyes ninguna amenaza para nadie. ¡Salud!

Chasqueó los dedos y sus hombres se aprestaron al instante. Pasó junto a ellos y lo siguieron después de dar una patada en el suelo. Luego los romanos abandonaron orgullosamente la playa, con los cascos y las puntas de las lanzas brillando bajo los últimos rayos de sol.

Los demás los vieron marchar. Archedamos exhaló un prolongado suspiro cuando desaparecieron trotando por la rampa y se adentraron en la calle del puerto.

—¡Gracias a Serapis y a todos los dioses y héroes! —exclamó. Corrió en dirección a Ani y le dio un golpecito en la espalda—. Temía por vos, buen hombre, y por nuestro joven amigo. Clemencia, ¡ja! ¡Una política oficial que puedo soportar!

Ani no dijo nada, pero se obligó a sonreír y a asentir con la cabeza. Estaba seguro de que Archedamos había facilitado su nombre a los romanos tan pronto éstos asomaron la cabeza por su puerta. Y también de que había afirmado que el estatus de Ani como mercader no significaba nada... No podía haber hecho otra cosa, con las mercancías en su almacén. A pesar de ello, no tenía sentido convertir en enemigo a un hombre que necesitaba como amigo.

Archedamos se dirigió a Arión.

—Me complace veros fuera de peligro, joven. —Arión seguía sentado, recostado sobre el codo, observando cómo se alejaba el centurión. Miró a Archedamos con perplejidad y no dijo nada—. ¡Y luchasteis por defender a nuestro rey! —declaró con admiración el supervisor del puerto—. Bien hecho, aunque fuese en vano.

—¿Quién sois? —le preguntó, confuso, Arión.

Archedamos sonrió.

—Claro, estabais inconsciente cuando os vi por última vez. Soy Archedamos, hijo de Archelaos, supervisor del puerto de Berenice. Y vos sois Arión, ¿hijo de...? —Arión sacudió la cabeza, se tumbó de repente, se acurrucó sobre el costado bueno y se tapó la

cara. Estaba temblando—. ¡Estáis enfermo! —exclamó Archedamos, compadeciéndose de él—. ¡Estáis herido, tenéis una herida tremenda! Y me imagino que tantas preguntas os habrán afectado, a pesar de que habéis respondido a esos bárbaros como un valiente. Os dejaré descansar. Enviaré a mi médico para que os vea por la mañana, ¿os parece bien? Salud. Ani, os espero mañana una hora antes de que anochezca. ¡Salud!

Se fue caminando a paso ligero y con la cabeza bien alta, resultado —Ani estaba seguro de ello— de la recién anunciada política de clemencia de los romanos. Por lo menos enviaría a un médico.

Ani se inclinó y se arrodilló junto a Arión.

—¿Estás bien?

—¡Déjame solo! —gruñó el muchacho con la boca tapada por la bolsita del remedio.

Se sentía humillado y despreciado. ¡No constituía una amenaza para nadie! Seguía con vida, pero la libertad no parecía impresionarlo. Valoraba su vida incluso menos que el broche de su túnica.

Ani pensó de nuevo en su esposa y sus hijos cenando en Coptos: Tiathres, quizá, con el pequeño Isisdoros sentado en el regazo, mientras el mayor, Serapión, contaba alguna aventura transcurrida a lo largo del día y Melanthe miraba por la ventana preguntándose cuándo regresaría su padre. Podía ver el sol del atardecer brillando sobre la mesa y oler el pan de comino recién hecho. Volvería con ellos sano y salvo y lo recibirían con alegría. Eso era más precioso que una joya, más valioso que la carga que esperaba conseguir. «Isis —rezó—, a ti que ordenaste que la verdad debía ser el bien, te doy las gracias, gran diosa, por mi vida y por mi libertad.»

En ese momento llegó Menches, que le preguntó:

—¿Eran nuestros nuevos gobernantes?

—Así parece. —Ani buscó a su alrededor el viento que había soltado cuando habían aparecido los romanos.

—Pensé que se llevarían al muchacho griego. —Daba la impresión de que a Menches le había defraudado que no lo hubieran hecho. Seguramente no había comprendido lo suficiente la conversación como para darse cuenta de que su jefe también estaba en peligro; su dominio del griego estaba restringido a lo que tenía que ver con camellos—. ¿Qué significa «clemencia»?

—«Clemencia» significa piedad. Por lo visto el nuevo rey ha decretado que no haya represalias contra los que lucharon por la reina.

—Mejores noticias para los griegos que para nosotros.

Era cierto: la clemencia para con los vencidos significaría que los derechos y las propiedades de los griegos permanecerían intactos y que no habría nuevas oportunidades para los egipcios. Ani se consoló pensando que las represalias no sólo habrían significado la muerte de Arión, sino también el caos en todo Egipto y el hundimiento del comercio. Suspiró y reemprendió su labor con la tienda.

Cuando acabaron de montarla recordó la luz que había visto en dirección norte la noche en que encontraron a Arión: la luz de un gran fuego, a unos tres kilómetros de distancia en algún lugar remoto de la montaña. Aquello había sido la pira funeraria del rey Tolomeo César, el último de la dinastía de los lágidas.

Nunca había creído totalmente en la divinidad de los reyes. Los dioses criaban reyes y reinas para que gobernasen a los hombres, pero luego los mismos dioses los derrocaban por capricho. Cleopatra había declarado ser la encarnación viviente de Isis, algo que sin lugar a dudas era cierto, en el sentido de que la diosa le había otorgado poder sobre Egipto... Pero era sólo Isis quien gobernaba los rayos del cielo y podía superar el destino, y era ella quien había ordenado el fin del reinado de Cleopatra. Lo ponderó un instante: los reyes lágidas, derrocados; el orden del mundo, transformado para siempre. Sólo quedaban los dioses: grande era la diosa.

Tal vez fuera él el único egipcio que había presenciado el funeral del último de los tolomeos. Tendría que contárselo a Melanthe. Ella comprendería su significado: había presenciado con sus propios ojos el fin de una era.

Tiathres se limitaría a celebrar que estuviera de vuelta en casa sano y salvo. Lo besaría, lo arrastraría hasta la oscura habitación trasera que era su estancia privada y le daría la bienvenida al hogar en el dulce santuario de su cuerpo. Tiathres, pensaba orgulloso, siempre había tenido mucho sentido común.

Capítulo 4

El médico de Archedamos llegó a primera hora de la mañana, cuando los egipcios estaban dando de comer a los camellos y limpiando el campamento.

Cesarión había pasado una noche penosa, dando vueltas y más vueltas en su jergón, intentando buscar una postura en la que el dolor de la herida le resultase soportable. Ésta le quemaba, la cabeza le dolía como si estuviera a punto de explotarle y se sentía tremendamente mareado. Hacia la hora en que llegó el médico, pensaba que iba a morir. Deseaba fervientemente haberlo hecho antes para de ese modo haberse ahorrado las torturas y humillaciones que había padecido en los últimos días. Había tenido que pedirle perdón a Ani por una sospecha ridícula, un posadero le había escupido y al parecer lo había pateado, y un centurión jactancioso lo había llamado bastardo y gallito. Mejor haber muerto.

No obstante, más humillante y temible era esa horrorosa sensación de que su identidad se le escapaba de las manos. Por lo que al mundo que lo rodeaba se refería, Tolomeo César había muerto. Ahora él era Arión, un joven y loco alejandrino que no suponía ninguna amenaza para nadie. De seguir con vida, tendría que aceptar el trabajo que le había ofrecido Ani. Se daba cuenta, horrorizado, de que no tenía la menor idea de qué hacer si no para ganarse la vida... Y quería regresar a Alejandría: en ningún otro lugar había nada para él.

Alejandría sería peligrosa, por supuesto. Allí lo conocía mucha gente y la ciudad se encontraba en manos de los romanos. Pero su madre estaba allí, y sus hermanos y su hermana, junto con lo que pudiera quedar de la corte real. No tenía nada por lo que vivir y ninguna manera de huir, así que era mejor intentar hacer algo digno de un rey antes de morir.

Sin embargo, si partía hacia Alejandría como secretario de un camellero, ¿quién sería cuando llegara a la ciudad? ¿Seguiría siendo Cesarión, un rey destronado dispuesto a liberar del cautiverio a su madre, o al menos a su hermano?... ¿O se habría convertido en Arión, un fantasma débil y epiléptico, ayudado por caridad, ridiculizado y despreciado? Era mejor, mucho mejor, morir en Berenice.

Pero morir a causa de una herida infectada, ardiente, ulcerada y con dolor... era un final terrible. Tal vez, no obstante, era lo que se merecía por haber rechazado la muerte real que le había sido ofrecida.

Pero el médico era optimista.

—Está un poco infectada —anunció después de una concienzuda exploración—. Sin embargo, puede ser controlada mediante limpieza y los cuidados adecuados, todo ello combinado con reposo y una dieta ligera y con muchos líquidos. —La herida en sí fue declarada poco peligrosa—: El corte inferior es profundo, pero se limita a la carne

que queda entre las costillas: no ha penetrado en ningún órgano vital. El envite superior ha roto una costilla, pero no es nada importante.

Para bajar la fiebre y aminorar el dolor le dio a Cesarión una medicina que consistía en una mezcla amarga de opio y eléboro negro. Luego le limpió la herida con una solución de vinagre y hierbas, unió la piel rasgada mediante unos puntos de sutura y dejó unas aberturas para que drenara el pus.

Cesarión lo soportó en silencio sin apartarse el remedio de la cara. La droga que le habían administrado le apaciguaba tanto el dolor del costado como el de la cabeza. Se sentía como suspendido mediante un gancho clavado en el costado en una niebla gris..., suspendido y girando lentamente en un mundo en desintegración.

El médico terminó con la sutura y le aplicó un emplasto.

—¿Qué es esto? —le preguntó cogiendo la bolsita de su débil mano.

—Lo necesito —protestó, alarmado, Cesarión, y alargó el brazo para recuperarla.

El médico abrió la bolsita y depositó parte de su contenido en la palma de la mano.

—Cardamomo —comentó—. Resina de amoníaco, nueza y cincoenrama. ¿Qué es esto? ¿Ciclamen?

—Lo necesito —repitió Cesarión con más urgencia.

El médico olió el puñado de plantas secas.

—No, raíz de peonía... Son hierbas con poder calorífico y secante, contraindicadas para heridas o fiebres. ¿Por qué las tenéis?

Ani emergió de la penumbra.

—Sufre la enfermedad sagrada.

El médico lo miró fijamente. A continuación, depositó, de nuevo las hierbas en el interior de la bolsita y se la devolvió en silencio. Cesarión la presionó contra su cara y aspiró profundamente el punzante aroma. El mundo seguía girando.

—Deberíais habérmelo dicho antes —subrayó, airado, el médico—. Afecta al tratamiento. ¿Cuánto tiempo hace que sufre la enfermedad?

Ani se encogió de hombros, una forma expresiva de demostrar su ignorancia. El médico se volvió hacia Cesarión y repitió la pregunta.

El joven seguía dando vueltas en la niebla.

—Empezó cuando tenía trece años —respondió soñoliento—. Recuerdo que entré en casa, y luego estaba en la cama, y un médico me examinaba. Me dolía todo y tenía la ropa mojada. Dijeron que me había caído. Es incurable. Lo intentaron. Hemos consultado a muchos médicos. Me han recetado drogas, me han realizado sangrías y purgaciones, pero sin éxito. Uno de ellos incluso quería cauterizarme el cerebro, mas mi madre no se lo permitió. No me dan ataques con demasiada frecuencia.

—¿Con cuánta?

—En casa, quizá una vez al mes... —Una sacudida lo devolvió al presente. Se suponía que no debía discutir su enfermedad con nadie sin la aprobación previa de la

reina—. ¿Habéis hecho el juramento?

—¿Qué juramento? —le preguntó el médico poniendo mala cara.

Era un hombre mayor, bien vestido y con barba de filósofo. Parecía sabio y bondadoso, pero Cesarión no se fiaba de los médicos. Todos intentaban tener ese aspecto, al fin y al cabo su sustento dependía de ello, pero algunos de los tratamientos que recomendaban estaban muy cercanos a la tortura.

—El juramento hipocrático. «Mantendré en secreto y no revelaré a nadie nada de lo que vea o escuche, profesional o privadamente, que no deba divulgarse.» No debéis decirle a nadie que sufro la enfermedad.

—He hecho el juramento —dijo el médico con desgana—. Sin embargo, en este caso, Archedamos es quien paga mis honorarios y me ha solicitado un informe.

Ani emergió de nuevo de la penumbra.

—Archedamos sólo quiere información sobre la herida —apuntó—. No es necesario contarle nada de la enfermedad. El muchacho se avergüenza, lo comprendéis, ¿verdad? No quiere que toda la ciudad lo señale como epiléptico y vaya por ahí escupiéndole.

El médico pareció aceptarlo. Cesarión apenas era consciente de las instrucciones que aquél estaba dando a Ani con respecto a sus cuidados: medicinas, dieta, vendajes para la herida...

—Volveré mañana —finalizó. Cesarión permanecía suspendido en la niebla, girando lentamente.

Ani reapareció después de un período indeterminado y empezó a hacer algo con el vendaje.

—No deberías haberle contado que tengo la enfermedad —le reprochó Cesarión.

—¿Contarle a quién? —le preguntó Ani.

Cesarión comprendió entonces que hacía horas que el médico se había marchado. «No debería haber aceptado esa droga —pensó—. Es demasiado fuerte. Me delataré. No debo.»

—A ese médico —contestó.

Ani resopló, disgustado.

—¡Es médico! Tenía que saberlo. Tú mismo lo escuchaste: afecta al tratamiento. —Sintió un frescor maravilloso en el costado cuando el nuevo emplasto le rozó la piel ardiente—. ¿Así que en casa sufres un ataque al mes? Pues has tenido dos desde que te conozco.

Más, pensó, soñoliento, pero los ataques pequeños habían pasado desapercibidos.

—En casa era más fácil —dijo débilmente—. No hacía tanto calor. El hambre y la sed empeoran la enfermedad, y también el ejercicio o el reposo excesivos, el sufrimiento y las pasiones.

—Entonces lo de hacerse soldado no fue muy buena idea. —La cara del egipcio colgaba sobre él, como grabada y poco natural—. ¿Te empeora la pasión? Por Isis y

Serapis, ¿y eso qué significa? ¿Que debes evitar a las mujeres?

Cesarión pensó en Rodofis, de la que se había enamorado cuando ambos tenían dieciséis años. Tenía una risa tan bella, una risa tan alegre, libre y desinhibida, unos pechos tan deliciosos... Pero era una esclava de palacio, y cuando su madre descubrió que se acostaban juntos, Rodofis fue vendida en el mercado público de esclavos. «Lo siento —le dijo Cleopatra cuando acudió a ella llorando—, pero sabes que habría acentuado tu enfermedad.»

—Se supone que debo evitar a las mujeres —confirmó el joven amargamente.

—Dulce Isis, ¡vaya destino!

Le pareció que Ani decía algo más, pero cuando le preguntó qué, descubrió que el egipcio ya no estaba allí.

Se despertó sin ser consciente de haber dormido y Ani volvía a estar junto a él. El mundo había dejado de girar y tenía la cabeza lo bastante clara para percatarse de que el efecto de la droga empezaba a menguar. El dolor, sin embargo, no resultaba tan punzante como por la mañana.

—Arión —dijo nervioso el egipcio—, necesito ayuda.

«Seguro que así es —pensó con amargura Cesarión—, si tan dispuesto estás a llamarme por mi nombre.»

—Archedamos me ha invitado a cenar —prosiguió Ani—. Se trata de una cena griega. ¿Debo llevar manto?

Cesarión permaneció inmóvil un instante, tratando de poner orden en su inconexa cabeza, en un intento de comprender por qué lo había despertado para realizar una pregunta tan trivial como ésa. Ani lo observaba nervioso y fue entonces cuando el joven comprendió que para Ani aquél no era un asunto tan trivial: el altivo propietario de la caravana estaba totalmente intimidado con la invitación a cenar. Una conclusión sorprendente y gratificante: Ani podía ser agudo, perspicaz y enérgico, pero no era un caballero, y lo sabía. Durante un momento Cesarión consideró engañarlo para que se comportara como un tonto e hiciera el ridículo, pero no, no podía. Como Ani le recordaba constantemente, tenía una deuda con él para el resto de su vida.

—¿A qué hora es? —le preguntó.

—Faltarán un par de horas para la puesta de sol.

—¡No, la cena! ¿A qué hora empieza la cena?

—En cuestión de una hora.

—¿Cuántos invitados hay?

—Pues... me ha dicho que invitaría a Kleon, el capitán del *Prosperidad.*

—¿A quién?

—¡Al capitán del *Prosperidad*! ¡El hombre de quien depende toda esta empresa! Quiero que me acepte como socio, no sólo como cliente.

—Es poco probable que Archedamos invite sólo a dos personas —dijo juiciosamente Cesarión—. Eso dejaría los divanes desequilibrados. Es una hora muy

temprana para una cita informal, aunque no lo bastante para que se trate de un banquete. Probablemente seréis seis a cenar y habrá tres platos. Deberías llevar un buen manto, pero nada de abalorios.

Ani parecía más preocupado que nunca.

—Dioses, entonces... ¿debo llevar manto largo? Jamás consigo colocarme esos malditos mantos como es debido. ¿Divanes, has dicho? ¿Voy a tener que comer acostado... en ese maldito mobiliario griego?

Cesarión se sentó. Estaba ligeramente mareado, pero no sentía grandes molestias.

—Trae el manto —le ordenó—, te diré lo que debes hacer.

* * *

Ani partió para la cena tres cuartos de hora más tarde, incómodamente envuelto en un manto largo y con la cabeza atiborrada de instrucciones. Cesarión se acostó de nuevo, cansado pero satisfecho: había salvado a su anfitrión de quedar como un tonto, algo que de cierta manera compensaba un poco el equilibrio entre ambos.

Imouthes, el camellero más joven, entró en la tienda con un tazón de caldo. Lo depositó en el suelo junto a la cabeza de Cesarión, se quedó mirándolo un momento con mala cara y se marchó sin decir nada.

—Ya se lo he dado —oyó Cesarión que decía el joven en el exterior de la tienda.

—Bien —dijo Menches, el mayor—. Espero que se le revuelva el estómago si se le ha ocurrido ofrecerle malos consejos al amo Ani.

Hablaba en demótico, como su hijo. Cesarión se preguntaba si se habrían percatado de que podía oírlos y entenderlos. Los griegos de las ciudades no solían hablar demótico. Pero la reina había aprendido el idioma de sus súbditos, era la primera de su dinastía que lo había hecho, y había insistido en que su hijo lo aprendiera también. El joven cogió el tazón y lo olió con cautela. Parecía inofensivo, agradable: caldo de cebada con un poco de miel para endulzarlo.

—¿Por qué necesitaba el amo consejo para la cena? —preguntó Imouthes. Daba la sensación de que los dos hombres se habían instalado a cenar justo delante de la tienda.

Menches emitió un sonoro carraspeo, escupió, y un «paf» de saliva perfectamente distinguible aterrizó sobre la arena.

—¿Te ha invitado alguna vez a cenar un griego? No suelen invitar a los egipcios, ni siquiera a los del estilo del amo Ani. Los griegos tienen normas sobre cómo sentarse y cómo masticar y sobre qué mano utilizar para qué, y consideran sucios campesinos a los que no las conocen. Se inventan normas de ésas para distanciarse. Ningún griego quiere tener a un egipcio como amigo o socio.

—¿No esperas que el amo Ani lo consiga? —replicó el joven, defraudado.

—¡Mejor que no! —respondió Menches, sombrío.

—¿Qué tiene de malo que el amo Ani se convierta en un mercader rico? —protestó Imouthes—. Ha ganado su dinero honradamente y siempre lo gasta donde debe gastarlo.

Se produjo un silencio y luego Menches dijo, con un tono de voz significativo:

—¿Por qué sólo nos contrató a nosotros y a nuestros camellos cuando en realidad necesitaba a otro hombre y tres bestias más, como mínimo?

—Porque no quería alquilárselas a Sisois —dijo Imouthes, claramente confuso.

—¿Y por qué no quería alquilárselas a Sisois?

—Porque Sisois es un perro fornicador.

Menches soltó una risotada.

—¡Aparte de eso! —Siguió un silencio de sorpresa—. Porque Sisois trabaja con Aristodemos —le explicó Menches con aires de triunfo—. Si el amo Ani le hubiera pedido camellos, Aristodemos habría descubierto sus planes.

—¿Y? Aristodemos no quiere hacer negocios este año. ¿Por qué debería importarle lo que haga el amo Ani?

—¿Y qué debería importarle a un hombre impotente que otro se acueste con su mujer? Le importa, eso es todo. Nada de esto le gustará a Aristodemos, y el amo Ani lo sabe. Quiere tenerlo todo hecho antes de que Aristodemos se entere, porque entonces Aristodemos tendrá que tragárselo. Y digo que si es sólo cuestión de que Ani negocie una carga, Aristodemos tragará... Pero si se trata de una sociedad, habrá problemas. Los romanos dijeron que tendrían una política de «clemencia», lo que significa que los griegos se quedan con todo, lo que significa que Aristodemos querrá meter dinero en juego. El *Prosperidad* ha realizado cuatro viajes para él. Es un buen barco, con un capitán experimentado que conoce las costas y a la gente. Aristodemos no abandonará sin antes luchar..., y menos contra un egipcio. Y en lo que a pleitos se refiere, ganará él, ¿o no? Es más rico que el amo Ani, y todos los magistrados son griegos. No, sería mejor para Ani que el capitán lo considerara un sucio campesino y decidiera buscar un socio griego.

Siguieron hablando de caravaneros y mercaderes de Coptos, y Cesarión dejó de prestarles atención. Se tomó el caldo de cebada, se acostó sobre el lado bueno e intentó dormir.

Fue despertado de un sueño ligero unas horas después. Estaba oscuro y Ani y otro hombre se encontraban de pie a su lado con una antorcha. La luz que emitía bailaba como ebria en la penumbra de la tienda y olía fuertemente a vino.

—¡Salud! —dijo Ani. Parecía muy alegre—. ¿Te encuentras mejor?

Cesarión se incorporó y se apoyó sobre el codo, mirándolo con ojos un poco cerrados. El hombre que estaba con Ani se agachó junto al jergón. Era probablemente griego, de mediana edad y robusto, y tenía indicios de calvicie; vestía un manto cruzado de buena calidad; tenía los antebrazos llenos de cicatrices, y las manos, cruzadas sobre

las rodillas, estaban llenas de callos.

—Ani dice que estás conforme en escribir sus cartas —dijo. Su aliento apestaba a vino y parecía tan alegre como Ani. Cesarión sospechó de quién se trataba.

—Te presento a Kleon —confirmó Ani con una sonrisa, y se agachó a su vez—. El capitán del *Prosperidad*. Deseaba conocerte.

—Archedamos piensa que eres miembro de la corte del rey —le confió Kleon, cargado de vino—. Pariente o incluso Primer Amigo.

Cesarión lo miró de reojo, alarmado. ¿Que Archedamos había dicho que era un miembro de alto rango de la corte? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Sería por su lealtad a la causa de la reina y la posición que afirmaba tener como «ayudante de Eumenes», o acaso Archedamos recordaba haberlo visto? No creía que hubiera estado nunca con aquel hombre, pero eso no significaba nada: en las ceremonias aparecía ante una gran multitud y lo observaban miles de personas. Si Archedamos lo había visto y lo recordaba como miembro de la corte, ¿acabaría acordándose de más cosas?

—Estabas con el rey en el escondite de las montañas, ¿verdad? —prosiguió Kleon —. Ayudante de campo del comandante, dice Archedamos. Se lo ha contado a toda la ciudad, así como lo que les dijiste a los romanos cuando vinieron a interrogarte. Está exultante de admiración... ahora que los romanos van a ser clementes. Nuestro supervisor del puerto siempre ha adorado a la realeza. ¿Estabas en la corte?

—Era Amigo del rey —replicó, cauteloso, Cesarión. Se trataba del tercer rango de cortesano, por debajo de los Parientes y de los Primeros Amigos.

—¡Magnífico! —rugió Kleon, encantado, y dio a Ani un golpe en la espalda que casi lo hizo caer sobre Cesarión—. ¡Por los dos dioses, eso ya es algo, un Amigo del rey que os redacta las cartas! Ese papanatas de Aristodemos nunca ha tenido nada semejante. ¿Y crees que podrás conseguir el estaño?

—Sí, si puede comprarse.

Kleon soltó una carcajada de admiración.

—¡Éste es el tipo de hombres con el que me gusta hacer tratos! Aristodemos siempre anda quejándose: «No puedo hacer esto, no puedo hacer lo otro; mi dinero, mis tierras, mis recursos no permiten...» Deberíamos haberlo dejado ya en el último viaje, pero no encontré a nadie. Tenemos el lino, aseguráis que podéis conseguir los artículos de cristal y contáis con la amistad de un Amigo del rey que os escribe las cartas comerciales... ¿Te encuentras mejor, Arión?

Cesarión lo miraba con desagrado. Su cabeza adormilada comprendía que su acuerdo con Ani parecía un hecho consumado... y que él se encontraba entre las ventajas de las que Ani disponía como socio potencial. Sin embargo, el joven no había confirmado nada al respecto. Ani le había dicho que no había prisa y que podía pensarlo.

—¿Te ha dado Menches el resto de la medicina? —le preguntó Ani antes de que a Cesarión le diera tiempo de protestar.

—No —contestó, irritado al descubrir que Menches debería haberlo hecho—. Pero no la quiero. El dolor va mejor. Yo...

—¡Tienes que tomarla! —aseguró Kleon—. La fiebre en verano es mortal, pero el eléboro te la quitará. Es un purgante, ya lo ves, y además calma el dolor y saca todo el veneno que tengas dentro.

Cesarión era consciente de sus efectos purgantes... Los sentía en las tripas en ese momento, y desde su punto de vista no representaban nada bueno en una herida en el costado como la suya.

—En una ocasión me hirieron en el estómago —continuó Kleon, explayándose—. Piratas, en el sur, cerca de Ptolomais Theron. De no haber sido por el eléboro, habría muerto a causa de la fiebre; y de no haber sido por la mirra, habría muerto de la infección. Mañana te haré llegar un poco de mirra... de primera calidad, procedente de Opone. Un regalo. Para el noble ayudante de mi socio.

—Gracias —dijo Ani enseguida—. Es lo mejor para las infecciones. —Se incorporó y al poco regresó con un frasco negro y brillante—. Aquí está la medicina —le dijo a Cesarión—. Tómala. El médico dijo que debías tomarla al ponerse el sol. Menches seguramente pensó que no era necesario porque dormías. Espero que te diese el caldo de cebada.

—Sí —confirmó Cesarión, mirándolo malhumorado.

Deseaba decir que no había llegado a ningún acuerdo con Ani. Pero... ese hombre lo había ayudado. De hecho, le había salvado la vida. Ani le ofrecía cobijo, comida, medicinas... y una forma de llegar a Alejandría. Quería llegar a Alejandría. Berenice se había convertido en un lugar peligroso. Archedamos podía haberlo reconocido y los romanos seguían allí. Pero en Alejandría aún podría hacer algo, ¡algo!, para ayudar a su madre, a su familia, a su causa.

Si no se convertía en secretario por el camino.

Finalmente, cogió el frasco negro y bebió la amarga medicina sin decir nada.

El médico regresó a la mañana siguiente y se quedó muy satisfecho al ver los progresos del joven. La inflamación de la herida había bajado y había vencido la fiebre. El médico lavó y vendó la herida y le ofreció una nueva dosis de medicina. Para consuelo de Cesarión, no lo presionó cuando se negó a tomarla. Luego le hizo más preguntas sobre su remedio: quién se lo había recetado y qué contenía. No había preguntas, sin embargo, acerca de la experiencia del joven con la enfermedad, y cuando el hombre anotó los ingredientes, Cesarión se dio cuenta de que su interés se centraba en la medicina, no en el paciente. Había cometido un error nombrando al doctor. Aquel médico de pueblo se jactaría de haber obtenido directamente la receta de una lumbrera de la corte real y Archedamos se enteraría de ello y tal vez recordaría el verdadero

estatus del hombre cuyos honorarios médicos había acordado pagar.

¿Seguirían los romanos en Berenice? ¿Iría a verlos Archedamos en caso de que siguieran allí? ¿O hablaría —se lo había contado a toda la ciudad—, como había hecho antes?

Debía abandonar Berenice lo antes posible.

Ani se acercó en cuanto el médico se hubo marchado.

—¿Te traigo algo de la ciudad? —le preguntó. Esa mañana estaba de muy buen humor: se había paseado de un lado al otro del campamento tarareando fragmentos de canciones festivas y acariciando a los camellos.

Cesarión lo miró con disgusto.

—Le dijiste al capitán que estaba de acuerdo con escribirte cartas —le comentó con frialdad.

Ani se puso serio al instante.

—Muchacho, ¡no irás a cambiar de idea ahora!

—¿A qué te refieres con «cambiar de idea»? —replicó, indignado, Cesarión—. ¡Nunca me comprometí! ¡Y no me llames «muchacho»!

—¡Por todos los dioses! —exclamó Ani igual de indignado—. ¿Por qué no habrías de hacerlo? ¡Te he salvado la vida!

—¡Sólo me la salvaste porque pensaste que podrías aprovecharte de mí!

—¡No! —respondió al punto Ani—. Te salvé la vida sin saber quién eras. Fue después cuando descubrí que podías hacer algo por mí a cambio. Y no estoy pidiéndote nada que pueda ofenderte; de hecho, tú también saldrías beneficiado. Dulce Isis, ¡no puedes echarte atrás ahora! ¡Kleon firmará hoy el contrato!

—¡No tenías por qué haberle dicho que yo lo haría cuando ni tan siquiera te había dicho si estaba o no de acuerdo! —protestó Cesarión.

—¿Estás diciéndome que no lo harás? —le espetó Ani.

Se contemplaron el uno al otro durante un largo rato.

—Yo no he dicho eso —admitió finalmente Cesarión—. No he dicho que no lo haré. Pero no debías haberle contado a ese capitán borracho que yo estaba de acuerdo cuando no era así.

Ani empezó a relajarse lentamente.

—Bien. —Desinfló las mejillas soplando—. La verdad es que no le dije que estuvieras de acuerdo. Lo único que le dije fue que te había hecho una oferta. Kleon se limitó a suponer que estarías de acuerdo: serías un tonto si no lo hicieras. —Se sentó en el suelo de la tienda con las piernas cruzadas—. Y bien, ¿lo harás?

Cesarión dibujó una mueca.

—¿Por qué este negocio es tan importante para ti?

Ani sonrió.

—Quiero ser rico. Valgo más que muchos, pero cultivando lino no puedes hacerte rico de verdad. Llegan los impuestos y el beneficio se va. A lo máximo que puedes

aspirar es a un doce por ciento anual. Con el comercio se obtiene un doscientos, siempre y cuando elijas bien el barco y te sonría la fortuna. ¿Conoces algo del comercio costero?

Deudas y tarifas portuarias; exquisitas cargas que llegaban en los navíos reales; peticiones para la reina para que mejorara vías y puertos y acabar de ese modo con la piratería y los bandidos. «Nada», podía admitirlo.

—Los barcos parten de Berenice, o de Myos Hormos, que está más arriba —dijo Ani—, en dirección sur por el Mar Rojo; a veces llegan incluso hasta Opone, en el océano índico. Tardan cerca de un año en ir y volver. El capitán del barco, o la compañía propietaria del navío, busca inversores que subvencionen el viaje llenando la nave de mercancía y obteniendo una participación en los beneficios a su regreso.

»Y resulta que ahora Kleon es el único propietario del *Prosperidad...* Se lo compró al sindicato que lo construyó. Compró también la carga por su cuenta y le pertenece la mitad de lo que la nave transporta. La otra mitad es de un socio. El socio de Kleon es un rico terrateniente de mi ciudad, un hombre llamado Aristodemos. En circunstancias normales, Aristodemos habría enviado una caravana para recoger el cargamento, tanto su parte como la de Kleon. Lo transportaría por tierra hasta Coptos y luego por el río hasta Alejandría, donde lo vendería, obteniendo con ello un beneficio interesante, y, con parte de él, compraría mercancía para el siguiente viaje.

»Pero este año, como creo haber mencionado ya, Aristodemos tenía miedo a la guerra. No quería arriesgar su dinero y no le apetecía ir a Alejandría cuando estaban a punto de sitiarla. Envió una caravana de la mitad del tamaño habitual, descargó y viajó a gran velocidad para llegar a Berenice antes de que estallara la guerra. Se llevó su parte de la carga y dejó a Kleon con la suya en Berenice.

Cesarión comenzó a escuchar con desgana el relato de aquellas insignificantes transacciones comerciales, pero pensó que, por poco que le gustara, aquellas circunstancias dominarían seguramente su vida en el transcurso del mes siguiente, y por ese motivo volvió a prestar toda su atención.

—¿Y Kleon no podía llevar personalmente su parte a Alejandría? —preguntó.

Ani dejó escapar una nueva sonrisa.

—Podía, por supuesto, pero le habría costado. —Cesarión no comprendía nada. Ani abrió los brazos expresivamente—. Esta ciudad está perdida en el rincón del desierto más desolado que los dioses pudieron concebir. Apenas hay tierras de pastoreo en invierno, y en verano ni eso. La poca agua de las cisternas da tan sólo para regar unos cuantos huertos. Cuesta mucho mantener un camello cuando se trata de transportar su comida a lo largo de casi ochocientos kilómetros de desierto. Aquí es difícil alquilar bestias de carga en verano, y, en caso de haberlas, resultan muy caras. No, las caravanas de camellos que llegan a Berenice lo hacen desde el río, y luego regresan allí. Kleon necesitaría ir hasta Coptos, contratar camellos y jinetes, regresar aquí con ellos, cargar, transportar la mercancía hasta Coptos, alquilar un barco, llevarlo

a Alejandría, hacer sus negocios, subir de nuevo el río navegando, alquilar más camellos y esperar que su barco siguiera en buen estado a su regreso, porque los barcos necesitan cuidados concienzudos y las tripulaciones contratadas nunca los cuidan tan bien como su propietario. No, necesita un socio y da la casualidad de que yo estoy más que dispuesto a ocupar el lugar de Aristodemos.

Cesarión recordó lo que había dicho Menches, que Aristodemos pondría problemas si Ani ocupaba su puesto en la sociedad. Pensó que Ani hacía lo correcto obviando el tema: Aristodemos no podía esperar que Kleon volviera a trabajar con él. Lo había dejado en la estacada. Ani, al contrario, había llegado al rescate de Kleon... y esperaba aprovecharse de ello, igual que había esperado aprovecharse de haber rescatado a Cesarión.

—Trajiste la mercancía hasta aquí incluso sin conocer previamente a Kleon —señaló Cesarión—. Y dijiste que nunca habías estado en Alejandría.

—Traje el tejido de lino —confirmó Ani—, la parte de la carga que me compraba Aristodemos. Mira, el *Prosperidad zarpa* habitualmente con una carga de lino tejido y de lino tintado, junto con objetos de cristal de los talleres de Alejandría y estaño de ultramar. Sí, me arriesgué a traer los tejidos sin saber seguro si tendría comprador, pero estaba convencido de que Kleon estaría encantado; y de todos modos, yo lo tenía ya preparado para Aristodemos. Estaba seguro de que Kleon aceptaría los tejidos a cambio de parte de su carga y que con eso ya me habría merecido la pena el viaje. Pensé que se sentiría tan complacido que estaría de acuerdo en permitir que llevara el resto de su cargamento hasta Alejandría a cambio de una comisión. Pero lo que yo quería, ¡y gracias a Isis es lo que voy a tener!, era establecer una sociedad en los mismos términos que mantenía con Aristodemos.

Cesarión pensaba en los camellos sobrecargados saliendo de Kabalsi.

—Si dices que los tejidos son sólo una parte de la carga, ¿dispones de camellos para transportar lo que obtendrás a cambio, además de todas las mercancías de Kleon? —preguntó, dudoso.

—¡El lino es una inversión! —lo corrigió enseguida Ani—. Mi aportación al negocio. Todo lo que obtengamos en Alejandría será de Kleon. Lo único que obtengo yo de ello es una comisión. Utilizaremos parte de la ganancia de Kleon para comprar el resto de lo que necesitamos. Pero no te preocupes por sobrecargar los camellos. Podremos cargar agua de sobra camino de casa e ir montados la mayoría del tiempo. El incienso pesa poco en comparación con una cantidad de lino del mismo valor.

—¿Incienso?

Ani esbozó una amplia sonrisa.

—Ciento veinte kilos de mirra de Opone de primera calidad —dijo en tono reverencial—, y otros doscientos de mirra de calidad inferior. De Mundus, ciento sesenta kilos de canela y ochenta de olíbano, más ciento veinte de resinas olorosas variadas. Luego hay carey, también de Opone, y marfil de Adulis. No supondrá ninguna

carga para los camellos, pero ¿sabes a cómo puede venderse en el mercado de Alejandría?

No lo sabía. Sabía, no obstante, que el incienso se vendía por onzas, y que al peso era más caro que la plata. Se trataba de una mercancía valiosa, incluso para los elevados estándares de su dinastía.

—Buscarás gente que te proteja —dijo Cesarión, asombrado.

—Kleon mandará a un par de marineros para que vigilen las cosas y ayuden. Pero guardias... No es el mejor momento del año para los bandidos: en verano no se quedan en pleno desierto esperando, no lo hacen hasta que el comercio procedente de la India abandona los puertos. Y si hablamos de los romanos o de lo que quede del ejército de la reina... No podríamos hacer nada al respecto, con protección o sin ella. No, no pienso preocuparme por los robos. —Sin dejar de sonreír, le dio a Cesarión un golpecito en la espalda, una familiaridad irritante—. Por lo que sí debemos preocuparnos es por el estaño. Eso es lo que Kleon entrega en Opone a cambio de la mirra y el carey. Aristodemos conoce a un mercader que lo importa de Alejandría, pero, claro, es amigo de él y puede que no desee hacer tratos conmigo. Por eso necesito a alguien capaz de escribir las cartas que escribiría un caballero. Necesito convencer a un rico importador alejandrino de que soy un mercader de verdad.

«Aunque no lo eres», pensó Cesarión, con una mezcla de desprecio, por el engaño, y de admiración, por la decisión y el atrevimiento.

No le gustaba la idea de prestarse a las manipulaciones de un campesino, pero quería llegar a Alejandría. «Te mostrabas preocupado por alguien —le había dicho Ani —. ¿Ni siquiera deseas ver cómo están?» Y había pensado enseguida en su hermanito, en el patio de los establos mordiéndose el puño.

¿Cómo estaría el pequeño Tolomeo Filadelfio, hijo de Marco Antonio y Cleopatra, «rey de Macedonia», según sus padres? ¿Ejecutado? ¿Prisionero? ¿Llorando por su madre, o tal vez por su hermano mayor? ¿Qué habría planeado César Octaviano, el implacable nuevo señor de Egipto, para el último hijo de la dinastía de los lágidas?

Nunca se había sentido muy ligado a sus hermanastros mayores, los gemelos Alejandro Helios y Cleopatra Selene. De pequeño, él había sido un niño sano y activo y andaba todo el día ocupado con tutores o compañeros de su edad, así que apenas los veía. El primer ataque de su enfermedad le sobrevino cuando Filadelfio tenía sólo dos años. Durante los primeros meses había estado muy enfermo, más por los intentos de curarlo que por la enfermedad en sí, y se dedicaba a practicar juegos tranquilos con su hermano menor. Filadelfio lo adoraba, ¡un simpático hermano mayor con quien jugar!, y esa adoración lo había ayudado a superar las apabullantes humillaciones de aquel año terrible. Después de aquello, se dedicó a cuidar de Filadelfio, a hablarle, a escucharlo siempre que podía.

Si pudiera llegar a Alejandría... Su primer deber, naturalmente, sería su madre, la reina. Tendría que ver si existía alguna forma de rescatarla del cautiverio, a pesar de

que sospechaba que, de alguna manera, su madre estaría más allá de cualquier ayuda que él pudiera proporcionarle.

Filadelfio, sin embargo, era lo bastante joven para que fueran sirvientas y no soldados quienes se ocuparan de él. Si estuviera todavía con vida, si Cesarión pudiera ayudarlo... Debía intentarlo.

—Escribiré las cartas —le dijo a Ani.

—¿Así que conforme? —le preguntó el egipcio con una ancha sonrisa—. ¡Bien, bien! ¿Te traigo entonces algo de la ciudad? ¿Papiro? ¿Plumas?

—¿Pretendes que empiece ahora? —inquirió Cesarión, horrorizado.

Ani movió una mano para calmarlo.

—¡No! Lo que ocurre es que necesito tener los documentos de aduanas preparados cuando llegue a Coptos, y tal como están las cosas, partiremos tan pronto como te encuentres bien para viajar. No sé dónde podremos comprar algo cuando partamos de aquí, así que mejor ser previsores. Papiro, plumas, tinta, tablillas de cera, ¿algo más?

Cesarión lo miró un instante con pavor. Su carne se revelaba ante la idea de tener que enfrentarse de nuevo al desierto. Pero, por otro lado, estaban Archedamos... y los romanos. «Sí, vete tan pronto como puedas —pensó—. Si esperas a curarte, te quedarás aguardando para siempre.»

—Un tocado —dijo.

—Es mejor que te enrolles una tela en la cabeza —le aconsejó Ani—. Una que te permita transpirar. Te evitará también el polvo.

—Quiero un tocado —declaró, obstinado, Cesarión—. Un *petasos* de ala ancha, para evitar el sol. Y un manto corto, de los que utilizan los griegos para viajar.

Ani lo pensó.

—Ya es suficiente. Tendrás que esperar a poder ponerte en pie para probarte tocados, pero te traeré un manto del almacén.

El manto apareció a última hora del día. Era de un tono naranja chillón con un ribete azul. Cesarión lo observó con desaprobación. Llevaba toda la vida vistiendo de morado, y ocasionalmente de blanco y oro o carmesí. Era evidente que en aquellos momentos no podía ir de morado, pero ¡naranja! Se recordaba sentado en el trono frente a la multitud en Alejandría, en un festival, con la suavidad de la seda morada acariciándole la piel, la cinta de la diadema real firme en su cabeza, el olor a incienso y los vítores de la multitud. En el interior de la tienda, el calor de la tarde era sofocante y se sentía mareado. La herida empezaba a escocerle. ¡Naranja! El morado era para reyes; ¿para quién sería el naranja? ¿Para secretarios de camelleros y para epilépticos babosos?

—Es un buen manto —le comentó Ani con orgullo—. Hecho en mi propio taller.

Teñido con azafrán y raíz de rubia, y el azul es índigo de verdad. No desteñirá. Kleon dice que en Mundus te darían su peso en olíbano.

—¡Es demasiado chillón! —se quejó el joven—. Es vulgar. Quiero algo más oscuro. Azul o... verde. O negro.

«El negro sería más apropiado: negro por las pérdidas, por el luto», pensó Ani frunció el entrecejo y se tiró del labio.

—Tampoco es para tanto. En el sur les gustan los colores brillantes, por eso traje... lo que tenía.

—Entonces ve a comprar...

Ani frunció el entrecejo todavía más.

—Oye, muchacho, no pienso comprarte un manto cuando en el almacén tengo muchos perfectamente adecuados. No te empeñes además en algo oscuro para viajar, y tampoco blanco. A mediodía acabaría destrozado por el polvo. Esto —sacudió la prenda— va bien para viajar y no se mancha. ¡Esto es un buen manto, muchacho! Incluso en Coptos pagarías cincuenta dracmas por un manto así... ¡Y cincuenta dracmas es un buen sueldo para un mes de trabajo!

Tardó un instante en establecer el cálculo. Un sueldo. Por Zeus, Ani estimaba que su trabajo valía cincuenta dracmas al mes... ¡Él, Tolomeo César, que había sido venerado como un dios! Mudo de indignación, no podía más que mirar.

Ani, sin dejarse impresionar, le lanzó el manto. Entonces Cesarión notó que se le contraía el estómago y, repentinamente, la llegada de un nauseabundo olor a putrefacción. El mundo entero empezó a bullir con un horror inexplicable.

—¡Por Apolo! —murmuró, temeroso de lo que iría a continuación.

Buscó precipitadamente el remedio y se lo acercó a la cara. Ani lo miraba con fijeza. Luego, Cesarión cogió el manto causante de la disputa con la mano que le quedaba libre y se tapó la cabeza con él para alejar esa mirada. El hedor a putrefacción ahogaba el aroma de las especias. Una inspiración, dos...

En el estanque había peces. Metió la mano en el agua para intentar tocarlos, pero su brazo rompió una línea sesgada en la superficie. El agua olía a podrido. Una partida de guardias arrastraba a un hombre vestido de negro que gimoteaba, sujetándose el muñón ensangrentado de su brazo derecho.

—Lo han sorprendido retocando las cuentas —decía Eumenes con desaprobación.

Las monedas reposaban en los ojos de Eumenes como escarabajos socavando la carne.

Filadelfio se había caído y se había golpeado la nariz. Sangraba. La sangre goteaba sobre la capa morada y la túnica blanca y dorada. Tenía la cara congestionada de tanto llorar. Cesarión se acercó corriendo y lo cogió en brazos; la sangre lo manchó también a él.

La sangre goteaba ininterrumpidamente de la parte trasera de la cabeza del hombre e iba a parar a los canales de piedra excavados en el suelo.

—Éstos son los ventrículos del cerebro —decía una voz salida de la nada, y la mano del hombre se sacudió...

Hacía calor y le dolía el costado. Un hombre lo sujetaba por el hombro y lo miraba a la cara, un hombre de piel oscura, mandíbula fuerte... Ani. Lo miraba con preocupación.

Cesarión volvió el rostro, apartó la mano intrusa, buscó de nuevo la medicina y se sentó para respirar hondo.

—¡Dulce Isis! —exclamó Ani. Hubo un silencio. Entonces el egipcio preguntó—: ¿Qué te ha sucedido?

—He sufrido un ataque —replicó Cesarión sin alterarse—. Ha sido de los pequeños. —En aquellos momentos podía oler ya la medicina, su esencia dulce, cálida y penetrante. Imaginaba los vapores llegando a los ventrículos del cerebro...

«No. No pienses en ello.»

—No te has caído. Creía que...

—A veces me caigo —dijo fríamente—. A veces sólo... tengo ataques como éste.

Se produjo otro silencio. Después la mano de Ani regresó a su hombro y lo presionó. Cesarión lo miró rabioso, aunque conmovido por la compasión que mostraban los ojos del egipcio.

—Parecía que estuvieras teniendo una visión del Hades —dijo Ani en voz baja. Cesarión no sabía qué responderle. Miró confuso al caravanero—. ¿También te ocurre esto una vez al mes? —La voz seguía siendo bondadosa.

—No —respondió Cesarión. Apartó la vista porque se sentía violento, y se secó la cara con la mano—. Más a menudo. Cada tres o cuatro días cuando estaba en casa. Pero no es... no es lo mismo que los ataques grandes. Se acaba en cuestión de minutos y luego puedo continuar con lo que estaba haciendo. No es... —Empezaba a comprender que tendría que explicarle más cosas a Ani: sin duda sufriría ataques a lo largo del viaje, y el caravanero cuidaría de él—. Cuando tengo un ataque importante —dijo, nervioso—, caigo y sufro convulsiones. Cuando se trata de uno pequeño..., por lo visto murmuro cosas y me quedo con la mirada fija...

—Parecía como si estuvieras viendo algo terrible. Te he sacudido y te he gritado, pero ni me oías ni me veías.

—Ni oigo ni veo nada de lo que sucede a mi alrededor... Pero no caigo, ni aunque esté de pie o caminando, así que no es peligroso. Normalmente noto cuándo me va a dar el ataque e intento sentarme, por si es de los graves. Aparte de eso, no hay nada más. Debe de parecer peor de lo que es en realidad. Hasta que me despierto no soy consciente de nada de lo que sucede a mi alrededor.

—Estabas sollozando... —Ani se mostraba confuso, preocupado.

—Recuerdos. Veo cosas que han sucedido, normalmente cosas que me han dado miedo, que odio. Pero no es... peligroso. A veces me quedo un poco aturdido, pero pasa rápido. Si me sucede estando acompañado, intento irme. Me ha sucedido un par de

veces desde que nos conocemos, pero no te diste cuenta porque en esas ocasiones no estábamos conversando.

»Los ataques importantes, como te he dicho, no suelen producirse más que una vez al mes. Últimamente he sufrido más, pero es debido al calor y al dolor y... y a la pena. Normalmente puedo sentarme antes de que se produzcan y no me duele. Si alguna vez me da y tú estás conmigo, no hagas nada, a menos que veas que vaya a golpearme o a caerme. El ataque pasa solo y no hay nada que sirva de ayuda: todo lo contrario. Después de un ataque grave, paso un par de horas inconsciente... Es un estupor anormalmente profundo, dice el médico, más profundo que los que sufren la mayoría de las personas que padecen la enfermedad. No siento nada, no me doy cuenta de nada de lo que me sucede. A ser posible, prefiero que me dejen tal y como estoy, durmiendo. Cuando me despierto, no me gusta ver que han estado haciéndome cosas de las que yo no me he enterado. Evidentemente, si me caigo en la calle tendrás que moverme, pero espero que no ocurra. Con un poco de suerte, no tendré otro ataque grave hasta que nos separemos.

Ani seguía contemplándolo con una expresión de pena y discreción que lo confundía, lo molestaba y hacía que se sintiera avergonzado.

—Rezaré a los dioses para que se apiaden de ti —le prometió al fin solemnemente.

Cesarión apartó la vista.

—Los dioses tienen tan poco que ver con esto como con cualquier otra enfermedad.

Ani sopló para desinflar las mejillas.

—Sí, pero la llaman la enfermedad sagrada, así que para ellos debe de tratarse de algo especial. En Coptos hay quien dice que la provocan los demonios.

—Es una enfermedad del cerebro.

—¿De verdad? —Ani parecía tan intrigado que Cesarión lo miró sorprendido—. ¿Es eso lo que dicen tus médicos griegos? ¿Por qué opinan así?

—El cerebro es el lugar que alberga la conciencia y la inteligencia. En esta enfermedad...

—En Coptos dicen que es el corazón el que alberga la conciencia.

—Se equivocan. Se ve fácilmente. Si a un hombre le dan un golpe en la zona del corazón, puede caer y tener problemas para respirar, pero no perderá la conciencia. Pero si le dan en la cabeza, sí. Muchos hombres heridos en la cabeza sufren pérdida del habla, de la vista o de la memoria, incluso después de recuperarse, y sin que la lengua o los ojos hayan sufrido daño.

—¡Es cierto! —exclamó Ani—. Nunca lo había pensado. ¿Razonan así tus médicos griegos? ¿Qué dicen entonces que es el corazón?

—Un fuego, o un horno, que calienta el espíritu vital y lo conduce por todo el cuerpo a través de la sangre.

—He visto los vasos sanguíneos de los corazones de los pollos y los cerdos. No lo había pensado, pero tienes razón, la sangre va desde el corazón a todo el cuerpo. ¿Y qué dicen tus médicos que sucede en la enfermedad sagrada?

¿Por qué, se preguntó Cesarión con recelo, estaba tan interesado Ani en el tema? Luego, observando la expresión absorta del egipcio, descubrió que conocía la respuesta. Ani estaba interesado porque poseía una mente ágil y curiosa. De haberse conformado con las ideas aportadas por su nacimiento, no habría ido a Berenice. Había visto a Cesarión atormentado y quería comprender por qué.

Le resultaba desconcertante descubrir que sabía eso de Ani, que, de alguna forma, lo admiraba, que deseaba que aquel campesino insultante... ¿Qué? ¿Que lo escuchara? ¿Que lo comprendiera? ¿Caerle bien? Se encontró dándole todas las explicaciones, tal y como se las habían dado a él.

—En el interior del cerebro existen conductos huecos que sirven para que circule por ellos el espíritu vital y que los médicos llaman ventrículos. En algunas personas con humor húmedo y flemático, los conductos pueden obstruirse con flemas. Entonces el cerebro se tapona y queda obstruido, y el cuerpo se convulsiona en un esfuerzo por desatascarlo.

Ani reflexionó.

—¿Como un estornudo? —sugirió.

—Sí —dijo Cesarión, tristemente consolado. Los terribles ataques de recuerdos, los horrores del despertar después de una ausencia profunda de la que regresaba ignorante y sucio... convertidos en un simple estornudo.

Ani expuso una consideración crítica.

—Así que los médicos creen que eres de humor húmedo y... ¿cómo era esa palabra?, flemático. ¿No se supone que eso significa ser frío, perezoso y poco emocional? Yo no te describiría así.

Cesarión notaba que le ardían las mejillas. Él mismo también se lo había preguntado.

—El humor corporal no determina necesariamente el temperamento mental —contestó con arrogancia, aunque, por lo que tenía entendido, era precisamente así.

Ani volvió a reflexionar.

—Tus médicos griegos saben todo eso. Pero no pueden curarte.

—No —admitió—. Supongo que el problema es demasiado profundo. Pero algunos de sus remedios me ayudan.

—¿Las hierbas?

—Al aspirarlas la flema de la cabeza se despeja.

—Eso tiene sentido. Pero lo de evitar la compañía de las mujeres...

Cesarión se ruborizó de nuevo.

—La enfermedad se agrava con cualquier cosa que añada humedad al cuerpo o con cualquier cosa que lo enfríe. Convivir con la mujer humedece el cuerpo.

—Dijiste que el calor te empeoraba.

Se encogió de hombros.

—Eso me parece. Supongo que la cuestión es que todos los extremos son malos porque rompen el equilibrio natural del cuerpo.

Ani no estaba satisfecho.

—Creo que si tus médicos tuvieran razón, sería una enfermedad desconocida en el desierto y tan normal en los pantanos como la fiebre. No creo que la hayan comprendido totalmente. Sea cual sea la causa, rezaré a los dioses para que no tengas ningún problema durante el viaje. Mientras tanto... —se puso en pie y cogió un montón de lino naranja arrugado que había quedado en el jergón— veré si puedo encontrar un manto algo más de tu gusto.

Cesarión se encontró inesperadamente turbado. El manto era muy digno, de buena calidad, y además estaba bien teñido; por otro lado, Ani se había mostrado muy generoso al ofrecérselo.

—No tienes por qué hacerlo —dijo de manera impulsiva—. Yo... sólo es que es... diferente de lo que estoy acostumbrado. Puedo... acostumbrarme a él, supongo. Imagino que debo acostumbrarme a él. —Hubo un momento de silencio. Ani lo miró, indeciso —. No pasa nada —añadió Cesarión—. Confío en tu juicio si dices que me vendrá bien para el viaje. Lamento haber sido descortés.

Se sintió avergonzado en cuanto dijo esas palabras, pero no supo si era por estar pidiéndole perdón a un camellero o por haberse comportado groseramente con un hombre que había sido tan bondadoso con él.

Capítulo 5

Melanthe estaba preocupada por su padre.

Había partido de Coptos al atardecer, veintinueve días atrás. El Nilo estaba crecido por aquel entonces; era un lago pardusco y poco profundo que inundaba el paisaje, y la ciudad y los pueblos habían quedado convertidos en islas fangosas. El nivel del río había descendido y recuperado su curso normal, y él seguía sin volver.

Tiathres decía que lo más pronto que podía llegar era el día anterior, pero que seguramente no regresaría hasta unos cuantos más tarde. Pero Tiathres estaba tan preocupada como Melanthe. Pocos días después de que la caravana emprendiera viaje, los bárbaros habían pasado por la misma ruta en dirección a la costa, una tropa entera de romanos, armados, vestidos con corazas y con un aspecto siniestro, encabezados por un griego que hacía las veces de guía y acompañados por algunos camellos destinados a cargar con el equipaje. El primer pensamiento de Melanthe cuando se enteró fue que se encontrarían con su padre en el camino y lo matarían. Luego entró en razón: no tenían ningún motivo para matarlo; no era su enemigo. Se limitarían a robarle. Regresaría antes a casa, sin los tejidos y sin la carga de especias que había pensado comprar en Berenice, pero estaría en casa.

Sin embargo, no había regresado a casa antes de lo previsto y hacía tres días que la tropa de romanos había vuelto a pasar por la ciudad. Llevaban muchos prisioneros griegos y su comandante anunció en el mercado que habían asaltado el campamento del joven rey Tolomeo Cesarión y que éste había muerto. Llevaban una urna con sus cenizas, coronada con la diadema real, que hicieron desfilar por la ciudad sobre una litera cubierta con el manto carmesí del rey. Serapión, el hermano pequeño de Melanthe, que consiguió acercarse lo suficiente para verlo todo bien, contó que el manto estaba manchado de sangre.

Melanthe se sintió mal sólo de pensar que su padre podía haber sido alcanzado en aquel último intento desesperado de resistencia. Quería acercarse a los romanos y preguntarles si lo habían visto, pero Tiathres se lo impidió.

—Volverá a casa —le dijo a Melanthe, muy segura—. No existe motivo alguno por el que debiera estar cerca del rey, y si a quien perseguían los romanos era al rey, no tendrían ningún interés por las caravanas. No podemos ir con preguntas al ejército romano... ¿Quién sabe lo que podrían hacernos esos bárbaros? No: conservaremos la casa de Ani sana y salva para cuando regrese.

Sin embargo, aquella misma tarde se había dirigido al templo de Isis para ofrendar a la diosa una cesta de pasteles y un collar por el regreso sin incidentes de su esposo.

Los romanos habían marchado de nuevo río abajo, a bordo de una flotilla de embarcaciones, con los prisioneros, el equipaje y su urna cubierta de carmesí. Y Ani

seguía sin llegar a casa. Melanthe se levantó aquella mañana con la sensación de que el universo entero estaba preñado de catástrofes y sin saber qué hacer aparte de permanecer sentada contemplando con tristeza la tierra del patio.

—Melanthe —le dijo Tiathres después de desayunar—, ¿bajarás al mercado por mí a comprobar si hay noticias?

Melanthe se levantó de un salto y la abrazó agradecida. Su madrastra era sólo diez años mayor que ella y nunca había sido como una madre, sino como una hermana maravillosa, y bondadosa, por dejar aquel recado en manos de su hijastra cuando debía morirse de ganas de ir ella personalmente. Melanthe corrió en busca de su manto y llamó a Thermuthion, la esclava de la familia, que tenía once años, para que la acompañara. Era una mañana tranquila y soleada y partieron juntas, felices de escapar por un rato del terrible silencio de la casa.

Hacía calor, y el olor de las aguas desbordadas otorgaba pesadez al ambiente. La casa se encontraba situada a un kilómetro y medio de la ciudad de Coptos, y a pesar de que las muchachas sortearon con cuidado el mar de charcos, no pudieron evitar llegar al mercado con la ropa salpicada de barro y los pies mugrientos. En condiciones normales, Melanthe habría intentado quitarse el barro de encima antes de llegar al mercado, ya que siempre cabía la posibilidad de encontrarse con alguno de sus admiradores, pero aquel día la idea ni se le pasó por la cabeza.

El mercado estaba medio desierto, pero en el exterior del edificio de aduanas, donde se colgaban los anuncios públicos y se reunían los barberos y los aguadores, siempre llenos de chismes que contar, había un grupo de gente. Melanthe atravesó la plaza.

Antes de llegar a donde estaba congregado el gentío vio que acababan de colgar un nuevo anuncio, una hoja grande de papiro estampada con gruesa escritura de color negro. Uno de los que se acercaba a leerlo era Aristodemos, el que había sido el cliente más importante de su padre. Estaba segura de que ese hombre sabía ya que Ani había ido a Berenice en su lugar. Decidió que no se acercaría hasta que se hubiese marchado. Era el hombre más importante y rico de la zona y estaba segura de que no le había gustado lo que había hecho su padre.

No sirvió de nada. Aristodemos realizó un comentario sobre el nuevo anuncio, miró a su alrededor para ver cómo reaccionaba su público... y se percató de la presencia de Melanthe, que aguardaba entre la multitud.

—¡Ah! —dijo Aristodemos arrastrando la voz—. Tú eres la hija de Ani, ¿no es cierto?

Era un hombre alto, desgarbado y de aire cínico, y conservaba un aspecto elegante a pesar de que su largo manto azul y blanco tenía el dobladillo manchado de barro y llevaba los pies tan sucios como ella. A Melanthe nunca le había caído bien. Inclinó la cabeza con educación y se ocultó el rostro con un pico del manto, un detalle de modestia digno de una muchacha casadera, aunque también una forma perfecta de

ocultar su expresión.

—Sí, señor Aristodemos —respondió humildemente. En aquel momento deseaba que hubiera sido Tiathres quien se hubiera encargado del recado: Aristodemos no le habría dicho nada a su madrastra. Ella no hablaba griego y él se negaba a hablar demótico. Todo el mundo sabía, sin embargo, que Ani se dirigía a todos sus hijos en griego y que les había pagado sus estudios.

—Tu padre no ha regresado todavía, ¿verdad?

—No, señor —admitió Melanthe, a quien le dolía decirlo.

Aristodemos sonrió.

—Se puso de camino cuando pasaron los romanos, ¿verdad? A mí me pareció muy arriesgado viajar en tiempos de guerra. Tu padre, por el contrario... ¿Cuánto hace que marchó?

Melanthe miró al suelo. Decidió que no tenía más remedio que contestar.

—Veintinueve días, señor.

—Pues se está retrasando... —Aristodemos hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, satisfecho.

Uno de los hombres que había allí congregados dijo:

—Ése es el tiempo que cuesta ir y volver de Berenice, si se va de negocios y se deja que los camellos descansen.

Era lo que Melanthe había oído decir, pero Aristodemos no estaba de acuerdo.

—Se está retrasando —declaró con autoridad—. No era un momento seguro para viajar. Hizo una tontería marchándose. Dime, muchacha: ¿pensaba hablar con Kleon, el capitán del *Prosperidad*?

—No me comentó sus negocios, señor —respondió Melanthe, impasible. Pero había mentido: su padre hablaba con ella absolutamente de todo, incluso de que Aristodemos no debía interferir en su aventura.

—Pero se llevó la mercancía.

—Sí, señor. —Mentir respecto a aquello ya no resultaba tan sencillo.

—Una pena. Podría haberme interesado a mí. —Aristodemos volvió su atención al nuevo anuncio y lo observó, pensativo. Melanthe estaba lo bastante cerca para ver el encabezamiento. Sabía leer, gracias a lo insistente que era su padre en cuanto a la enseñanza. «El Senado y el pueblo de Roma...», leyó; y, más abajo, las palabras «clemencia», «provincia» y «gobernador». Era el anuncio de un nuevo gobierno, y sintió un escalofrío de horror. «La guerra ha terminado y todo vuelve a la normalidad; por eso Aristodemos piensa que el comercio vuelve a ser seguro. ¡Si papá tiene éxito en Berenice se pondrá furioso!»

El hombre que había hablado antes se reía con disimulo. Era el propietario de una tienda, y, a diferencia de muchos de los presentes, no dependía de Aristodemos.

—¿Creéis que el capitán de vuestro barco sigue esperando pacientemente a que regreséis? —le preguntó.

Aristodemos volvió hacia él su risa burlona y el hombre se puso serio.

—Todo el mundo ha esperado a que terminara la guerra —contestó—. Todos menos el hijo de Petesuchos. Sí, creo que mi socio se alegrará de verme de nuevo. Ani podría haber vendido sus productos en lugar de perderlos, como creo que habrá sucedido, en manos de los bárbaros o de los fugitivos. Pero siempre ha sido muy avaricioso.

—¡No es verdad! —protestó Melanthe, demasiado indignada para seguir mostrándose cautelosa—. No es avaricioso. Es bueno, generoso y amable. Y también valiente; fue a Berenice porque vos teníais miedo.

La expresión de pereza de Aristodemos se esfumó para ser reemplazada por algo mucho más oscuro y salvaje que la indignación que ella hubiera esperado. «Odia a mi padre —pensó Melanthe, alarmada—. No se trata sólo de que crea que mi padre es un advenedizo: lo odia.»

—¡Brujilla insolente! —le espetó Aristodemos—. Tu padre es un campesino apestoso que no tiene la inteligencia necesaria para comprender cuál es su puesto. Ha intentado parecer un caballero y dirigir una caravana. Si ha caído muerto en el camino a Berenice, es culpa suya. Yo tengo más sentido común y no me paseo por las rutas comerciales en plena guerra. ¡Su orgullo y su avaricia insaciable lo habrán llevado a pudrirse a pleno sol en un camino que hasta los buitres evitan! —La pequeña Thermuthion se echó a llorar. Los ojos de Aristodemos brillaban con una sensación de triunfo—. Ya puedes llorar —le dijo—. ¿Qué será ahora de tu casa sin un amo?

—¡Decís que está muerto porque esperáis que lo esté! —objetó Melanthe a pesar de que empezaban a temblarle las piernas ante el solo pensamiento de que Aristodemos llevara razón—. ¡Ni tan siquiera es tiempo de que haya regresado!

Aristodemos levantó una mano en señal de aviso.

—¡Ha tenido el destino que se merecía!

Uno de sus empleados aplaudió. Otro sonreía. Melanthe, insegura, dio media vuelta y emprendió orgullosa el camino de regreso. Thermuthion la siguió, sin dejar de llorar, pensando en su bondadoso amo muerto. Una idea que presionaba también la cabeza de Melanthe, que le provocaba temblores, pero se obligó a seguir caminando. Decidió no darle a Aristodemos la satisfacción de verla asustada. No lo haría, no lo haría, no...

Por una de las calles que desembocaban en la plaza, emergió la cabeza de un camello. Melanthe se detuvo de golpe. Thermuthion tropezó con ella y se detuvo también, se frotó la cara y abrió la boca, sorprendida. El primer camello salió de la sombra para detenerse bajo el sol de la plaza del mercado. Lo montaba Menches, seguido de una larga hilera de camellos cargados de paquetes...

—¡Papá! —gritó Melanthe, y cruzó la plaza corriendo hacia ellos.

Junto a la hilera de camellos llegaba al galope un asno montado por una figura querida, maravillosa, infinitamente familiar. Su padre saltó de su montura y fue

corriendo a abrazarla. Estaba sucio, olía mal e iba sin afeitar, pero estaba vivo, entero, de una pieza.

—¡Melanthion! —exclamó, y la alejó de él, manteniéndola sujeta a la distancia que le daban los brazos para contemplarla—. Mi precioso colibrí, ¡no pensaba verte hasta llegar a casa! —«Colibrí» era su forma de llamarla cariñosamente desde pequeña, porque, según decía, los colibríes eran rápidos, bonitos, coloridos y les gustaban las cosas dulces.

La muchacha se echó a reír y lo abrazó con fuerza. ¡Estaba en casa, sano y salvo!

—Había venido a ver si había noticias tuyas. —Entonces recordó lo sucedido y le dijo rápidamente—: Aristodemos está aquí, papá..., aquí mismo, junto al edificio de aduanas. Los romanos han proclamado la paz, y ahora quiere comerciar. ¡Se enfadará mucho si has conseguido la carga!

—Entonces se enfadará mucho —replicó su padre con satisfacción. Cogió las riendas del asno y la mano de su hija y se encaminó hacia el edificio de aduanas—. Tengo que pagar por el cargamento. —Saludó con la cabeza a Thermuthion y cambió al demótico—. Pequeña, corre a casa y dile a tu ama que enseguida estoy allí. Dile que traigo invitados y que todos deseamos tomar un baño.

Thermuthion, que había pasado de las lágrimas a las sonrisas, asintió feliz y partió volando hacia la casa.

—¿Invitados? —le preguntó Melanthe, echando un vistazo a la hilera de camellos. Menches iba delante; Imouthes encabezaba el segundo grupo; más atrás, una figura vestida con un manto de color naranja destacaba a lomos de otro camello, y dos más cerraban la expedición.

—Son dos marineros que envía mi nuevo socio —dijo Ani, volviendo al griego— y... una especie de secretario que he traído conmigo, aunque, por los dioses inmortales, no lo llames así, se sentiría ofendido.

—¿Tu nuevo socio? —repitió Melanthe. Un escalofrío de aprensión sacudió su reciente felicidad. Sabía que Tiathres esperaba que la pretendida sociedad de Ani fracasara. Quería que obtuviese la carga, que sacara un buen beneficio del viaje y que la aventura acabara allí. Una sociedad, pensaba, le crearía enemistades con los griegos de Coptos, especialmente con Aristodemos.

—Mi socio, Kleon —anunció Ani con inmensa satisfacción—. Mi niña, he conseguido todo lo que quería, y vamos a ser ricos... ¡Salud!

Esa exclamación iba dirigida a Aristodemos. Estaban llegando al edificio de aduanas y el terrateniente se había adelantado para interponerse en su camino. Fruncía el entrecejo y tenía las manos apretadas a ambos lados de su túnica azul y blanca. Detrás de él, uno de sus esclavos y un par de empleados bloqueaban el paso por completo. La multitud seguía allí —había aumentado, de hecho—, y Parmenion, el oficial de aduanas, había salido y observaba con aprensión la escena desde la escalinata del edificio.

—¿Qué es esto? —preguntó Aristodemos con la mirada fija en las reatas de camellos.

—Una caravana, señor Aristodemos —respondió Ani utilizando un tono prosaico —. Si me disculpáis, señor, la ley exige que pague un impuesto sobre las mercancías. —Hizo un movimiento en dirección a la escalinata del edificio, pero Aristodemos no se movió.

Uno de los camellos con montura llegó trotando entre los restantes animales, que se habían amontonado detrás de Ani y que se dedicaban a darse coces y a emitir gruñidos. Se detuvo y sacudió la cabeza, como enfadado. El jinete era un joven no mucho mayor que Melanthe, barbilampiño. Iba vestido como un griego, con un petaso, un tocado de ala ancha, y un manto corto de color naranja, montaba muy erguido y con una rodilla doblada delante de la silla del camello. Tenía un rostro orgulloso y arrogante, la nariz fuerte y ganchuda y una profunda mirada oscura que recordaba a la de un halcón.

—Los documentos están en la saca de la izquierda —le dijo a Ani. Tenía la voz más bella y educada que Melanthe había oído en su vida. Permaneció sentado sobre el camello mientras Ani se acercaba y abría la saca, sin hacer ningún movimiento que indicara su intención de desmontar o coger él mismo los documentos.

Ani extrajo un fajo de papiros de la bolsa de la silla, lo examinó y se lo entregó al joven griego. El griego repasó los documentos y le devolvió uno de ellos.

—Ésta es la relación de mercancías —informó a Ani—. Y éste es el de los poderes para que puedas actuar en representación de Kleon. El oficial querrá ver ambas cosas. Debe quedarse con la relación y devolverte el otro.

Ani hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Poderes —repitió Aristodemos, chirriando los dientes.

—En estos momentos actúo como representante de Kleon, hijo de Kallias —confirmó Ani sin perder la calma—. Me llevo su cargamento a Alejandría y lo venderé a comisión. Dos de sus hombres vienen conmigo y pueden atestiguarlo. —Señaló con la cabeza en dirección a los dos desconocidos que estaban al final de la caravana ocupados en evitar que los camellos se mordieran entre sí.

Aristodemos se había quedado blanco.

—¿Y la sociedad?

—Kleon y yo —dijo Ani manteniendo todavía la calma y su tono prosaico— hemos acordado formar una sociedad para su próximo viaje.

—¡No tienes derecho!

Ani se encogió de hombros y movió las manos como disculpándose.

—Señor Aristodemos, Kleon tiene derecho a firmar contratos con quien le apetezca.

—¿Es éste Aristodemos? —preguntó el joven griego desde lo alto de su camello —. Pensaba que habías dicho que era un caballero.

Por un momento no se oyó más sonido en la plaza que el evidente rumiar de los camellos. Todos los que integraban la pequeña multitud miraban fijamente, asombrados, al joven que acababa de cuestionar la condición de caballero del hombre más rico de la circunscripción.

—Hummm —dijo Ani, finalmente preocupado—. Es Arión, de Alejandría. Era Amigo del rey Tolomeo César. Resultó herido cuando los romanos atacaron el campamento del rey cerca del apeadero de Kabalsi y yo... lo ayudé. Hemos acordado que... que él me ayudaría hasta que llegáramos a Alejandría.

Se produjo una relajación perceptible, un paso de la sorpresa a la incertidumbre. Un alejandrino, un Amigo del rey, podía encontrar fallos incluso en Aristodemos. Coptos era una próspera ciudad comercial, eje de las rutas de las caravanas, pero alejada de los modales, la gracia y el helenismo de la capital. Incluso la muda sensación de ultraje de Aristodemos aminoró.

—¿Un caballero está de acuerdo en ayudarte? —le preguntó con indignación.

Los labios de Arión formaron una leve mueca.

—Ani me salvó la vida —declaró—. Estoy en deuda con él. Señor, siento si os he ofendido, pero imaginaba que, con los caminos enfangados como están, un caballero habría ido a caballo. —Observó con desdén el manto manchado de barro de Aristodemos y sus sucios pies. El hombre más importante de la circunscripción se puso del color del ladrillo—. Si cuestionáis la validez del contrato de Ani —prosiguió Arión con arrogancia—, os sugiero que acudáis a un magistrado. Mientras, tenemos que ocuparnos de pagar los impuestos de estas mercancías antes de almacenarlas y vos estáis interceptando el camino. ¿Pretendéis con esa actitud impedir que el gobierno reciba lo que se le debe?

Aristodemos seguía colorado.

—¡E-esto! —tartamudeó, incapaz de hallar las palabras adecuadas; se recompuso y volvió a intentarlo—. ¡Joven, este ambicioso egipcio pretende estafarme y apartarme de una valiosa sociedad!

—¿Estafaros? —repitió Arión, sorprendido—. ¿Cómo decís eso? Fuisteis vos quien rompió la sociedad con el hijo de Kallias, el cual, por cierto, está muy indignado por ello..., como cabía esperar. Kleon no habría vuelto a hacer tratos con vos ni en el caso de que Ani jamás hubiera salido de Coptos, al menos así lo afirma él. Ha encontrado otro socio y vos sois libre de hacer lo mismo. Hay muchos barcos. Señor, me veo obligado a preguntároslo de nuevo: ¿pretendéis evitar que paguemos la tarifa que nos corresponde por estas mercancías?

Aristodemos se mordió el labio, atrapado. Sin duda, el nuevo gobierno de la provincia se dedicaría a cobrar sus deudas con el mismo celo con que lo hacía el antiguo: no era buena idea interponerse entre el gobierno y sus impuestos. Se apartó lentamente e indicó con un ademán a sus amigotes que hicieran lo mismo. Ani, que parecía tan preocupado como divertido, pasó a su lado y comenzó a subir la escalinata

del edificio de aduanas. Parmenion, mirando preocupado a Aristodemos, cogió ambos documentos y entraron.

—No lo permitiré —dijo Aristodemos en voz baja—. No pienso permitir que un egipcio me robe. —Levantó la vista hacia el joven del camello—. Habéis luchado contra los romanos, ¿verdad?

Arión respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Pero no soy ningún fugitivo. Un centurión llamado Cayo Paterculo habló conmigo en Berenice y llegó a la conclusión de que yo no interesaba al Estado romano.

Aristodemos tenía la mandíbula rígida de rabia.

—¡No lo toleraré! —exclamó. Se colocó el manto en su sitio y se fue. Sus seguidores se precipitaron tras él, mirando nerviosos por encima del hombro.

Arión contempló su marcha. La mirada desdeñosa se esfumó, extrajo de debajo de la túnica una bolsita que contenía algo y la presionó contra su cara. Melanthe se preguntó si estaría enfermo y luego recordó que su padre había mencionado que estaba herido. Se preguntó si debía ofrecerle un poco de agua de la fuente, pero no tenía vaso.

Él se percató de que ella lo observaba. Le subió el color a las mejillas, enojado (ella notó la palidez de su piel, de cómo le subían rápidamente los colores), y miró intencionadamente hacia otro lado. Melanthe bajó la vista, avergonzada por haberlo ofendido sin tan siquiera haber cruzado una palabra con él.

«Magnífico», había pensado ella, casi al azar. Ésa era la palabra. «¡Vuestra forma de despedir a Aristodemos ha sido magnífica!», le habría gustado decirle.

Y él tenía también un aspecto magnífico, sentado sobre el camello, con aquel manto de color fuego, mirando orgulloso a lo lejos. Se moría de ganas de decirle algo, pero no se atrevió.

Ani salió del edificio de aduanas y descendió por la escalera. Se dirigió hacia el camello de Arión y metió los documentos en la saca junto con los demás. Luego se detuvo y levantó la cabeza hacia el joven griego.

—Aún falta más de un kilómetro —le dijo en voz baja—. ¿Aguantarás? —Arión asintió con la cabeza sin mirarlo—. Luego podrás descansar. En una cama, lejos del sol, con algo fresco para beber.

Arión asintió de nuevo. Ani lo observó con dureza, dio una palmada al camello y se volvió para coger el asno. Sonrió a Melanthe.

—¿Quieres montar, Colibrí?

—Caminaré contigo, papá —contestó, y él sonrió. Cruzaron juntos la plaza, tirando del asno, y la caravana se recompuso para seguirlos. Melanthe miró hacia atrás: Arión estaba hacia la mitad de la hilera de camellos—. ¿Está muy enfermo, papá? —le preguntó inquieta.

Su padre infló las mejillas.

—¿Arión? Tiene una herida en un costado. Se le infectó, pero ya la tiene casi curada. Ese camino hacia la costa es muy duro y ha hecho tanto calor que parecía que

estuviéramos en un horno. El muchacho me juró en Berenice que se encontraba bien para viajar, pero es evidente que no lo estaba. Tiene la enfermedad sagrada, y el calor, el hambre, la sed y el dolor la empeoran: sufre dos o tres ataques al día, principalmente por las mañanas, cuando está cansado. ¡Dulce Isis, qué bueno es regresar al río!

—¿Tiene la enfermedad sagrada? —exclamó Melanthe, echando una nueva mirada hacia atrás.

Ani sonrió.

—No lo dirías viéndolo, ¿verdad? Ese muchacho hace que Aristodemos parezca un pordiosero. —Se echó a reír—. ¡Dioses! «Imaginaba que, con los caminos enfangados como están, un caballero habría ido a caballo»... Y Aristodemos ahí, ¡colorado sin saber dónde meterse! —Rió de nuevo.

Melanthe no reía.

—Papá, Aristodemos se ha ido diciendo que no piensa tolerarlo.

—No puede hacer nada —replicó alegremente Ani—. Es legal. Tal vez se le ocurra mandar a algunos de sus empleados a destrozar el barco o la carga, pero no lo hará si tiene algo de cabeza. Yo me llevo bien con el vecindario y él no. Todos sus empleados regresarían con la nariz rota.

—¿Y si recurre a los magistrados? Son griegos, lo favorecerán...

—Kleon también es griego —la tranquilizó su padre—. La carga es propiedad de Kleon, no mía... Y Arión hablará por mí. ¿Verdad que tiene una bonita voz?

—Sí —confirmó Melanthe con fervor—, pero...

—Ese muchacho es todo un hallazgo, por muy problemático que sea.

—¿De verdad le salvaste la vida?

—¡Claro que lo hice, por los dioses inmortales! Lo encontré inconsciente en medio del camino y lo recogí. No supe quién era hasta que empezó a hablar. Es muy reservado, ni siquiera me ha dicho cómo se llama su padre, pero en cuanto abre la boca se nota que es un caballero. Aristodemos se ha dado cuenta al instante, ¿no es así? Hemos acordado que él me escribirá las cartas y me asesorará hasta que lleguemos a Alejandría. —La miró, poniéndose de repente muy serio—. Pajarito mío, debes guardar las distancias con él. Creo que tiene buen corazón, pero es muy orgulloso. A mí me considera un sucio y simple camellero. Tú eres bonita... y no te respetaría. No creo que él quiera hacerte daño, pero podría ocurrir. Así que procura que no te lo haga.

Ella entornó los ojos. Su padre llevaba diciéndole que guardara las distancias con los muchachos desde que a los trece años había empezado a interesarse por el tema. Y era muy pesado, porque los muchachos no querían guardar las distancias con ella y algunos eran muy cariñosos. Pero seguía siendo un buen consejo, con buena intención, y debía escucharlo. Deseaba casarse con un muchacho bondadoso, inteligente y bien parecido, alguien con cierta educación y con quien pudiera conversar, y para conseguirlo debía ser una virgen respetable.

Entonces se le aceleró el corazón: parecía que su padre estaba esperando que ella

viera en Arión muchas de esas cualidades, y que eso implicara...

—Papá, ¿estás diciendo que puedo ir contigo a Alejandría? —le preguntó casi sin aire.

Lo habían hablado antes de que partiera hacia Berenice: la posibilidad de que la familia navegara junta hasta Alejandría. Disponían de la embarcación, una barcaza pesada que normalmente utilizaban para trasladar lino y los aparejos de la granja. Había espacio suficiente; el único problema era si el viaje sería lo bastante seguro para mujeres y niños.

—La guerra ha terminado y los romanos parecen querer mantener la situación en paz —dijo Ani, razonablemente—. No veo por qué no podrías venir.

¡Alejandría! ¡La ciudad más gloriosa del mundo! Melanthe lanzó un grito de alegría. Ani se echó a reír y le acarició la cabeza.

Poco después llegaron a las afueras de la ciudad. Ani se encaminó directamente hacia el primer charco que encontró y lo pisoteó, salpicándose de agua y barro hasta las rodillas. Respiró profundamente para inhalar el aroma del barro calentado por el sol y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Por Isis y Serapis, qué alegría estar de nuevo en un mundo vivo! —exclamó con alegría—. Ese desierto es terrible.

Ani miró a su hija con unos ojos brillantes, felices y sabios... Su padre, de regreso del desierto, con una carga de especias, un contrato y un Amigo del rey para que hablara por él. ¿Era verdad que aquella mañana se había despertado temerosa de no volver a verlo?

—Estoy tan contenta de que estés en casa... —le dijo desde lo más profundo de su corazón.

Cuando alcanzaron por fin la casa, reinaba una agitación parecida a la de un enjambre de avispas. Thermuthion había llegado con su mensaje y los esclavos de la casa y los trabajadores de la granja andaban ajetreados despejando los almacenes, sacando agua del pozo y barriendo por todas partes. Ani dejó el asno junto a los establos y subió hacia la puerta de entrada. Tiathres salió corriendo y se lanzó a sus brazos, seguida rápidamente por Serapión, de seis años, que se abrazó a las caderas de su padre, y de Isisdoros, de dos, que se le abrazó a las rodillas. Todos hablaban y reían a la vez. Melanthe casi se olvidó de la caravana. Cuando se volvió, habían descargado prácticamente la mitad de los camellos y transportaban los bultos al almacén. Se habían acercado dos desconocidos, los marineros de Kleon, que aguardaban a que les dieran la bienvenida a la casa. Ani los presentó como Apollonios, un griego enjuto de mediana edad, y Ezana, un hombre de raza negra, alto y de aspecto temible, procedente del puerto de Adulis, en el otro extremo del Mar Rojo. Melanthe buscó a Arión con la mirada y lo vio sentado a lo lejos, sobre el camello, con la bolsita aún pegada a la cara. Miró de reojo a su padre, que estaba ocupado con los hombres de Kleon, y se acercó a Arión para decirle que se uniera a los demás.

—Señor —le llamó—, ¿queréis...?

Entonces se interrumpió, pues el joven tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente al vacío con una expresión de horror y desesperación. Apretaba los dientes contra la bolsita de hierbas. Estaba lívido y con la cara empapada de sudor.

—¿Señor? —repitió ella.

No parecía oírla. Le tocó la rodilla, pero él ni bajó la vista. Melanthe notó que estaba temblando. Luego él lanzó una especie de sollozo que sonaba como «¡No!» y después murmuró algo incomprensible.

—¡Señor! —dijo ella, realmente asustada—. ¿Qué sucede?

Rápidamente le dio un golpecito al camello en el lomo, tal como hacían los camelleros, y el animal se arrodilló con un quejido. Arión se balanceó sobre la silla, a punto de caerse, y luego se quedó quieto, con la mirada perdida y los dientes apretados. Ella lo contemplaba sin saber qué hacer, preguntándose si debía echarle agua por encima o arrastrarlo hasta una sombra.

Arión gimoteó. Miró hacia arriba y luego cerró los ojos. Se estremeció y se inclinó hacia delante, con la bolsa contra la cara. Los murmullos cesaron.

—¡Señor! Señor, ¿estáis...?

Entonces Arión levantó la vista y la miró un instante con expresión aturdida. Luego miró a su alrededor y vio la caravana de camellos a medio descargar, los esclavos, la casa. Miró al camello en el que seguía sentado, y luego pasó una pierna por encima de la parte delantera de la silla y giró el pie.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó Melanthe, nerviosa.

—¿Quién eres tú? —preguntó él a su vez.

—Melanthe, señor. La hija de Ani. ¿Os encontráis bien, señor?

—He tenido un pequeño ataque —explicó sin alterarse—. Me ocurre a menudo. Estoy bien. —Se puso en pie, se balanceó y volvió a sentarse.

—Iré en busca de alguien para que os ayude —dijo ella precipitadamente.

—¡Estoy bien! —repitió, esta vez enojado, y volvió a ponerse en pie. Permaneció rígido un momento y después se encaminó hacia la casa. Melanthe lo siguió, pero, recordando el pliego de papiros que había en la saca de la silla, dio media vuelta para cogerlo.

Cuando llegó a la casa, Arión había desaparecido. Ani y los marineros seguían hablando en el patio. Le entregó la saca con los documentos a su padre.

—Gracias... ¿Qué sucede? —inquirió después de observarla con atención.

—Arión ha sufrido un ataque —contestó, y su padre notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Apollonios, el marinero griego, murmuró algo.

Ezana, su compañero, se encogió de hombros.

—Al menos no nos toca cargarlo hasta la casa.

Ani la miraba fijamente.

—Pensaba que la gente que sufría ataques caía al suelo —comentó la joven.

—A veces le ocurre —dijo Apollonios—. Desde que dejamos Berenice le ha sucedido dos veces. Pero esos ataques en que se queda con la mirada perdida no hay día que no le den.

—Está maldito por los dioses —terció Ezana. Tenía un acento extraño, fuerte, y remarcaba el inicio de las palabras.

Apollonios emitió un sonido con el que daba a entender que estaba de acuerdo.

—Creo que los dioses están castigándolo por algo. Dice que cuando sufre esos ataques recuerda cosas... Y es evidente que son recuerdos horribles.

—Todos nosotros tenemos cosas que preferiríamos no recordar —dijo lentamente Ani, y, por su triste mirada, la joven pensó que estaba recordando la enfermedad que acabó con la vida de su madre—. Dice que su familia ha muerto. Cualquiera puede tener recuerdos terribles sin haber hecho personalmente nada horrible.

—No me gusta —declaró Apollonios.

—Me imagino que a Arión tampoco —replicó débilmente Ani.

—«¡Está vivo!», dice. «Eso me provoca pesadillas.» ¿Quién está vivo y por qué es tan terrible que lo esté? No responde a ninguna pregunta, ¿os habéis dado cuenta?, ni sobre eso ni sobre nada. Creo que ha cometido algún crimen y que los dioses están castigándolo.

—Pues yo creo que sufre una enfermedad cerebral —dijo el egipcio, cortante—, que soporta con una valentía considerable... Y no tiene nada de raro no querer hablar de algo que el mundo considera vergonzoso. ¿Qué sucede, Colibrí?

Melanthe notó las ardientes lágrimas que le saltaban de los ojos y le rodaban por las mejillas. En el mercado, cuando se enfrentó a Aristodemos, Arión parecía un dios. Verlo con la mirada fija y murmurando para sus adentros había resultado horrible. ¡Toda aquella magnificencia, rota, deshecha!

—¿Sientes pena por él? —le preguntó amablemente su padre.

Ella asintió con la cabeza. Sentía pena por Arión..., y junto con la pena, la sensación de haber perdido algo, no sabía qué, algo que lamentaba amargamente.

Ani la abrazó y la besó en la cabeza.

—Mi pequeña. A mí también me da pena. ¡Que Isis me conceda que ningún hijo mío sufra nunca de esa manera! Pero ya estamos otra vez en el río, y a partir de ahora todo debería ser más sencillo.

Capítulo 6

Cesarión despertó a la mañana siguiente y permaneció en la cama sin moverse durante mucho rato, prestando atención a los sonidos de la casa. Cerca se oía la conversación de dos mujeres que charlaban en demótico y reían de vez en cuando. Alguien regaba el jardín, un sonido regular, «tram-tram-chaf», de cubos de agua volcados sobre las plantas que ocupaban las macetas de terracota del patio.

La casa era mayor de lo que había imaginado: un grupo de edificios bajos distribuidos de manera irregular, rodeado de palmeras, fuera de la ciudad, con establos para los animales y almacenes y talleres para el negocio textil, estanques para empapar el lino y cobertizos para secarlo. Había esclavos, tal vez una docena, y gente que se ocupaba del lino y de la granja y que parecía depender de Ani. No podían ser arrendatarios, pues la tierra pertenecía a la Corona y el lino era monopolio real, pero era evidente que lo trataban como si fuera su superior. Ver que, después de todo, Ani era algo más que un camellero lo consoló. Tal vez no fuera precisamente «rico», en el sentido en que un alejandrino utilizaría la palabra, pero estaba claro que era un hombre de peso en Coptos. Y apreciado, además: la bienvenida lo había demostrado.

Gente curiosa. Pensaba en Ani, abrazado por su hija; Ani, abrazado por su esposa y sus hijos; Ani, dando la mano y golpecitos en la espalda a todo el vecindario. Aquellos egipcios se tocaban constantemente. Resultaba... vulgar y desdeñable, por supuesto, aunque muy cariñoso y afectuoso. Eso lo hacía sentirse... excluido, una estupidez, pues no albergaba ningún deseo de que esa gente lo abrazara. Sería mejor marcharse de allí.

Haría eso. Habían regresado al río. Le dolía el costado, pero Ani había dicho que iría a buscar a un médico para que le quitara los puntos. Supuestamente, podría decirle adiós al egipcio en aquel mismo momento, vender el broche y partir por su cuenta a Alejandría. Sólo que... le debía demasiadas cosas a Ani. En Berenice podía haber saldado la deuda con sólo treinta dracmas; pero dudaba de que con cien tuviera suficiente en ese momento. Estaban el manto y el tocado; la comida, el agua y el camello; el viaje, largo y horrible, con sus ataques diarios, y las dos veces en que había despertado entre el calor y el polvo, completamente dolorido, y ahí estaba Ani refrescándole la cara con una esponja mientras Menches e Imouthes, o Apollonios y Ezana, murmuraban de él que era un impuro, un desgraciado, que se merecía que lo dejasen morir en un lado del camino. Debía a Ani demasiado. Se asustaba sólo de pensarlo. Se había implicado en los negocios de aquel hombre y el perfil de su propio objetivo le resultaba cada vez más borroso, como una punta de lanza arrojada en un jardín y cubierta por las malas hierbas.

Se oyó un ruido en la puerta. Cesarión levantó la vista y vio a un niño de piel

morena que lo observaba con enormes ojos oscuros. Iba vestido con una túnica blanca de buena calidad y llevaba en el cuello un amuleto colgado de una tira de cuero. No era un esclavo. No, naturalmente se trataba de uno de los hijos de Ani... Serapión, así se llamaba. Un nombre que, a pesar de honrar a un dios egipcio, sonaba a griego. Todos los hijos de Ani tenían nombres griegos, sin duda para prepararlos para el estatus de alta burguesía que su padre ansiaba proporcionarles. Se había dado cuenta de que su padre les hablaba en griego, mientras que su madre quedaba confinada a los límites del demótico.

—¡Estás despierto! —dijo el niño en griego con una mezcla de satisfacción y ansiedad—. Mi padre ha dicho que si estabas despierto te dijera que esta tarde van a ir al barco, y que si necesitas que te traigan algo de Coptos.

Cesarión suspiró y se sentó. Con el movimiento, la herida le tiró un poco, pero no le dolía en exceso. Habían llegado el día anterior, y a la mañana siguiente partirían hacia Alejandría. Ani era un hombre trabajador y lleno de energía, pero Cesarión sospechaba que estaba más preocupado por aquel tipo, Aristodemos, de lo que le gustaba admitir, y que tenía ganas de partir antes de que su rival descubriera la manera de detenerlo. Había descansado, pero seguía sintiéndose débil, muy débil. Sin embargo, el barco sería muchísimo mejor que el camello, y el Nilo... Un río ancho, marrón, lleno de olores, fuente de vida de todo Egipto... El Nilo era infinitamente mejor que el desierto.

—¿Dónde están mis ropas? —le preguntó al niño. Sus cosas habían desaparecido en el momento de su llegada y había cenado vestido con una túnica prestada de lino blanco.

Serapión echó un vistazo a su alrededor, salió al pasillo y dijo algo. Se oyeron voces de mujeres que discutían y de pronto callaron. El niño regresó.

—Ahora te las traerán —anunció orgulloso—. Yo también voy a Alejandría.

Cesarión tiró de la sábana.

—¿Sí?

Serapión hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Y mamá y Dorion y Melanthe. Y Senhuris, nuestra niñera. Mi padre dice que podemos. ¿Cómo es Alejandría?

Cesarión pensó en Alejandría, la ciudad fundada por sus antepasados, donde había nacido. Bella, amplia, rica; un hervidero, escuálida, caótica. Una ciudad apasionada, muy dada a los disturbios y al desorden, donde el populacho se había levantado para derrocar a reyes; una ciudad culta, donde las mejores cabezas se reunían en el Museo y en la famosa Biblioteca; una ciudad comercial, con el puerto más grande del mundo. En Alejandría convivían la pobreza desesperada con las inmensas riquezas, la mayor ignorancia con una cultura sin parangón. En conjunto, era la ciudad más rica, deslumbrante y violenta del mundo.

—Una antorcha encendida sobre un termitero —le dijo agriamente a Serapión.

¿Así que el rey Tolomeo César regresaría a su capital a bordo de una barcaza de campesinos cargada de mujeres y mocosos?—. ¿Por qué tu padre os lleva a todos a Alejandría?

—Porque queremos ir —respondió al instante el niño—. Mi padre dice que allí hay una torre tan alta como tres templos apilados el uno encima del otro, y que de noche encienden un gran fuego arriba del todo que se puede ver desde kilómetros y kilómetros. ¿Por eso es como una antorcha? ¿Por qué es como un termitero?

—Porque hay mucha gente. Creía que tu padre nunca había estado en Alejandría.

—Lo ha oído decir —dijo Serapion, defraudado—. ¿No hay una torre?

—Sí, claro. Es el Faro..., una de las maravillas del mundo. Ilumina la entrada del puerto.

El niño sonrió y le brillaron los ojos. «Tengo un hermanito de tu edad —pensó decirle de repente Cesarión—, a quien le encantaba el Faro. En una ocasión subimos, él y yo, y unos hombres nos mostraron la maquinaria que emplean para llevar arriba el combustible que utilizan para encenderlo y los espejos que reflejan la luz. Después de ese día, todas las noches lo contemplábamos los dos juntos y veíamos cómo la luz se encendía y brillaba en la oscuridad.» No lo dijo, pero sintió que no podía limitarse a despedir al niño.

—También hay un parque muy grande que seguramente te gustará —le informó—. Se llama Paneion, porque está consagrado a Pan. Es el nombre griego del dios que vosotros los egipcios llamáis Min, el dios de los lugares salvajes. Está construido como una colina artificial y hay un camino con escaleras que serpentea hasta la cima. Desde arriba se ve toda la ciudad: el lago y el mar, y el Faro, y los barcos que entran y salen. Y hay una casa de fieras en el barrio del palacio, cerca del Museo, donde pueden verse muchos animales extraños y maravillosos. Hay una serpiente que en su parte central es tan ancha como la cintura de un hombre.

El niño abría los ojos cada vez más.

—¿Muerde?

—No. Viene de algún lugar muy lejano del sur, donde las serpientes son muy grandes pero no venenosas. Ésa, de hecho, está domesticada. Descansa la cabeza en el hombro de su guardián y le lame la oreja.

—¡Quiero verla! —exclamó el niño, feliz.

—La verás si el barrio del palacio está abierto —le explicó Cesarión, recordando demasiado tarde que existía la posibilidad de que no fuera así—. Entre el palacio y el resto de la ciudad hay una muralla, y puede que los romanos hayan cerrado sus puertas. Pero, aunque esté cerrado, hay muchas cosas que ver en los templos. En el de Serapis hay algunos artilugios mecánicos maravillosos. Hay una máquina que vierte libaciones cuando se quema incienso en ella. Tiene las figuritas de un hombre y una mujer, trabajadas en oro, y cuando se quema incienso en el altar, las figuritas vierten libaciones de vino.

En ese momento recordó la admiración que sentía por aquella máquina mágica, y a Rodón cuando le explicaba cómo el calor del fuego hacía que el aire del interior del altar se dilatara, obligando al vino oculto en el pedestal a descender por unos tubos que iban a parar a las manos de las figuritas. Incluso conociendo el funcionamiento, seguía pareciéndole mágico.

Serapión se echó a reír.

—¡Quiero verlo!

Su hermana, la hija de Ani, entró en la habitación en ese instante seguida por una niña esclava que llevaba las ropas de Cesarión.

—¿Ver qué? —preguntó ella, sonriendo.

Cesarión frunció el entrecejo y se tapó precipitadamente con la sábana. Sabía que la mañana de su llegada se había deshonrado frente a la hija de Ani y se había percatado de que ella lo miraba con una expresión de ansiedad y pena, como si esperara que en cualquier momento fuera a caerse y a echar espuma por la boca. Y lo que empeoraba la cosa era que Melanthe era desconcertantemente hermosa: morena como su padre, con abundante melena negra, y una sonrisa ancha, blanca y deliciosa. Daban ganas de besarla. Y ser objeto de su pena le resultaba mortificante.

—¡Hay una máquina mágica en el templo! —le explicó enseguida Serapión a su hermana—. Arión me lo estaba contando. Y dice que hay una casa..., una casa..., un lugar con muchos animales ¡y con una serpiente muy grande!

—Tal vez no puedas verla —lo interrumpió enseguida Cesarión—. Está en el barrio del palacio, y cuando hay problemas en la ciudad, cierran las puertas. Supongo que los romanos están en palacio y deben de tener cerradas a cal y canto las puertas que dan a la ciudad.

Se imaginaba a los romanos en palacio: las sandalias con tacos de los legionarios arañando los suelos de mármol; César Octaviano ordenando a sus hombres que sacaran los delfines de oro de la casa de baños para decorar sus palacios de Roma. ¿Estaría alguien ocupando sus estancias? ¿Estaría Marco Agripa, la mano derecha del emperador, durmiendo en la cama de madera de cedro bajo las colchas de algodón bordado? ¿O habría saqueado Octaviano las habitaciones y habría cargado en barcos todo su contenido?

Alejandría, rendida; Alejandría, en manos de los romanos.

—Puede que las máquinas tampoco estén ya allí —añadió con amargura—. Puede que se las hayan llevado los romanos. Ellos no saben hacer esas cosas, y les gustan.

—Yo quiero ver el mar —declaró Melanthe, con un brillo en la mirada—. ¡Eso los romanos no se lo llevarán! Mi padre me ha dicho que en el Mar Rojo hay flores que comen peces.

Arión se quedó sorprendido.

—¿Qué? ¿Anémonas?

—¿Se llaman así? ¿Las hay también en el Mar Medio?

—Creo que viven en la mayoría de los mares —dijo Cesarión. Realmente, era hija de Ani—. No son flores. Los filósofos dicen que son una especie de animal, como un gusano.

—Mi padre dice que parecen flores.

—Hay insectos que parecen hojas o palos.

—¡Es verdad! ¿Y existen esas... anémonas... en el mar de Alejandría?

—Viven en los muros del rompeolas —contestó Cesarión, sonriendo otra vez muy a su pesar—. Yo solía lanzarles caracoles. Se tragaban el caracol y luego escupían la concha.

—Quiero verlas —anunció ella, decidida. Hizo un gesto a la esclava para que depositara la ropa encima de la cama—. Serapión, deja que Arión se vista. Señor, la muchacha irá a buscar agua por si queréis lavaros —anunció, y escoltó a su hermano fuera de la habitación.

Cesarión se lavó y se vistió. Su túnica estaba limpia y bien remendada. El basto zurcido de Hydreuma había desaparecido y había sido sustituido por otro muy cuidado que mostraba sólo un ligero cambio de color. De hecho, resultaba difícil verlo. Claro, se suponía que en una fábrica de tejidos dispondrían de hilos de todos los colores. Junto con el agua, la muchacha le había llevado un espejo de bronce y se ofreció a cortarle el pelo.

Cesarión tomó asiento y sujetó el espejo mientras ella cortaba. Hacía tiempo que no se miraba en un espejo. La cara era más delgada de lo que la recordaba, tenía ojeras, y en las comisuras de la boca se reflejaba el dolor sufrido aquellos días. El pelo que le cortaba la muchacha en esos momentos había crecido hasta enredársele por encima de las orejas. Y aparecía también una curiosa sombra en el labio superior. Inseguro, la acarició con un dedo: el vello era todavía fino y suave. La futura barba quedó oculta por un débil rubor en las mejillas.

¿Debía afeitarse? Sería un hito poder decir que había vivido lo bastante para llegar a afeitarse.

No. En aquellas circunstancias, un bigote, aunque fuera una mínima sombra, era un regalo de los dioses. En el sur lo había visto muy poca gente: en Alejandría, miles de personas. Era evidente que cualquier miembro de la corte podía reconocerlo, pero estaban también los esclavos públicos, como los del Faro, funcionarios de la ciudad y gente que en alguna ocasión había estado en primera fila contemplando un desfile. El bigote no engañaría en la corte, pero sí podría evitar que lo reconociese la gente... Sobre todo acompañado por un tocado de ala ancha, un manto de color naranja y un barco cargado de ruidosos egipcios. Le permitiría observar la ciudad con tranquilidad y hacerse una idea de su nuevo estado, averiguar qué amigos de la reina estarían dispuestos a ayudarlo, descubrir qué había sido del pequeño Filadelfio...

Y de la reina, naturalmente, si es que no le llegaban antes noticias fatales respecto a ella.

Con el pelo cortado, se puso el manto naranja y salió al patio. Ani se hallaba sentado en un rincón, a la sombra de una higuera, con su hijo pequeño en el regazo, escuchando a una anciana enjuta que parecía estar informándole del estado de los telares. El pequeño estaba comiendo un higo y la túnica de su padre tenía huellas rojas y pegajosas.

—¡Salud! —lo saludó Ani muy risueño—. ¿Te encuentras mejor esta mañana?

—Sí, gracias —respondió con timidez.

—¡Bien, bien! ¿Has pensado en algo que debamos comprar antes de partir?

—Me preguntaba si serían necesarias armas —dijo dubitativo—. Puede haber fugitivos o bandidos.

—No —replicó enseguida Ani, muy firme—. Cualquiera que se nos acerque armado es probable que tenga más armas que nosotros. Si fuésemos armados, nos matarían. De todos modos, por aquí no hay fugitivos ni bandidos, que yo sepa... Exceptuando, tal vez, a un extraño soldado que va de vuelta a casa. —Sonrió con simpatía a Cesarión—. Si pensara que íbamos a correr algún peligro, no llevaría a los niños. La política de clemencia de los romanos parece ir en serio. ¿Sigues pensando que el emperador es un cocodrilo?

—Un cocodrilo con el estómago lleno —contestó agriamente Cesarión, y suspiró.

Octaviano necesitaba dinero para pagar a su ejército y saldar las deudas que había contraído a causa de la guerra: lo único que conseguiría con represalias sería destruir fuentes de ingreso y no obtener nada a cambio, pues ya tenía todo aquello por lo que había luchado. El joven era consciente, sin embargo, de que la clemencia imperial no llegaría hasta él. Comprendía la negativa de Ani a llevar armas, pero se habría sentido más feliz de saber que podía echar mano a una lanza en caso de apuro...

No porque creyera que lo mantendría con vida, sino porque con ella tendría la oportunidad de sufrir una muerte noble. Por otro lado, Ani, con mucha razón, no quería una muerte noble. Además, seguramente nunca había aprendido a coger una lanza.

—Entonces, no —dijo Cesarión con pesar—. No se me ocurre nada que debamos comprar.

El barco estaba atracado en un embarcadero privado, junto a un campo propiedad de Ani, algo poco conveniente en aquella estación del año, pues el campo seguía sumergido bajo varios centímetros de agua y para subir a bordo no quedaba más remedio que andar vadeando por el lodo fresco. Cesarión sospechaba que la decisión de no cargar en los muelles públicos de Coptos ocultaba el pavor hacia Aristodemos, algo que le resultaba exasperante: a él ese hombre no le había parecido una amenaza tan seria.

El barco en sí era una simple barcaza, abollada y sucia pero sólida, con capacidad de carga y un par de cabinas techadas. Disponía de una docena de remos, aunque utilizarían sólo ocho, que moverían cuatro esclavos de Ani, dos de sus empleados y los dos marineros de Kleon. Cuando llegó Cesarión, la esposa de Ani estaba ya a bordo,

preparando el alojamiento.

Cesarión se detuvo en el campo enlodado, con barro hasta los tobillos, y observó la embarcación, consternado. Con un simple vistazo resultaba evidente que allí no había espacio para disponer de un lugar exclusivo para él. Pensó en su barco, el *Ptolemais*, a bordo del cual había navegado hasta Coptos hacía dos meses, con la crecida del río. Cuarenta remos y capacidad para sesenta hombres; las velas de color carmesí y la proa esculpida en oro. Disponía de un camarote espacioso en popa, con un comedor aparte iluminado con candelabros dorados...

Tras desembarcar, había enviado al *Ptolemais* río arriba. Tenía órdenes de navegar hasta Tebas y luego regresar a Alejandría, para confundir cualquier posible mirada que espiase sus pasos. Su barco se había ido hacía mucho, y ahora regresaba a casa con ese... cascarón.

—¡Salud, Arión! —dijo Tiathres, sonriéndole con timidez. Se volvió hacia su hijastra y se dirigió a ella en demótico—. Melanthe, ¿puedes explicarle cómo dormiremos? —Él se había percatado ya de que su griego era muy rudimentario.

—Hablo demótico —dijo Cesarión secamente, y vadeó en dirección al barco, sujetando las sandalias con una mano y el extremo del manto con la otra.

—¡Oh! —exclamó Tiathres, sorprendida por lo que acababa de oír. Cesarión no había admitido antes sus conocimientos y no debía haberlo hecho en aquel momento. Era quitar otra de las barreras que lo separaban de aquella gente. Era demasiado tarde, sin embargo, para retirar lo que acababa de decir. Alegremente, Tiathres comenzó a parlotear en demótico, explicándole que podía dormir en la cabina de popa con Ani y los hombres de Kleon, que ella, los niños y la niñera tenían la cabina de proa, y que los demás dormirían en cubierta... Algo agradable, con aquel tiempo.

Era deprimente, mugriento, pero tendría que acostumbrarse. Hizo un gesto con la cabeza y se aclaró los pies en el Nilo antes de subir a bordo.

Una recua de asnos transportaba la carga de especias a lo largo del río, ya que Menches e Imouthes habían devuelto los camellos a sus establos. Los hombres cargaban las mercancías sobre la cabeza y a la espalda para cruzar el campo inundado y colocarlas en lugar seguro en la embarcación. Cuando acabaron el trabajo, ya había anochecido. Ani y los que partían intercambiaron sonoras y efusivas despedidas con los que se quedaban; luego, los esclavos y los granjeros emprendieron el camino de vuelta con los asnos, embarrándose en el campo, mientras el barco se balanceaba en las aguas del río bajo el brillo de las estrellas, amarrado por proa y popa a las estacas que había incrustadas en la orilla. Tiathres encendió en la cubierta de proa un pequeño hogar de piedra cuidadosamente aislado y en un instante el ambiente se llenó del aroma del pan y las lentejas estofadas.

Ani se acercó a Cesarión, que permanecía sentado en popa, taciturno. Respiró hondo y se estiró.

—¡Esto es viajar! —declaró, feliz. Cesarión lo miró de reojo—. Siempre había

soñado con utilizar este barco tal como le corresponde —prosiguió Ani, dando un golpe cariñoso al lateral de madera—. Hasta ahora no ha hecho más que transportar lino.

Cesarión frunció los labios.

—¿Tiene nombre?

Ani sacudió la cabeza.

—Lo llamo «mi barco». Y los demás lo llaman «el barco de Ani». Lo compré hace dos años. El último propietario se ahogó, lo que lo convirtió en ave de mal agüero... y en una embarcación barata. Hice que lo bendijera un sacerdote para cambiarle la suerte y le borré el nombre antiguo, pero no quise ponerle un nuevo nombre hasta que pudiera utilizarlo de verdad.

—¿Hace ya dos años que tenías planeado convertirte en mercader? —le preguntó Cesarión con curiosidad.

—¡Llevo pensándolo casi toda mi vida! —respondió Ani—. Pero no he tenido ni el dinero ni la oportunidad hasta hace poco. —Se inclinó sobre la barandilla—. De pequeño solía contemplar las caravanas que partían del mercado y pensaba que yo también lo haría algún día... ¡Salir y ver mundo! —Rió—. Estos últimos años el bribón de Aristodemos ha estado estafándome con los tejidos.

—¿De veras?

—¡Sí, dulce Isis! Desde el principio. Cuanto más mejoraba yo el producto, más me estafaba él. —Miró con indulgencia a Cesarión y continuó—. Mira, yo sigo mejorando el producto, la gente del sur quiere calidad. Kleon ganaba más dinero, Aristodemos obtenía más beneficios... y yo las migajas. Estaba seguro de que Aristodemos me mentía sobre sus ganancias. Kleon me lo confirmó. ¡Ese ladrón se ha convertido en el hombre más rico de la circunscripción a costa de mi duro trabajo!

—Creía que el verdadero negocio estaba en los productos de Alejandría.

—Hasta cierto punto. Kleon tiene un hombre en Opone que compra estaño a cambio de productos de bronce. Ésa es la columna vertebral de su comercio: estaño por incienso. El aumento de sus ingresos en los últimos años ha salido de mis tejidos. Mira, yo empecé vendiendo lino sin confeccionar, y en pocas cantidades, igual que mi padre. Luego vi lo que pagaba de impuestos al monopolio real del lino y llegué a la conclusión de que nadie podría hacerse rico fabricando lino, excepto la reina, por supuesto. Así que me embarqué en la confección. No necesitaba licencias, ¿comprendes? Gané dinero y convencí a algunos vecinos de que me vendieran su lino para ahorrarse así el pago de la licencia. Entonces empecé a venderle a Aristodemos y pensé que las cosas me iban bien. Compré telares nuevos y mejoré la calidad del tejido, lo que significaba que podía venderlo más caro y conceder préstamos a buen precio a las esposas de los vecinos para que también ellas pudieran comprar nuevos telares. Entonces comencé a teñir el tejido con buenos tintes y mordientes fuertes, en colores vivos, como les gustan a los del sur. Lo que hago ahora es producto de mucha calidad. Kleon dice que en

Adulis, Mundis y Opone se vuelven locos por él. Se vende a veinte veces el precio del tejido sin confeccionar, y Aristodemos nunca me pasó más que una pequeña parte de ese beneficio. Él es el gran mercader griego y yo el humilde granjero, así que el beneficio es para él. Pero quien ha conseguido que ese beneficio aumentara soy yo. Ahora también yo soy mercader y voy a llevarme lo que es mío.

Cesarión se sentía ligeramente incómodo. De ser cierto todo aquello, explicaría por qué Aristodemos estaba tan enfadado y Ani tan preocupado por la reacción de aquél. Una nueva sociedad no igualaría los beneficios que Aristodemos obtenía con la antigua. Aristodemos debía de estar muy arrepentido de que Ani hubiera viajado a Berenice.

—¿Sabes? Tienes razón —prosiguió Ani, recuperando el buen humor—. El barco debería tener un nombre. Ahora es un barco mercante como debe ser. Veamos, ¿qué nombre griego, que nos diera buena suerte, podría ponérsele a un barco mercante?

Cesarión echó un vistazo al casco viejo y sucio.

—*¿Soteria?* —sugirió.

Era un sarcasmo, pues significaba «Salvación», un nombre grandilocuente y divino que se utilizaba tanto para barcos de guerra como para mercantes. Ani, a pesar de ello, pareció encantado con la idea.

—¡Muy bien! A Serapis y a Isis se los conoce como los Salvadores. Y a los Dioskouroi griegos se los conoce también como los Salvadores, ¿no? Y son los dioses de los marineros y los mercaderes. ¿No sois vosotros, los alejandrinos, quienes celebráis en su honor una fiesta conocida como la Soteria?

—En honor al primero de los tolomeos y su esposa —lo corrigió Cesarión, que se sintió desgraciado de repente. El nombre que había propuesto para burlarse de las pretensiones de Ani se había vuelto contra él—. Son los llamados dioses salvadores de Alejandría. —Tolomeo, hijo de Lagos, Tolomeo Sotero el Salvador, había fundado la gloriosa dinastía que había quedado reducida a navegar a bordo de un abollado cascarón.

—¡Mejor aún! —exclamó Ani—. La esposa del primer rey era Berenice, ¿verdad? ¡Y el puerto lleva su nombre por ella! Sugiere hacia dónde vamos. Y mejor todavía, suena a seguridad. *¡Soteria!* ¡Magnífico! —Dio un nuevo golpe al costado de la embarcación y se encaminó hacia el lugar donde el fuego del atardecer reflejaba su luz caléndula sobre las tranquilas aguas del río—. Arión ha propuesto un nombre para el barco —explicó feliz a su familia—. ¿Qué os parece *Soteria*?

El *Soteria* zarpó al amanecer del día siguiente. Ani soltó la amarra de proa, Ezana hizo lo propio con la de popa y Apollonios puso la embarcación rumbo a la ancha corriente pardusca. Serapión gritó de alegría y dijo adiós con la mano a la solitaria

orilla, y cuando su padre, chorreando, saltó a bordo, corrió a abrazarlo.

Navegaron río abajo todo el día. Los remeros sólo empleaban la fuerza necesaria para mantener el rumbo. Aquello era incluso más deprimente y mugriento de lo que Cesarión había temido. No había espacio. Si andaba por cubierta, debía esquivar a los hombres que estaban en los remos y procurar no tropezar con los que no remaban. Si se sentaba, la gente lo empujaba y se arremolinaba a su lado, sobre todo los niños, que se movían constantemente de un lado a otro. Y la intimidad no existía. Los egipcios orinaban por la borda; los hombres hacían concursos para ver quién orinaba más lejos y realizaban comentarios obscenos sobre sus respectivos miembros; defecaban sentándose en la borda de popa. Las mujeres eran más discretas y ponían primero una tela a modo de pantalla, pero resultaba imposible imitarlas sin recibir burlas a cambio.

Él no caía bien a casi ningún egipcio. La autoridad de Ani garantizaba que nadie le insultaría abiertamente, pero los hombres sólo tenían palabras agrias para él. Y se comportaban como si fuese un impuro, sin disimulo, directa y agresivamente, escupiendo si los rozaba o lavando cualquier cosa que él hubiera tocado. Ani no actuaba de ese modo —y parecía haber convencido a su esposa de que se comportase también con naturalidad—, y tampoco los niños, a quienes no les importaba, ni Melanthe, que se limitaba a mirarlo con pena.

Apollonios, quien, como único griego de la tripulación, debía haber mostrado cierta simpatía, era precisamente quien más lo ofendía. Cesarión sabía por qué y no sentía más que desprecio por ello. Después de abandonar Berenice, aquel hombre se le había insinuado sexualmente y él lo había rechazado con asco. En ese instante, Apollonios había decidido que la enfermedad de Cesarión lo convertía en un individuo detestable y se encargó de contagiar esa opinión a los demás.

Alguna vez Cesarión imaginó lo que Cleopatra le habría hecho a Apollonios, pero de poco consuelo le servía. La reina estaba encarcelada, sus aliados habían muerto o desertado y ni ella ni él volverían jamás al poder.

De noche amarraron el barco en un lugar resguardado de la orilla. Había mosquitos. Le tocó dormir junto a Apollonios, que se apartaba de él con grandes aspavientos. El río gorjeaba ruidosamente bajo la quilla.

Por la mañana, cuando los demás se levantaban, Cesarión abandonó el barco y se alejó del río para apartarse del olor y el ruido. Caminó hasta una plantación de palmeras y permaneció un rato sentado en el brocal de un pozo. Entre las hojas se oía el canto de los pájaros, y, no muy lejos, el mugir de unas vacas. Se planteó quedarse allí y dejar que el *Soteria* partiera sin él.

Pero le debía demasiadas cosas a Ani. Suspiró y emprendió el camino de vuelta.

Cuando faltaba aún un buen trecho para llegar al barco, se encontró con Melanthe, que corría hacia él con la falda remangada. Tenía unas bonitas piernas.

Al verlo se detuvo y soltó la falda.

—¡Oh! —exclamó aliviada—. Estáis aquí. Estamos listos para partir. ¿Por qué

habéis desaparecido por vuestra cuenta sin decir nada?

Él apretó los dientes.

—Para huir de la compañía.

Pasó con aire de enfado a su lado, pero ella se pegó a él, suponiendo que necesitaría ayuda.

—No deberíais ir solo —le aconsejó, solícita—. Podríais caeros.

—También tú —le espetó.

—¡Yo no estoy enferma!

—Podrías resbalar en el barro, o tropezar. Son motivos mucho más habituales de caídas que un ataque, incluso para mí. Si eso no te preocupa, ¿por qué debería preocuparte lo otro?

—Pensé que tal vez no os encontrarais bien. Estaba preocupada.

—Sin razón, te lo aseguro —le dijo con frialdad.

Caminaron un minuto en silencio y luego ella dijo, dudosa:

—Siento mucho que los hombres se muestren desagradables. Todo mejoraría si colaboraseis trabajando en algo, si los ayudarais a recoger leña o a limpiar; de ese modo verían al menos que estáis intentándolo y no os tendrían sólo por una carga.

Cesarión se detuvo en seco y la miró, asombrado.

—¿Estás sugiriéndome que recoja leña y limpie las ollas?

Le pasó por la cabeza la frase «¿Es que no sabes quién soy?», pero calló. Ella no lo sabía y no se atrevía a decírselo.

—Todo el mundo colabora en lo que puede —dijo ella, sorprendida por su enfado —. Mi padre cumple su turno a los remos como cualquier otro. Vos estáis demasiado enfermo para eso, pero...

—No estoy demasiado enfermo para remar. Si no lo hago es porque los caballeros no realizan trabajos manuales. ¡Por Dioniso! ¿De verdad es necesario que te lo explique?

Una mirada ofendida sustituyó a la de sorpresa en los ojos de Melanthe.

—Mi padre colabora en todos los trabajos.

—Tu padre, jovencita, no es un caballero. Ésa es la razón por la que ha hecho un trato conmigo. Y si espera que los caballeros hagan tratos con él, deberá dejar de degradarse a la posición de los esclavos.

Ella se quedó boquiabierta y después montó en cólera.

—¡Mi padre es el egipcio más respetado de Coptos!

—¡Sí, es el egipcio más respetado de la gran y maravillosa ciudad de Coptos! —se mofó—. En Alejandría contratan a gente como él para barrer el suelo. Si lo que pretende es ser aceptado como mercader, deberá aprender a comportarse como tal. ¡Orinar por la borda con los esclavos y permitir que su esposa se agache junto al fuego y prepare la comida! ¡Por Zeus!

—¿Qué tiene de malo que Tiathres cocine?

Cesarión entornó los ojos.

—Las damas tienen esclavas que cocinan para ellas. La mujer que lo hace es porque no tiene ninguna que lo haga por ella.

—Pero nosotros tenemos esclavos. ¡Sabéis que los tenemos! Tiathres colabora... ¡a diferencia de otra gente! Siempre está dispuesta a ayudar y es amable. Y le gusta cocinar; lo hace mejor que cualquiera de las criadas.

—Eso quiere decir que también lo hace en casa. Lo cual es una desgracia para tu padre, sobre todo si lo hace en presencia de cualquiera. ¿Y por qué no la obliga a hablar en griego?

—Porque no quiere herir sus sentimientos. Ella es tímida, y lo pasa muy mal cuando se equivoca. Si mi padre la riñera por eso, ella pensaría que no es lo bastante buena para él. ¡Mi padre es una persona que piensa en ese tipo de cosas!

—Pues si quiere ser mercader, tendrá que pensar menos en eso y más en su propia dignidad.

—¡Confío en que no lo haga nunca!

Cesarión se quedó momentáneamente sorprendido no por las palabras de Melanthe, sino por el hecho de estar de acuerdo con ellas. Sin embargo, estaba demasiado enojado para admitirlo.

—Entonces nunca llegará a ser más de lo que es ahora.

—¡Os salvó la vida!

—¡Y ésa es precisamente la única razón por la que estoy aquí! De lo contrario, ni escupiría en ese cascarón asqueroso que él llama barco.

—Hasta ahora sentía pena por vos —dijo Melanthe, acalorada—. Pero ya no la sentiré. ¿Cómo podéis hablar así de mi familia?

—No digo más que la verdad —replicó—, y si con ello evito que sientas pena por mí, encantado.

Durante el resto del camino hasta el *Soteria* se impuso un silencio gélido. El barco se encontraba listo para zarpar y la totalidad de la tripulación estaba enfadada con Cesarión por la espera. Éste subió a bordo y se dirigió a la cabina de proa sin hablar con nadie.

A última hora de la tarde del día siguiente, después de otra jornada penosa, llegaron a la ciudad de Ptolemais Hermiou. Ani debió de considerar que la amenaza de Aristodemos ya quedaba lejos y se arriesgó a atracar en los muelles de la ciudad. Ani y los marineros no tardaron en enzarzarse con las tripulaciones de los otros barcos en discusiones sobre asuntos comerciales y sobre los obstáculos que encontrarían en el siguiente tramo del río. Tiathres estaba deseosa de ir al mercado para comprar verduras frescas antes de que cerraran los puestos y Melanthe rabiaba por conocer la ciudad.

Cesarión, por su parte, lo único que quería era salir del *Soteria*, así que se encontró escoltando a ambas mujeres por la ciudad. Melanthe se había calmado un poco desde la mañana, pero seguía sin hablarle.

Habían instalado el mercado de Ptolemais lejos del río, al otro lado de la colina, por temor a las crecidas. La calle principal estaba muy concurrida, sobre todo por la tarde, cuando el calor aflojaba. Tiathres compró puerros, perejil, cilantro, pepinos e higos, que fue metiendo en su cesto y en el de Melanthe. Como nadie le sugirió que cargara nada, Cesarión no se vio en el aprieto de tener que rechazar aquella tarea manual.

Melanthe estaba tan emocionada de encontrarse en una ciudad nueva, que cuando llegaron a la plaza del mercado se había olvidado prácticamente de su indignación.

—¡Mirad ese templo! —exclamó, ilusionada.

Se trataba de un elegante edificio de estilo griego cuya fachada, detrás de un bosque de estatuas y altares votivos, encaraba la plaza del mercado. Era, imaginó Cesarión, distinto de los templos de Coptos, construidos con el tosco estilo nativo. Ptolemais había sido una ciudad griega desde el mismo momento de su fundación, un centro del helenismo en las regiones profundamente tradicionales del Alto Egipto.

—¡Qué ligero y elegante! —continuó la muchacha—. ¿Podemos ir a verlo? Por favor, Tiathres.

—¿Cuál es su dios? —le preguntó Tiathres a Cesarión, algo nerviosa. Era evidente que se sentía incómoda. En aquella ciudad no conocía a nadie y no quería ir a adorar deidades desconocidas.

Cesarión nunca había estado en Ptolemais y no estaba del todo seguro de la respuesta, aunque se la imaginaba. Cruzaron la plaza del mercado para averiguarlo y los altares confirmaron sus sospechas: estaban dedicados «a los dioses salvadores Tolomeo y Berenice» y «a los amados dioses hermano y hermana, Tolomeo y Arsinoe». El primer Tolomeo había fundado el templo y estaba dedicado al culto dinástico de los lágidas.

Melanthe, e incluso Tiathres, estuvieron encantadas con las dedicatorias «a los dioses salvadores» y decidieron de inmediato que adorar a los patrones del recién bautizado barco era prácticamente una obligación. Tiathres compró vino y óleos como ofrenda y con ellos atravesaron el umbral de la puerta para adentrarse en la penumbra del santuario.

En el interior había más estatuas, en parejas o en solitario, del doble del tamaño de una persona, vestidas con ropajes de color carmesí bordados en oro; las rígidas caras de mármol esbozaban una sonrisa; los ojos de cristal observaban solemnemente a quienes las contemplaban. Muchos de los altares estaban a oscuras, y en los pocos que había iluminados por la luz inestable de las velas, las estatuas parecían cobrar vida. De repente Cesarión creyó que le faltaba el aire. Dio un paso atrás, le retumbaba el corazón. «Son simples estatuas de hombres y mujeres —se dijo—. Lo de llamarlos

dioses no es más que propaganda. De todos modos, si fueran dioses, son mis antepasados y me ayudarían.»

Pero no era eso lo que sentía. Aquellas generaciones de lágidas contemplaban con ira y vergüenza el resultado de lo que con tanta nobleza habían iniciado.

Melanthe agarró el borde de su manto.

—¿Qué sucede? —le preguntó. Su expresión alarmada añadía en silencio: «¿Estáis a punto de sufrir un ataque?»

—Esperaré fuera —contestó Cesarión haciendo un esfuerzo—. Esto... Todo está perdido y no podré soportarlo.

—La verdad es que a todos nos cuesta soportarlo —dijo una voz a sus espaldas, emergiendo de la penumbra.

Se volvieron y se percataron de la presencia de un sacerdote que había estado quemando incienso en uno de los altares laterales. Iba vestido con una túnica blanca y llevaba la cabeza cubierta. Se acercó a la luz que entraba por la puerta y, simultáneamente, se tornó menos misterioso y más vulgar, un funcionario griego de mediana edad y de clase media.

—¿Qué queréis? —les preguntó, inquieto.

—Tenemos una ofrenda para los dioses salvadores —respondió Melanthe después de lanzar una mirada dubitativa a Cesarión.

El sacerdote permaneció un momento en silencio y su inquietud desapareció para dar paso a un sentimiento de aprobación y tranquilidad.

—Eso está bien —dijo—. Los espíritus de los dioses salvadores siguen con nosotros, siguen trabajando en beneficio de su pueblo. Me alegro mucho de que hayáis venido a hacerles ofrendas, sobre todo en momentos como éste. —Observó a Cesarión con profundo interés—. Sois griego y hasta el momento habéis hablado como un hombre fiel a la reina y desolado por su caída. No salgáis. Acompañad a vuestras amigas en la ofrenda a los dioses salvadores y luego haced vos mismo otra ofrenda por el espíritu de la divina Cleopatra. Eso calmará vuestra aflicción.

A Cesarión le pareció que el mundo entero se desvanecía y derrumbaba. Una fría sensación de entumecimiento le cercó el corazón. «No tendré un ataque —pensó, desesperado—. ¡No, por favor! ¡Se lo debo a ella!»

—Amigo —dijo Cesarión, casi sin aliento—, he estado fuera de Egipto. Lo último que sé es que la reina ha sido apresada. Si tenéis más noticias, os lo suplico, ¡decídmelas!

El sacerdote frunció el entrecejo, sorprendido por la intensidad de sus palabras.

—¿No os habéis...? —empezó, y luego, deliberadamente, adoptó un gesto de solemnidad y dijo—: Hace unos días llegaron noticias desde la parte alta del río. La reina ha muerto. Se negó a acatar la voluntad de César Octaviano y se quitó la vida. Dicen que le hicieron llegar clandestinamente una serpiente en el interior de una cesta de higos. Han enterrado su cuerpo junto al de Antonio, pero su espíritu es inmortal.

Cesarión luchaba por respirar. Lo sabía, siempre había sabido que no soportaría el cautiverio, que se negaría a caminar detrás de la carroza triunfal de Octaviano y sufrir los insultos de la multitud. Era una gran reina, una lágida, la última heredera de todas esas divinidades sonrientes...

... Exceptuándolo a él, que había sobrevivido estúpidamente para que los esclavos le escupieran.

—¿Dónde está su altar? —le preguntó al sacerdote.

El hombre señaló el altar de donde había llegado, justo a la derecha de la puerta de entrada. En él humeaba el incienso colocado en el interior de un recipiente de ónice, y las velas, dispuestas sobre un soporte dorado, proyectaban una cálida luz sobre una estatua sonriente: Cleopatra, con la corona de serpiente de la diosa Isis y un niño en brazos.

Había ordenado esculpir muchas estatuas como ésa; incluso había creado una imagen similar de su propia invención. Isis aparecía normalmente con su hijo en brazos, al que los egipcios llamaban Horus, y los griegos, Harpócrates, y Cleopatra había adoptado esa pose después del nacimiento de Cesarión. Ella se había identificado con Isis y a Julio César con Serapis, rey de los dioses; posteriormente había llorado la muerte de César como Isis había llorado la muerte de su esposo asesinado. Y después había declarado que, igual que Serapis resucitó de la muerte, el dios había encontrado una nueva encarnación humana en Marco Antonio. Cesarión conocía muy bien las manipulaciones cínicas del mito, y aun así, enfrentado a la imagen de su madre acunando al niño que era él mismo, se descubrió temblando y con la cara empapada en lágrimas. Sabía que iba a morir, pero, a pesar de ello, la noticia lo halló con el corazón desprevenido.

—¿Tenéis un cuchillo, amigo? —le preguntó al sacerdote—. Desearía llevar luto por ella.

Perplejo, el sacerdote le entregó un pequeño cuchillo que utilizaba para cortar en trozos las varas de incienso. Cesarión se acercó al altar, se quitó el tocado y empezó a cortarse el cabello, que echó en el recipiente del incienso. Los negros mechones se rizaban al arder y el humo apestaba. Se cortó incluso el cuero cabelludo, notaba que la sangre le caía por una oreja, pero el dolor era imperceptible comparado con la agonía de su pesar.

—¡Arión! —dijo Melanthe, conmocionada.

Él no hizo caso. Con el cabello cortado a trasquilones, en señal de duelo, permaneció con la mirada fija en las brasas, respirando profundamente, empuñando con fuerza el cuchillo con mano sudorosa. Detrás de él, Tiathres preguntaba impaciente para enterarse de lo que sucedía. No había comprendido la conversación en griego mantenida con el sacerdote. Melanthe se lo explicó en voz baja.

—¿Sabéis qué ha sido de los hijos de la reina? —le preguntó Cesarión al sacerdote, sin volverse.

—El joven rey Tolomeo César ha muerto. —Parecía casi tan impresionado como Melanthe—. Hace cinco días pasó por aquí una tropa de romanos con sus cenizas.

—Lo sabemos —le informó Melanthe, interrumpiendo las explicaciones que ofrecía a Tiathres—. Arión era Amigo del rey. Resultó herido cuando intentaba defenderlo.

—Él nunca contó para nada —dijo amargamente Cesarión—. Me refiero a los otros hijos de la reina: Tolomeo Filadelfio, Alejandro Helios y Cleopatra Selene. ¿Sabéis si siguen con vida?

—No —contestó el sacerdote, todavía conmocionado—. No he oído nada de ellos.

Seguramente habrían muerto. Y si estaban vivos, ¿qué podía hacer él para ayudarlos? Nadie ayudó a su madre mientras estuvo con vida, ¿quién se opondría a los romanos ya que había muerto?

El entramado de excusas que había levantado desde que había abandonado Berenice se desmoronó. No podía hacer absolutamente nada en Alejandría. Debía haber muerto en el mismo momento en que se dio cuenta de que no había forma de hacer nada en Berenice... No, debía haber muerto en la pira. La reina se había quitado la vida antes que aceptar la humillación romana, pero él, estúpida y ciegamente, se había sometido a todo tipo de degradaciones para conservar una vida que hasta Rodón sabía que no tenía valor. Levantó la vista para contemplar de nuevo la cara de su madre, ojos de cristal y una sonrisa bajo la corona de serpiente. Una vez más, como tantas antes, su madre había tenido que mostrarle lo que debía hacer.

—Lo siento —le dijo en voz alta—. Te he fallado. Perdóname. Haré todas las rectificaciones que sean necesarias. —Miró sin verlo el cuchillo que tenía en la mano y clavó el filo en la base de su pulgar izquierdo.

—¡Arión! —gritó Melanthe. Se arrojó hacia él e intentó arrancarle el cuchillo. Él la apartó y hundió en la muñeca la pequeña y afilada hoja. La sangre salió disparada, caliente y roja, salpicando las brasas. «La misma sangre que corría por las venas de Tolomeo el Salvador», pensó Cesarión triunfante, tal vez impura y degradada, pero aún capaz de purificarse con la muerte.

Luego sintió un golpe en el costado y se encontró en el suelo con la rodilla del sacerdote sobre él. La herida le dolía y gritó. Melanthe consiguió arrancarle el cuchillo de los dedos, repentinamente débiles.

—¿Cómo osáis profanar este templo? —gritó el sacerdote, hecho una furia.

—¿Profanarlo? —boqueó Cesarión intentando liberarse—. ¡No! ¡Jamás! ¡Oh, Apolo!

Tiathres cogió la mano herida y la vendó hasta la muñeca con el borde del manto para detener la hemorragia.

—Habéis mancillado el altar con sangre humana —replicó el sacerdote, algo más calmado—. Esto no honra la memoria de la reina, joven. ¡Os lo digo, no la honra!

Notó la primera bocanada de putrefacción: menos aún honraría a la reina sufrir un ataque en su altar.

—Permitid que me ponga en pie —suplicó—. Permitid que vaya a donde no mancille el templo.

El sacerdote lo soltó. Cesarión intentó desprenderse de Tiathres sin conseguirlo y se puso en pie sin que la mujer dejara de apretarle la mano. Empezó a sentir dolor en la muñeca. El incensario había dejado de humear, ahogado en sangre, y los ropajes de la estatua estaban salpicados de manchas oscuras. El sacerdote lo cogió del brazo y lo arrastró hasta la puerta. El joven permaneció tambaleándose bajo el sol matutino y luchando contra el ataque. Tiathres seguía sujetándole con fuerza la muñeca con el manto para impedir que se le abriera la herida.

—Dadme un vendaje —le suplicó al sacerdote— o un cuchillo para cortar un trozo de mi vestido. Sigue sangrando.

Le habló en demótico y el sacerdote se limitó a mirarla sin comprender nada. Melanthe tradujo, con voz angustiada.

—¡Suelta! —suplicó Cesarión, sacudiendo débilmente el brazo—. Ahora ya no mancillo el templo.

Pero Tiathres no lo soltaba, y cuando movía la mano le dolía y se le iba la cabeza. Viendo que se tambaleaba, el sacerdote lo cogió nuevamente del brazo.

—Venid a mi casa —dijo el sacerdote, reponiéndose y dirigiéndose a Melanthe—. Está aquí mismo. Mi esposa os ayudará a vendarlo y limpiarlo. No podéis pasar de esta manera por el mercado: cualquiera que os viese llamaría a un guardia.

Cesarión, dando tropezones, se dejó llevar escaleras abajo. El mundo le daba vueltas y apestaba a putrefacción.

El olor y las imágenes fragmentadas dieron paso finalmente a un patio pavimentado. Se encontraba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una columna. Tiathres estaba arrodillada a su lado, vestida únicamente con la túnica y vendándole la mano y la muñeca con un pedazo de lino. Detrás de ella, otra mujer, desconocida, llenaba una tina de agua.

Melanthe se acercó con un cuenco de cerámica. Iba también vestida sólo con la túnica y sus antebrazos desnudos tenían el brillante color de la miel oscura. Se arrodilló junto a él, en el lado opuesto de donde estaba Tiathres, y le acercó el recipiente a los labios.

Cesarión tenía sed y bebió. Era vino aguado, mezclado con un poco de miel y algo de sabor amargo. Lo bebió todo, sin pensar en la droga que estaría engullendo. Melanthe depositó en el suelo el cuenco vacío y lo miró enfadada.

—Ya os habéis despertado, ¿no? —dijo—. ¿Por qué os habéis comportado así?

Él mismo empezaba a pensar que había hecho algo estúpido y vergonzoso e intentó defenderse.

—Ella tuvo el coraje de quitarse la vida —explicó con voz ronca—. Yo también

debería haberlo tenido. Fue un error pensar que aún me quedaba algo que hacer.

—¿Por qué deberíais mataros? —preguntó ella. Estaba casi llorando—. ¿Por qué? ¿Qué bien haríais con ello?

—Tampoco hago ningún bien siguiendo con vida. Nunca he contado para nada y nunca contaré. Antes mi vida era una carga para mí, y ahora soy un lastre para el mundo. Todo aquello por lo que vivía ha desaparecido. Sólo puedo sobrevivir traicionando lo que fui.

—¡Cleopatra ni siquiera fue una buena reina! —comentó Melanthe.

Él la miró, airado.

—¡Cómo te atreves a pronunciar semejante mentira!

—¡Todas esas guerras! —protestó Melanthe con los ojos llenos de lágrimas—. Todos esos impuestos para pagar las guerras, y el estaño para acuñar..., y ella nunca aportó nada para que se repararan los diques, los canales o las rutas. Y asesinó a su hermana y a sus hermanos y...

—¡Calla! —dijo la mujer desconocida, que se había acercado a ellos—. Estoy de acuerdo contigo, muchacha, pero mi esposo no opina lo mismo. Calla o te echará de casa. Siempre ha creído en la reina y está de luto desde su muerte. —Se puso en cuclillas delante de Cesarión—. Y tú eres otro de la misma calaña, ¿verdad, joven? ¡Por Heracles, vaya lo que has hecho con tu pelo!

El joven la miró sin verla. Era robusta, morena, iba vestida de blanco y jamás la había visto. ¿Qué hacía preocupándose por su pelo cuando lo único que él quería era morir? Lanzó una mirada interrogadora a Melanthe, pero lo único que ella hizo fue fruncir el entrecejo. La mujer robusta le cogió la mano izquierda, sujeta hasta entonces por Tiathres, e inspeccionó el vendaje.

—Con esto debería bastar —dijo en demótico—. ¡Por Isis, mira que hacer semejante cosa! No es el mejor momento. Los romanos están en la ciudad y habrá rumores. La gente te habrá visto salir del templo cubierto de sangre y hablará... Tengo tus cosas en remojo, hermana. La sangre fresca marcha enseguida y los mantos quedarán bien una vez escurridos.

—Te estamos muy agradecidas —dijo Tiathres, y se dirigió hacia la tina.

Cuando se agachó junto a ella, Cesarión recordó que la mujer había utilizado su propio manto para detener la hemorragia. Se dio cuenta vagamente de que alguien le había despojado también de su manto..., y que tampoco Melanthe llevaba el suyo. Debió de chorrear sangre por todas partes. La mujer desconocida debía de ser la esposa del sacerdote; éste había dicho que ella los ayudaría a limpiarlo todo. Se preguntó por un instante adonde habría ido el sacerdote, y luego recordó que también había manchado de sangre el altar y la estatua. Un hombre tan piadoso como él estaría limpiándolos.

Había sido increíblemente estúpido y loco. Cleopatra había planificado su muerte con sumo cuidado. Él se había lesionado sin pensarlo, en un momento de rabia, y debía haber supuesto que la gente que tenía delante intentaría detenerlo. Lo único que había

conseguido era quedar como un imbécil... y ensuciar la estatua de su madre. Le escocían los ojos y se los restregó con la mano buena.

—¿Están los romanos por aquí? —preguntó Melanthe con inquietud.

—Han llegado de Panopolis —contestó la esposa del sacerdote—. Un gran ejército. Su emperador ha enviado a uno de sus generales río arriba para afianzar el reino. Están acampando en las afueras y han anunciado que el general estará mañana en la ciudad para recibir juramentos de adhesión y escuchar peticiones. Mi esposo lleva toda la tarde sentado en el templo preguntándose si debe prestarle juramento o no.

—¿Debe hacerlo? —inquirió Melanthe.

—Es miembro del consejo de la ciudad —dijo con tristeza la esposa del sacerdote—, y todos ellos están obligados a prestarlo. No sé qué sucedería si se negara. Los romanos exigen también que la ciudad entregue todos sus tesoros para financiar la guerra, y mi marido... —Se interrumpió, temerosa de confesar lo que su esposo iba a hacer, y miró angustiada a Cesarión—. No me gusta preguntar, pero... ¿es un fugitivo?

—No —respondió en el acto Melanthe—. Los romanos lo interrogaron en Berenice y lo dejaron marchar. Mi padre se ha ofrecido a llevarlo a Alejandría con nosotros a cambio de que le escriba cartas comerciales durante el trayecto. Mi padre es mercader. —Esta última frase la añadió muy orgullosa.

La esposa del sacerdote hizo un gesto afirmativo con la cabeza, tranquilizada. Cesarión suponía que su esposo habría insistido en dar refugio a un Amigo del rey fugitivo y que ella temía que la familia pudiera sufrir represalias por ello. Entre su propia desgracia, sintió una punzada de vergüenza al ver que aquella gente buena y amable estaba dispuesta a sufrir por su lealtad a la casa de Lagos.

Se oyó un portazo y el sacerdote entró en el patio. Llevaba las dos cestas de Tiathres y el tocado de Cesarión. Los depositó junto a una columna y se acercó; el manto blanco seguía manchado de sangre.

—Le hemos dado un poco de eléboro —le explicó la esposa del sacerdote a su marido, incorporándose—. Creo que no ha perdido tanta sangre como parecía al principio. Han atajado a tiempo la hemorragia.

El sacerdote asintió con la cabeza y se puso en cuclillas, ocupando el lugar de su esposa.

—Joven —dijo muy serio—, comprendo vuestro pesar. Lo comparto. Pero acciones desesperadas como ésta no sirven para honrar a la reina. Si sois, como dicen vuestras amigas, un Amigo del rey, recordad que la reina sacó de Egipto a su hijo para mantenerlo a salvo, y que os envió a vos con él. Si os destruís, desbarataréis su objetivo. Honramos a los dioses con nuestra vida y con nuestra adoración, no con un suicidio sangriento.

—Siento haber mancillado el templo, señor —replicó débilmente Cesarión.

—En verdad creo que en ningún momento habéis pretendido ofender a los dioses —dijo el sacerdote, aplacado—. ¿Sois realmente Amigo del rey Tolomeo César?

—En la medida en que un hombre como él podía tener amigos —respondió, preguntándose por qué no decía la verdad. ¿Por qué seguir disimulando cuando lo único que deseaba era morir?

Pero comprendió que seguiría ocultando la verdad porque se sentía avergonzado. El rey Tolomeo César debía ocupar un sitio en aquel salón de estatuas, regio y sereno, mientras que él, ensangrentado, lloroso y enfermo, no podía.

—¿Y a la reina? —le preguntó el sacerdote en voz baja—. ¿La conocíais también?

Cogió aire.

—Sí.

—Ah. —Pasado un instante, el hombre siguió hablando—. Yo la vi una vez, cuando se detuvo aquí de camino a Tebas. Pensé que era el ser más grande y divino que había visto en mi vida. Decidme, ya que estabais entre el grupo en quien ella confió para acompañar a su hijo, ¿mencionó en alguna ocasión lo que... lo que sus seguidores debían hacer si... cuando se perdiera la guerra?

Cesarión observó aquella cara preocupada.

—Dijo que debían hacer todo lo posible por salvarse —declaró sin dudarlo. De hecho, Cleopatra lo había comentado más de una vez, excepto cuando maldecía a los seguidores que la abandonaban antes de que llegara el momento final—. Vuestra esposa, señor, ha mencionado que os estabais preguntando si debéis jurar lealtad a Roma y permitir que confisquen el tesoro de vuestro templo. Puedo deciros que eso es lo que la reina habría deseado. Para ella, la vida de sus seguidores era preciosa, y creo que habría coincidido con vos en que debemos honrar a nuestros dioses adorándolos en vida, no autodestruyéndonos. Teníais razón cuando lo habéis dicho, y yo he actuado arrastrado por la pasión, no por la razón. Ella ha marchado para unirse a sus antepasados y no es ninguna traición jurar lealtad al nuevo Señor de Egipto. Recordad, también, que el emperador romano es el hijo adoptivo de César, a quien la reina amaba. Aunque contraria a Octaviano, no lo consideraba un ser indigno.

La cara del sacerdote se iluminó y sus hombros se relajaron. Detrás de él, su esposa sonrió agradecida a Cesarión. Éste le guiñó un ojo, sorprendido de lo complacido que se sentía ante aquella muestra de gratitud, de saber que, entre las sangrientas carnicerías de su vida, había hecho una pequeña cosa bien.

Capítulo 7

Cuando salieron de la casa del sacerdote ya había oscurecido. Arión caminaba a trompicones. Melanthe lo observaba con cautela, preguntándose qué ocurriría a continuación, si se desvanecería o sufriría un ataque. Creía que le había sobrevenido uno mientras lo trasladaban a la casa del sacerdote, pero tal vez se había tratado sólo de un desmayo: estaban todos en tal estado que era imposible dar nada por seguro. Al menos, parecía haberse calmado, aunque quizá fuera simplemente el efecto de la droga que le habían administrado. Cerró los ojos durante un instante en un intento de borrar la imagen de la mirada frenética de Arión mientras se cortaba la muñeca. Tal vez había sufrido un ataque en aquel momento y lo había hecho por eso. ¿O era que la enfermedad sagrada podía alterar la cabeza aun sin estar sufriendo un ataque?

Al menos en aquellos momentos tenían un aspecto respetable y no llamaban la atención de la poca gente que quedaba por allí. Los mantos seguían mojados, aunque eso no suponía ningún contratiempo porque la noche era calurosa. Arión llevaba de nuevo el tocado, que le ocultaba el atroz corte de pelo, aunque nadie se habría percatado en plena oscuridad. Cuando pasaban por delante de alguna casa importante con la puerta iluminada con antorchas, se le veía pálido y ojeroso.

—Son buena gente —comentó Tiathres, refiriéndose al sacerdote y su esposa—. Si tenemos tiempo, me gustaría volver mañana y regalarles un poco de lino como muestra de agradecimiento. Así podríamos hacer también nuestra ofrenda a los dioses salvadores.

—Creo que estarán ocupados —dijo Melanthe, dudosa—. Han dicho que mañana vendría a la ciudad el general romano para recibir los juramentos.

La idea de tener un ejército romano al completo acampado en un lugar cercano resultaba alarmante, y miró con ansiedad hacia las sombras de las lindes del camino, esperando que no hubiesen entrado ya soldados en la ciudad. No se veía ninguno.

Caminaron en silencio unos minutos y Tiathres dijo:

—Ani estará preocupado.

Su padre estaría preocupado. Llegarían muy tarde, y probablemente los hombres de los muelles le habrían contado la noticia de la llegada del ejército romano. Tal vez estuviera buscándolos en aquellos momentos. Deseaba no tropezar con ningún romano. Melanthe miró enfadada a Arión, anhelando atreverse a decirle alguna palabra de reproche.

Pero no lo hizo. Eso podría alterarlo de nuevo. Podría arrancarse el vendaje, coger un cuchillo y abrirse la otra muñeca. Podría atacarla... No, eso no lo haría. Seguramente era la enfermedad lo que había hecho que intentara acabar con su vida. Era un pesar terrible. Debía de ser horroroso tener que vivir con aquella enfermedad. Y

suponía que la actitud de la gente del barco no lo ayudaría mucho.

Hizo una mueca al sentir una punzada de culpabilidad. Era consciente de cómo se sentiría si la gente se comportase con ella como lo hacía con Arión. Además, Ani le había explicado que Arión era de una familia muy noble, y seguramente a él le afectaría más que a cualquier otro. Se había equivocado, le explicó su padre, al sugerirle a Arión que debía colaborar en las labores de a bordo. «Nunca pretenderíamos que Aristodemos hiciera labores de ese tipo —le dijo—, y este muchacho se ríe de Aristodemos. Se siente degradado por verse obligado a escribir cartas para mí: no esperes, pues, que friegue cacharros.»

Era cierto, lo sabía, y la angustiaba pensar que tal vez ella hubiera empujado a Arión a aquel acto de desesperación que había cometido en el templo... Pero, a pesar de todo, seguía resentida por la arrogancia y el desprecio que había demostrado hacia Ani y Tiathres. El despiadado ataque a los suyos le había llegado hasta el fondo del alma.

La mente de Cesarión estaba enferma. Recorrer todo aquel camino después de la muerte del rey e intentar quitarse la vida porque la reina había muerto... Melanthe no entendía nada. Al fin y al cabo, era un Amigo del rey, no de la reina. Allí había algo muy malo. Deseaba que se marchara y dejase tranquilos a su familia y al *Soteria.*

Cuando descendieron por la colina en dirección a los muelles, Melanthe vio antorchas que ardían junto a uno de los barcos, un reflejo de luz rojiza en el Nilo. A medida que iban acercándose, reconoció la forma embotada del *Soteria*. Se preguntó si su padre estaría preparando un grupo de gente para salir en su búsqueda y aceleró el paso. Cuando llegó al muelle, echó a correr sin soltar su cesta de verduras y dejando que los otros dos siguieran a su ritmo.

Las antorchas estaban sujetas a estacas junto a los amarres del *Soteria*. Había tres. Mientras corría, Melanthe vio que entre las teas había hombres sentados... y que llevaban coraza.

Se detuvo en seco. Uno de los hombres, que la había oído llegar corriendo, se puso en pie. Llevaba cota de malla larga, casco con cresta de crin roja y una espada al cinto. A Melanthe le dio un vuelco el corazón cuando comprobó que las estacas a las que estaban sujetas las antorchas eran, en realidad, lanzas.

Se quedó mirando al soldado y al *Soteria*. En la cubierta del barco había restos de las cenizas del fuego para cocinar, un manto tirado y una botella rota. No había nadie, ni luz en las cabinas, ni se oía nada, ninguna señal de vida. Miró de nuevo al soldado. Éste sonrió y se dirigió a ella. Melanthe estaba helada, dividida entre el instinto de huir y la terrible necesidad de descubrir qué había sucedido.

—¿Qué quieres? —le preguntó el soldado, que hablaba griego con un acento desconocido.

—¡Es nuestro barco! —exclamó, asombrada—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi padre?

—Vuestro barco... —repitió el soldado, y asintió con la cabeza. Miró por encima del hombro y vio que las siluetas de Tiathres y Arión se aproximaban. Levantó una mano y los otros dos soldados que estaban junto a él se pusieron de pie al instante y cogieron las lanzas que habían depositado en el suelo—. Nada de correr —les ordenó el soldado con un gesto significativo en dirección a las armas.

Los dos se detuvieron. Tiathres estaba aterrorizada. Arión... tenía una expresión difícil de describir. Casi podía ser de alivio.

—¿Eres tú Arión de Alejandría? —le preguntó directamente el soldado.

Ante lo cual, el joven griego se quedó perplejo e inquirió:

—*Quem quaerite*?

Se produjo un silencio cortante, y luego el primer soldado dijo asombrado:

—*Loquerisne Latine*?

—*Sane loquor*. —Arión inspeccionó al hombre por un momento—. *Arionem quaerite*?

—*Nonne Arion es, Alexandrinus quis, hostis populi Romani*?

Arión parpadeó.

—*Sum Arion* —declaró—, *sed haud hostis Romanorum. Pater mi ipsi Romanus est*!—Disparó una pregunta a la que el soldado, sorprendido aunque satisfecho, respondió.

—¿Qué sucede? —preguntó, angustiada, Tiathres—. ¿Qué dicen? ¿Dónde está Ani, dónde están los niños?

—¡No lo sé! —siseó Melanthe a modo de respuesta—. No están hablando griego. Creo que es latín. Son romanos.

Tiathres no apartaba los ojos de Arión y del romano, que seguían farfullando entre sí. Entonces sus facciones adoptaron una expresión de odio y amargura que Melanthe jamás había visto.

—¡Aristodemos! —espetó.

Arión y el romano se volvieron al oírlo. Arión siguió hablando. Melanthe captó las palabras «Aristodemos», «Coptos» y «Alejandría». Arión gesticulaba en dirección al *Soteria*. El romano sacudía la cabeza. Arión parecía insistir. Gesticulaba enérgicamente, hacia él mismo, hacia el barco y hacia las dos mujeres. Extendió los brazos en señal de rendición. Los romanos parecían dudar, pero uno de ellos dejó en el suelo la lanza y se dirigió rápidamente hacia los muelles. Arión suspiró, dijo algo más, luego se sentó en la escollera y se apoyó, mareado, en la estaca de amarre, cruzando los brazos por encima de las rodillas. El vendaje húmedo brillaba a la luz de un candil y la sombra del tocado le ocultaba la cara.

—¿Qué sucede? —le preguntó Tiathres, desesperada ante aquel silencio—. ¿Dónde está Ani? ¿Dónde están mis hijos?

—¡Silencio! —ordenó Arión—. Ellos no hablan demótico y puede que no les guste que nosotros lo hablemos. Pediré permiso. —Le hizo una pregunta al soldado, recibió

como respuesta un gesto de asentimiento y se volvió—. Ani y los demás han sido conducidos al campamento romano. El *tessararius* no sabe por qué. Sólo tenía órdenes de arrestarme a mí cuando volviese. Les han dicho que soy un agitador antirromano...

—¿Tessarius? —preguntó Melanthe, mirando asustada al romano.

—*Tessararius...*, un oficial que actúa a las órdenes de un centurión. Este buen amigo de aquí al lado. Estoy seguro de que tienes razón y que todo esto es cosa de Aristodemos. Se lo he dicho al *tessararius* y parece coincidir conmigo. Voy a preguntarle por los niños.

Se volvió de nuevo hacia el romano y le hizo una pregunta. El romano respondió enseguida con un ademán en dirección a uno de los barcos vecinos. Sonrió a Tiathres e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza para animarla.

—Dice que están en el barco vecino, con la niñera —informó Arión—, y que tú y Melanthe podéis ir con ellos si lo deseáis. No tiene órdenes de arrestar a mujeres. Pero dice que no intentéis subir a bordo de vuestro barco. Ha sido confiscado y debe seguir bajo custodia, al menos de momento.

Tiathres se precipitó hacia el barco donde estaban los niños, pero se detuvo.

—¿Y Ani? —gimió—. ¿Dónde está? ¿Qué van a hacerle?

—Está en el campamento romano —respondió Arión pacientemente—. El *tessararius* no sabe nada más. —Dudando, añadió—: Ahora me llevan también a mí al campamento, pero he convencido al *tessararius* de que pregunte si podría recoger antes los documentos del *Soteria.*

—¿Documentos? —le preguntó Tiathres sin saber de qué le hablaba.

—Los documentos de aduanas y los justificantes de las mercancías, la prueba de que Ani es un mercader y no lo que Aristodemos haya dicho que es. Mientras los documentos estén en poder de los romanos, los guardias no podrán robar nada del cargamento. En cuanto llegue al campamento, averiguaré de qué lo acusan y espero ser capaz de refutarlo. ¿Tienes todavía los higos que has comprado?

—¡Higos! —exclamó Tiathres con un sollozo—. Sí. ¿Qué debería hacer con ellos?

—Ofrecer unos cuantos a estos soldados para mostrarles tu agradecimiento por dejarte marchar... y darme también algunos a mí. De momento me escuchan. Pero si sufro un ataque... Y es más probable que lo sufra si tengo hambre.

Tiathres, que empezaba a llorar, ofreció a los romanos unos higos de su cesta. Cogieron algunos con sonrisas y dando las gracias educadamente. Arión se hizo también con un puñado y los guardó en el interior del manto. Mordisqueó uno con delicadeza.

—¿Y Ani? —preguntó de nuevo Tiathres, patéticamente—. No ha comido... y no sabe qué ha sido de nosotras. ¿Puedo llevarle comida?

Arión repitió la pregunta al romano y recibió a cambio una prolongada respuesta.

—Dice que esta noche no. Las puertas del campamento están cerradas. Dice que vayas por la mañana y que preguntes por él, Cayo Simplicio, de la Primera Centuria de

la Segunda Legión, y que intentará averiguar dónde tienen a tu marido y obtener permiso para que puedas verlo. Dice que no te preocupes, que si tu esposo es inocente no tiene nada que temer.

—Ca... Cayo Sima... —tartamudeó Tiathres.

—Cayo Simplicio —repitió Arión—, de la Primera Centuria de la Segunda Legión.

Melanthe lo repitió poco a poco. Simplicio sonrió y asintió con la cabeza. Dijo algo más y gesticuló otra vez en dirección al barco vecino, donde sin duda se encontraban dos niños asustados que se alegrarían enormemente al ver a su madre. Tiathres lo saludó con la cabeza, le tocó el brazo a Melanthe y echó a andar.

Melanthe no la siguió.

—Pedidle al romano que me deje ir con vos —le dijo a Arión—. Quiero ayudar.

Arión sacudió la cabeza.

—No podrías hacer nada. Estarás mucho más segura aquí.

—¿Y si os da un ataque? ¿Y si os desmayáis u os volvéis loco y queréis mataros? Estáis enfermo de la cabeza, y además, despreciáis a mi padre. ¡No puedo confiar en vos para salvarle la vida!

Arión la miró. La luz del candil daba en la cara del joven: sus ojos habían recuperado su antigua ferocidad y sus blancas mejillas estaban teñidas de un repentino rubor.

—¡Soy epiléptico, no un loco! Y no me mataré mientras tu padre corra peligro. No lo desprecio, al contrario, lo respeto y soy consciente de la deuda que tengo con él. Y no creo que la mejor forma de pagársela sea llevando a su bonita hija virgen a un campamento lleno de hombres armados dispuestos a abusar de ella si las cosas se ponen feas. Me harán prisionero y no tendré ninguna posibilidad de protegerte. Ve a ayudar a tu madre y pregunta por tu padre por la mañana. Espero que para entonces puedas recibir buenas nuevas.

—¿Por qué habláis latín? —inquirió Melanthe.

Las facciones de Cesarión recuperaron el orgullo y la calma.

—Mi padre era romano.

La joven recordó entonces lo que había oído comentar en una ocasión, que del mismo modo que los ciudadanos griegos no podían contraer matrimonio legal con los egipcios, los romanos tampoco podían casarse legalmente con ciudadanos de otra nacionalidad. Arión, que había humillado a Aristodemos, era bastardo.

Y era también Amigo del rey. Se preguntaba si habría conseguido ese estatus mediante intercesión real y si ése era el motivo por el que se había sentido tan terriblemente afligido al enterarse de la muerte de la reina. Al fin y al cabo, la misma reina había dado a luz hijos de romanos y pudo haber elegido a Arión como Amigo de su hijo porque, igual que la mayoría de los monarcas, no tenía tiempo que dedicarle.

Lo había juzgado mal, poco a poco se daba cuenta de ello. No era un

desequilibrado. Era un hombre joven que había perdido a su familia, que había visto cómo la causa en la que creía se derrumbaba sangrientamente y que no albergaba ninguna esperanza de recuperar el estatus y la posición de los que había disfrutado anteriormente. Su situación en el barco debía de ser una tortura para él. No le sorprendía que quisiese morir. Estaba herido, agotado, tremendamente alterado, debilitado por la pérdida de sangre... Y aun así estaba dispuesto a luchar contra los romanos por la libertad de Ani. Los romanos se habían llevado a su padre sin tan siquiera detenerse a recoger los documentos que probaban su inocencia. Si Arión no hubiese hablado latín, habrían hecho lo mismo con él. Melanthe sabía con certeza que Ani pertenecía a una clase en la que ser acusado por un superior significaba prisión. Arión no, debía admitir que no, y hablaba el idioma de los romanos. Era la única esperanza de que su padre recuperase la libertad.

—Lo... lo siento —tartamudeó—. No quería decir... no debía haber...

—Tu madre te espera —le dijo Cesarión, implacable. Bajó de nuevo la cabeza y su cara desapareció una vez más entre las sombras.

Ella se despidió con la cabeza y corrió hacia Tiathres. Sin embargo, sintió el peso de su mirada durante todo el trayecto que la separaba del barco.

Para alivio de Cesarión, el legionario que había sido enviado al campamento regresó con un funcionario. Hasta ese momento no estuvo seguro de que el centurión apoyara su solicitud. Después de una breve discusión, los romanos permitieron al prisionero subir a bordo del *Soteria* el tiempo suficiente para indicar dónde se encontraban los documentos oficiales. El funcionario se hizo con ellos y, luego de refunfuñar, le entregó un recibo conforme obraban en su poder. Apostaron un centinela y los demás partieron hacia el campamento romano, río arriba, lejos del puerto.

—¡Maldito cenagal de país! ¡Jamás lo hubiera dicho! —gruñó el *tessararius* mientras buscaba algún lugar donde quitarse el barro de la suela de la sandalia—. ¡Se suponía que Egipto era un lugar seco y arenoso!

—Hay que caminar unos cuantos kilómetros colina arriba —le dijo Cesarión, indulgente. Conocía a aquellos hombres. Tenían el mismo acento, las mismas costumbres y eran igual de quejumbrosos que los legionarios de Antonio.

—¿Así que la crecida del río se produce cada año? —le preguntó Simplicio en el tono que emplea quien ha escuchado a menudo la respuesta pero desea recibir la confirmación una vez más.

El joven le comentó las crecidas del Nilo y la posibilidad de ver hipopótamos de camino hacia el campamento. Le sorprendía su propia calma. Tal vez se debiera a que aquel mismo día había sufrido una tormenta emocional de gran magnitud; tal vez tuviera que ver con la dosis de eléboro que le habían administrado en la casa del sacerdote.

Fuera cual fuese el motivo, se sentía curiosamente confiado en el éxito de su empresa, en que nadie lo reconocería y en que se las arreglaría para convencer a las autoridades de que cualquier cargo contra Ani no tenía otra base que la malevolencia de un rival defraudado.

Todos los legionarios estaban convencidos de su inocencia, lo que era un buen punto de partida. Jamás se habían tropezado con un griego que hablara latín perfectamente; en general, los griegos esperaban que fueran los demás quienes hablasen su lengua y consideraban denigrante aprender otras. Era imposible que un joven tan alejado de la habitual arrogancia helenística fuera un agitador antirromano.

De todos modos, después de ser arrestado con esos cargos, no podía esperar otra cosa que ser sometido a un estricto interrogatorio. La tortura quedaría seguramente excluida, ya que los caballeros solían verse eximidos de tales degradaciones, pero sí era muy posible que lo ejecutaran si lo encontraban culpable. Además, como se trataba de un asunto militar gestionado por un ejército de ocupación, no habría juicio. Como mucho se celebraría una audiencia ante el general, e incluso eso dependería de la impresión que causara a quienes lo interrogaran en primer lugar. Y que el asunto llegase hasta el general implicaba también sus riesgos. Conocía a muchos generales de Octaviano. A principios de año, la Segunda Legión estaba en manos de Cayo Cornelio Gallo, a quien conocía por su reputación de magnífico comandante y, curiosamente, poeta, aunque nunca lo había visto en persona. Era previsible, sin embargo, que fuera otro quien estuviera al mando de aquella expedición.

El campamento estaba instalado a más de un kilómetro de Ptolemais y consistía en un buen número de hileras de tiendas rodeadas por un foso y una empalizada. Entraron por la puerta sur y giraron hacia la izquierda después de pasar por delante del estandarte de la Segunda Legión.

Simplicio dirigió su destacamento hacia una tienda muy grande que estaba al final de la hilera central. Por lo tanto, para empezar, sería el centurión de la Primera Centuria el responsable del interrogatorio. La primera centuria de una legión disponía siempre del doble de efectivos y su centurión superaba en rango a todos sus compañeros; solía tratarse de un hombre de confianza y con experiencia, aunque no con tanta como el comandante de la legión o sus tribunos. Ello daba una idea de la importancia que los romanos concedían al caso: era grave, pero no merecía la atención del más alto mando. Simplicio se detuvo en seco en el exterior de la tienda y anunció su presencia golpeando el suelo con los pies. Asomó entonces una cabeza entrecana por debajo del toldo de la tienda, inspeccionó el destacamento y dijo en tono irritado:

—¡Muy bien, hazlo entrar!

Cesarión agachó la cabeza y entró en la tienda de piel, seguido por Simplicio. Era relativamente grande, aunque sencilla: una litera de campaña, una silla, un escriba sentado en un taburete que sostenía unas tablillas de cera, tres candelabros... y el centurión, un hombre de edad, enjuto y con cara de malas pulgas vestido con túnica

roja, sin coraza, pero con el báculo que indicaba su rango de oficial del estado mayor sujeto al pesado cinturón de cuero. El centurión observó a Cesarión un instante y luego lanzó a Simplicio una mirada de reprobación.

—Deberías llevarlo atado —se quejó.

Simplicio se encogió de hombros.

—No nos ha dado ningún problema... y tiene el brazo herido.

El centurión echó un vistazo a la muñeca vendada de Cesarión y gruñó. Tomó asiento en la silla y examinó con aversión al prisionero.

—Me han dicho que hablas latín —dijo en ese idioma.

—Así es —respondió Cesarión, e inició su discurso—. Señor, creo que esta falsa acusación contra mí y contra mi socio, Ani, hijo de Petesuchos, procede de uno de los rivales en los negocios de mi socio, un hombre llamado Aristodemos. ¿Me permitís preguntaros, señor, si ha sido Aristodemos en persona quien ha interpuesto este cargo, sea el que sea, y en caso afirmativo, si se encuentra también bajo custodia?

El centurión se encendió.

—¡Quien hace las preguntas aquí soy yo! —explotó.

Cesarión inclinó la cabeza.

—Responderé a vuestras preguntas, señor, de muy buena gana. Pero creo que Aristodemos también debería responderlas. Está tratando de pervertir la «majestad» de la ley romana para satisfacer su avaricia personal.

—¡Por Hércules! —murmuró el funcionario, clavándole la mirada.

—«Majestad» —repitió el centurión—. ¿Sabes lo que significa eso? Sí, sí lo sabes.

A la aversión que evidenciaban sus facciones se le sumó entonces el resentimiento. *Maiestas* era el nombre que recibía el cargo de traición, y Cesarión, utilizando aquel término en relación con su acusador, hacía que fuera imposible pasar por alto su contraacusación.

Cesarión inclinó de nuevo la cabeza.

—No pretendo deciros cómo debéis actuar, señor. Yo sólo afirmo que esta acusación es falsa y malintencionada. Probablemente el acusador la hizo pensando que el pueblo romano era demasiado salvaje y estúpido para investigarla a fondo. Confío en que demostréis que estaba equivocado.

—¡Parloteas como un abogado embaucador! —le espetó el centurión—. ¿Dónde aprendiste latín?

—Mi padre era romano —respondió Cesarión sin alterarse— y quiso que lo aprendiera. En la corte siempre había romanos deseosos de hablar conmigo. —Miró a su alrededor—. ¿Puedo sentarme? —Sentía la debilidad en las piernas y empezaba a dolerle la cabeza.

—No —dijo simplemente el centurión, que observaba al prisionero—. Has dicho que responderías a mis preguntas. ¿Te llamas Arión? ¿Hijo de...?

—Cayo —contestó Cesarión, sin mentir.

—No eres hijo de ningún romano —replicó el centurión—. Los romanos no tienen hijos con mujeres extranjeras.

—Señor, mi madre era una mujer de rango, y la relación entre ambos era formal y reconocida. Yo no reclamo ni el estatus romano ni las propiedades romanas de mi padre, pero él me reconoció como hijo suyo y yo no lo rechazo como padre mío. Desde mi punto de vista, hacerlo sería rechazar y despreciar a Roma. Yo nunca lo he hecho: ¿queréis que lo haga?

El centurión lo miró y recuperó el hilo del interrogatorio.

—¿Cayo qué?

Cesarión respiró hondo: estaba preparado.

—Valerio. —Se trataba, seguramente, del apellido romano más común, igual que Cayo era asimismo el nombre más común. El centurión podría localizar a decenas de personas con ese nombre que hubieran vivido en Alejandría dieciocho años atrás—. Llegó a Alejandría junto con el divino Julio y allí conoció a mi madre, que era asistente de la reina.

Eso pareció satisfacer al centurión.

—¿Y eras Amigo del rey Tolomeo llamado César? ¿Te encomendaron su custodia y lo acompañaste en su intento de huir de Egipto?

—Hasta aquí, los informes son correctos.

—Y después de la muerte del rey, te adentraste en Egipto para tratar de levantar la oposición contra el Senado y el pueblo de Roma y recibiste la ayuda de un egipcio conflictivo llamado Ani...

Cesarión volvió a respirar hondo y proclamó en voz alta:

—¡Mentiras! ¡Mentiras ultrajantes! Me rendí en Berenice a un centurión llamado Cayo Paterculo. Él me dejó en libertad siguiendo la política de clemencia del emperador, como seguro demuestra su informe. Y Ani, hijo de Petesuchos, es un mercader piadoso y honrado que me ayudó después de encontrarme herido en el camino, y me ofreció que viajara con él desde Berenice hasta Alejandría si a cambio lo ayudaba escribiendo sus cartas. Lleva un cargamento procedente de Berenice, ¡cuyos impuestos ha pagado!, y poderes para actuar en nombre del capitán del barco propietario de la mercancía. Este funcionario tiene los documentos en su poder.

El funcionario que había subido al barco los sopesó e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El centurión se recostó en la silla y frunció el entrecejo.

—Dices que te hirieron. ¿Cuándo fue eso?

—Cuando vuestra gente asaltó el campamento del rey. Hace veinte días, calculo.

—Entonces, ¿por qué llevas ese vendaje reciente?

Los ojos del romano brillaban triunfantes. Cesarión se percató de que estaba al corriente del incidente del templo. Alguien le había informado de lo sucedido: sangre humana derramada en el altar de la reina, una condena feroz al nuevo orden de cosas y

un intento de invocar fantasmas malignos para maldecirlo. El centurión se había dado cuenta de la trascendencia del vendaje desde el primer momento. Pero no importaba; Cesarión ya había pensado lo que iba a decir.

—Me hirieron en el costado. Esto —dijo levantando la muñeca— ha sido un accidente que ha ocurrido esta tarde.

—¿Un accidente?

—Un accidente estúpido —confirmó—. Fuimos al templo a realizar una ofrenda a los dioses salvadores, los patrones del barco de mi amigo Ani. El sacerdote que estaba allí me dijo que la reina había muerto, y yo no lo sabía. Me sentí conmocionado y decidí cortarme el cabello en señal de duelo y como ofrenda a su espíritu, pero el cuchillo resbaló y me corté en la mano.

El hombre lo miró, indignado.

—¿Intentaste cortarte el pelo?

Cesarión se quitó el tocado y se lo mostró.

—He hecho un desastre. —Sonrió apaciguando la situación—. Era un cuchillo pequeño y muy afilado. Debería haber conseguido unas tijeras. —Detrás de él escuchó a Simplicio disimulando la risa.

—Me han informado —declaró furioso el centurión— de que un joven que encaja con tu descripción se ha cortado las muñecas ante el altar ¡y ha clamado venganza contra Roma!

Cesarión arqueó las cejas, incrédulo.

—¡Por Zeus! Quien os haya informado debía de estar borracho. Me corté el pelo y el cuchillo resbaló... ¿o creéis que normalmente llevo el pelo así? Podéis preguntarle al sacerdote si es cierto que clamé venganza o si clamé pidiendo un vendaje, y rápido. Él me acompañó hasta su casa y me proporcionó uno. Supongo que vuestro informante nos vio saliendo del templo e inventó una historia más apasionante.

El centurión seguía mirándolo de reojo.

—Eras muy devoto de la reina, ¿verdad?

—Sí —respondió Cesarión, sin dudarlo un instante—. Luché por ella y por la casa de Lagos con todas mis fuerzas. Si lo consideráis un crimen, podéis matarme por ello... Aunque tendréis que matar también a muchos miles de personas más, incluyendo a la mitad del Senado romano que apoyaba a Antonio. Sin embargo, he oído que César ha proclamado una política de clemencia para aquellos que se rindan y depongan las armas. Yo me rendí, estoy desarmado y no he hablado ni he actuado en contra del Senado ni del Pueblo de ninguna manera desde que abandoné Berenice. ¿Qué vale la clemencia del emperador si pesa menos que la mentira malintencionada de un mercader de segunda categoría que ha perdido el negocio en manos de un rival? Vuestro funcionario tiene las pruebas de que mi amigo Ani lleva a cabo un comercio legal y honesto. ¿Qué prueba de lo contrario ha presentado Aristodemos?

—¡Eres un pequeño bastardo insolente! —explotó el centurión. Miró a Simplicio y

le ordenó—: Desnúdalo.

Cesarión se puso de repente tenso, sofocado.

—¡Soy un alejandrino de buena familia! ¡No podéis tratarme como a un esclavo! ¡Exijo ver a vuestro superior!

—¿Así que exiges, griegucho? —se mofó el centurión. Hizo un ademán en dirección a Simplicio, quien, algo dubitativo, cogió el manto de Cesarión y se lo quitó.

Cesarión se abrazó al manto para protegerse, temblando de rabia. La desnudez no era el problema: como todos los muchachos griegos, estaba acostumbrado a realizar ejercicios desnudo en el gimnasio. Pero ser desnudado por soldados, sufrir los golpes o los dioses sabían qué procedentes de sus manos... ¡era inconcebible!

—¡Sí, lo exijo! —exclamó furioso—. ¿Qué otra cosa puedo hacer cuando mi interrogador viola la política imperial? Aristodemos se plantó en la plaza del mercado de Coptos y juró, para que lo oyera media ciudad, que no toleraría que su sociedad se perdiera en manos de un egipcio. ¡Mandad a alguien a Coptos si no me creéis! ¡El hecho de aceptar su acusación sin más, antes que nuestras pruebas, significa deshonrar el nombre de Roma y burlarse de la política del emperador! —Miró imperiosamente al escriba—. ¿Has escrito todo esto, hombre? ¿Y se lo enseñarás a los superiores de este zoquete?

—¡Que todos los dioses me confundan! —El centurión sacó su báculo de madera de vid y lo blandió contra la palma de la mano—. Conque zoquete, ¿eh? Eres un joven orgulloso y voy a arrancarte un poco de esa arrogancia. Sujetadlo.

Simplicio cogió a Cesarión por las manos y lo obligó a que las pusiera a la espalda. Cesarión, a quien le seguía doliendo la muñeca, se defendió, pero fue obligado a hincarse de rodillas. Levantó la vista y miró al centurión. Estaba demasiado rabioso para tener miedo.

—¿Os atreveréis? —dijo con voz entrecortada, ultrajado y sin poder creerlo.

El centurión le apuntó con el extremo del báculo.

—Eres muy orgulloso para ser un bastardo mestizo y epiléptico.

El joven contuvo la respiración, consciente de un dolor repentino que lo acometía, superior a todo, y reconocible a pesar de su rabia. El egipcio, sin duda, le había contado a ese hombre lo de su enfermedad en el transcurso del interrogatorio, y para ponerse a salvo, le había explicado todas las humillaciones y sufrimientos por los que había pasado.

Tal vez no hubiera sido Ani. Tal vez hubieran sido Ezana y Apollonios. También habrían sido interrogados y era un comportamiento que podía esperarse de ellos.

—¿Deberíamos girar la rueda delante de ti? —se mofó el centurión.

Se trataba de una prueba para detectar la presencia de la enfermedad sagrada que solía realizarse a los esclavos antes de venderlos. Las ruedas giratorias nunca habían preocupado a Cesarión, pero, tan débil como estaba, pensar en sufrir un ataque era suficiente para que le diera. Notó la primera oleada de putrefacción y, de repente, el

miedo se apoderó de todo su ser.

—¡Oh, por Apolo! —suplicó, desesperado—. ¡No!

El criminal dejó de respirar. Estaba pálido, con la cara empapada en sudor, pero tranquilo. Enrollado sobre su pecho había un áspid cuyas escamas negras resplandecían a la luz. Cleopatra lo inspeccionó con una sonrisa forzada. Le brillaban los ojos.

—No parece doloroso —comentó. Rozó con el filo de su manto morado al áspid, que escupía espuma y elevaba su cuerpo como si fuera un reflejo de la serpiente que adornaba la corona de la reina.

El médico lo miraba con el entrecejo fruncido y aflojó la ligadura. Cesarión observó el riachuelo rojo que salía del brazo desde un punto situado justo por encima del codo. Se retorcía como una serpiente.

—Liberamos el veneno —dijo el médico, satisfecho, y limpió la lanceta ensangrentada con un trapo.

Rodofis le sonrió, tendida sobre la colcha de seda. Su cuerpo brillaba al calor del verano.

—No creo que estés lleno de veneno —le dijo.

Una anémona cerró sus pétalos rojos alrededor de la serpiente. Las olas chocaban contra el muelle.

El buque insignia de Cleopatra, el *Antonias*, navegaba por el Gran Puerto, las velas de color púrpura brillaban contrastando con el azul del mar. A lo lejos se oían las lamentaciones de las plañideras y el ambiente olía a humo, incienso y carne quemada.

Estaba arrodillado, medio desnudo, sobre el suelo embarrado de una tienda. Le dolía la muñeca izquierda. Un hombre delgado vestido con una túnica de color rojo examinaba la herida lívida, ya con costra, del costado. Había más gente a su alrededor que observaba la escena con horror y repugnancia. Sacudió la cabeza, temblando tanto por la humillación como por la debilidad, y alargó la mano en busca de su medicina.

No estaba. Sus dedos buscaban a ciegas sobre la piel desnuda. El centurión se enderezó y lo golpeó en el hombro.

—¿Has acabado? —le preguntó.

Cesarión se dio cuenta de que no le habían desabrochado la túnica, sino que al bajársela hasta la cintura habían arrastrado la bolsita con ella. ¿Habrían hecho algo más?

Pensó que no. No parecía haber transcurrido mucho tiempo. Había sido un ataque leve.

—Devolvedme las hierbas, os lo ruego —pidió. La voz le temblaba tanto de vergüenza como de agotamiento—. Son para la enfermedad, me ayudan.

—No hemos necesitado ni la rueda —dijo el centurión—. Eres muy orgulloso para ser un joven enfermo. Lo que no entiendo —le atizó con el báculo— es qué hace un muchacho tan orgulloso como tú trabajando para un campesino advenedizo. Puede que lo que me cuentas sea cierto y que tengas, como dices, pruebas..., pero no entiendo qué

hace un joven que en tanta estima se tiene escribiendo cartas para un granjero analfabeto. Lo lógico es que hubieras buscado a alguien de tu misma clase. Alguno debe de haber, incluso en Berenice...

Cesarión apartó la vista. La muñeca izquierda le dolía mucho y sentía la cálida humedad del vendaje. La cabeza aún le daba vueltas.

—Ani me salvó la vida —dijo débilmente—. Estoy en deuda con él.

—Continúa.

—Cuando me escapé..., cuando abandoné el campamento del rey, estaba herido. No tenía agua. Caminé hasta llegar a la ruta de las caravanas, pero hacía mucho calor. Tuve... sufrí un ataque. Varios. No podía seguir. Ani me encontró inconsciente y me salvó la vida. Me dio agua y pagó para que me cuidaran. Intenté darle el broche de mi túnica, que era lo único que poseía de valor, pero no lo aceptó. Dijo que yo necesitaría el dinero. Cuando me pidió que escribiera cartas para él, no me quedó más remedio que aceptar. No tenía otra forma de pagarle... y serviría para devolverme a casa. Estuve enfermo todo el viaje y me cuidó: ahora estoy más en deuda con él que antes. Y es un buen hombre. Me ayudó sin esperar nada a cambio. Jamás había conocido a una persona así. He confiado en él porque no he tenido más elección, pero no me ha fallado, ni una sola vez.

Siguió un silencio prolongado. Entonces el centurión le hizo un gesto a Simplicio.

El *tessararius* entregó a Cesarión la bolsita de las hierbas. Él la agarró con fuerza y respiró aquel aroma tan cálido y familiar. No intentó incorporarse, sino que inspeccionó el vendaje de la muñeca. El lino blanco estaba empapado de rojo. ¿Cuándo habría sucedido? Se hundió de nuevo sobre sus talones, temblando, y presionó el brazo herido contra su pecho desnudo.

—Enséñame los documentos —ordenó el centurión al funcionario.

Cesarión permaneció en el suelo, aspirando profundamente su remedio y sujetándose la muñeca mientras el centurión hojeaba la documentación de la carga, los contratos y los recibos del pago de los impuestos. Al joven le dolía la cabeza. El valor y los recursos que lo habían llevado hasta allí se habían agotado. Lo único que quería era seguir acostado.

—Y bien —dijo el centurión—, cuéntame cosas sobre Aristodemos. Por lo que entiendo, era el socio de ese tal Kleon.

Cesarión detalló con desgana los intereses que Aristodemos tenía en el asunto y los términos mercantiles que aparecían en griego en los documentos. El centurión lo escuchaba y le hacía preguntas. Finalmente se volvió hacia el escriba.

—Corre a la tienda del general —dijo—. Si no se ha acostado todavía, dile si puede atenderme. Explícale que es sobre un cargo malintencionado interpuesto por un mercader griego y que necesito conocer su opinión. —Cesarión levantó la vista, sin atreverse a creer lo que estaba oyendo. El centurión soltó una risotada—. Simplicio —añadió—, dale a este joven una copa de vino. Le sentará bien. —Entregó el broche de

la túnica al *tessararius*—. Colócale bien la túnica. No creo que pueda valerse por sí mismo.

Cesarión estaba terminando el vino cuando regresó el escriba informando de que el general estaba levantado y que los recibiría.

—Llevémoslo, pues, a su presencia —ordenó el oficial romano a Simplicio, que ayudó a Cesarión a levantarse y a cubrirse con el manto; luego le entregó su tocado y se dirigieron hacia la puerta. El soplo de aire nocturno le aclaró un poco la cabeza. Sin dejar de caminar, se colgó la bolsita al cuello y enderezó el tocado. Al mirar las estrellas se dio cuenta de que aún no era medianoche.

Recorrieron las hileras de tiendas hasta que llegaron a un pasillo amplio; allí giraron a la derecha hacia un pabellón de mayor tamaño, el alojamiento del general, situado en el centro del campamento. Esperaron mientras anunciaban su llegada.

—¿Sigue siendo Cornelio Gallo tu general? —le preguntó a Simplicio. La laxitud que había seguido al ataque empezaba a esfumarse y tenía la cabeza lo bastante clara para sentirse preocupado.

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de sus victorias —respondió Cesarión, más tranquilo—. Y conozco su poesía.

El viejo centurión miró a su alrededor, aparentemente inquieto..., pero en aquel instante uno de los ayudantes del general los hizo pasar.

El interior del pabellón del general Cornelio Gallo no era precisamente un dechado de sencillez. La tienda estaba dividida en estancias mediante cortinas bordadas en oro y carmesí y la luz de los quemadores dorados donde ardían aceites aromáticos revelaba la presencia de exquisitas alfombras, mesas y cojines elegantes. El ayudante los acompañó por el vestíbulo y los condujo a una sala donde el general, vestido con un manto largo de color carmesí y la túnica morada a rayas correspondiente a su rango, examinaba documentos sentado a una mesa de marfil y madera pulida.

Gallo levantó la vista. Era un hombre atractivo, de mediana edad, de cabello claro y bien afeitado. El centurión lo saludó vigorosamente y se quedó a la espera en posición de firmes.

—¿Y bien, centurión Hortalo —dijo Gallo con voz agradable—, dices que se trata de un cargo malintencionado interpuesto por un mercader griego?

—Sí, señor. En el día de ayer, un griego de Coptos, Aristodemos, hijo de Patroklos, realizó una acusación bajo juramento en la que afirmaba que un alejandrino de nombre Arión, antiguo Amigo del rey, había partido de Coptos con la intención de fomentar el sentimiento antirromano durante vuestro viaje río arriba. Ese tal Arión, declaró, había huido de Berenice después de la muerte del rey, llevando con él un cargamento de incienso muy valioso que pretendía vender para subvencionar sus actividades. Aristodemos afirmó que colaboraba con él un egipcio, Ani, hijo de Petesuchos, un conocido agitador de la región de Coptos. Aristodemos dijo que

deseaba probar su lealtad al nuevo gobierno informándonos de esto y proporcionó una descripción de los hombres y de la barcaza en la que viajaban. Las investigaciones realizadas han confirmado que el acusador es un rico mercader y terrateniente, un hombre relevante en Coptos, donde en su día obtuvo el poder de la mayoría de las entidades cívicas.

«Pusieron el asunto en mis manos y mandé a mis hombres a vigilar la barcaza, que acababa de atracar en Ptolemais esta misma tarde. Arresté a Ani, hijo de Petesuchos, y a los hombres que lo acompañaban, pero nos dijeron que, antes de que nuestros soldados llegaran, Arión había marchado a la ciudad en compañía de la esposa y de la hija de Ani. Envié a varios hombres a la ciudad en su búsqueda y dejé un retén de vigilancia en el barco.

—¿Es éste el tal Ani? —preguntó Gallo mirando con dudas al prisionero.

—No, señor: es Arión. ¿Me permitís terminar? Cuando interrogué a Ani, hijo de Petesuchos, juró al instante que debía de ser Aristodemos quien había interpuesto el cargo y que lo había hecho por pura malicia, porque lo había sustituido en una sociedad con un mercader del Mar Rojo de nombre Kleon. Afirmó que el valioso cargamento, que existe y se encuentra en la barcaza, pertenece al mercader en cuestión y que él se dedica a transportarlo hasta Alejandría para venderlo a comisión. Arión, dijo, era un joven oficial griego al que había encontrado medio muerto en el camino cerca de Berenice después de que nuestro ejército tomara el campamento del rey, y que habían llegado al acuerdo de que escribiría cartas para él a cambio de su pasaje de vuelta a Alejandría. Ani insistió en esta historia incluso sufriendo un estricto interrogatorio, y los hombres que lo acompañaban lo confirmaron, con mucho alboroto, diría, maldiciendo repetidas veces a Aristodemos y alguna que otra a Arión. Yo decidí encontrar a Arión antes de tomar medidas.

—Y parece que lo has encontrado.

—Así es, señor. Y ahora estoy seguro de que el cargo fue interpuesto con malicia. Arión ha aportado documentos que demuestran sin lugar a dudas que el cargamento pertenece a Kleon, que Ani actúa en nombre de éste y que el cargamento ha sido importado legalmente y que ha pagado los correspondientes impuestos. En cuanto a Arión, me resulta imposible creer que sea un agitador antirromano. De hecho, es medio romano y habla un latín fluido.

—¡Por Júpiter! ¿Sí? Ya he visto que nos miraba como si nos comprendiese.

—Perfectamente, señor. Sugirió en el acto que la acusación de Aristodemos se debía a un intento de «pervertir la majestad de la ley romana».

—¿Sí? —le preguntó Gallo a Cesarión directamente, mirándolo con ojos inquisitivos.

Cesarión asintió con la cabeza, que seguía dándole vueltas.

—General, intentaba abusar de vos para satisfacer su avaricia personal contra Ani. La ciudad de Coptos entera no dudaría ni un instante en declarar que se trata de un

cargo falso. Tanto Ani como Aristodemos son bien conocidos allí, y después de perder la sociedad, Aristodemos juró abiertamente que se vengaría. Creer esta acusación y castigar a Ani dañaría el respeto que el pueblo de Coptos debería tener por Roma. Pero estoy mucho más preocupado por Ani y por mí que por Aristodemos.

—¡Por Júpiter! —exclamó Gallo, perplejo—. Creo que en mi vida había oído a un griego hablar tan bien latín. ¿Así que eres medio romano y Amigo del rey?

—Sí, señor. Señor, os lo suplico, ¿puedo sentarme? No me encuentro bien.

—Dadle una silla —ordenó Gallo. Cesarión se desplomó en ella, agradecido, sujetándose la muñeca.

—¿Qué os ha pasado en la mano? —le preguntó el general.

—Ha clarificado también ese asunto —informó el centurión Hortalo con aire humorístico—, la historia de los orantes vengativos y los sacrificios sangrientos en el templo de los lágidas. Este joven loco trató de cortarse el pelo en señal de luto por Cleopatra y se cortó accidentalmente la mano con el cuchillo.

—¿Es verdad eso? —inquirió Gallo.

Hortalo soltó una risotada.

—No se me ocurre otro motivo por el que un joven orgulloso de buena familia pudiera llevar un corte de pelo que parece hecho con un cuchillo de cocina. —Tendió la mano y le quitó el tocado a Cesarión.

—Comprendo —dijo Gallo, sonriendo—. Encárgate de que corra la voz de todo esto, ¿de acuerdo? A los hombres no les gustan las maldiciones con sangre. —Se recostó en la silla, observando con tolerancia a Cesarión—. Y bien..., Arión. ¿Así que no te importa lo que pueda sucederle a Aristodemos?

—Entiendo, señor —dijo lentamente Cesarión—, que en el transcurso de vuestra primera visita a la región, seáis totalmente contrario a emprender cualquier acción contra un terrateniente griego, en un momento en que los caballeros del lugar están inquietos por conocer cómo será el gobierno romano. —El hecho le había quedado muy claro desde un principio.

Hubo un momento de silencio.

—Ha hablado un cortesano —subrayó Gallo con aire pensativo—. ¿Y qué es lo que en tu opinión deberíamos hacer con Aristodemos... si es que acepto que él es culpable y tú inocente?

—Convencerlo de que retire los cargos —respondió Cesarión—. Traerlo hasta aquí y enfrentarlo a las pruebas. Él no sabe que soy medio romano, y sin duda esperaba que aceptaríais su palabra sin investigar. Cuando vea que se ha equivocado, facilitadle una salida para que pueda decir que ha sido un error. Si retira los cargos, no tendréis que tomar más medidas.

—Una solución limpia —dijo Gallo—. ¿Y en cuanto a ti y a ese Ani?

—Liberadnos, junto con el barco y el cargamento, y permitidnos proseguir nuestro camino. No pido nada más.

Gallo sonrió. Se dirigió con un ademán hacia uno de sus ayudantes, que le acercó una copa. Dio un sorbo.

—Muy clemente —subrayó—. Pero Hortalo ha sido duro contigo, ¿no es así? ¿No estás enfadado?

Cesarión notó que se le subían los colores a la cara. Comprendía claramente que el centurión había intentado, deliberadamente, degradarlo... y lo había conseguido.

—Las acusaciones que habían vertido sobre mí no podían ser pasadas por alto —dijo, agotado—. Era necesario investigarlo. Nosotros habríamos hecho exactamente lo mismo con un sospechoso acusado de una ofensa similar. Creo —miró de reojo y con cautela a su canoso interrogador—, creo que lo ha hecho bien y que no ha utilizado más fuerza de la necesaria. Sería un necio si me hubiera opuesto.

—Una actitud práctica. Parece también que estás acomodándote de un modo práctico a la realidad del gobierno romano, a pesar de que estabas dispuesto a exiliarte con el rey y a cortarte el pelo en señal de duelo por la reina. ¿Eres de verdad tan práctico, joven? ¿O estás mintiéndonos?

—Estaba dispuesto a vivir y a morir por la casa de Lagos —respondió sin alterarse—, pero la dinastía ha caído y no puedo hacer nada para restituirla: «Deja de hacer el tonto: cuando ves que algo ha muerto, di que está muerto.»

—¡Dioses y diosas! —exclamó Gallo—. ¿Has leído a Catulo?

—Me encanta. ¿Qué hay de malo en ello?

—¿Un alejandrino a quien le encanta la poesía latina? ¡Dioses y diosas, la mayor parte de tu pueblo nos tiene por bárbaros que ni tan siquiera poseen un alfabeto!

—Me gusta la poesía latina y también la nuestra..., igual que a vos. Vuestras elegías de amor son muy alejandrinas, muy graciosas y elegantes.

—¿De veras lo crees? —gritó de satisfacción Gallo, y Cesarión vio de repente el motivo oculto detrás de la mirada de alarma del centurión. Era un hombre susceptible a los halagos.

—Sí —contestó enseguida—. La de la traición de Lycoris y el cuervo... es digna del mismo Calimaco.

No era que le disgustaran los poemas, pero el principal motivo por el que los conocía era porque las elegías amorosas de Gallo estaban dedicadas a una tal «Lycoris», que era en realidad una actriz llamada Cytheris, antigua amante de Marco Antonio. Éste leía de vez en cuando los versos en el transcurso de alguna fiesta, comentando los encantos de la dama y burlándose de la virilidad de Gallo. Sus amigos se divertían con ello, pero Cesarión no tenía la más mínima intención de decirlo.

Gallo le sonrió, rebosante de satisfacción.

—No creo haber conocido a ningún griego que conociese mi poesía antes de que yo personalmente se la mostrara.

—Merecería ser más conocida —dijo sin vergüenza Cesarión. Ése era un camino real para alejarse de los envites del terrible Hortalo.

Gallo volvió a sonreír, orgulloso.

—¿Has cenado? Tal vez, si te encuentras lo bastante bien, podríamos comer algo juntos y beber un poco de vino. En los últimos meses he tenido poquísimas oportunidades de discutir sobre mi poesía, y bien saben las dulces musas que las adoro por encima de todos los inmortales.

—Estaría encantado. Yo también hace tiempo que no mantengo una conversación civilizada. Y su tuvierais alguna pequeña obra entre manos, me agradaría enormemente que me concedierais el honor de leerla.

—¡Señor! —exclamó Hortalo, consternado.

Gallo le lanzó una mirada impaciente.

—¿Qué ocurre?

—Los demás prisioneros... Ani, hijo de Petesuchos, y sus hombres. ¿Qué hacemos con ellos?

—Suéltalos. No, espera, es necesario que el terrateniente de Coptos retire el cargo. Ordena que mañana a primera hora venga Aristodemos, muéstrale las pruebas y dile que será acusado de *maiestas* a menos que retire los cargos. En cuanto los retire, libera a todos, y también el barco y el cargamento. Procura que se los trate bien, como inocentes que son. Pues sí, Arión, resulta que tengo una pequeña obra entre manos: un poema en dáctilos sobre el santuario de Apolo en Delos del que me siento bastante orgulloso...

—Me encantaría oírlo —mintió Cesarión.

Capítulo 8

Esa noche Ani no durmió.

El campamento romano no disponía de calabozos, de modo que los llevaron a una explanada que había en la parte central del campamento. Los ataron de pies y manos, les pasaron una soga por el cuello y anudaron el extremo a unas estacas que había clavadas en el suelo. Éste era tan duro que parecía que hurgara en cada una de sus magulladuras... Y estaban cubiertos de ellas, resultado del arresto y del brutal interrogatorio. Ani, como jefe del grupo, se había llevado la peor parte, pero todos estaban igual de sedientos.

Pero peor que la incomodidad física era lo terrible de la situación. Ani no podía quitarse de la cabeza los gritos de sus hijos cuando llegaron los romanos. Durante toda la noche, una y otra vez, vio a Serapión llorando frenéticamente y golpeando con sus puñitos el peto de aquel hombre, que lo apartó de un manotazo, lo que hizo que el niño cayera llorando en el muelle... Y al pequeño Isisdoros, en volandas, dando patadas como un loco, cuando un bárbaro vestido de hierro, con la cara oculta bajo un casco que recordaba a un escarabajo, se lo llevaba del *Soteria* y lo tiraba al suelo embarrado sin que dejara de gritar.

Los romanos habían ordenado a los hombres del barco vecino que se hicieran cargo de los niños y de la niñera. Naturalmente, acataron la orden. Ani había hablado con ellos, y aunque algo rudos, le parecían gente de fiar... Vendedores de carbón, creía que habían dicho. Eran tres hermanos y un primo. ¿Qué harían con los niños? ¿Qué ocurriría cuando regresaran Tiathres y Melanthe? ¿Devolverían los pequeños a Tiathres... o se quedarían con ellos para venderlos como esclavos?

«Oh, dioses. Oh, Isis, no. No, por favor, Isis, Serapión y el pequeño Dorion no. Te daré lo que sea, pero, por favor, ¡mantén a salvo a mis pequeños!»

¿Y qué sucedería con Tiathres y Melanthe? ¿Las respetarían? No lo veía muy probable. Eran mujeres, bonitas ambas, y los romanos las considerarían como la esposa y la hija de un enemigo. Ani apretó los ojos para alejar las imágenes atormentadoras de una violación. Los soldados no podían hacer semejante cosa en una ciudad que debía jurar lealtad al día siguiente. Aquello provocaría un mal ambiente que el general desearía evitar por encima de todo. Los soldados dejarían en paz a Tiathres y a Melanthe. Y en cuanto a los vendedores de carbón, parecían gente de fiar. ¿Devolverían los niños a su madre? ¡Probablemente tendrían ganas de librarse de ellos! La niñera estaba completamente histérica y tampoco les serviría de mucha ayuda.

¿Y qué harían las mujeres y los niños, perdidos en una ciudad desconocida, sin forma de regresar a casa?

Pensó también que quizá los romanos investigarían lo que les había contado y

decidirían que era inocente, pero no estaba convencido. Los romanos poseían una acusación jurada de Aristodemos, un griego respetable e importante, y seguramente ni habían entendido lo que les había contado. Ese viejo y brutal centurión hablaba griego bastante bien, pero no era su idioma materno y era evidente que le costaba captar el acento del lugar. Ani había procurado hablar despacio y claro, mas no había resultado sencillo, porque todo el mundo hablaba y gritaba al mismo tiempo y a cada paso el centurión les ordenaba que callaran, de modo que no podía seguir con sus explicaciones. Le hubiera gustado haber podido hablar con Arión.

Arión... Era un joven impulsivo y apasionado. No dejaría que lo arrestaran, escaparía y se suicidaría sin explicar a los romanos su versión de los hechos. O tal vez la emprendería con Roma, como había hecho en Berenice, y acabaría por convencer al sucio y viejo interrogador de que era un temible agitador antirromano y de que todos eran culpables y merecían morir.

Ani se mordió un labio con un leve resquemor. Todos habían echado pestes de Arión. «Arión tiene tanta culpa como Aristodemos», habían dicho. Arión daba mala suerte y era, sin duda, enemigo de los dioses. Tal vez tuvieran razón.

Pero a él le caía bien... Sentía que debajo de su arrogancia y su circunspección había reservas de lealtad y cariño que nadie había destapado jamás. Ciertamente se trataba de un joven inteligente y con coraje que sabía hablar y era bien educado. Y... eso era precisamente lo que le punzaba el corazón; no podía evitar sentir que, si le sucedía algo a Arión, la culpa no sería del muchacho, sino suya. Y si morían Apollonios y Ezana, y Pasis, Mys, Harmias, Pamonthes, Achoapis y Petosiris, su gente, sería también culpa suya. Y si Serapión e Isisdoros acababan siendo vendidos como esclavos, y Tiathres y Melanthe, violadas y obligadas a mendigar en el mercado, también él sería el culpable. En su ciego afán de verse convertido en caballero había subestimado el poder de su oponente, y no sólo había echado a perder la empresa, sino también a él mismo y a quienes lo rodeaban.

¿Por qué lo había hecho? Vivía bien. Tenía una granja y un negocio prósperos, una esposa que lo amaba y unos hijos buenos, sanos e inteligentes. Y estaba a punto de perderlo todo por... ¿por qué? ¿Por su sueño infantil de conocer mundo y por su rencor hacia el loco engreído que lo había engañado?

No merecía la pena, no merecía la pena... Oh, dioses, no. Se volvió hacia un lado, luego hacia el otro, y finalmente se quedó quieto, con la cara aplastada contra el suelo y rogando a los dioses que salvaran a su familia.

La noche transcurrió lentamente, hasta que el mundo se volvió de color gris. En las puertas del campamento sonaron trompetas. Un caballo relinchó cerca de donde se encontraban. La luz daba de nuevo forma al mundo y los soldados llegaban al taller que había junto a la cárcel improvisada para iniciar las labores de reparación de una bandera rota. Un grupo de soldados se acercaron y desataron las manos de los prisioneros, les dieron agua y los condujeron a las letrinas de dos en dos.

—Ha llegado Aristodemos —informó a Ani el soldado encargado de vigilarlo cuando le llegó el turno de hacer sus necesidades.

—¿Ahora? —le preguntó Ani, aterrorizado—. ¿Aquí?

—Aquí —confirmó el soldado, pero señaló hacia el sur, en dirección a la entrada del campamento—. Habla con Hortalo. —Sonrió—. Tu amigo Arión, aquí.

—¿En el campamento? —inquirió Ani, consolado por el hecho de que al menos no hubieran matado a Arión cuando intentaba huir—. ¿Por qué no está con nosotros?

—Con el general —respondió el soldado.

No entendía nada. Trató de preguntar, y entonces era el soldado el que no comprendía sus preguntas. El romano le dio una palmadita en el hombro y lo devolvió con los demás.

No volvieron a atarlos. Al cabo de poco, apareció otro soldado cargado con una olla de gachas de cebada y unos cuencos; parecía que los prisioneros iban a desayunar.

Se encontraban enfrascados en aquel plato tan poco apetecible cuando se escuchó un grito de «¡Ani!» y Tiathres se acercó como un rayo, seguida de cerca por Melanthe. Detrás de ellas iba un soldado. Tiathres se lanzó a los brazos de su esposo, que permanecía sentado en el suelo, lo abrazó, le besó el ojo morado y la oreja inflamada y lloró. Ani la abrazó con fuerza, sin pensar en las magulladuras, inmensamente confortado por el calor del cuerpo de su mujer contra el suyo, aunque al mismo tiempo aterrorizado de verla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

Tiathres sollozaba demasiado para responder, así que fue Melanthe quien contestó.

—Nos dijeron que podíamos venir por la mañana, papá —aclaró, abrazándolo por un hueco que había dejado Tiathres—. El *tess... tessa-ra-rius* Cayo Simplicio nos ha dicho que podíamos venir a verte. Oh, papá, ¡te han pegado!

—¡Y a los demás también! —intervino, celoso, Apollonios.

Ani, impaciente, hizo un gesto con la mano para que callara.

—¿No estáis heridas? ¡Doy gracias a los dioses! ¿Qué ha ocurrido con Serapión e Isisdoros?

Estaban bien, al parecer, con la niñera y los vendedores de carbón. Los hombres habían sido amables, muy amables: habían cuidado de los niños, habían permitido que Tiathres y Melanthe durmieran en su barcaza y les habían dado comida y prometido cobijo hasta que se solucionara el caso de Ani.

—¿Y qué ha pasado con Arión? —preguntó Ani, con voz débil pero más tranquilo.

—¿No está aquí? —le preguntó Tiathres, separando la cabeza del hombro de su marido y mirando a su alrededor.

—¡Oh, Castor y Polydeukes! —gimió Apollonios—. ¡Salvadnos! Ha huido, seguro que nos matarán.

—No ha huido; estoy segura de que no —dijo Melanthe, acalorada—. Se fue con ellos por su propia voluntad para demostrar nuestra inocencia. Logró que cogieran los

documentos del *Soteria*. Pensaba contarles todo lo de Aristodemos. Sabe hablar latín.

—¿Qué? —dijo Ani, perplejo.

—Su padre era romano —le informó Melanthe—. Cuando llegamos al barco, se dirigió a los romanos en latín, y se pusieron tan contentos de que les hablara en su idioma que lo escucharon sin rechistar. —Lo dijo con aire desafiante, como si no fuera la primera vez que lo decía. De hecho, les había explicado lo mismo a los vendedores de carbón para convencerlos de que no les pasaría nada por ayudarlos, y a Tiathres, para tranquilizarla, y a ella misma. Ani la miraba confuso.

—El padre de Arión era un... —empezó.

—¡Ani, hijo de Petesuchos! —gritó una voz ronca.

El cuerpo de Ani recordó esa voz antes que su cabeza y se estremeció de miedo. El malvado centurión se había acercado sin que se percataran y en esos instantes se encontraba de pie junto a ellos. Se le veía grandioso y muy serio. Llevaba un peto reluciente cubierto de medallones de plata y sus escuálidos brazos estaban adornados con brazaletes de oro. Como siempre, tenía el entrecejo fruncido.

—El denunciante ha retirado todos los cargos —anunció brevemente—. Tú y tus hombres sois libres para iros cuando queráis. —Hizo un gesto brusco y un funcionario que estaba detrás de él se acercó a Ani y le entregó un pliego de papiros. Ani los cogió, dubitativo—. Éstos son los documentos legales que te otorgan autoridad para actuar en nombre de tu socio Kleon —le pasó otro juego de papiros—, y aquí tienes la carta que te libera del arresto. En ella se explican las circunstancias de tu detención para que la muestres a las autoridades en caso de necesidad.

Ani miró el último papiro. Estaba escrito en un idioma y un alfabeto que no conocía. Latín. Una carta de absolución de las autoridades romanas. Libre para irse. ¡Isis, diosa dulce y misericordiosa! ¿Tan rápida, tan sencillamente?

¿Por qué habría retirado los cargos Aristodemos?

Ani sabía la respuesta: gracias a Arión, que hablaba latín, y que había logrado convencer a los romanos de que los cargos eran falsos y malintencionados.

—Simplicio —dijo el centurión, y el soldado que había llegado acompañando a Tiathres se puso firme. Su superior le dio una orden en latín y el soldado hizo un saludo.

—El *tessararius* Simplicio te escoltará hasta el barco —declaró el centurión— y despedirá a los centinelas. Te felicito por tu inocencia. —Dio media vuelta y echó a andar.

Ani cerró la boca y luego consiguió volver a abrirla y tartamudear:

—¿Se... señor?

El centurión se detuvo y se volvió de nuevo.

—¿Qué?

—El joven Arión, que estaba acusado conmigo... ¿queda también libre?

La cara del viejo centurión se oscureció.

—Está con el general. —Inició el camino de vuelta hacia donde estaban sus antiguos prisioneros—. ¿Qué sabes de ese muchacho? ¿Es sincero?

—Creo que sí —dijo Ani, sorprendido y alarmado, dando un paso hacia atrás—. Sé poca cosa sobre su familia, pero conmigo ha sido siempre sincero.

—Habla muy rápido y con mucha elegancia para ser sincero —replicó el centurión, ofuscado—. Y miente como un griego, pero en buen latín. Y está enfermo. ¿Por qué trajiste a ese joven hasta aquí?

—Estaré encantado de llevármelo otra vez —respondió Ani con voz débil.

El centurión lo miró fijamente un largo rato y luego sacudió furioso la cabeza.

—El general lo reclama ahora. —Dio media vuelta y se fue.

—A Hortalo no le gusta la poesía —dijo Simplicio. Parecía que encontraba divertida la situación—, ni los griegos inteligentes. Vamos. Vayamos al barco.

Le dio al egipcio un golpecito en el brazo y señaló la dirección que debían tomar. Ani echó a caminar ciegamente en la dirección indicada.

Ani temió que los centinelas les negaran el paso cuando Simplicio llegara con aquella comitiva mugrienta a las puertas del campamento. Después, una vez cruzaron la puerta e iniciaron el camino hacia el muelle, imaginó que un grupo de soldados armados los alcanzaba y los hacía volver. Cuando finalmente llegaron al muelle, temió no encontrar el barco.

Sin embargo, el *Soteria* estaba donde lo había dejado. Simplicio y los centinelas intercambiaron unas palabras amables, se dieron palmadas en la espalda, se despidieron con la mano de los egipcios y emprendieron el camino de vuelta al campamento, dejándolos solos y libres en los muelles. Los vendedores de carbón, que habían esperado a que los romanos desaparecieran para asomar la cabeza, se acercaron a preguntar qué había sucedido. Serapión, Isisdoros y la niñera salieron con ellos, la mujer chillando de alegría. Serapión se abalanzó sobre su padre, le rodeó el cuello con sus bracitos y sollozó en su hombro.

Sólo entonces pudo Ani sentir que era libre. Se sentó en el muelle. Temblaba de tal forma que casi se le cayeron los documentos al Nilo. Besó a sus hijos y rompió a llorar.

Hasta después del mediodía no pudo Ani pararse a pensar en el porqué de su liberación. Primero necesitó lavarse, descansar, comer, verificar el cargamento del barco para asegurarse de que no faltaba nada, dar las gracias a los vendedores de carbón y consolar a su familia y a sus hombres. Desde el centro de Ptolemais, a lo lejos, colina arriba, llegaban voces y gritos, aunque no parecía que estuviese produciéndose ningún tipo de disturbio. La tripulación de una de las barcazas amarradas —no los vendedores de carbón, que ya habían visto más romanos de los que les hubiera gustado— se aventuró a subir al pueblo para ver qué sucedía.

Regresaron a media tarde. Dijeron que la ciudad de Ptolemais Hermiou había aceptado oficialmente la autoridad romana y jurado fidelidad al emperador. El general, aclamado por la población, había ratificado la política de clemencia imperial para con la provincia de Egipto y anunciado la entrega de un donativo para el templo que iría destinado a costear un altar consagrado a Julio César.

—El joven que va contigo estaba detrás del general —le explicó a Ani uno de los miembros de la tripulación—. Le susurraba cosas al oído. La gente comentaba que era él quien había sugerido la idea del altar a César. Dicen que fue él quien mancilló el altar de la reina Cleopatra, y que pretende de esa manera enmendar su acción. César fue el primer marido de la reina y ella le erigió un templo en su propia ciudad, por lo que estaría complacida con la idea.

—¿Que Arión mancilló el altar de la reina? —preguntó Ani sin saber de qué le hablaban. No le parecía muy probable, y tampoco la idea de que Arión estuviese susurrando sugerencias al oído del general.

—¿No te has enterado? Por lo visto se cortó el pelo en honor a la reina y se dio un corte accidental en la mano, manchando el altar con su sangre.

—No lo sabía —dijo Ani. Miró confuso a Melanthe y se percató de que su hija se mostraba desconcertada.

—No se cortó la mano por accidente —le explicó Melanthe en cuanto los miembros de la tripulación de la barcaza se hubieron marchado y pudieron hablar en privado—. Intentó suicidarse. Fue horrible. El sacerdote le dijo que la reina había muerto y entonces él se dirigió al altar y se cortó el pelo en señal de duelo. Luego le dijo a la estatua que sentía haberle fallado, e intentó... cortarse las venas. Había sangre por todas partes. El sacerdote tuvo que golpearlo para que desistiera de su intento. —Hizo una pausa y siguió hablando—. Pero me imagino que es más conveniente la versión de que se cortó por accidente. Así nadie le dará importancia. La esposa del sacerdote estaba muy preocupada por lo que los romanos pudieran hacerles si se enteraban. Fueron muy amables, papá. Me alegro de que Arión convenciera al general de que donara dinero para el templo.

—¿Que Arión habla latín? —volvió a preguntar Ani, todavía sin poder creerlo—. ¿Te ha dicho que su padre era romano?

Melanthe asintió solemnemente con la cabeza.

—¿No te lo había comentado?

—No. —Recordaba, sin embargo, la forma en que Arión había respondido al centurión en Berenice, cuando declaró que César tenía a la reina en gran estima y que había construido una estatua en su honor en el templo de Roma dedicado a sus antepasados. Comprendió entonces que ésa había sido una respuesta «romana» a las críticas contra la reina, no un simple desafío griego.

—Es probable que la reina intercediese por él —dijo Melanthe muy seria—. Le dio un puesto en la corte aun siendo bastardo, porque sus propios hijos son medio

romanos. Creo que ésa es la razón por la que se sintió tan impresionado cuando se enteró de su muerte. Era su benefactora y además lo había enviado para proteger a su hijo Cesarión... Sólo que Cesarión ha muerto y ella también... Y él cree haberle fallado a todo el mundo y piensa que jamás tendrá otra oportunidad.

Parecía un argumento perspicaz y seguramente cierto. Ani se preguntó si Arión no habría urdido algún plan descabellado para salvar a la reina en cuanto llegase a Alejandría. Era probable.

También podía creer que cuando el joven se enteró de que ya todo estaba perdido, intentara quitarse la vida a los pies de la estatua de la reina. Lo que le resultaba difícil de imaginar era a Arión detrás de un general romano, susurrándole al oído.

¿Estaría allí por propia voluntad? Lo habían arrestado por un cargo que ya había sido retirado y presumiblemente tenía la libertad de marcharse, pero la tripulación de la barcaza tenía la sensación de que gozaba de todos los favores del general. ¿Estaría Arión allí libremente? Tal vez al general le gustaran los jovencitos, se hubiera enamorado de él, y Arión tratara desesperadamente de escabullirse sin ofenderlo. O tal vez el general sospechara de él y, a pesar de las apariencias, seguía siendo un prisionero.

La única manera de descubrirlo era ir al campamento romano y preguntar, pero se estremecía sólo de pensarlo. El centurión le había pegado con el báculo en la espalda y en los hombros cuando Ani insistió en que Aristodemos mentía, y en un lado de la cabeza cuando trató de hablar después de recibir la orden de permanecer en silencio. El centurión le había gritado, le había dado patadas y había hecho todo lo posible para obligarlo a admitir su culpabilidad. Se le revolvía el estómago ante la idea de tener que ver de nuevo a ese hombre, de pedirle ayuda. Aguardaría un poco por si Arión aparecía.

Pasó la tarde. Era casi la hora de la cena cuando se acercó Apollonios con la sugerencia de abandonar Ptolemais mientras hubiera algo de luz y de ese modo poner distancia entre ellos y el ejército romano.

—Esperaremos a Arión —dijo Ani con firmeza.

Apollonios puso mala cara. Ani era consciente de que la tarea principal del hombre de Kleon consistía en vigilar el cargamento y que, como griego que era, no le gustaba recibir órdenes de un egipcio. Hasta aquel momento, Ani había intentado no darle motivos para sentirse ofendido.

—Arión está con el general —protestó Apollonios—, y al parecer se encuentra a gusto; y nosotros, por nuestra parte, creo que estaríamos mejor si nos libráramos de él. Sólo nos crea problemas.

—¡Calla! —exclamó Ani, airado de repente—. ¿Crees que estaríamos aquí, en libertad, si no fuese por Arión? Aristodemos mentiría siempre, es un milagro de los dioses que Arión haya sido capaz de probar que todo era mentira. Lo esperaremos. Si no ha regresado mañana por la mañana, iré hasta el campamento romano para averiguar

si piensa venir o no con nosotros. Pero no zarparemos abandonándolo.

Apollonio puso aún peor cara y fue a contárselo todo a Ezana. Ani se maldijo por haberse comprometido de una manera tan tonta.

Cenaron. La tarde se convirtió en noche. Ani se encontraba sentado en la popa contemplando el camino que seguía la orilla del río en dirección al campamento romano e intentando hacerse a la idea de que debería recorrerlo de nuevo a la mañana siguiente.

En el momento en que las primeras estrellas de la noche florecían en el azul oscuro del cielo, apareció una luz en el camino, un resplandor dorado en la calina.

Ani se incorporó y observó la luz que se acercaba sin atreverse a respirar. Pronto vislumbró dos siluetas que descendían hacia los muelles: un hombre vestido de un color mortecino que portaba un candil y una cesta, y un hombre con un manto corto de color naranja y tocado de ala ancha que lo precedía.

—¡Bendita seas, Isis! —exclamó Ani, y se cogió la cabeza con las manos.

Arión aceleró el paso al comprobar que Ani estaba aguardándolo.

—¡Salud, Ani! —gritó casi sin aire al llegar al barco.

Inclinó la cabeza hacia atrás y la luz del candil le iluminó la cara, que mostraba alegría y alivio. Ani saltó por la borda. Quería abrazar al muchacho..., pero algo le impidió hacerlo, por lo que se contentó con tomar las manos de Arión entre las suyas y apretárselas con fuerza.

—¡Cuidado! —exclamó Arión, retirándolas rápidamente. Llevaba todavía un aparatoso vendaje en la izquierda—. ¿Qué ocurrió, Ani?

—Ya lo sabes. Por los dioses inmortales, muchacho, pensé que íbamos a morir. Cuando Melanthe me dijo que hablabas latín, que podías hablar con ellos, no podía creerlo. ¿Estás bien?

Los demás integrantes del grupo se habían acercado también al muelle y observaban con tranquilidad al viajero que acababa de regresar. Melanthe estaba radiante y Serapión daba saltos de alegría..., aunque algo en la persona de Arión impedía el abrazo, incluso a los niños. Tiathres fue la última en salir de la cabina. Portaba un candil.

—Estoy bien —dijo Arión. Se le veía cansado, pero bien, con la cara sonrosada y los ojos radiantes de satisfacción. Ani se sorprendió al observar que llevaba una buena túnica de lino blanco con un ribete de color azul; no era barata, eso saltaba a la vista—. Tengo que escribirle una carta al general. ¿Puede alguien traerme el estuche de la pluma y un papiro?

Melanthe subió corriendo a bordo y regresó con el encargo. Arión solicitó al hombre que llevaba el candil que levantara la cesta, apoyó el papiro en la rejilla y redactó una breve nota. Ani contemplaba los trazos confiados de la pluma y se dio cuenta de que no escribía en griego. Arión no sólo hablaba latín, sino que además lo escribía. El joven sopló para que se secara la tinta, enrolló el papiro y se lo entregó al

hombre del candil. Éste depositó la cesta en el suelo, se despidió y dijo algo. Arión le respondió y el portador del candil volvió a despedirse y partió.

—¿Ha olvidado la cesta? —inquirió Tiathres, nerviosa.

—No —dijo Arión, recogiéndola—. Es mía. Mi vieja túnica y algunos libros. Era un esclavo que ha enviado el general para que me alumbrara a lo largo del camino. —Cogió la cesta y subió confiado a bordo del *Soteria.*

—¿Estáis bien de verdad? —le preguntó Melanthe.

—Sí —contestó Arión, sentándose en medio de la cubierta de popa—, aunque, si escucho un relato épico más, sufriré un ataque. ¡Por Dioniso, pensaba que no iba a escapar nunca! —Se quitó el tocado y lo lanzó al interior de la cabina. Le habían cortado el pelo hasta convertirlo en una pelusa oscura de menos de medio centímetro de longitud. En la parte trasera de la cabeza se veían cicatrices que hasta aquel momento habían permanecido escondidas: franjas anchas y paralelas, demasiado regulares para estar hechas por casualidad—. Me ha ofrecido trabajo. ¡Por Zeus, ofrecía tanto como insistía! Le he dicho que tenía la enfermedad sagrada y ha respondido que no le importaba. Luego le he explicado que mi familia en Alejandría estaría muy preocupada por mí y me ha dicho que les escriba una carta. Al final, me ha dejado venir...

—Creí que dijiste que habían muerto —lo interrumpió Ani, perplejo.

—Le he mentido. A él, no a ti. He mentido como un abogado y he adulado como una prostituta. Supongo que ya se ha hecho muy de noche para partir, ¿no?

—Pero ¿quién te ha ofrecido ese trabajo? —le preguntó débilmente Ani.

—Gallo —dijo Arión, poniendo los ojos en blanco.

—¿Gallo?

—El general —informó Arión—. Cayo Cornelio Gallo. El próximo gobernador de Egipto, según él; y no hay motivo para que no sea así. Posee los requisitos necesarios: cuenta con éxitos militares, habla griego fluidamente y no tiene ningún rango senatorial que lo haga sospechoso de alimentar ambiciones personales. Por otra parte, el hecho de que el emperador lo haya enviado por la provincia para recibir los juramentos y las peticiones de las ciudades, hace pensar que es su intención nombrarlo gobernador. No creo que sea el hombre idóneo, pero, por bien de todos, no se te ocurra repetir esto a nadie.

—¿Va a ser el gobernador de Egipto y te ha ofrecido un trabajo? —repitió Ani, consternado.

—Tiene dos secretarios, uno para las cartas en latín y otro para las cartas en griego, pero ninguno sabe leer el idioma del otro, ninguno habla una palabra de demótico y ninguno tiene nociones de poesía. Ambos me odian. Si hubiera aceptado el puesto, tendría que haber contratado a un catador de vinos.

—¿Qué tiene que ver la poesía con todo esto? ¡Por Isis, espero que no te refieras a que está enamorado de ti!

Arión se echó a reír y se acarició la cabeza pelada.

—Gallo escribe poesía. Cuatro libros de elegías amorosas dedicados a una mujer, no te preocupes, Ani, ¡a una actriz coloradota!, y un surtido variado de relatos épicos breves. No son malos, aunque no tan buenos como él se imagina. Le dije que eran maravillosos, elegantes, delicados, encantadores, de lo mejor que se había escrito nunca en latín... Al parecer soy el primer griego que conoce que ha leído su obra y no me cabe duda de que seré también el último. ¿Enamorado de mí? No, ¡aunque no sabes lo profundamente enamorado que está de los elogios! Malo, muy malo para este país. Haz caso a las lisonjas y tu corazón caerá presa de caprichos que te comerán vivo. Los aduladores siempre quieren algo. Conseguí que nos dejaran libres, y ahora lo que quiero es marchar.

—¿Estáis bien de verdad? —le preguntó Melanthe, mirándolo fijamente.

—Estoy cansado y he bebido demasiado... Una cena de celebración con el general Gallo, *¡io triumphe!*, otra ciudad rendida a la provincia, ¡un brindis por el genio de César! ¡Y otro por el general Gallo, conquistador de Cirenaica, pacificador de Paraetonium! ¿Qué podía hacer sino beber? De haber permanecido sobrio, se me habría partido el corazón por la pérdida de mi país. —Respiró de forma entrecortada varias veces y añadió, ya más tranquilo—: Y me duele la muñeca. No me he atrevido a cambiarme el vendaje por si alguien se daba cuenta de que mentía en cuanto al modo en que me lo hice. Sólo me he puesto un vendaje limpio encima.

—Traeré un poco de salmuera para limpiarlo —dijo Melanthe enseguida—, y un poco de mirra.

Arión asintió con la cabeza, débilmente esta vez.

—Debemos marcharnos de aquí tan pronto como podamos —dijo en voz baja—. No sé si podría soportar decir una mentira más.

—Nos marcharemos en cuanto amanezca —le prometió Ani—. ¿Qué decías en esa carta que has escrito?

El joven hizo con una mano un ademán despreciativo.

—Lo típico, darle las gracias por su amabilidad, por los libros y cosas así. Se trata, en su mayoría, de relatos épicos breves escritos por él y de algunas églogas de un amigo suyo. Las églogas son buenísimas.

—Muchacho... Arión... —La cabeza rapada se levantó y unos orgullosos ojos oscuros se toparon con los suyos—. Muchas gracias por lo que has hecho —dijo Ani de todo corazón—. Nos has salvado la vida a todos.

Arión se ruborizó de nuevo y bajó la vista. Por primera vez desde que lo conocía, a Ani le pareció tímido.

—También he salvado la mía —dijo en un susurro—, pero lo que me satisface es haber salvado las vuestras.

El general Gallo no envió a nadie a por ellos antes del amanecer, de modo que el *Soteria* soltó amarras en cuanto empezó a aclarar y zarpó silenciosamente siguiendo la caudalosa corriente del Nilo. Continuó río abajo durante nueve días sin que ningún incidente provocara el mínimo momento de tensión.

La época de las inundaciones había terminado y la gente andaba en todas partes atareada limpiando los canales y preparando los campos para el arado. Los únicos signos de la conquista romana de Egipto eran los anuncios colgados en los mercados y algún que otro altar dedicado a César erigido en lugares de culto cívico. En el río había tal vez menos mercaderes de lo habitual, aunque seguía habiendo numerosas embarcaciones que navegaban arriba y abajo, transportando semillas, forraje, carbón y paja.

No había ni rastro de Aristodemos, pero Ani no las tenía todas consigo. Por un lado, parecía poco probable que, después de un fracaso tan desastroso como el que había sufrido, el terrateniente tratara de detenerlos otra vez; sin embargo, Ani tampoco imaginaba que aquel hombre pudiera llegar a hacer lo que había hecho. Aristodemos no había querido arriesgarse a desplazarse hasta Alejandría en momentos de guerra; había tenido incluso miedo de dirigir una caravana hasta Berenice. Ani jamás hubiera esperado de él que lo acusara ante los romanos, a pesar de la declaración de venganza hecha pública en la plaza del mercado. Y lo había hecho, a pesar de todo. Debió de salir de Coptos un día antes que Ani y acudir directamente al ejército romano. Cierto que había retirado la acusación tan pronto como se había dado cuenta de su fracaso, pero Ani no estaba seguro de si aquello había bastado para espantarlo. Le gustaría haber visto a Aristodemos en Ptolemais, pues de ese modo se habría hecho una idea de lo que podía pasársele por la cabeza a aquel tipo. Pero Aristodemos no había aparecido ni para mofarse ni para suplicar perdón y Ani intentaba imaginarse cuál sería su siguiente movimiento.

Sin embargo, en general prefería pensar que Aristodemos se había asustado y había salido corriendo hacia su casa. En aquellos momentos estaba disfrutando tanto del viaje que no quería preocuparse por él. Cada día aportaba un nuevo paisaje (un templo en honor a un dios desconocido, una tumba antigua, el mayor cocodrilo que hubiera podido concebir tomando el sol en la orilla) o una nueva y sorprendente información sobre la que reflexionar y deleitarse.

La mayoría de esa información procedía de Arión, que empezaba a mostrarse menos circunspecto y más dispuesto a hablar. Los ataques habían remitido: no había sufrido ninguno importante desde el que había tenido en el camino a Coptos, y los ataques en los que se quedaba con la mirada ausente se producían únicamente cada dos o tres días. La muñeca sanaba sin problemas, el costado apenas le dolía y estaba más alegre y relajado que nunca desde que Ani lo había conocido.

Parte de esa alegría se debía sin duda al cambio de actitud de la tripulación. El «condenado epiléptico» los había salvado; más que eso, el próximo gobernador de

Egipto le había ofrecido un trabajo y él había decidido quedarse con Ani. Los hombres se convencieron de repente de que la arrogancia de Arión estaba justificada (el secretario de un gobernador debía ser arrogante) y de que su presencia continuada en el barco era la prueba de un espíritu noble y generoso. Frente a tanta gratitud y admiración, él se tornó menos frío y desdeñoso. Sonreía, daba las gracias, reía los chistes e incluso se aventuraba, dubitativa y tímidamente, con bromas de cosecha propia. Su actitud hacia Ani era la de un amigo, y le producía gran placer hablar con él.

La mayoría de las conversaciones giraban en torno a enseñanzas prácticas cuyo objetivo era conseguir que los mercaderes de Alejandría aceptaran a Ani; aunque luego siempre se enfrascaban en largas y fascinantes digresiones.

—Tienes que dar la imagen del «terrateniente honrado que se embarca en negocios» —decretó Arión—. Jamás pasarías por un caballero educado.

Ani estaba de acuerdo: lo de «terrateniente honrado» ya era bastante complicado. Para empezar, tenía que aprender a estar en los sitios y a moverse: «No te toques la nariz, ni los dientes, no te pellizques el labio; si quieres escupir, hazlo fuera, nunca en público; si estás sentado en una silla, no cruces las piernas ni separes demasiado las rodillas, pon un pie bajo la silla, así; no sueltes ventosidades ni eructos, no te rasques en público; yergue la espalda; no dobles la cintura para coger las cosas, flexiona las rodillas...» A medida que avanzaban, Ani se daba cuenta de que Arión predicaba con el ejemplo. Nunca lo había visto adoptar una postura que no fuese estudiada y elegante, exceptuando en los ataques. Era eso, casi tanto como la voz, lo que convencía a todo el mundo de que Arión era un caballero, aunque no supieran nada de su familia y él les contara menos aún.

También era importante la forma de hablar, así que Ani fue instruido sobre cómo entonar, qué palabras y frases se consideraban irremediablemente vulgares y era necesario evitar. Pero imitar a Arión no tenía mucho sentido.

—Tú nunca pasarías por alejandrino —le dijo Arión con pesar—. Se trata simplemente de que no hables como un campesino. —Sin embargo, eso no resultaba fácil.

Las formas externas eran, en muchos aspectos, lo más fácil de cambiar. Cómo vestir, cómo colocarse el manto, cómo saludar a la gente y qué mano utilizar para comer (un dedo para el pescado en salazón, dos para el fresco) era sencillo comparado con tener que recordar que no debía hurgarse los dientes. Incluso el problema de «cómo un caballero debe tratar a sus esclavos» le parecía solventable, aunque odiaba permanecer sentado mientras los demás trabajaban. De cualquier forma, los hombres de la tripulación lo obligaron cuando comprendieron que si querían que aquella aventura culminara con éxito, era imprescindible causar buena impresión a los griegos.

—Un caballero no haría eso —le decían, y él se esforzaba por aparentar una dignidad que no creía poseer.

No estaba muy seguro de que la dignidad le gustase. Era tan restrictiva e incómoda

como la nueva forma de colocarse el manto. Las conversaciones con Arión eran su recompensa por tener que soportar todo lo demás. Aquel muchacho sabía tantas cosas... Había leído filosofía e historia; había estudiado música y poesía; había escuchado a las grandes voces del mundo debatir todos los grandes temas, desde la religión hasta las rutas comerciales. Era evidente que había tenido tutores excepcionales, y que había viajado, pues hizo una referencia casual a Atenas y otra a Éfeso. Sabía lo que Aristóteles pensaba sobre las anémonas de mar, por qué el rey de Arabia había quemado las naves de Cleopatra o citar a Eurípides de carrerilla.

Ani no se avergonzaba de su condición de campesino, aunque ocasionalmente arrugara la nariz al tomar conciencia de su ignorancia, de su exigua educación —limitada a los trazos sin florituras del alfabeto y a la aritmética más básica— y de su corta experiencia, restringida prácticamente al cultivo del lino y a la fabricación de tejidos en Coptos. A él lo único que le importaba era la maravillosa fortuna de tener a su alcance todos los conocimientos librescos de Alejandría, con sólo realizar una pregunta.

El único tema que Arión seguía sin estar dispuesto a comentar era lo relacionado con él mismo. Los escasos comentarios personales que salían a la luz eran por accidente y fragmentados. Reveló uno de ellos una vez que Ani y Melanthe le preguntaron sobre los romanos.

—¿Se llaman todos Cayo? —dijo Melanthe.

Arión se echó a reír.

—¡No, aunque a veces lo parece! Los ciudadanos romanos tienen al menos dos nombres: un nombre personal, como Cayo, Marco o Tito, sólo disponen de unos seis para elegir, y un nombre de familia, como Valerio, Julio o Antonio. La mayoría tienen también un tercer nombre, pero no todos.

—¿Cómo César? —sugirió Melanthe.

—Exacto. El tercer nombre, el *cognomen*, que puede indicar el clan al que se pertenece, como los Julio César, o puede servir para distinguir dos clanes con el mismo nombre, como Cornelio Gallo; él es de la familia de los Cornelio de Cisalpine Gaul, no del gran clan senatorial de Roma. A veces, los *cognomen* son también un segundo nombre personal. Los no romanos que reciben la ciudadanía suelen utilizar su propio nombre como *cognomen* y hay algunos tradicionales que pasan de generación en generación. Pero el nombre que cuenta para los romanos es el nombre de familia. Están obsesionados por la familia.

—¿Por eso no reconocen los matrimonios contraídos entre romanos y extranjeros? —le preguntó Ani, cuestionándose acto seguido si no sería una pregunta muy delicada.

Arión, sin embargo, no pareció ofenderse en absoluto.

—En parte. Pero creo que la verdadera razón es la propiedad. No quieren ver propiedades romanas en manos extranjeras. Tienen otra ley que dice que ningún romano puede hacer testamento legando propiedades a extranjeros.

—¿Así que no podéis heredar nada de vuestro padre? —inquirió Melanthe, una cuestión más delicada aún y que Ani sospechó que su hija había lanzado deliberadamente, a modo de prueba. La verdad era que ella observaba al joven con muchísima atención.

Pero Arión seguía sin ofenderse.

—Yo, sin embargo, heredé —contestó sonriendo—. A pesar de todas las leyes de Roma, heredé..., y desearía no haberlo hecho. Heredé de él la enfermedad sagrada. Lo que sirve para demostrar lo siguiente: la sangre es más fuerte que mucha tinta junta.

Melanthe no estaba segura de si debía reír o mostrar compasión. Finalmente rió y exclamó:

—¡Oh, no! ¿La tenía?

—¡Sí! Aunque nadie me lo reveló hasta que yo empecé a sufrirla. Fue entonces cuando mi madre me dijo: «¡Esto te viene de tu padre!» Me quedé asombrado, pues nadie me lo había mencionado nunca, aunque luego resultó que lo sabía media ciudad. Aún no...

Dejó de hablar de golpe, alarmado, como si acabara de darse cuenta de que estaba explicando más de su persona de lo que pretendía.

—¿No lo conocisteis? —le preguntó, sorprendida, Melanthe—. Pensaba que era él quien os había enseñado latín.

—Murió cuando yo era muy pequeño —dijo Arión, y volvió al tema de los romanos en general.

Le facilitó otro pequeño dato sobre su persona cuando les habló sobre la Biblioteca de Alejandría. Melanthe se quedó con la boca abierta cuando oyó que contenía cerca de trescientos mil libros.

—¡Me encantaría verlo! —exclamó, deseosa.

Arión sonrió.

—Lo harás muy pronto, ¿no?

—¿Se permite la entrada a mujeres? —preguntó asombrada.

—Todo el mundo puede entrar, exceptuando la gente ruidosa, ebria o los que se llevan los libros de las estanterías sin permiso. He visto muchas mujeres allí.

—En la biblioteca de Coptos sólo aceptan a hombres —dijo Melanthe con resentimiento.

—¿Hay una biblioteca en Coptos? —preguntó Arión, divertido.

—Una pequeña —admitió Melanthe—. En el gimnasio.

—Ah, una biblioteca escolar —replicó Arión desestimando el comentario—. No tiene nada que ver. Es normal que no te dejen entrar allí, aunque seguramente no te pierdes nada. —Ya no les explicó más cosas relacionadas con la Biblioteca de Alejandría, sino que miró con curiosidad a Ani y a Melanthe y les preguntó—: ¿Qué hacéis para conseguir libros? ¿Tienes permiso para utilizar la biblioteca del gimnasio, Ani?

Ani sacudió la cabeza, taciturno. El gimnasio de Coptos, igual que sus equivalentes repartidos por todo Egipto, eran un centro de cultura griega y no admitían a egipcios. En los templos formaban a unos cuantos escribas, pero a los egipcios vulgares, como él, no les quedaba otra alternativa que contratar los servicios de un tutor privado o quedarse sin nada. La mayoría se quedaba sin nada.

—Jamás he leído un libro —admitió en voz baja, pero luego añadió, desafiante—: El año pasado le compré a Melanthe una copia del primer libro de la *Ilíada*. Lo ha leído con su tutor.

—No he avanzado mucho —admitió Melanthe, bajando avergonzada la vista—. No lo entiendo muy bien.

Arión dudó un instante y luego se encogió de hombros.

—Homero, para empezar, no es muy fácil. Su griego es tan distinto del que se habla en la actualidad que casi podría decirse que se trata de otro idioma. Todo el mundo lo encuentra difícil al principio.

Melanthe levantó la vista y lo miró con los ojos brillantes.

—Muchas personas le decían a mi padre que estaba loco por comprarme un libro. Dicen que educar a las mujeres no tiene sentido.

Arión hizo una mueca de desprecio.

—¡Eso es una tontería! —Luego se echó a reír—. Por Zeus, si alguien hubiera osado decirle a mi madre que educar a las mujeres no tenía sentido... —Se interrumpió, rió de nuevo y sacudió la cabeza—. ¡Por Dioniso!

Melanthe le sonrió radiante.

—¿Solía ir vuestra madre a la biblioteca?

—¡Con mucha frecuencia! Le encantaban los libros. En una ocasión... —Se detuvo abruptamente, de nuevo con aspecto alarmado, y cambió de tema una vez más.

A Ani le preocupaba lo que haría Arión cuando llegaran a Alejandría. En Berenice, el muchacho había invitado prácticamente a los romanos a que lo mataran; en Ptolemais había intentado hacer el trabajo él solito. En esos momentos parecía más feliz, pero ¿duraría esa situación cuando llegaran? ¿No lo derrumbaría regresar a su ciudad natal y comprobar sobre el terreno que todo lo que había sido su hogar estaba perdido? No pensaba discutir sus planes. Era evidente, sin embargo, que esperaba bien poca cosa de sí mismo.

Varias veces pensó proponerle que entrara en sociedad con Kleon y con él; pero siempre se echaba atrás, temeroso de herir su orgullo. Si lo que buscaba Arión era trabajo, lo tenía con el gobernador en potencia de Egipto; eso sería para él mucho mejor que asociarse con un pequeño mercader de Coptos. Pero había otra cosa que hacía que se sintiera incómodo: Melanthe. A ella le gustaba escuchar a Arión, y él no podía culparla por ello: todo lo que decía aquel joven le resultaba fascinante. Era hija suya, y siempre había sentido su misma necesidad de preguntar y comprender. Por otro lado, desde lo de Ptolemais, veneraba a Arión, lo consideraba el libertador de la

familia (una humillación en sí), y era tan bonita que estaba seguro de que a Arión no le resultaba indiferente; de hecho, se notaba que el muchacho hablaba más y se mostraba más agradable cuando Melanthe estaba presente. Tal vez fuera cierto que le habían advertido que las relaciones sexuales reavivarían su enfermedad, pero cuando Ani se acordaba de sí mismo a los dieciocho años y se preguntaba si aquel consejo lo habría detenido, se respondía con un sonoro no.

No podía ordenar a Melanthe que no escuchara a Arión cuando él mismo lo hacía. En realidad, era imposible dar una orden como ésa en una embarcación del tamaño del *Soteria*. Naturalmente, una embarcación del tamaño del *Soteria* tampoco ofrecía oportunidades para disfrutar de ningún tipo de intimidad. Pero cuando llegaran a Alejandría... se imaginaba muy fácilmente a Arión ofreciéndose para enseñarle la ciudad y a Melanthe dispuesta a acompañarlo. Después de todo, tal vez fuera bueno que Arión planeara desaparecer en cuanto llegaran a Alejandría. Mejor para la paz mental de Ani y para la felicidad de Melanthe.

Sólo que no quería que Arión desapareciese cuando llegaran a Alejandría. Dejando aparte todo lo demás, había resultado de gran ayuda en los negocios. Las elegantes cartas en griego probablemente bastarían para convencer a los grandes mercaderes de que Ani merecía ser entrevistado; los buenos modales conseguirían que prestaran atención a sus ofertas, aunque sería mucho más impresionante visitar a los mercaderes con Arión. Mejor aún, que él se quedase en el barco y que fuese Arión el encargado de visitar a los mercaderes. «Vengo en representación de mi socio, un mercader de Coptos...»

Se moría de ganas de ofrecerle al muchacho la posibilidad de formar una sociedad: «La mitad de mi fortuna y la mano de mi hija en matrimonio.» El escalofrío de placer que lo recorría cuando pensaba en Arión como yerno le resultaba perturbador... Humillante, en realidad. Él había jurado siempre que era tan bueno como cualquier griego, así que ¿por qué debía enorgullecerlo tanto la idea de tener a uno de ellos en la familia? Pero así era. Imaginarse presentando a la gente a «Arión, hijo de Cayo, mi yerno», y observar el cambio de expresión y de actitud, notablemente más respetuosa, le proporcionaba un codicioso escalofrío de placer. Sabía, además, por desgracia, que a Melanthe le gustaría la idea incluso más que a él. Temía, sin embargo, que Arión lo considerase un insulto. Un matrimonio como ése jamás representaría un vínculo legal: los ciudadanos griegos no podían casarse con egipcios. Cada vez estaba más convencido de que Arión no pertenecía a su mundo. Su presencia allí era efímera, como la de un pez depositado en la orilla que se abre camino a coletazos por la tierra hasta alcanzar su elemento natural.

Sólo que, según el mismo Arión, ese elemento natural se había tornado hostil y el muchacho había dejado muy claro que no quería trabajar para el general Gallo. Por lo tanto, era posible que agradeciera otra opción. En aquellos momentos parecía considerar a Ani como a un amigo, y una sociedad no era lo mismo que un empleo. Una

sociedad con un mercader del Mar Rojo era algo respetable, ¿o no? Y ese joven le resultaría muy útil. Arión se sentiría halagado y Ani debía ser práctico... o al menos intentarlo.

Al llegar a la región de Arsinoitia, cuna de las ricas ciudades de Oxyrhynchos, Arsinoe y Karanis, el valle se ensanchó y el río se bifurcó. Ellos siguieron la rama principal del Nilo hasta que la corriente fue disminuyendo su velocidad. Nueve días después de abandonar Ptolemais, arribaron a las verdes planicies del delta.

Los primeros romanos que veían desde Ptolemais montaban guardia en el puesto de aduanas situado en el vértice del delta, cerca de una ciudad llamada Babilonia, igual que la ciudad mesopotámica. Los reyes lágidas poseían allí un fuerte y parecía que los romanos habían decidido conservarlo, pues la situación de la ciudad proporcionaba un fácil acceso a todas las ramificaciones del Nilo. Después de que Arión les explicara a los guardias en latín el contenido de los documentos de aduanas, no pusieron ningún problema y el *Soteria* recibió permiso para proseguir viaje y adentrarse en el canal Canópico en dirección oeste, hacia Alejandría.

Allí el Nilo se convertía en un río ancho y lento y estaba lleno de barcos. El *Soteria* siguió navegando dos días más. Pasaron por Terenuthis y Naucratis, la que había sido la primera colonia griega en Egipto, y al atardecer del segundo día de dejar Babilonia, encontraron un amarradero en la entrada del canal Canópico desde el que se partía del Nilo hasta el lago Mareotis y luego hasta su destino.

Allí fue donde, por fin, Ani logró formular la pregunta que lo corroía. El grupo estaba acabando de cenar en la cubierta de popa. Las estrellas asomaban en el cielo y los candiles estaban encendidos. Habían bebido abundante vino. Uno de los egipcios tocaba fragmentos de melodías con la flauta y todos estaban relajados y de buen humor.

—Y bien —empezó con cautela, dirigiéndose a Arión—, ¿qué haremos mañana?

Arión se echó hacia atrás, apoyó los codos en la borda y sonrió. Iba vestido sólo con la túnica roja y las sandalias. Por primera vez parecía un joven normal y corriente.

—A mediodía arribaremos al puerto —dijo—. Merece la pena ver con calma el canal Canópico. En sus orillas se alzan las enormes residencias de verano, rodeadas por magníficos jardines. Hermógenes es propietario de una de ellas. En su terraza hay estatuas que representan a animales bailando y tocando instrumentos musicales.

—¡Quiero verla! —exclamó Serapión. Llevaba días repitiendo lo mismo.

—La verás, pequeño —le dijo Arión—. Están colocadas para ser vistas desde el agua.

Ani tosió para aclararse la garganta y volvió a intentarlo.

—Cuando lleguemos a la ciudad... ¿qué planes tienes? —Arión dejó de sonreír y se incorporó. El resto del grupo se quedó en silencio. Incluso el de la flauta dejó su melodía a medias—. Puedes quedarte unos días con nosotros —añadió Ani precipitadamente, notando que se le encendía la cara—. De hecho, puedes quedarte todo el tiempo que estemos allí. Bueno, si quisieras, también podrías partir con

nosotros. Podríamos..., si tú quisieras, claro, formar algún tipo de sociedad, podríamos llegar a un acuerdo. Me gustaría. —Sentía, más que veía, la agitación de Apollonios y aclaró enseguida—: En lo que se refiere a mi inversión, no a la de Kleon, naturalmente. Piénsalo. Si te interesa, podemos hablarlo.

—Ani... —empezó Arión, y luego sacudió la cabeza. Se llevó una mano a la parte delantera de la túnica y cogió la cadena que sujetaba la bolsita de la medicina.

—No es necesario que se lo cuentes a los amigos importantes de tu familia —prosiguió Ani, y se odió por ser tan humilde—. Puedes limitarte a decir que te han ofrecido formar una sociedad con un mercader del Mar Rojo. Suena bastante respetable, ¿no?

Arión sacudió de nuevo la cabeza.

—¡No es eso, Ani! Yo... —Volvió a interrumpirse, pero esa vez prosiguió, muy serio—: Hay un... un tema de una herencia. Una disputa sobre una herencia. El hombre que la tiene no quiere ni verme. Es... es rico y poderoso, mucho más que Aristodemos. No quiero acarrearte problemas. —Sus ojos se toparon con los de Ani, ecuánimes y totalmente sobrios—. Has sido muy amable conmigo. No quiero pagarte con la enemistad de ese hombre. Te destruiría.

Sus últimas palabras escondían una certidumbre terrible. Ani permaneció con la mirada fija en el joven, intentando razonar y entenderlo. Sabía que la familia de Arión era rica y poderosa y que había disfrutado de una posición privilegiada en la corte; el joven le había dicho que habían muerto todos; él mismo suponía que otros reclamarían la herencia...

—¿Es pariente tuyo ese hombre? —le preguntó.

Arión hizo una mueca de irónica amargura.

—Primo segundo.

Y seguramente legítimo. El primo segundo controlaba la herencia y no se alegraría en absoluto al descubrir que el bastardo de la familia regresaba a la ciudad después de haber partido hacia el exilio. Sin embargo, lo que acababa de decir Arión implicaba algo más grave que una simple situación social incómoda. Debía de haber dinero en juego. No podía tratarse de una herencia: los bastardos no podían heredar legalmente. Debía ser cuestión de alguna propiedad que estaría previamente asignada a Arión, un título legal que temía no poder poner en vigor.

¿Por qué intentar ponerlo entonces en vigor? ¿Por qué no dejarlo correr?

Ani suspiró: él había corrido un riesgo estúpido porque estaba resentido por la forma en que lo había engañado Aristodemos, y eso que era más viejo y mucho menos orgulloso. Pero Arión, con la idea de haber perdido los derechos que por nacimiento le correspondían, lucharía por conseguirlos, aunque en ello le fuera la vida.

—¿Estás en una situación peligrosa? —le preguntó—. ¿Qué puede hacerte ese hombre si descubre que has regresado a la ciudad?

Arión se quedó dudando.

—Créeme, Ani, no puedes ayudarme, y no lo intentes.

—¿No te ayudaría el hecho de ser medio romano?

Arión sacudió la cabeza enseguida.

—Ser medio romano del lado que no toca no sirve para nada.

Durante la guerra, los romanos habían luchado en ambos bandos. En Ptolemais cualquier romano resultaba aceptable, pero era más que probable que en Alejandría fueran más selectivos.

—Entonces, ¿tu primo está del bando de los romanos vencedores?

Otra media sonrisa.

—Sí. Y mucho. No es una cuestión trivial, Ani. Es peligroso. No quieras saber más cosas, no pretendas intervenir. Nos separaremos cuando lleguemos a Alejandría, tal y como acordamos.

Melanthe emitió un sonido de protesta.

—Pero ¿qué haréis? —le espetó, enfadada.

Él le lanzó una mirada y apartó la vista enseguida.

—Iré a visitar a los amigos de mi madre para averiguar si alguno está dispuesto a ayudarme.

—¿Ayudaros a luchar? ¡No tenéis que luchar contra ese hombre, Arión! No lo necesitáis, podéis...

—No lucharé contra él —la interrumpió Arión—. Sólo pediré ayuda a algunos amigos de mi madre. Tal vez alguno de ellos me sugiera adonde ir, qué hacer...

—¡Mi padre os ha hecho una oferta! —exclamó Melanthe furiosa—. ¿Por qué sois tan orgulloso y os negáis? ¿Creéis degradaros por trabajar con sucios campesinos como nosotros? ¿Tanto nos despreciáis?

—No.

Ambos jóvenes se miraron como si no existiese nada más en el mundo. Los ojos de Melanthe, brillantes de lágrimas, contenían un sentimiento que Ani jamás había visto. «¡Oh, Colibrí! —pensó, emocionado—. No me había dado cuenta de que la cosa hubiera llegado tan lejos.» Odió a Arión durante un momento, aunque el muchacho no hubiera hecho otra cosa que ser él mismo. Todo era culpa de Ani. Era él quien había metido a aquel joven en la familia, quien lo había animado a hablar. Quien había querido que su invitado se quedara. ¿Qué esperaba que sintiese Melanthe? Estaba en la edad en la que las muchachas se enamoran. Arión no sólo hablaba a su cabeza, sino también a su sangre.

—No pretendía heriros —dijo Arión de repente—. No creo que nadie haya sido nunca tan amable conmigo sin pretender nada a cambio. No me atrevo a quedarme después de mañana. —Se puso en pie—. Voy a dar una vuelta.

Saltó del *Soteria* a la orilla y echó a andar por la arena.

—Bien —dijo Apollonios después de un rato de silencio—. Parece que nos libraremos de él en Alejandría.

Melanthe se puso en pie de un brinco, sollozando, y se fue corriendo a su cabina. Todos los demás, incluido Ezana, miraron a Apollonios, quien murmuró algo y se quedó callado. Tiathres miró con reproche a su esposo, se levantó y siguió el camino de Melanthe.

Ani suspiró, apoyó la barbilla en las manos y se quedó pensativo. Se arrepentía de no haber enviado a Melanthe a jugar con sus hermanos en vez de permitir que escuchara a Arión.

Deseó también haberle dicho a Arión: «El peligro no importa: nosotros te ayudaremos.»

Pero había algo que no podía hacer, y Aristodemos se lo había demostrado. Arión había mencionado que su primo era más rico y poderoso que su antiguo cliente y todo lo que rodeaba a aquel muchacho sugería que no mentía. Parecía muy probable que el nuevo heredero prorromano de un gran legado no aceptara las pretensiones de un primo bastardo apasionadamente monárquico. Parecía muy probable que el primo intentara socavar o destruir el soporte que pudiese tener su adversario, algo fácil de conseguir si dicho soporte consistía en un mercader egipcio con un cargamento valioso y vulnerable. Una nueva acusación falsa, problemas con aduanas, un grupo de mercenarios dispuestos a saquear el barco... Un hombre rico que contara con el favor del nuevo gobierno podía hacer todo lo que quisiese. Ani debía estar agradecido al joven por haberle explicado la situación y dejar que partieran libremente.

Lo único que no deseaba era estar tan seguro de que Arión estaba dando un salto hacia el infierno..., y tampoco que esa idea le doliera tanto. Lo único que quería, después de todo, era no haberle pedido a Melanthe que escuchara con él las explicaciones de Arión.

A la mañana siguiente, cuando emprendieron la etapa final del viaje, todos estaban muy abatidos. Y cuando a media mañana se aproximaron a la terraza junto al río de Hermógenes y descubrieron que las estatuas de las que les había hablado Arión estaban en proceso de desmantelamiento, el humor sombrío que reinaba entre ellos empeoró notablemente. La mitad de los animales que bailaban había desaparecido y en esos momentos unos soldados estaban metiendo un leopardo que tocaba la lira en un arcón lleno de paja.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Serapión muy apenado.

—El propietario ha debido de venderlas —contestó Ani.

Sin embargo, sabía que la respuesta era una verdad a medias. En aquellas circunstancias era muy probable que el propietario se hubiera visto obligado a donar las estatuas a cambio de no ser ejecutado. Era evidente que la clemencia tenía sus límites.

A pesar de todo, aún quedaban muchos jardines preciosos con hermosas casas a lo largo del canal Canópico. Serapión recuperó pronto la alegría y empezó a correr de un lado a otro del barco para verlo todo. Había estatuas y árboles exóticos, un lugar con

mallas lleno de pájaros, una pequeña marisma exquisitamente diseñada, llena de flamencos y peces, un cocodrilo encadenado a un poste por la pata delantera en un maravilloso estanque concebido expresamente para él. Melanthe, por el contrario, que en condiciones normales habría hecho lo mismo que su hermano, permanecía compungida y encerrada en su cabina. Arión estaba sentado inmóvil en proa, contemplando malhumorado el río desde debajo de su tocado de ala ancha.

El canal entró finalmente en un extenso lago salobre que brillaba azul bajo el sol y a lo lejos apareció una reluciente masa de muros blancos y tejados rojos, torres, cúpulas y jardines, una colina verde en forma de cono que se levantaba hacia el cielo claro, y un destello de oro puro procedente de algún monumento no visible desde el lugar donde se encontraban o de alguna estatua erigida en honor a los dioses. Por fin llegaban a Alejandría.

Capítulo 9

Cesarión, con el cuello tenso, observaba a Melanthe, que leía las cartas. A pesar de que su espesa melena negra le ocultaba la cara, él sabía que seguía enfadada. Sus manitas, con aquellas encantadoras uñas redondeadas, movían las páginas con brusquedad y la voz que pronunciaba en alto las palabras escritas era un refunfuñar rabioso. Estaban solos en la cabina de popa. Al otro lado, en la de proa, se oía a Serapión hablando con la niñera. En cubierta, Ani discutía con la tripulación los detalles del amarre.

El joven se sentía pisoteado, aturdido y confuso. La noche anterior Ani le había hecho una oferta y una parte de su persona había dejado asombrada a la otra, pues le habían entrado ganas de lanzar un «¡Sí!». Pero era una idea grotesca: ¡el último monarca lágida, trabajando con un comerciante de Coptos! ¡Ridículo! ¡Insultante! ¡Una locura!

Y, sin embargo, jamás se había sentido tan feliz como en aquellos últimos días. Le habría gustado que el viaje se prolongase eternamente. Había salvado al *Soteria* y todos le estaban agradecidos (excepto Apollonios, pero le daba igual). Nadie estaba molesto por su presencia. Melanthe había dejado de sentir pena por él y lo miraba con admiración y gratitud con aquellos maravillosos ojos oscuros. La tripulación, que al principio lo había despreciado, había cambiado y no por miedo al castigo, sino por lo que él había hecho. Se había ganado su respeto. No tenían ni idea de que era el hijo de la reina, sabían que sufría la enfermedad ¡y seguían apreciándolo y admirándolo! Algo pequeño, estúpido, simple, era ridículo preocuparse por su opinión; sin embargo, lo conmovía. Y Melanthe..., la preciosa Melanthe, con una piel como la miel oscura y esos maravillosos ojos, una joven que había heredado la inteligencia de su padre y su fuerza de voluntad... Y también él le gustaba a Melanthe. O le había gustado.

Resultaba evidentemente estúpido enamorarse de la hija de un camellero y quedarse allí retorciéndose de dolor sólo porque la muchacha se había enfadado con él. No había posibilidad de relación entre los dos, aparte de que eso empeoraría su enfermedad. Ani adoraba a su preciosa hija. No podía seducir a la muchacha y hacerle daño a un hombre que era tan de su agrado y a quien tanto respetaba, aun en el caso de que ella lo hubiera permitido, lo que tampoco estaba claro. Sí, él le gustaba..., pero ella no era una mujer débil. No estaría dispuesta a hacerse daño a sí misma y a su familia perdiendo la virginidad antes de la noche de bodas. Y él tampoco quería que lo hiciese... No si ella resultaba perjudicada, y así sería. Y la idea de un matrimonio era absurda. La ley no lo permitía, y de todos modos no se encontraba en situación de adquirir un compromiso de ese tipo.

Seguro que si su madre hubiese descubierto que su hijo estaba planteándose

siquiera semejante posibilidad sin echarse a reír a carcajadas, habría mandado azotar a Melanthe. Se alegraba de que su madre no estuviera y no pudiera hacerlo.

Recordó imágenes del pasado. Sí, Cleopatra había sido cruel y arrogante en muchas ocasiones. Pensó en Rodofis, su primer amor. ¡La reina no tenía por qué haber vendido a la muchacha en el mercado público! Si creía que debía deshacerse de ella, podía haberla liberado y haberle dado una dote. Él así se lo expuso a su madre y la respuesta de la reina fue: «Si las esclavas de palacio ven que tu cama es el camino hacia la libertad, todas las noches las sacaremos a rastras de ella.»

Cesarión fue personalmente al mercado, encontró al hombre que había comprado a Rodofis y la recompró por el doble del precio inicial. Luego la liberó y le proporcionó una dote sin decírselo a su madre. No había resultado fácil, pues su renta no cubría los gastos y no se atrevía a pedir dinero al visir, quien se lo habría contado a su madre. Por tanto, lo que hizo fue vender un caballo de carreras a un cortesano y entregarle la dote a Rodofis en forma de broches y anillos.

Tenía entonces dieciséis años y era oficialmente rey; y ni siquiera así podía comprar la libertad de la joven que amaba sin recurrir a subterfugios. Jamás había disfrutado de auténtica autoridad. Al cumplir los dieciséis debía haber entrado en el efebato, el cuerpo de ciudadanos jóvenes que recibían formación militar. Su madre había contratado incluso tutores para su formación, pero no entró en el cuerpo hasta el año siguiente, después de los sucesos de Actium, cuando la reina quiso reforzar la inestable lealtad del populacho demostrando que ella tenía fe en la supervivencia de la dinastía. Muy astuto por su parte, a pesar de que él sabía ya por aquel entonces que con eso Cleopatra estaba firmando el certificado de defunción de su hijo. Las probabilidades de que Octaviano perdonara a un niño, incluso a un niño llamado César, eran mínimas. Y nula la de que perdonara a un hombre por llamarse así.

... Y no lo llevó a Actium, algo que todavía lamentaba amargamente. Era lo bastante mayor para unirse al ejército en la campaña de guerra, esperaba recibir algún tipo de rango militar, honorífico, por supuesto, con un hombre de mayor edad y experiencia responsable del trabajo de verdad que le permitiera observar y ver cómo lo hacía. Pero lo dejó en Alejandría con su hermana y sus hermanos pequeños, dependiente de tutores y de tareas escolares. «Tu enfermedad», decía su madre. Ya..., ¿cuántas veces le había repetido ella que la enfermedad de su padre jamás había sido un impedimento para conquistar todo el mundo conocido?

Sentía, con repentina e intensa pasión, que jamás había sido nada: hijo de dos divinidades, pero una nulidad. Cleopatra quería a un lágida varón como colega, y un hijo de César tenía sus ventajas. Pero su niño debía ser obediente. Nunca quiso un hombre adulto capaz de conducir ejércitos y de pensar por sí mismo. Arión era mucho más persona de lo que Cesarión había podido ser alguna vez.

Recordó amargamente la ocasión en que el médico quiso cauterizarle el cerebro. Tenía catorce años y se encontraba debilitado por un año de drogas, purgaciones y

sangrías. El médico afirmaba que para limpiar la cabeza de flemas, agrandar los ventrículos cerebrales y, en consecuencia, imposibilitar la aparición de nuevos ataques, era necesario practicar un agujero en la parte superior del cráneo y calentar las membranas del cerebro. Cesarión había padecido ya todo tipo de tormentos y no deseaba ése. Olimpos, el médico personal de Cleopatra, bendita fuera su memoria, respaldó su súplica y declaró que ese procedimiento podía causarle la muerte o un daño irreversible y que era muy poco probable que produjese algún beneficio. Cleopatra consideró el argumento y, finalmente, denegó su permiso. Pero sí permitió que aquel médico entusiasta aplicara hierros en la parte trasera del cráneo de Cesarión, detrás de las orejas, para comprobar si producían alguna mejoría.

¡Aquello dolía, por Apolo y por Esculapio! Aún tenía cicatrices, que con el pelo tan corto debían de ser perfectamente visibles. Levantó la mano y se tocó una, una franja suave y abultada de piel desnuda entre el cabello recortado. Le había suplicado a su madre que no permitiera que aquel hombre lo tocara, se lo había suplicado con lágrimas en los ojos, pero ella le había dicho que era un rey y que debía ser valiente.

No debía estar recordando esas cosas sobre su madre, con su muerte tan reciente. Debía estar de duelo. Pero... no podía evitar alegrarse de que Melanthe y Ani nunca pudieran conocerla.

—¿Qué es esto? —preguntó bruscamente Melanthe, penetrando en sus pensamientos con una mirada de rencor.

Cesarión le arrebató a la muchacha un pliego de papiro que ésta tenía entre las manos.

—Una carta modelo de respuesta a una pregunta sobre el incienso —le explicó.

Melanthe haría las veces de escriba de su padre durante su estancia en la ciudad. Sabía leer y escribir aceptablemente y poseía una caligrafía clara y legible, aunque su ortografía fuera algo desigual, su griego excesivamente coloquial y desconociera las fórmulas correctas de expresarse por carta en el mundo de los negocios. Cesarión había escrito ya todas las cartas que Ani le había solicitado, es decir, las distintas peticiones para ser recibido por los antiguos proveedores de Aristodemos. Había escrito asimismo borradores y cartas para solicitar entrevistas con otros proveedores, dejando el encabezamiento en blanco porque desconocían los nombres. Le había escrito todo lo que sabía del puerto de Alejandría y sobre las normas mercantiles, sus sindicatos y corporaciones, todo tipo de información que consideraba útil, y había redactado varios modelos de respuestas para que Melanthe pudiera adaptarlas en caso de necesidad. Durante el viaje había disfrutado de tiempo para hacerlo y se había dado cuenta de que deseaba de todo corazón que el negocio de Ani fuera un éxito.

—¿Y esto? —le preguntó Melanthe.

—Una carta de respuesta a una oferta de estaño.

Melanthe hojeó las cartas restantes y las dejó a un lado.

—Eso es todo, entonces —dijo muy distante.

—¡Melanthe, por favor!

—¿Qué?

—Tengo que irme. ¡No te enfades conmigo!

Ella depositó de mala gana el pliego de papiros en la caja fuerte y lo miró fijamente.

—¿Pretendéis que no me enfade cuando pensáis que es mejor morir que formar una sociedad con mi padre?

—Yo no...

—¡Mi padre es un buen hombre! Ha conseguido el dinero que tiene gracias al trabajo y a sus buenas ideas: ¿lo convierte eso en alguien peor que otro que lo hereda? Ha beneficiado a todo el vecindario: todos los hombres ganan un dinero adicional gracias al lino que cultivan, y las mujeres, gracias al tejido. Nunca ha engañado a nadie, honra a los dioses y ama a su familia. ¿Cómo os atrevéis a despreciarlo?

—¡No lo desprecio!

—¡Sí lo despreciáis! Nos despreciáis a todos. Dijisteis que nos degradábamos como si fuésemos esclavos por ayudarnos los unos a los otros. ¡Y ahora pensáis marcharos y dejaros matar en lugar de seguir trabajando con mi padre! ¿Y pretendéis que no me enfade?

—Melanthe, yo...

—¡Tanto hablar de que no queréis herirnos! —Melanthe no se detenía, su rabia crecía a cada palabra que pronunciaba—. ¡Todo mentiras! Si os limitarais a evitar a ese primo vuestro, no correríais ningún peligro. Él piensa que sois prisionero de los romanos, o que estáis muerto, o exiliado. Y aunque descubra que seguís con vida, si no lo molestáis, si no pedís a los antiguos amigos de vuestra madre que le causen problemas, ¿por qué debería él molestaros? ¡Ir y remover las cosas es peligroso! Y no tenéis ninguna necesidad de remover las cosas; podríais trabajar con mi padre. Pero no, ¡sois demasiado orgulloso! ¿Qué esperáis que os diga: «Oh, de acuerdo, comprendo que no somos más que escoria, id y morid con los de vuestra clase y con todas mis bendiciones»? Pues no, no lo haré.

—Yo no pienso que vosotros...

—¡Sí, sí lo pensáis! —replicó, mirándolo fijamente, con los ojos llenos de lágrimas—. Sabéis que sí.

—Un poco —admitió—. Pero no tanto como antes. Melanthe, por favor, intenta comprender...

—¡No! —dijo llanamente.

—Tengo un hermano —le confesó, sorprendiéndose de haberlo admitido—. Un hermanastro de la edad de Serapión. No sé dónde se encuentra en estos momentos, ni tan siquiera si está vivo o muerto. —El brillo de la mirada de la joven se empañó ligeramente—. Debo averiguar qué le ha sucedido. Eso significa que debo hablar con los amigos de mi madre. Y eso significa que uno de ellos debe arriesgarse y visitar a mi

primo... Y eso significa que no me atrevo a quedarme con vosotros por si la situación acarrea problemas.

—Es la primera vez que mencionáis a un hermano —destacó ella, suspicaz.

—¡Por Zeus! No me atrevo a explicar nada sobre mí, Melanthe, no me atrevo; y mucho menos aquí, en Alejandría. Tengo un hermano, lo juro por Dioniso y por todos los inmortales. Se llama Tolomeo. Tiene seis años.

Lo que quedaba de brillo en los ojos de Melanthe desapareció por completo.

—Lo siento —susurró, y se secó las lágrimas—. Tengo la sensación de que siempre os estoy diciendo cosas horribles. —Le temblaba un labio—. Es que... no quiero que os marchéis.

El joven avanzó dos pasos, la sujetó por los codos y besó la cara que se había levantado para mirarlo. Durante un momento se sintió como si fuese un dios. Volvió a besarla. Ella levantó los brazos para pasarlos por encima de sus hombros, y su boca, torpe e inexperta, se abrió a la de él.

Oyeron el ruido de una puerta, y cuando se volvieron, descubrieron a Ani, que los observaba con mirada acusadora.

Cesarión soltó a Melanthe y retrocedió apresuradamente.

—Yo... —empezó.

—Sólo estabas despidiéndote —le dijo Ani con firmeza.

—Sí —confirmó Cesarión, sofocado.

—Os deseo que seáis muy feliz —dijo Melanthe, secándose las lágrimas—. Buena suerte y tened cuidado... tened cuidado, por favor, y... hacednos saber lo que suceda, si podéis.

—Lo intentaré —dijo él, tragando saliva—. Yo también te deseo que seas muy feliz, Melanthion.

Se agachó para recoger la cesta que contenía la otra túnica y los libros y saltó a cubierta. Era primera hora de la tarde y el puerto del lago estaba tranquilo; tanto las tripulaciones de los barcos como los trabajadores del muelle descansaban durante las horas de más calor del día. El resto de los tripulantes del *Soteria* formó un corrillo a su alrededor, le dio la mano y le deseó buena suerte. Tiathres se acercó con un poco de pan y aceitunas, envuelto todo en un pañuelo de lino. Serapión salió corriendo de la cabina y lo abrazó. Él le alborotó el pelo al chiquillo y le deseó salud y felicidad.

Ani tosió para aclararse la garganta.

—Te acompañaré hasta la verja del muelle —anunció.

Iniciaron juntos el recorrido por el espigón vacío bajo un sol ardiente.

—Lo siento... —dijo Cesarión— por Melanthe.

Ani lo miró de reojo y se mordió el labio inferior.

—Yo también.

—No pretendía... no quería faltarle al respeto, ni a ella ni a ti.

—¿Es cierto eso que le has contado?

—¿Estabas escuchando? —preguntó, indignado, Cesarión.

—¡Como estoy vivo que sí! ¿Piensas que no voy a tener la oreja pegada a la pared mientras un joven habla en privado con mi hija? ¿Es cierto... eso de que tienes un hermano menor?

Cesarión dio con dificultad varios pasos más, sin mirarlo. Le había explicado a Melanthe lo de Filadelfio porque sabía que así ella entendería por qué la abandonaba. Pero Filadelfio era sólo una parte de sus verdaderos motivos. Sin duda, otra parte era el orgullo del que lo había acusado Melanthe. Y una tercera, su verdadera condición. Si lo capturaban, los matarían a todos por haberlo protegido, y aquella posibilidad se le hacía intolerable. Mejor que nunca lo supieran.

—Tengo un hermano pequeño —respondió a Ani—. No mentía. Quiero ayudarlo, si puedo.

—Jamás has confiado en nosotros —dijo Ani sin alterarse—. Ni siquiera en las cosas en las que deberías hacerlo.

Cesarión lo miró a los ojos.

—Eso no es verdad. Creo que he confiado en ti más que en nadie en mi vida.

Ani se detuvo.

—¡Por Isis, muchacho, debes de haber tenido una vida miserable! Primero dijiste que nadie había hecho nada por ti desinteresadamente, ¡y ahora que nunca has confiado en nadie! —Hizo un gesto de impaciencia—. Lo siento. No te gusta que te llamen «muchacho».

—Ya no me importa —dijo con una débil sonrisa—. ¿Te acuerdas de tu oferta de formar una sociedad? Me hubiera gustado poder aceptarla.

Era la sorprendente verdad. Tenía la desagradable sospecha de que se debía al hecho de haber alcanzado su auténtica naturaleza, pero ni tan siquiera eso afectaba a sus deseos de aceptar la propuesta y seguir siendo feliz.

Ani lo observaba con una expresión extrañamente compasiva. Le tocó el antebrazo y le dijo:

—¿Por qué no lo haces?

Entonces, Cesarión notó el olor a putrefacción y un horror irracional, repentino y gigantesco. Cogió la bolsita y se sentó a un lado del camino.

—¡Por Isis! —exclamó Ani al reconocer los síntomas. Cesarión se dio cuenta de que el egipcio iba detrás de él para sujetarlo en caso de que cayese y se sintió aliviado.

Un coro cantaba un himno en honor a Isis: «Salud, Reina de los ríos y los vientos y el mar. Salud, reina de la guerra...» Cleopatra estaba sentada en un trono dorado, bajo una sombra de toldos de color púrpura, vestida como la diosa y con la corona de la serpiente ceñida en la cabeza. Cesarión, sentado en su trono, un peldaño más abajo, se agitó en el interior de su manto rígido y lleno de joyas para verla. El pequeño Tolomeo Filadelfio, más abajo aún, intentaba despojarse de la diadema mientras su guardaespaldas se lo impedía. La multitud lo arrullaba.

El río, de color marrón rojizo a causa del barro, seguía su curso. Los sacerdotes subían al altar una vaquilla blanca para celebrar el sacrificio de acción de gracias. El sacerdote principal aguardaba con un reluciente cuchillo en la mano.

Se sentía violentamente enfermo. Todo apestaba y hacía un calor terrible.

—Eso le librará del veneno —dijo el médico, satisfecho.

Un hombre estaba tendido boca abajo sobre la mesa, con las manos y las piernas sujetas a ella con gruesas cuerdas. Le habían despegado el cuero cabelludo de la nuca, que se encontraba, del revés, sobre las orejas, y tenía abierta la parte trasera del cráneo.

—Éstos son los ventrículos del cerebro —decía el médico, hurgando con un escalpelo. La mano de la víctima se sacudió y Cesarión gritó horrorizado: «¡Está vivo!»

Se encontraba sentado al sol, en la cuneta del camino. Ani, agachado a su espalda, lo sujetaba y le acercaba la bolsita a la cara. Gimoteó y se recostó en Ani. Se sintió... seguro.

—¿Ha acabado? —preguntó Ani en voz baja.

Cesarión asintió con la cabeza. Se inclinó hacia delante, buscó su medicina y la inhaló. El aroma era cada vez más débil: tendrían que prepararle más... si llegaba a sobrevivir a los próximos días.

Ani lo soltó y se sentó a su lado.

—No creo que eso tenga nada que ver con los humores flemáticos —declaró—, ni con la humedad. Los ataques se producen cuando tu espíritu se ve alterado... cuando estás afligido o sientes dolor.

—Entonces, ¿por qué no le sucede a todo el mundo? —le preguntó amargamente Cesarión.

Ani se encogió de hombros.

—Tal vez esté en tu naturaleza el padecerlos, pero aumentan considerablemente cuando te sientes afligido o estás herido, cansado o hambriento. Si se tratase de humores flemáticos, te habrías pasado el viaje en el río sufriendo ataques y no habrías padecido casi ninguno en el desierto. Pero ha sido justamente al contrario. Creo que es evidente. No creo para nada que debas evitar las mujeres. Yo no lo haría, de ser tú. —Dudó un instante y prosiguió—. ¿Quién sigue vivo? Dímelo, por favor. Lo repites casi siempre que sufres un ataque y yo ya he empezado a imaginarme cosas.

—Oh. —Jamás le había explicado a nadie su pesadilla privada, aunque no creía que informar de ello a Ani pudiera hacer ningún daño—. No sé cómo se llama. Era un criminal, creo que había asesinado a una mujer. Tenía la enfermedad sagrada, como yo. Uno de los doctores de la escuela de médicos del Museo preguntó si podían abrirlo y mi madre me llevó a presenciarlo. Quería que yo viera lo que estaba mal en mí.

—¿Lo abrieron vivo? —preguntó Ani, con los ojos abiertos de par en par—. ¡Por Isis y Serapis!

—Los médicos del Museo suelen llevar a cabo disecciones con muertos. Disecciones de vivos... no es tan normal, y se requiere permiso real para hacerlo, pero se hace. Utilizan a criminales que de todos modos serían ejecutados. A aquel hombre lo drogaron, lo ataron a una mesa y le abrieron la cabeza por detrás. Yo creía que estaba muerto. —Cesarión empezó a temblar de repente—. Entonces el médico dijo: «¡Éstos son los ventrículos del cerebro!» y hurgó allí dentro y la mano del pobre hombre se movió. —Cerró los ojos—. Desde entonces, lo veo cuando tengo ataques.

—¡Piadosa Isis! ¿Tu madre te llevó a ver eso? ¿Cuántos años tenías?

—Trece. Tenía trece años. Ella no sabía que me impresionaría tanto.

—¿Cómo no iba a saberlo? Eso impresionaría a cualquier persona normal, y más aún a un niño que sufre la misma enfermedad...

—Ella no lo sabía —dijo Cesarión, agotado—. Me imagino que no somos gente normal. ¿Eres tú normal, Ani? Tú eres diferente de toda la gente que había conocido hasta ahora.

—¡Soy más que normal! —declaró Ani, disgustado.

Cesarión sonrió.

—Me alegro mucho de haberte conocido. —Se puso en pie haciendo un esfuerzo —. Debo irme. No me acompañes hasta las verjas: nos despediremos aquí. Ani, te estoy agradecido, muy agradecido, por toda tu amabilidad. Dale de nuevo las gracias a Tiathres de mi parte y dile a Melanthe que yo... espero que sea feliz. Os deseo mucha felicidad.

Ani se incorporó, se quedó mirándolo un instante y moviendo la cara como si fuese a hablar... luego lo abrazó. Cesarión permaneció quieto. Igual que le había sucedido con la noticia de la muerte de su madre. Sintió una amarga sensación de pérdida. Cuando Ani lo soltó, Cesarión le tocó el brazo, sin atreverse a mirarlo. Luego se inclinó, cogió la cesta y se marchó.

Caminó apresuradamente hasta la Puerta Mareótica, intentando convencerse de que aquella sensación de duelo era ridícula. Conocía a Ani desde hacía un mes y al resto de la familia desde hacía aún menos. Además, eran egipcios vulgares. No eran importantes para él y no debería sentirse como si fueran... En verdad no debería sentirse como se sentía, de la misma manera que se sintió cuando salió de los establos de palacio dejando allí a Filadelfio.

En la Puerta Mareótica de la muralla de la ciudad de Alejandría había centinelas apostados, pero la puerta estaba abierta y los soldados se limitaban a permanecer sentados bajo la sombra del arco y a observar a la gente que pasaba. Cesarión la atravesó y entró en la calle del Soma, la amplia vía que cruzaba la ciudad de norte a sur. Allí se detuvo, preguntándose adonde ir. Algunos de los partidarios de su madre le habían sido fieles hasta el final; unos cuantos se alegrarían de tener noticias suyas. Pero era posible que algunos de ellos estuvieran vigilados por los romanos, si es que seguían vivos y en libertad: Seleukos, el que fuera ministro de Finanzas; el visir Mardion;

Diomedes, el escriba real... no era seguro acercarse a ninguno de ellos. ¿Y Nikolaos de Damasco, su tutor de historia? No. Era un hombre ambicioso, amargado por haber respaldado a una perdedora: se habría convertido en traidor en un instante. Olimpos, el que fuera médico personal de Cleopatra, probablemente fuera una persona de confianza, aunque carecía de recursos para hacer gran cosa.

Debería haberlo pensado antes de llegar a la ciudad. No era excusa que no hubiese querido pensar en ello. Caminó despacio por la calle Soma. Por la tarde las tiendas estaban cerradas y en la gran vía pública reinaba la tranquilidad. A la sombra de un pórtico descansaban unos mendigos, rodeados de gatos llenos de pulgas; algunas mujeres que iban a por agua charlaban junto a las fuentes públicas, pero, aparte de eso, la calle estaba abandonada al sol. Y convenía que fuera así. Había demasiada gente en la ciudad que conocía su cara, y su bigote incipiente poco valdría como disfraz. Aquella misma mañana se había mirado en el espejo y le había parecido que estaba menos tupido que en Coptos.

El recinto que albergaba las tumbas reales se encontraba justo antes de llegar al centro de la ciudad, en el punto donde la calle Soma se encontraba con la vía Canópica, que recorría Alejandría de este a oeste. Se trataba de un parque cerrado donde, entre palmeras y arbustos de cistos en flor, se disponían los mausoleos de ocho generaciones de lágidas. Cesarión se detuvo frente a la verja de hierro forjado, la abrió y entró. Necesitaba sentarse a pensar en cómo actuar.

Siempre le había gustado ir a visitar las tumbas. El grandioso mausoleo de la cúpula era el de Epífanes, el quinto Tolomeo, «el dios manifiesto», y de su reina, la primera reina de Egipto que llevó el nombre de Cleopatra. Los nombres más destacados de la dinastía (Tolomeo el Salvador y su esposa Berenice, Tolomeo y Arsinoe, los hermanos amantes) tenían tumbas de menor tamaño en la parte norte del recinto. La tumba de su madre no se encontraba allí, lo que era un consuelo, en cierto sentido. Ella disponía de un espléndido mausoleo recientemente construido junto al templo de Isis. De ser ciertos los informes, la habían enterrado allí, junto a Marco Antonio. Antonio nunca había sido de su agrado. Era un hombre fuerte, fanfarrón, enérgico, ordinario y proclive a la bebida. No le gustaba la idea de que su madre yaciera toda la eternidad junto a ese patán, aunque imaginaba que aquél era su deseo cuando eligió el lugar de su tumba. Antonio no era un lágida y no podía descansar en el recinto real. Cleopatra, por motivos que Cesarión nunca había tenido claros, amaba de verdad a aquel bruto y deseaba permanecer a su lado después de la muerte.

Guiado por la costumbre, reconstruyó el camino que tan familiar le resultaba: pasada la tumba de Epífanes, a la izquierda, se ascendía por una rampa; luego, rodeando el monumento del séptimo Tolomeo, «el Benefactor», se llegaba a la tumba de su abuelo, el duodécimo de los tolomeos, Auletes, «el Flautista». Frente a la tumba había un jardín abandonado, con una fuente al final de una escalinata cuya agua desembocaba en un estanque con peces. De pequeño solía sentarse allí cuando su madre

llevaba a cabo la ceremonia anual en memoria de su padre, y lo recordaba como un refugio de tranquilidad.

También en esos momentos se encontraba callado, aunque intranquilo: a medida que descendía por los peldaños que conducían al jardín, se dio cuenta de que habían retirado la fuente para sustituirla por un altar de mármol sobre el que descansaba una urna de pórfido pulido. Lo miró fijamente, más herido de lo que cabría esperar por un cambio tan trivial. ¿Qué sería de los peces sin la fuente?

Apoyado en la base del altar había un cartel de madera con una notificación pintada. Se acercó para ver la excusa que habían puesto para llevar a cabo tal profanación.

«Tolomeo César —rezaba la nota—, Theos Philopator Philometor. Heredero de dos reinos y sin poder dejar en herencia ninguno. La muerte, no el trono, le llegó al hijo de Cleopatra. Hasta siempre.»

Se quedó mirándola fijamente, perplejo. Luego levantó los ojos hacia la urna. La habían envuelto con una guirnalda de hojas de laurel y rosas y la escoltaban sobre el altar dos lámparas de aceite que estaban apagadas. Había también un quemador de incienso de bronce lleno de cenizas grises.

Tenía sentido, suponía. Los romanos no podían echar a la alcantarilla sus presuntas cenizas: habría sido una provocación desmesurada. Pero tampoco habrían querido erigirle un monumento. La mejor solución era depositar los restos en un lugar discreto del recinto real y alguien debió de recordar que le gustaba sentarse allí. Alguien había colocado la nota en el lugar donde debería estar la inscripción. Alguien se había ocupado de la tumba. Se preguntaba quién. No se le ocurría nadie de entre las hordas de nobles acompañantes, tutores y esclavos que en su día lo rodearon, que fuera capaz de correr el riesgo de ofender a los romanos con aquel gesto. Tal vez los mismos romanos hubieran designado a una persona para hacerlo, así como para llevar a cabo todos los rituales. Ellos eran así.

Se sentó en un banco y observó un pájaro que cantaba posado en una rama. Se dio cuenta de que no habían aniquilado los peces: de la parte trasera del altar salía un pedazo de tubería de plomo que iba a parar al estanque y las carpas seguían, como siempre, nadando como sombras en las aguas oscuras. En realidad, no era un mal lugar para ser enterrado. Deseaba que en realidad hubieran sido suyas las cenizas de esa urna, poder descansar allí para siempre y no tener que afrontar las luchas y las más que posibles traiciones que lo aguardaban en los próximos días.

En el fondo, sabía que al final se decidiría por abordar a alguien y que, con toda probabilidad, su colaborador acabaría traicionándolo, y si no, un tercero lo delataría a él y a quien lo ayudase. Se produciría un arresto, una acusación, un par de ejecuciones, y terminaría en ese mismo jardín, aunque esa vez en el interior de la urna. Le dolía el corazón de puro agotamiento. Ya no estaba seguro siquiera de lo que se proponía. Era muy poco probable que pudiera ayudar a Filadelfio. Si el emperador había decidido

matar al pequeño, el niño estaría ya muerto; si el emperador había decidido perdonarle la vida, un intento de rescate chapucero no haría otra cosa que empeorar la situación. Y en el caso de que el rescate fuese un éxito gracias a algún tipo de milagro, ¿adónde irían y qué harían? En lo más recóndito de su mente albergaba todavía la vaga fantasía de poder comprar tierras en algún lugar y vivir allí tranquilamente juntos, aunque no creía que pudieran conseguirlo. En un mundo en manos de los romanos no había lugar para ellos.

En Ptolemais se había dado cuenta de que seguir adelante carecía de sentido. Había abandonado temporalmente la idea del suicidio, primero porque alguien lo necesitaba y luego porque se sentía feliz. Tal vez lo mejor que podía hacer en ese momento era comprar un cuchillo y acabar con lo que había empezado... sólo que antes quería saber al menos qué había sido de su hermano menor.

Escuchó un ruido de pasos que descendía por la escalera. Se acurrucó y vio a Rodón, su antiguo tutor e indudable traidor, al otro extremo del empedrado del jardín. Iba vestido con un manto sencillo de color oscuro y llevaba cuidadosamente arreglados tanto su cabello moreno como su barba de filósofo. Le seguían dos sirvientes, uno de ellos portando un recipiente de aceite y el otro una cesta.

Rodón se percató de su presencia y se detuvo. En un primer instante pareció simplemente molesto. Pero al darse cuenta de quién tenía enfrente, se quedó blanco. Abrió la boca sin ser capaz de emitir sonido alguno. Cesarión dio un paso atrás, mirando de reojo y desesperadamente el muro que encerraba el recinto. Las paredes de piedra eran demasiado altas para saltarlas. Se maldijo por haberse metido tan ingenuamente en un lugar de donde no podía salir.

El sirviente que portaba el recipiente de aceite lo lanzó al suelo, que se hizo añicos ruidosamente sobre la piedra, salpicando los peldaños con su espeso contenido y liberando los efluvios de la esencia de rosas. El sirviente intentó salir corriendo, pero cayó sentado. Cesarión se precipitó hacia delante con la esperanza de que, de un modo u otro, pudiera superar a aquel hombre antes de que consiguiera ponerse de nuevo en pie.

—¡No! —gritó Rodón, un grito tan estremecedor que hizo que Cesarión se detuviera en seco. Su tutor cayó de rodillas—. Yo no quería —boqueó—, juro que no quería, pero os abalanzasteis contra la lanza. ¿Qué podía hacer? Sólo quería reteneros hasta que llegaran los romanos. ¡Eran órdenes del emperador, no mías! —Le castañeteaban los dientes—. ¡Marchaos, por favor, marchaos! ¡Por Heracles, por favor, marchaos!

Seguía arrodillado frente a la escalera.

—Aléjate de mi camino —dijo calmadamente Cesarión— y me iré.

Rodón se revolvió hasta ponerse en pie y retrocedió hacia el jardín, observando fijamente a Cesarión con una mirada vidriosa de horror. Cesarión pasó corriendo por su lado, pero se vio obligado a detenerse. Los dos sirvientes, situados a ambos extremos

de la escalera, le bloqueaban el paso. Eran dos caras conocidas, dos de los esclavos favoritos de Rodón; era evidente que ambos lo habían reconocido y estaban demasiado asustados para apartarse del camino de su vengativo fantasma. Cesarión dudó y oyó cómo Rodón se agitaba a sus espaldas. Se volvió rápidamente para percatarse de que los ojos de Rodón, que ya no estaban vidriosos, acababan de registrar la cesta que Cesarión sostenía bajo el brazo.

—Estáis vivo —dijo Rodón con incredulidad.

Cesarión soltó la cesta, dio una vuelta entorno al hombre que lo había traicionado y le abofeteó la cara. El golpe fue lo bastante fuerte para hacerse daño en la mano y le produjo una sensación extraordinariamente satisfactoria.

Rodón cayó de espaldas, se golpeó la cabeza contra un muro bajo del jardín y resbaló sobre un montón de hojas. Cesarión corrió hacia él y le pateó con todas sus fuerzas, sintiendo con placer el cuerpo bajo sus pies. Rodón se tapó la cara con las manos y profirió un grito sofocado pidiendo ayuda. Cesarión le atizó un nuevo puntapié. Uno de los esclavos se le acercó por detrás y lo agarró del brazo. Cesarión le dio un fuerte codazo en las costillas, lo enlazó con la pierna a la altura de la espinilla, lo empujó al suelo y corrió hacia el segundo esclavo. Éste le pasó un brazo por el cuello e intentó doblegarlo. Cesarión lo asió por la cintura, cayó de rodillas y se deshizo de su oponente, que salió despedido por encima de su hombro.

Pero el primer esclavo se puso en pie y se sumó de nuevo a la pelea. Se produjo una lucha breve y acalorada, hasta que Cesarión se encontró inmovilizado y jadeando en el suelo, con una rodilla en la espalda y el brazo derecho aplastado contra el omoplato. Con la mano que le quedaba libre golpeaba furioso en el suelo.

—¿Cómo podéis estar vivo? —preguntó la voz de Rodón desde lo alto.

Estiró el cuello. Rodón se había puesto de nuevo en pie y se encontraba apoyado contra el murete del jardín. Tenía la barba manchada de sangre, así como la parte delantera de la túnica, que estaba llena de polvo y hojas secas. Temblaba visiblemente.

—¡Maldito cerdo! —dijo Cesarión con voz poco clara—. ¿No tienes bastante con haberme matado una vez?

Rodón se arrodilló lentamente junto a la cabeza de Cesarión. La sangre que le caía de la nariz goteaba sobre la piedra que Cesarión tenía ante sus ojos.

—La lanza os entró directa —dijo débilmente—. ¡Por Zeus, no pude extraerla! Y luego la tienda se incendió y os arrastré hacia fuera, con la lanza tambaleándose en el aire. No respirabais, os lo juro. Avitus extrajo la lanza y la clavó de nuevo para comprobar si estabais muerto, y lo estabais. ¿Cómo podéis seguir vivo? —Rozó la mejilla de Cesarión con la mano y la retiró en cuanto éste se encogió con convulsiones.

Observó la sangre en el suelo y se presionó con la parte interior de la muñeca el lado de la nariz por donde sangraba.

—Sufristeis un ataque, ¿no es así? —preguntó, con la voz apagada aunque algo más firme—. Lo sabía, pero cuando la lanza entró... pensé que habíais muerto. ¡Por

Zeus, os incineramos! ¡Vi cómo ardía la pira!

—Pusisteis encima el toldo de la tienda —dijo Cesarión—. No lo levantasteis para comprobar si seguía allí, ¿verdad?

Rodón lo miraba, seguía con la mano presionando la nariz. Sus penetrantes ojos oscuros estaban ciegos por los recuerdos.

—No —dijo por fin—. No. Ya habían mostrado el cuerpo al campamento entero. Nadie quería verlo arder. Nadie se sentía feliz con ello, en realidad. Sé que yo no lo sentía. ¡Por Zeus! —Se sentó en cuclillas sobre sus talones. Se sonó con cuidado la nariz y luego ejerció presión sobre el puente para detener la hemorragia—. He vivido todo este tiempo pensando que os había matado. A mi amante y a mis hijos les escupen en la calle por haberos matado... y estáis aquí, ¡vivo!

—Me traicionaste —dijo amargamente Cesarión—. Me hiciste un juramento, a mí, a mi madre y a mi casa, y lo rompiste. Quisiste mi muerte. ¿Crees que la gente te tendrá en mejor concepto porque fallaste la primera vez y tuviste que volver a intentarlo una segunda?

—No —musitó Rodón. Entre la palidez de su cara y los rastros de sangre parecía una máscara fantasmagórica. Miró al esclavo que sujetaba a Cesarión y le ordenó—: Suéltalo.

Tras un momento de duda, el esclavo soltó el brazo de su presa y se levantó. Cesarión se incorporó hasta quedarse arrodillado, miró de reojo en dirección a la escalera y vio que ambos esclavos seguían interponiéndose en su camino. Le dolía el costado y notaba punzadas en la muñeca. No podía escapar y tampoco se sentía con ánimos para enzarzarse en una nueva pelea. Se puso en cuclillas y examinó la muñeca herida. La costra se había abierto.

—¿Qué es eso? —quiso saber Rodón.

Cesarión lo miró taciturno.

—Intenté quitarme la vida cuando llegó a mis oídos la noticia de la muerte de mi madre —dijo, bajando el brazo—. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —respondió Rodón—. ¿Por qué habéis venido? ¿Por qué habéis regresado a Alejandría?

—No tenía otro lugar adonde ir. Fui a Berenice, pero los romanos se habían hecho con el *Némesis*. Pensé que tal vez pudiera ayudar a mi madre... o al menos a Filadelfio.

—¿Filadelfio?

—Siempre quise a Filadelfio. Pensé que las gemelas estarían muy custodiadas, pero que quizá podría llegar hasta Filadelfio. Pensé que tal vez alguien podría ayudarme, que podría liberarlo y huir, y vivir tranquilamente con él... en algún lugar donde nadie nos conociera. —Se cruzó con la mirada de Rodón—. ¿Crees que he venido hasta aquí para provocar una rebelión? No soy tan estúpido. Todos los implicados han traicionado a mi madre o se han rendido. Si no lucharon por Marco Antonio y mi madre, es evidente que no lo harían por mí.

—¿Con quién habéis contactado? —preguntó Rodón.

Cesarión suspiró. Ésa era la pregunta que le haría todo el mundo y que, en el caso de que no creyeran su respuesta, involucraría al *Soteria* y a todos los que llevaba a bordo.

—Con nadie —declaró con firmeza—. Acabo de llegar a la ciudad y he venido aquí para pensar cómo debería actuar. He viajado a bordo de una barcaza con gente que no sabe quién soy. Piénsalo un instante y verás que no he tenido tiempo de hacer nada. El trayecto desde Berenice es largo y he estado enfermo gracias a ti. Fue una herida muy profunda. ¿Sabes qué ha sido de Filadelfio? ¿Está vivo?

—Sano y salvo y en palacio —dijo Rodón enseguida—. Fuertemente custodiado.

Cesarión cerró los ojos un instante, conteniendo la emoción.

—Creo que él y las gemelas siguen con sus criados —prosiguió Rodón.

—¿Está con su niñera? —preguntó Cesarión, ansioso. La niñera había criado a Filadelfio desde pequeño y, en muchos sentidos, era para él más importante que su madre. Nadie sería para él un consuelo mejor.

—Es todo lo que sé. El emperador no se ha manifestado en cuanto a sus intenciones con respecto a los niños. Mientras vuestra madre seguía con vida, la amenazó con matarlos si se suicidaba, pero no lo ha hecho y es evidente que no lo hará. No podría. Al fin y al cabo, son los hijos de su cuñado Antonio y ahora cuenta en su ejército con muchos de sus antiguos seguidores. Se produjo un conato de rebelión con Antilo, pero no fue a más. La gente acepta este tipo de cosas con mucha más facilidad cuando cae una ciudad que un mes después.

—¿Qué sucedió con Antilo? —preguntó Cesarión, turbado. El hijo mayor de Marco Antonio, fruto de su unión con su esposa romana Fulvia, era aproximadamente de su edad y compartían lecciones y excursiones. Había mucha rivalidad entre ellos, y a ninguno de los dos le gustaba el padre del otro, pero se conocían bien.

—Murió decapitado —dijo Rodón con voz lúgubre—. Fue también traicionado por su tutor, Theodoros, que desveló su escondite a los soldados. Se ocultó en el templo de César con la esperanza de que aquello le sirviera de protección, pero lo sacaron a rastras y lo mataron. —Hizo una pausa, y luego añadió—: ¿Recordáis el colgante de esmeraldas que solía llevar, aquel que decía que le daba suerte? Theodoros lo robó del cadáver y los romanos lo descubrieron. Lo crucificaron por ello.

—¿Lo crucificaron? —repitió Cesarión, más sorprendido por esto que por la ejecución de Antilo. Al fin y al cabo, éste era el hijo mayor de un hombre que había sido el rival del emperador y que seguía teniendo soldados fieles, y que, al igual que Cesarión, había alcanzado la mayoría de edad. Era comprensible que Octaviano ordenara su muerte. Theodoros, sin embargo, tutor de Antilo y en alguna ocasión también de Cesarión, era nacido libre y alejandrino. No debería haber sufrido el castigo de los esclavos.

—Lo crucificaron —confirmó Rodón con una sonrisa mortecina—. A nadie le

gustan los traidores.

—¿Te sorprende? —preguntó sarcásticamente Cesarión.

—Nunca pretendí agradar por ello —respondió Rodón, intentando secarse la nariz —. Aunque, debo admitirlo, ha sido mucho peor de lo que esperaba.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó Cesarión, sintiendo la misma furia que experimentó la primera vez que supo lo que había hecho Rodón.

—En primer lugar, porque en Alejandría tengo mujer e hijos —respondió Rodón, con esa franqueza directa que tanto le había gustado siempre a Cesarión—. No quería abandonarlos y huir al exilio. En segundo lugar... la guerra estaba perdida. Todo el mundo lo sabía. Aunque tuvierais la intención de alzar un ejército para continuar la batalla. Más vidas perdidas, más heridos, más dinero gastado en mercenarios en una tierra ya empobrecida. Lo único que se interponía en el camino de la paz era un joven epiléptico emocionalmente inestable. Pensé que servía a un bien mayor.

—¿Qué quieres decir con eso de «emocionalmente inestable»? —exigió, enfadado, Cesarión.

—Sería un milagro que no lo fuerais —dijo Rodón amargamente. Se incorporó, se dirigió al estanque de peces y se aclaró con agua la mano ensangrentada—. Por un lado, todo el mundo esperando que os comportarais como un rey, y por otro, con la obligación de ser totalmente obediente. —Se limpió la cara con la mano mojada y se volvió para mirar a Cesarión—. A veces me he preguntado cómo habríais sido de haber llegado alguna vez al poder. Y me asustaba.

Cesarión lo traspasó con la mirada. Rodón nunca le había comentado lo que pensaba de él y se quedó perplejo al descubrir que seguía importándole lo que aquel hombre opinara.

—¡Eso está completamente injustificado!

—¿De verdad lo creéis así? Por Zeus, vuestra madre me asustaba, y vuestro padre, por lo que cuentan, era un monstruo. Ya habéis leído su relato del sitio de Alesia.

Sí, lo había hecho, y le había impactado. César sitió la ciudad gala de Alesia. Vercingetórix, el líder galo, obligó a salir de la ciudad a ancianos, mujeres y niños para de ese modo ahorrar comida. Suplicaron a César que les permitiese atravesar el frente, pero éste se negó a ello. Entonces, con mayor humildad, le suplicaron que los aceptase como esclavos, pero volvió a negarse y los dejó morir de hambre y sed entre los dos ejércitos, sin inmutarse ni avergonzarse por ello.

—Aquello fue culpa tanto de César como de Vercingetórix —dijo poniéndose a la defensiva.

—Era un hombre sin piedad, sin bondad natural —dijo en voz baja Rodón—. Y vuestra madre estaba hecha con el mismo molde. ¿Cómo podíais aprender algo que ni la sangre ni la educación podían enseñaros? Y la enfermedad que sufrís devoraría cualquier cordura mucho mejor asentada que la vuestra.

—¿Es esto piedad? —preguntó Cesarión, cortante—. ¿Insultarme e injuriarme

cuando no puedo ni desquitarme ni huir? ¡Nunca te he hecho ningún daño!

Rodón lo observó un instante con la mirada vacía y luego volvió a limpiarse la nariz.

—Me habéis preguntado por qué os traicioné —dijo—. Sólo intentaba explicároslo.

Cesarión se puso en pie.

—Veo que siempre me has juzgado severamente, sin decirme lo que pensabas de mí y sin darme la oportunidad de defenderme. Estoy pagado con la misma moneda: yo también te juzgué erróneamente: eras una persona de mi agrado.

Rodón puso mala cara.

—Y vos lo erais del mío. No pretendía vuestra muerte.

Cesarión resopló con desgana.

—¡Acabas de darme tu opinión sobre mí! Lo que no querías era que te cayera encima la culpa de haberme matado personalmente.

—¡No! Yo confiaba en que fuera posible convencer al emperador de que os perdonara la vida.

—Una posibilidad inexistente —dijo con vehemencia Cesarión—. No se atrevería siquiera a incluirme en su desfile triunfal. Cleopatra... oh, sí, la malévola seductora de la virtud romana, humillada por fin, un espectáculo magnífico; los hijos de Cleopatra... una imagen patética para las masas; el hijo de Julio César, encadenado detrás de la carroza del sobrino nieto de Julio César... ¡No se atrevería!

—Dicen que no eres hijo de César.

—Ya sé lo que dicen. Conocen la verdad y no esperan que les crean.

—El emperador consideró la posibilidad de salvaros la vida. Lo sé de buena fuente, pero Ario lo convenció de lo contrario. «No es bueno tener tantos Césares», dijo, citando incorrectamente a Homero. Ario posee una gran influencia sobre él y está totalmente a su favor.

Ario era un filósofo alejandrino que había estudiado con los mismos maestros que Rodón. Había pasado años en la corte y, al no obtener el nombramiento real que creía merecer, partió hacia Roma para asesorar a Octaviano en todo lo relacionado con asuntos de Alejandría. No cabía duda de que albergaba un sentimiento hostil contra la casa real y que, en consecuencia, habría aconsejado al emperador... aunque era poco probable que el emperador solicitase consejo con respecto a ese punto.

—No me creo nada de esta historia —dijo fríamente Cesarión—. Octaviano ha debido de difundirla para acallar las críticas. Mi muerte fue ordenada incluso antes de que él pusiera los pies en Egipto, y creo, Rodón, que te engañaste si en algún momento pensaste lo contrario. ¿Cómo era aquello que solías decirme? Ah, sí: «Las ilusiones son el enemigo de la verdad.»

—Creo sinceramente que está intentando forjar una paz estable —dijo Rodón—. Se han llevado a cabo muy pocas ejecuciones. —Hizo una pausa, para añadir a

continuación—: Muchas menos que el pasado otoño, cuando vuestra madre regresó de Actium.

—Estoy cansado de todo esto —lo cortó Cesarión—. Acaba ya. ¿Qué piensas hacer? ¿Entregarme a tu amo y señor o acabar calladamente conmigo para que todo el mundo siga creyendo que soy yo quien está en esa urna?

Rodón miró de reojo la urna.

—¿Quién hay en la urna?

—Supongo que se trata de una mezcla de Eumenes, Megasthenes, Heliodoros y restos de sillas de camello. Me extrañó que nadie contara el número de cráneos y salieran en mi busca.

Rodón lo miró sorprendido.

—Era una pira tremenda. —Se frotó la boca—. En este momento soy incapaz de pensar. No voy a mataros. Decís que queréis conseguir a Filadelfio y escapar a algún lugar donde nadie os conozca..., pero yo no puedo liberar a Filadelfio. ¿Os iríais sin él?

Cesarión lo observó sin decir nada, incapaz de comprender lo que su antiguo tutor le decía. Rodón se acercó a él y lo miró a los ojos.

—No voy a mataros —repitió—. Creía que lo había hecho y me arrepentí amargamente de ello. Contárselo a los romanos... no les gustaría descubrir que el rey muerto ha vuelto a la vida: demasiado parecido a un milagro; provocaría disturbios entre el pueblo. Lo mejor es que desaparezcáis en algún lugar tranquilo. Puedo ayudaros. ¿Confiaréis en mí?

Cesarión no sabía qué responder. Se volvió, se dirigió hacia el banco y tomó asiento.

—No confío en ti —dijo por fin—. Sería un imbécil si lo hiciera. Cualquiera puede traicionarme; y tú ya has demostrado que eres capaz de hacerlo.

—Puedo ayudaros —insistió Rodón, ahora con premura—. En la ciudad os conoce demasiada gente para pasear tranquilamente por ella. Hace diez días que he regresado y tengo contactos con los romanos. Conozco la postura de cada cual con respecto al nuevo orden establecido. Sé quién sigue siéndoos fiel. Los romanos están en deuda conmigo y no les importa lo que yo haga. Puedo ir a cualquier sitio, contactar con quien sea. ¡Escuchadme, oh rey! Quiero ayudaros. Si quisiera acabar con vos, podría hacerlo aquí y ahora. Vos mismo lo habéis dicho. Pero quiero ayudaros. Os lo suplico, ¡dadme una oportunidad!

Parecía sincero. Por supuesto que antes había mentido y Cesarión le había creído. Pero... ¿tenía él más probabilidades de convertirse en un traidor que cualquier otro en que decidiera confiar? ¿Existía alguien que le hubiera permanecido fiel hasta el fin? Rodón podía haberlo estrangulado y ocultado su cadáver en el jardín, para, al abrigo de la oscuridad, hundirlo en las aguas del puerto después de haberle atado piedras pesadas al cuerpo. Era, en muchos sentidos, el camino más práctico que Rodón podía tomar. Y sin embargo Rodón estaba pidiéndole que le permitiera ayudarlo.

Rodón había cuidado la tumba. El aceite, que inundaba el ambiente de un profundo aroma de rosas, era para rellenar las lámparas del altar. Dicha actitud ocultaba un remordimiento sincero, un verdadero deseo de expiar sus actos.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó finalmente.

Rodón cruzó el jardín y se arrodilló junto al banco.

—Venid ahora mismo a mi casa —dijo aceleradamente— y quedaos allí. Yo me ocuparé del resto.

Se quedó contemplando la cara de franqueza de Rodón. Su nariz empezaba a hincharse y tenía sangre en la barba y debajo de los orificios nasales. Su mirada era sincera, llena de esperanza.

—Me darás un cuchillo afilado —le dijo en voz baja— y en ningún momento intentarás quitármelo. Si sospecho que intentas traicionarme, lo utilizaré primero contra ti y luego contra mí. Por ninguna circunstancia dejaré que me arresten y me interroguen.

Rodón puso mala cara, pero lo único que dijo fue:

—Estoy de acuerdo con las condiciones.

Capítulo 10

Desde pequeña Melanthe había querido ver Alejandría. Y ahora que estaba allí no sentía el menor interés.

Parte del problema residía en que Arión se lo había explicado todo sobre la ciudad y todo le hacía pensar en él. Los maravillosos artilugios mecánicos del templo de Serapis; la vista desde la terraza del Paneion; la luz del Faro; incluso las anémonas de mar del puerto... todo le recordaba a Arión. Se descubría preguntándose una y otra vez si habría encontrado a alguien que lo ayudase o si su primo lo habría encontrado antes a él. Descubrió también que se había dibujado mentalmente una imagen clara de aquel primo (un hombre pequeño, retorcido, arisco, de voz chillona y vestido con ricos ropajes de color morado) y veía cómo sus brutales secuaces arrastraban a Arión hasta sus pies. El primo se regodeaba con la situación y ordenaba a sus esclavos que le cortaran el cuello y se deshicieran del cuerpo. A veces se imaginaba al hermano menor de Arión, el heredero por derecho de las propiedades, llorando detrás de una ventana con rejas mientras los esclavos se alejaban con el cadáver ensangrentado.

Naturalmente, Arión estaba obligado a intentar ayudar a su hermano menor. Tampoco ella podría haber abandonado a Serapión sin saber qué había sido de él. Pero estaba convencida de que, donde ella hubiera actuado con una precaución razonable, Arión lo haría de manera temeraria. Para él la vida carecía de valor, la echaría a perder como si no valiese nada... y a ella le gustaría, más que cualquier otra cosa en el mundo, protegérsela con la suya propia.

A veces, intentaba convencerse a sí misma de que aquello no tenía sentido, que él jamás se habría casado con ella. Pero eso no calmaba el terrible dolor que sentía en su interior y, por otra parte, le resultaba tremendamente fácil convencerse de que él podría haberse casado con ella. Al fin y al cabo, su familia había muerto y no era de esperar que pudiera conseguir un matrimonio espléndido. Un huérfano bastardo, aunque perteneciera a una familia importante, debería estar más que contento de poder casarse con la hija de un mercader acomodado, ¿o no? Y ella le gustaba. De eso estaba segura.

En Coptos le habían gustado algunos muchachos. Pero, al lado de Arión, todos le parecían superficiales y tontos. Él era tan... todo. Valiente, brillante, culto, noble... incluso aquellos ataques que sufría y en los que se quedaba con la mirada perdida habían dejado de preocuparle. Lo que en su día consideraba digno de lástima, le parecía en aquellos momentos un ejemplo más de fuerza y coraje: ni la enfermedad era capaz de doblegarlo. Deseaba, desesperadamente, tener lo que había tenido durante un instante radiante y que tal vez no volviera a disfrutar nunca más: su boca junto a la suya y su cuerpo cálido y seguro entre sus brazos.

Tiathres y su padre habían hablado seriamente con ella. Le habían dicho que

comprendían cómo se sentía, pero que el mundo estaba lleno de pesares y que debía olvidarse de aquello y disfrutar al máximo de lo que tenía a su alcance. Sin embargo, no entendía que ellos pudieran comprender cómo se sentía. Tiathres se había casado con su padre a los diecisiete años como consecuencia de un acuerdo matrimonial entre las familias y nunca había estado enamorada de nadie más. En cuanto a su padre... era un hombre, y los hombres no comprendían los sentimientos de las mujeres, eso todo el mundo lo sabía. ¿Cómo podían pretender que disfrutara de Alejandría cuando su corazón había muerto?

Así que declinaba las invitaciones de Tiathres para que la acompañara en sus excursiones por la ciudad y se quedaba con su padre para ayudarlo en cuestiones de papeleo. A pesar de que eso también le recordaba a Arión, pues escuchaba su cálida voz pronunciando todas y cada una de las vocales de las cartas de muestra que les escribía, le proporcionaba distracción.

La parte empresarial de la expedición disfrutaba de un éxito relativo. Los fabricantes de cristal que trataban con Aristodemos estaban de acuerdo en seguir trabajando con su padre, pero el importador de estaño ni siquiera les había concedido una entrevista. Ani pensaba que Aristodemos debía de haberle enviado cartas llenas de mentiras. Sin embargo, el mercado del incienso, el marfil y el carey era boyante, pues parecía que todos los soldados del ejército de ocupación querían llevarse a casa productos exóticos, por lo que al principio Ani estuvo ocupado despachando mercancías y obteniendo cuantiosos beneficios, y no le preocupaba demasiado el retraso del asunto del estaño.

Pero después de cinco días en la ciudad, el cargamento de Kleon estaba vendido en su totalidad y Ani volcó su atención en el estaño. Preguntó a los fabricantes de cristal por posibles proveedores. Los artesanos no conocían a ninguno, pero le indicaron un broncista que tal vez conociese a alguien. Ani invitó a cenar al broncista, quien le recomendó a su propio proveedor. Melanthe copió una de las cartas de Arión y rellenó el espacio en blanco con el nombre del proveedor. Éste escribió una carta de respuesta muy cordial, informando de que no disponía de estaño para venderles, pero les dio el nombre de otro. Melanthe copió una nueva carta. El segundo proveedor respondió enseguida, invitando a Ani a comer para discutir sobre el tema.

Al mediodía del séptimo día de su llegada a Alejandría, Ani partió dispuesto a reunirse con el proveedor vestido de forma muy distinguida, a juicio de Melanthe, con un manto largo colocado como un caballero... uno de los trucos de Arión. La joven dio un beso de despedida a su padre y se sentó en la cabina de popa dispuesta a trabajar en la contabilidad de las ventas del cargamento.

El *Soteria* estaba en silencio. Tiathres y la niñera habían salido con Serapión e Isisdoros para ver si estaban abiertas las puertas del barrio de palacio y así poder visitar la casa de fieras. Apollonios y Ezana estarían en alguna taberna de marineros junto con Pasis y Petosiris, los ayudantes libres de Coptos. De los esclavos, Achoapis

se había ido con Ani, y Mys estaba visitando la ciudad por su cuenta. Sólo la acompañaban a bordo Harmias y Pamonthes. Harmias dormía la mona y el viejo Pamonthes tocaba la flauta: riachuelos y marejadillas de melodía que flotaban en un ambiente sofocante. Era un día sin brisa de finales de septiembre, hacía calor en la cabina y la atmósfera estaba cargada. Las columnas de números eran tremendamente áridas y, al cabo de un rato, Melanthe se encontró mordisqueando el extremo de la pluma, mirando al exterior a través de la puerta y preguntándose si Tiathres y Serapión y los demás habrían conseguido ver la serpiente. ¿Sería en realidad tan ancha como la cintura de un hombre? ¿Y sería verdad que le lamía la oreja a su cuidador?

Tal vez su padre y Tiathres tuvieran razón, después de todo. Regresarían a Coptos en cuanto consiguieran el estaño y ella sentiría mucho no haber visto la serpiente... o el gimnasio, o el templo de Isis, o el famoso Museo...

Nadie había ido a ver todavía la Biblioteca. Ella quería ver la Biblioteca. Arión había dicho que contenía más de trescientos mil libros. La biblioteca del gimnasio de Coptos no tendría más de un centenar. ¡Trescientos mil libros! ¿Quién podía imaginarse una cosa así? Trescientos mil libros debían de contener en sus páginas la respuesta a cualquier pregunta imaginable. ¡Tantos libros como estrellas en el cielo, un vasto océano inexplorado de conocimientos!

Y Arión dijo que había estatuas dedicadas a todos los poetas y filósofos famosos y que las distintas sectas filosóficas se metían continuamente con las estatuas de las rivales. Le contó que un día apareció la estatua de Zenón con una salchicha en el lugar de sus manuscritos y otra vez Epicuro amaneció con una peluca en la cabeza. Sería divertido verlo.

Tal vez podrían ir al día siguiente a la Biblioteca. A su padre también le gustaría verla y, si por fin conseguía el estaño, dispondría de tiempo libre.

Recordó por vez primera que su padre amaba de verdad a la que fue su madre. Que la había conocido mucho mejor y amado más profundamente de lo que ella hubiera podido conocer o amar a Arión. Seguía lamentando su pérdida... se le notaba en la cara cuando hablaba de ella. Pero era un esposo feliz y cariñoso con Tiathres. Se dio cuenta entonces de que el corazón llega a curarse, a pesar de que las cicatrices sigan doliendo cuando hace mal tiempo. Jamás olvidaría a Arión, pero...

Se produjo entonces un estrépito enorme en el exterior. Melanthe soltó la pluma y se dirigió corriendo hacia la puerta de la cabina para ver qué sucedía.

Habían tendido un tablón hasta la cubierta del *Soteria* y un grupo integrado por media docena de hombres con muy mal aspecto empezaba a saltar a bordo. Iban armados con garrotes y cuchillos. Pamonthes, que había permanecido sentado a los remos, los miraba boquiabierto.

Melanthe corrió hacia la cabina, cerró de un portazo y corrió el pestillo. Observó el montón de papiros que inundaban la mesa. Eran documentos legales imprescindibles. Los amontonó apresuradamente en la caja fuerte. Oyó gritos en cubierta, luego un

chapoteo. Cerró la caja fuerte y buscó frenéticamente a su alrededor un lugar donde esconderla. Alguien intentaba abrir la puerta.

«¿Serán ladrones?», se preguntó. ¿O matones contratados por Aristodemos? Aquello sería peor: los ladrones se limitarían a robar objetos valiosos, pero los matones destruirían todo lo que se pusiera a su alcance.

Fuera se oían más gritos y el sonido de las escotillas que se abrían de golpe. Nada de qué preocuparse en ese sentido; el cargamento de Kleon estaba vendido y el cristal estaba pendiente de cargar. La mayor parte del dinero obtenido en la venta lo habían depositado en un banco: Ani no quería guardar tanto dinero a bordo del *Soteria*. Aunque en la caja fuerte, debajo de los documentos, había una buena cantidad de plata. ¿Dónde, dónde esconderla?

Se precipitó hacia una esquina de la cabina, dejó caer pesadamente la caja fuerte sobre un jergón y la envolvió en él. Cogió otro jergón, lo enrolló y lo colocó junto al primero. Hizo lo mismo con un tercero, los cubrió todos con sábanas y puso unos almohadones encima.

En cubierta se produjo una nueva explosión de gritos. Harmias, pensó, que se ha despertado e intenta luchar. Alguien llamó a la puerta; luego la golpeó con fuerza. El pestillo se dobló visiblemente. Melanthe cogió la mesa, la puso contra la puerta y se sentó con la espalda apoyada en ella.

Ahora se daba cuenta de que los documentos y la plata no eran los únicos objetos valiosos de la estancia. Estaba también ella. Las jóvenes bonitas se vendían a un precio muy elevado, y los ladrones las robaban. Si se trataba de matones, muchas veces acababan con ellas. Presionó con ambas manos la parte inferior de la mesa intentando sofocar el terror mareante que la embargaba.

Junto al *Soteria* había otros barcos atracados. En Alejandría había rondas de vigilancia. En las puertas de la ciudad había centinelas apostados. ¿Es que no iba a ir nadie en su ayuda?

Una serie de fuertes golpes hicieron temblar la puerta y la mesa empezó a tambalearse a sus espaldas. Apretó los talones contra el suelo y presionó con fuerza. Un nuevo golpe y oyó que el pestillo cedía. En el exterior, alguien lanzaba un alarido de triunfo. Un ruido sordo, y el peso del cuerpo de un hombre contra la puerta: la mesa se deslizó hacia delante, pero ella se agarró frenéticamente y consiguió cerrar de nuevo la puerta. Otro ruido sordo, otro...

La puerta se abrió de golpe y la mesa salió despedida hasta la otra pared de la cabina. Melanthe fue a refugiarse tras la mesa al tiempo que tres hombres se precipitaban en el interior. Cuando la vieron, uno de los asaltantes se lanzó hacia ella y la sujetó por la cintura.

La joven gritó, lo abofeteó con la mano que le quedaba libre y siguió gritando. El hombre la sujetó por ambas manos y uno de sus compinches le dio una bofetada, pero ella gritó aún con más fuerza. El que la sujetaba la empujó contra la pared y el otro le

tapó la boca con la mano. Como no podía respirar, dejó de gritar para buscar aire.

El hombre le quitó la mano de la boca.

—¿Dónde guarda la plata tu amo? —preguntó.

—En el banco —dijo Melanthe, tragando saliva—. La depositó toda en el banco.

—¡Algo debe de guardar aquí! ¿Y el dinero para los gastos?

—Se lo llevó todo con él —respondió con voz ahogada—. Ha ido a visitar a un comerciante de estaño. También le dio algo a Tiathres, pero ella se ha ido con los pequeños a ver la casa de fieras.

—¿Y el cargamento? ¡Al parecer, llevabais una carga muy valiosa!

—Está todo vendido.

El hombre volvió a maldecir. Mientras, el tercer asaltante merodeaba por la estancia en busca de objetos de valor. Retiró parte de las sábanas y de los almohadones que había apilados sobre los jergones enrollados.

—Los documentos, ¿dónde están los documentos del barco?

Melanthe empezó a llorar en serio.

—¡En el ba-banco! ¡Nos di-dijeron que no era seguro gu-guardar objetos valiosos en el ba-barco!

De repente, se oyó un grito en cubierta y el hombre corrió hacia la puerta. Al parecer, un vigilante había visto salir a alguien que sin duda habría ido en busca de ayuda. Asomó la cabeza por la puerta de la cabina.

—¡Coge a la muchacha! —ordenó, y desapareció.

El asaltante que sujetaba a Melanthe por las muñecas tiró de ella, pero la joven lanzó un grito agudo y se lanzó al suelo. El hombre lanzó una blasfemia, al tiempo que tiraba de ella para levantarla; sin embargo, la muchacha no cedía. Fuera de sí, se agachó para reducirla y la muchacha le soltó una patada que fue a darle en el ojo. Su compañero la agarró por los tobillos y el otro se precipitó sobre sus salvajes sacudidas hasta que consiguió sujetarle los brazos. Finalmente, la levantaron en volandas entre ambos y consiguieron sacarla de la cabina. Ella gritaba con todas sus fuerzas y se sacudía como una loca.

La cubierta del *Soteria* estaba sembrada de lentejas y había jarras de aceite rotas por todas partes. En las aguas que rodeaban la embarcación flotaban diversos jergones y un saco de harina. Harmias estaba tendido en cubierta junto a una de las escotillas abiertas. Tenía la cabeza totalmente ensangrentada. No había rastro de Pamonthes y esperaba que el ruido de algo cayendo al agua que había oído antes fuera él que había saltado para ir en busca de ayuda. En el muelle, cuatro hombres esperaban, impacientes, que se les unieran los dos últimos. Llevaban consigo el baúl de Tiathres.

Pero aún tenían que bajarla del barco, así que decidió que, si no les daba facilidades para que lo hicieran, no les quedaría otro remedio que dejarla allí. Se revolvió salvajemente entre los hombres, consiguió liberar un pie y comenzó a dar patadas. Ellos blasfemaron, la zarandearon y le pegaron. Ella siguió dando patadas, se

revolvió, arañó e intentó morder, hasta que finalmente el hombre más alto la cogió, se la cargó al hombro y bajó corriendo por el tablón que conducía al muelle. La muchacha, al ver que una mujer del barco vecino contemplaba la escena, extendió un brazo suplicante y gritó:

—¡Ayudadme!

Nadie la ayudó. Una mano volvió a taparle la boca. No podía respirar, se debilitaba. Acumulando las pocas fuerzas que le restaban, enderezó el cuerpo por encima del hombro de su secuestrador e intentó liberarse; pero una mano fornida la sujetó por el cuello, ahogándola. Lo que siguió fue una confusa pesadilla. Sintió que era transportada, arrastrada y empujada, entre bofetones y palabrotas, por oscuros callejones que apestaban a orines y a gatos. Le pareció que pasó mucho, mucho tiempo. Finalmente llegaron a un estrecho edificio, subieron una escalera y entraron en una habitación oscura y sucia donde había una vieja hilando.

Los secuestradores de Melanthe la empujaron hasta el fondo de la habitación, donde había apiladas un montón de cajas de diversos tamaños. La muchacha trastabilló, y cuando recuperó el equilibrio y se dio la vuelta, vio que los seis ladrones habían entrado tras ella. Uno de ellos arrastraba el baúl de Tiathres. Melanthe se apoyó contra las cajas y permaneció allí, mareada y temblando.

—¿Quién es? —preguntó la vieja, mirándola.

—¡Prácticamente todo nuestro botín! —respondió el hombre que la había interrogado en el barco y que parecía ser el jefe de la banda—. No hemos encontrado ni mercancías ni dinero y, para colmo, uno de ellos ha saltado al agua y ha ido a buscar a los vigilantes de la puerta de Mareotis. Hemos tenido que salir corriendo. Es una zorra. Le ha dado una patada a Zeuxis en el ojo. Está pidiendo a gritos que la aten.

Hablaban en griego, un detalle que Melanthe encontró particularmente sorprendente. En Coptos, los bandidos habrían sido egipcios: sólo la gente de clase alta hablaba griego. Al parecer, en Alejandría las cosas eran distintas.

La vieja se levantó y se acercó a inspeccionar a Melanthe.

—Al menos, la muchacha es bonita —observó, y le pellizcó la mejilla.

Melanthe levantó las manos a la defensiva, pero no se atrevió a golpear a la vieja. Sabía que, si lo hacía, la castigarían brutalmente.

—Por favor —dijo casi sin aire—. ¡Soltadme, por favor! Mi padre pagará por mí.

La vieja abrió los ojos de par en par.

—¿Lo hará? ¿Y quién es?

—Se llama Ani —dijo Melanthe—. Era su barco.

Estas palabras produjeron gruñidos, suspiros y miradas de enfado y reconsideración. Entonces comprendió que la habían tomado por una esclava.

—¡Es libre! —dijo el jefe, desengañado—. Un contratiempo más. —Se acercó a una de las paredes, cogió una jarra de gran tamaño que había en el suelo y bebió hasta saciarse.

—Tal vez nuestro hombre nos pague por ella —sugirió el más alto de los ladrones al tiempo que se acercaba a él y le cogía la jarra al vuelo antes de que volviera a depositarla en el suelo.

El jefe sacudió la cabeza.

—No querrá tener nada en su poder que lo relacione con lo sucedido. No, tendremos que venderla a Kinesias. —Se sentó pesadamente en el suelo—. ¡Tendremos suerte si nos da doscientos!

La vieja se había acercado al baúl de Tiathres para inspeccionarlo. Contenía únicamente ropa y un par de pendientes. La vieja examinó una túnica sucia de Serapión y volvió a guardarla en el baúl.

—¡Cien como mucho! —dijo, disgustada—. ¿Qué ha sido del cargamento de especias?

—Vendido, según ella —dijo el jefe, moviendo el brazo en dirección a Melanthe—. En el barco no estaba, eso es evidente. Y el dinero lo han depositado en el banco. Sacaremos menos de cuatrocientos por todo el trabajo y nos meteremos en un buen lío con los guardias. ¡Vaya desastre!

—Mi padre pagaría más de doscientos —aventuró la muchacha.

El jefe de los ladrones la miró, pensativo, y se tocó la nariz.

—¿Cuánto vales para él? ¿Quinientos?

—Él... puede que no tenga tanto aquí —respondió con voz trémula—. El dinero obtenido por la venta del cargamento pertenece a su socio. —Estaba segura de que su padre daría hasta su último óbolo para rescatarla, pero eso los ladrones no tenían por qué saberlo—. Os daría todo lo que pudiera. Es un mercader, y me quiere. —Esas últimas palabras se le engancharon en la garganta inesperadamente. Él la quería. Toda la familia la quería. ¿Qué sentirían cuando descubrieran que la habían secuestrado para convertirla en esclava y violarla?

Tenía que escapar. No podía, no podía terminar de esa manera.

—No me parece una buena idea —opinó uno de los ladrones, que tenía los dientes salidos—. ¿Quién va a ir a pedir el rescate? ¡Yo no!

El jefe se rascó la crecida barba que le cubría la cara.

—No creo que sepas escribir —le dijo a Melanthe.

—Por supuesto que sé hacerlo —dijo ella, recuperando el ritmo de la respiración. ¿Sería posible que pudiera escapar de aquella pesadilla?

—¿Así que podrías escribirle una nota a tu padre diciéndole que nos viéramos en algún sitio para cambiarte por, digamos, cuatrocientos?

—¡Lo sigo encontrando demasiado arriesgado! —protestó el grandullón—. Los guardias deben de estar buscándonos. Aquel tipo del barco les ha avisado, y sabes que no les hace ninguna gracia que saqueen barcos en el puerto a plena luz del día. Tienen que impresionar a los romanos; de lo contrario, saben que desmantelarán el cuerpo. Seguro que estarán vigilando al mercader, lo quiera él o no.

El de los dientes salidos mostró su conformidad.

—Tendríamos que haberlo matado. Si nos cogen, los romanos nos crucificarán. No podemos arriesgarnos. Vende a esta zorra a Kinesias; al menos, eso sabemos que es seguro.

La vieja cacareó de repente.

—¡Ya sé lo que haremos! Iremos a nuestro hombre, le explicaremos que no ha habido ni mercancías ni dinero y que lo único que hemos conseguido ha sido a la hija de su enemigo. Le diremos que queremos cuatrocientos más, que si no se la venderemos de nuevo a su padre.

Hubo un silencio en la habitación y, luego, amplias sonrisas.

—¡Buena idea! —exclamó el jefe, satisfecho—. Pagará. Ese hombre está que echa chispas de odio.

—Y cuando haya pagado —continuó la vieja—, se la venderemos a Kinesias. Seiscientos limpios, más lo que podamos obtener por el baúl.

—¡No! ¡Por favor! —gritó frenéticamente Melanthe—. ¡Por favor! ¡Mi padre os pagará más que Aristodemos!

—Aristodemos, ¿eh? —dijo el jefe—. ¿Y qué sabes tú de ese hombre?

—Que odia a mi padre —dijo Melanthe, temblando—. Anda contando falsedades sobre nosotros. Hizo que nos arrestaran los romanos, pero descubrieron que todo era mentira y le dijeron que lo acusarían a él si no retiraba los cargos. Mi padre tiene una carta del general romano Gallo en la que explica todo lo sucedido e intentará que arresten a Aristodemos, sé que lo hará. ¡No penséis que vais a obtener nada de Aristodemos!

—No van a arrestarlo porque llegue un egipcio con una carta —replicó el jefe, confiado—. Él es un hombre importante. Pero, dime, ¿de dónde es?

—De Coptos, como mi padre. Está enfadado porque mi padre ocupó su lugar como socio de un mercader del Mar Rojo. Juró en el mismo mercado que no lo toleraría.

—Eso es suficiente.

—Por favor...

—¡Calla! —ordenó el jefe—. Thrason, átala y hazla callar. Iré a buscar a Aristodemos. Zeuxis, ve a hablar con Kinesias.

Thrason, que resultó ser el grandullón, extrajo una cuerda de una de las cajas y ató a Melanthe de pies y manos. Cuando terminó, la muchacha estaba llorando, así que no la amordazó, sino que simplemente la amenazó y le aseguró que lo haría y le pegaría si hacía el menor ruido.

El resto de la tarde lo pasó en un rincón, al lado de las cajas, mientras los ladrones bebían y hablaban entre ellos. Al principio, tenía miedo de que la violaran, pero, tal vez debido a la presencia de la vieja, no mostraron ningún interés por ella. Por las conversaciones, dedujo que la mujer era la madre de dos de los ladrones, uno de ellos el jefe, Nikokrates, y tía de Thrason. Era la encargada de vender los objetos

robados en las tiendas del barrio Mareótico de Alejandría y estaba discutiendo con ellos dónde en concreto colocar la ropa y los pendientes. Melanthe esperaba con temor el momento en que comenzaran a hablar del tal Kinesias, pero ese momento no llegaba.

Zeuxis, un hombre alto y delgado, con un ojo morado a consecuencia de la patada de Melanthe, regresó al anochecer de buen humor y con una gran jarra de cerveza fresca.

—¡Kinesias está interesado! —anunció a sus amigos—. Asegura que pagará doscientos por ella si está sana y es virgen. ¡Y lo mejor de todo es que parte mañana por la mañana!

Melanthe alzó la cabeza del suelo con un gemido de terror. Partir. Naturalmente. Vender a una persona libre como esclava era difícil, si no imposible, en su país. Sin embargo, en ultramar, resultaba muy complicado demostrar que se había nacido libre: las víctimas de la piratería y los secuestros acababan junto con los esclavos y los prisioneros de guerra. Venderla a Kinesias significaba obtener menos de lo que normalmente darían por una muchacha bonita, pero aquel hombre era un capitán de barco que transportaba sus propias mercancías... y que partía al día siguiente por la mañana.

—¡Yo creía que no zarpaba hasta finales de mes! —dijo Thrason.

—Alguien le ha hecho cambiar de idea —dijo Zeuxis—. Alguien con mucho dinero, por lo que parece. Estaban poniendo alfombras y candelabros de plata en la cabina de pasajeros. ¿Es virgen esa pequeña zorra? Le dije a Kinesias que sí, pero quiere estar seguro de ello.

Y se aseguraron.

Thrason y Zeuxis la sujetaron boca abajo mientras la vieja llevaba a cabo la exploración. Después quedó acurrucada en su rincón, sollozando amargamente. Partir por la mañana. Partir hacia una vida de esclavitud, donde su virginidad no servía para otra cosa que para aumentar su precio. Y jamás volvería a ver a sus seres queridos.

Nikokrates, el jefe de los ladrones, regresó en compañía de Aristodemos.

Melanthe se tragó las lágrimas y se sentó bien erguida. ¡No le daría a aquel hombre malvado la satisfacción de verla hundida! Aristodemos fue directamente hacia ella y la miró con los ojos entrecerrados y una mueca de desprecio.

—¿Y bien? —preguntó Nikokrates.

—Es su hija —admitió a regañadientes Aristodemos—. No obstante, ese miserable desvergonzado sigue en posesión de los documentos. ¡Estuvo fanfarroneando con ellos ante las autoridades del puerto y acusándome! ¡Os pagué para que los destruyerais!

—Nos pagaste cien dracmas para que atacásemos el barco —replicó Nikokrates —. Dijiste que transportaba un cargamento de especias y marfil que valía una fortuna. Y lo único que hemos conseguido es esta muchacha y problemas con la guardia. Para salir del apuro, tendremos que gastar en sobornos hasta el último óbolo que nos has dado.

Para nosotros lo mejor sería vender a esta muchacha a su padre a buen precio, porque entonces nos dejarían tranquilos. La única razón por la que te damos la oportunidad de vengarte es porque nos has pagado. Si no la quieres, la venderemos a su padre. Él se irá feliz y dejarán de molestarnos.

Aristodemos se mordió el labio.

—¿Por qué odiáis tanto a mi padre? —preguntó Melanthe con rabia—. Jamás os ha engañado. ¡Fuisteis vos quien se hizo rico engañándolo!

—¡Maldita zorra! —espetó Aristodemos—. Tu padre no es más que un vulgar campesino egipcio con ínfulas que se cree mejor que los griegos. ¡Así aprenderá cuál es su lugar!

—Sabéis que es mucho mejor persona que vos —dijo Melanthe, comprendiéndolo todo de repente.

Aristodemos se inclinó sobre ella, le dio una bofetada y le escupió.

—Muy bien —dijo, volviéndose hacia Nikokrates—. Te daré cuatrocientos, pero me la entregaréis y haré con ella lo que me apetezca.

Nikokrates miró a Zeuxis. Éste se llevó la mano a la boca y levantó dos dedos.

—¿Creéis que ésa es una buena idea, señor Aristodemos? —preguntó suavemente Nikokrates.

Aristodemos lo miró sorprendidamente alarmado y Melanthe se percató, por el trato que Nikokrates dispensaba al enemigo de su padre, de que aquél no conocía realmente la identidad de éste. No era de extrañar que el ladrón estuviese tan interesado en lo que ella pudiera explicarle sobre Aristodemos.

—Sois enemigo reconocido de ese tal Ani —prosiguió Nikokrates— y ya habéis tenido problemas por ello. Uno de esos documentos por los que tan preocupado estáis es la carta de un general romano en la que se describe la acusación maliciosa que vertisteis contra vuestro enemigo. No creo que sea buena idea que os hagáis cargo de la muchacha, teniendo en cuenta que su padre os ha acusado ya ante las autoridades.

La cara de Aristodemos se ensombreció.

—¡No pienso permitir que me amenacen tipos como tú!

—¿Amenazaros? ¿Yo? Me limito simplemente a haceros ver que es mejor que no os ensuciéis las manos. Dejad que seamos nosotros quienes nos ocupemos de la muchacha.

—¿Cómo? —exclamó Aristodemos—. No quiero que vuelva con su padre.

—Mañana por la mañana parte un barco con destino a Chipre —dijo Zeuxis.

—¿Mañana por la mañana? —preguntó Nikokrates, con aire sorprendido—. Pensé que no era hasta finales de... —Se interrumpió.

—Por la mañana —repitió Zeuxis, confirmándoselo con un gesto afirmativo a Nikokrates—. Subiremos a la muchacha a bordo y el capitán la venderá en el mercado de Paphos.

—Eso es —dijo Nikokrates, volviéndose hacia Aristodemos—. La ciudad de

Afrodita siempre necesita putas nuevas. Tendréis la satisfacción de saber que la hija de vuestro enemigo ofrece sus servicios a los marineros en un puerto extranjero y nadie podrá decir una palabra en contra vuestra.

Melanthe no pudo sofocar un gemido de horror. Aristodemos se volvió rápidamente para mirarla y esbozó una sonrisa de satisfacción. Sin embargo, seguía negándose a pagar más de lo que debía.

—¿Subir a la muchacha a bordo? —preguntó receloso—. ¿Te refieres a venderla?

—El capitán no paga mucho —le avisó Nikokrates—. No es un asunto legal. La negociación con las autoridades portuarias le cuesta mucho dinero.

—Si soy yo quien paga por ella —dijo Aristodemos, tercamente—, debería ser yo quien obtuviera el dinero de ese capitán.

Discutieron un rato sobre el asunto. Finalmente, Nikokrates estuvo de acuerdo en repartir con Aristodemos la ganancia de la venta... sólo que le dijo que el precio acordado eran cien dracmas.

Melanthe se abstuvo de corregirlo. No podía ni hablar. Los pensamientos le revoloteaban en la cabeza como un pájaro en una jaula. Tenía que encontrar enseguida una forma de huir de aquella pesadilla o sería demasiado tarde.

Aristodemos no confiaba en los ladrones e insistió en ver personalmente al capitán del barco, a lo que Nikokrates acabó finalmente accediendo. Melanthe, al parecer, sería trasladada aquella misma tarde al barco, pues el capitán quería zarpar muy temprano.

Salieron de inmediato. Melanthe confiaba en poder pedir ayuda o escapar de sus secuestradores en el trayecto, pero no le dieron ocasión. Nikokrates la amordazó con una cuerda, cogió una caja grande de entre las que había amontonadas junto a la pared, la metió dentro y aseguró la tapa. De ese modo, ciega y medio ahogada, la condujeron escaleras abajo y la cargaron en una carretilla. Melanthe sentía el traqueteo de las ruedas.

Pensó, curiosamente, en los animales danzantes de la terraza del canal Canópico. «¿Por qué hacen eso?», había preguntado Serapión, cuando vio que los romanos embalaban las estatuas. La respuesta de su padre, ahora lo veía, no respondía a la pregunta. Lo que quería decir Serapión era: «¿Por qué la gente se lleva lo que otros aman?», y su padre sólo había respondido: «Porque pueden hacerlo.»

La carretilla se detuvo al cabo de un rato y permaneció quieta durante un tiempo que a Melanthe le pareció una eternidad. Melanthe intentaba no llorar, porque, de hacerlo, le costaría más respirar. Finalmente notó que la alzaban, la transportaban por una superficie inclinada y la depositaban en el suelo. Alguien retiró la tapa de la caja y el resplandor de la luz de un candil obligó a Melanthe a parpadear. Un hombre desabrido y de nariz grande la contemplaba.

—Ésta es la muchacha —dijo Nikokrates—. Bonita, ¿eh?

El hombre de la nariz grande se limitó a gruñir y hacer señas para que la sacaran de allí. Nikokrates y Zeuxis la levantaron y la pusieron de pie. Melanthe miró a su

alrededor. Se encontraba en una habitación con paredes y suelo de madera. Además de los dos ladrones y del hombre de la nariz grande, había un viejo delgado que sostenía un candil. Aristodemos observaba la escena desde el umbral de la puerta. En un rincón, vio amontonados varios grilletes de hierro.

El viejo entregó el candil a Nariz Grande y se arrodilló para desatarle los pies a Melanthe.

—Quédate quieta si sabes lo que te conviene —refunfuñó Nariz Grande mientras recogía la cuerda que el viejo iba desatando de los tobillos. Cuando la tuvo toda, la arrojó con fuerza contra la pared.

Melanthe permaneció inmóvil. El viejo la examinó con detenimiento: los ojos, los dientes, el cabello... Luego le retiró la túnica y detuvo la mirada en los pechos. Finalmente, como había anunciado Zeuxis, verificó su virginidad. Los demás hombres observaban la escena. Se sentía enferma, desesperada, deseosa de repartir golpes a diestro y siniestro y huir, pero se obligó a comportarse como un pajarito recién caído del nido, que no se mueve para no ser visto. ¡Que creyeran que estaba tan asustada que no podía moverse!

El viejo hizo un gesto afirmativo en dirección a Nariz Grande, de quien tenía ya la total seguridad de que se trataba del capitán Kinesias.

—Sana e intacta —proclamó, con voz aflautada—. ¿Queréis que la examinemos con la rueda?

Se trataba de la prueba para descubrir la enfermedad sagrada. Pensó con tristeza en Arión, arrepintiéndose de no haberse deslizado una noche hasta donde dormía para sugerirle un paseo por la orilla del río... deseando haber tenido la oportunidad de besarlo más de una vez... Habría sido mucho, mucho mejor haber perdido la virginidad con él que con un marinero en un prostíbulo.

Kinesias sacudió la cabeza.

—Nunca hemos tenido nada igual. —Se volvió hacia Nikokrates—. Muy bien. Tú...

Melanthe se revolvió repentinamente y echó a correr hacia la puerta. Aristodemos se interpuso con los brazos abiertos para cerrarle el paso, pero la joven lo esquivó y le dio un codazo en la cara con todo el peso de su cuerpo. El hombre dio un grito y cayó de espaldas. La muchacha se precipitó hacia un oscuro y estrecho vestíbulo donde hombres y mujeres yacían sujetos a grilletes entre cajas y ánforas enormes... «La bodega del barco», pensó. Detrás de ella se había iniciado la persecución.

Al fondo vio una escalera que ascendía. Siguió corriendo y subió los peldaños atropelladamente hasta llegar a un estrecho pasillo con puertas a ambos lados y alumbrado por un único candil. De pronto, una de las puertas se abrió y un hombre asomó la cabeza. Melanthe miró a su alrededor y vio otra escalera que desaparecía en la oscuridad. Ascendió vertiginosamente por ella. Detrás, muy cerca, oía a sus perseguidores. En lo alto había... algo sólido. Palpó a tientas frenéticamente, encontró

bisagras, empujó...

Se negaba a ceder. Palpó de nuevo, buscando esta vez un cerrojo. Una mano le agarró desde abajo por el tobillo y ella lanzó un grito.

Se sujetó a los peldaños de la escalera, pero se vio arrastrada hacia el suelo. Ahora había más puertas abiertas y más caras de sorpresa mirando. Nikokrates la cogió por las manos y se las sujetó en la espalda. Mientras tanto, Kinesias la golpeaba.

Al fondo se abrió una puerta y un resplandor de luz iluminó el pasillo.

—¡Por todos los dioses inmortales! —exclamó una voz... una voz bella, culta, educada, familiar—. ¿Qué sucede?

—¡Arión! —gritó ella, buscándolo con la mirada.

—¡Melanthe!

El joven vestía una túnica oscura. Junto a él, había otro hombre.

—No os preocupéis, señor —dijo Kinesias, situándose entre los dos—. Se trata simplemente de una esclava que pretendía escapar...

—Esto es una mentira ultrajante —dijo Arión fríamente, apartándolo a un lado—. Conozco a esta joven. Su padre me salvó la vida. ¿Qué haces aquí, Melanthe?

Estaba delante de ella. Era real... ese cabello corto, esas mejillas siempre dispuestas a sonrojarse, esa mirada orgullosa. Lo único distinto era la túnica: una túnica oscura bordada en oro, muy cara.

Deseaba arrojarse en sus brazos, pero Nikokrates le sujetaba las manos en la espalda y no podía soltarse.

—Señor, dejad que me encargue yo de este asunto —dijo precipitadamente el hombre que había permanecido detrás de Arión. Era un hombre delgado, de cabello oscuro y con barba. Vestía sobriamente, aunque con ropa cara.

—No es asunto vuestro —dijo Kinesias a ambos—. Regresad, señores, a vuestro camarote y permitidme que continúe con mis negocios.

—Ya te lo he dicho, el padre de esta joven me salvó la vida —replicó Arión—. Debe ser liberada y devuelta a su familia inmediatamente. Aquí no hay negocio alguno que hacer.

—¡Señor! —protestó el amigo de Arión, mirando con cautela a Kinesias—. ¡Dejad este asunto en mis manos!

Kinesias sacudía la cabeza.

—No podemos liberarla. Los guardias del puerto andan buscándola. Si regresa a su barco, vendrán a inspeccionar.

—Nos aseguraste que habías sobornado a las autoridades —dijo Arión con aire de desdén.

Kinesias sonrió.

—El silencio es cuestión de cantidades. Yo pagué solamente la cantidad necesaria. Y esto costaría más de lo que yo puedo permitirme.

—Pero lo que sí puedes hacer es vender la muchacha a mi amigo —dijo el

compañero de Arión esbozando una falsa sonrisa—. La única diferencia sería que recibirías el dinero aquí en lugar de en Paphos y que ella viajaría en la cabina en vez de en la bodega.

El semblante de Kinesias se tornó menos amenazador.

—No —dijo Arión categóricamente.

Su amigo le lanzó una mirada de fastidio.

—¡Sed razonable! —protestó—. De este modo, la muchacha estará segura y bien tratada, el capitán quedará satisfecho y nuestra seguridad no correrá ningún peligro.

—¿Es que no me has oído? —dijo Arión, cortante—. No es una esclava. Es la hija libre de un mercader que me salvó la vida. Su padre la adora. ¿Piensas que voy a corresponderle colaborando personalmente para que se convierta en una esclava?

—¡Si tanto la queréis, quedáosla entonces como concubina! —gritó el amigo, exasperado—. ¡Pero no podemos tener problemas con la guardia!

—¿Dónde se puede aprender, Rodón, lo que ni la sangre ni la educación han podido enseñarte? —preguntó Arión, con un filo en su voz que parecía que traspasaba a su amigo—. La respuesta, Rodón, es que esas cosas debía encontrarlas en otra parte... sólo que, lo sabes perfectamente, no lo hice hasta que conocí al padre de Melanthe. —Se volvió hacia Kinesias—. Deberías ser razonable. Dices que compraste a esta muchacha de buena fe, que no sabías que era libre. Haré un esfuerzo por creerte. Si has pagado por ella, yo te daré ese dinero. Te pagaré el doble de lo que te ha costado. Tú obtendrás tu beneficio y su padre también. De lo contrario, la devolveré personalmente a su familia y perderás ambas cosas.

—¡Eso no es inteligente, si es cierto que la guardia anda tras ella! —protestó Rodón—. ¡Y no podemos permitirnos esperar y buscar otro barco!

—Pueden dejarme por la mañana, cuando zarpen —sugirió Melanthe, con voz muy débil—. Luego iré yo misma a la guardia del puerto y diré que he pasado la noche escondida en los muelles. No tengo por qué hablar de este barco.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó de pronto Nikokrates—. ¡Kinesias, no pretenderás vendernos así! ¡No pensarás quedarte con el dinero de este tipo sin ni siquiera habernos pagado! —Miró de reojo a Arión—. Y tú, ¿quién eres? —le preguntó—. Te he visto en alguna parte.

Se oyó un ruido en la escalera y apareció Aristodemos, ayudado por el viejo. Llevaba la barbilla cubierta de sangre, así como la parte delantera de la túnica, y no se quitaba la mano de la boca. Lanzó una mirada envenenada a la muchacha... y entonces reconoció a Arión.

—¡Tú! —exclamó, escupiendo sangre. Melanthe comprendió que le había asestado un golpe en los dientes.

—La situación parece que se va aclarando —dijo secamente Arión.

—Creo que sería más prudente que regresarais al camarote —le recomendó apresuradamente Rodón—. Puede que la situación se aclare para vos, pero a mí

empieza a parecerme peligrosa. —Examinó el pasillo. Había al menos una docena de personas observándolos.

Arión no se movió.

—No creo que puedas ver esto desde el mismo punto de vista que yo —dijo finalmente—. Rodón, si es necesario, pagaré por la seguridad de esta muchacha con la mía.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Rodón, mirándolo fijamente.

—De todos modos, ¿qué voy a hacer en Chipre? —preguntó Arión—. Igual da morir aquí o allí.

—¡El objetivo es vivir! —le dijo Rodón.

—¿Para qué? —preguntó Arión, impasible—. Si muero aquí, tú no tendrás la culpa. Habrás hecho todo lo que estaba en tus manos. Lo reconozco públicamente.

—¿Y echaréis a perder todos mis desvelos por vos? —gritó, enfurecido, Rodón.

—Tengo una deuda con su padre —respondió Arión—. No compraré mi vida a su costa, ni a la de ella.

—¡Es un criminal fugitivo de los romanos! —exclamó Aristodemos, quien finalmente consiguió reunir la energía necesaria para hablar.

Tres de los hombres que habían estado observando la escena desde las puertas vecinas se acercaron en silencio. Uno de ellos agarró por un hombro a Aristodemos. Melanthe tuvo la repentina sensación de que la situación empezaba a desequilibrarse, como si hubiese demasiadas pesas apiladas en un mismo lado de la balanza.

—Así que es un criminal fugitivo... —repitió Nikokrates, mirando a Arión—. Aunque resulta evidente que no es de los de nuestra calaña. —Echó un vistazo a Aristodemos, que miraba de reojo, indignado, al hombre que lo sujetaba—. ¿Y dices que lo persiguen los romanos?

—¡Quítame las manos de encima! —le ordenó Aristodemos—. Sí, huyó del campamento del rey cuando...

Se interrumpió. Le faltaba el aire. El hombre que lo sujetaba lo depositó con cuidado en el suelo. Aristodemos se quedó inmóvil, con la mirada perdida..

Nikokrates empujó a Melanthe contra la pared del pasillo. Cuando se recuperó del golpe, vio que Nikokrates, cuchillo en mano, se abalanzaba sobre Arión.

Hubo gritos de alarma y un frenesí de cuerpos contra cuerpos. El ladrón había cogido por detrás a Arión y le había puesto el cuchillo en la garganta.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó Nikokrates—. ¡Al que se mueva, lo mato!

Todo el mundo se quedó inmóvil. Dos hombres más que habían aparecido tras las puertas de sus camarotes se quedaron helados. Uno de ellos iba armado con un cuchillo. Aristodemos seguía en el suelo, con la mirada perdida. Melanthe vio que no respiraba.

—¿Qué pretendes conseguir con eso? —preguntó Arión con voz calmada. Permanecía erguido, con la cabeza echada hacia atrás. El cuchillo, de mango dorado, contrastaba con la palidez de su piel.

—Creo que tu vida vale mucho más que la de la muchacha —dijo en voz baja Nikokrates—. Me da la impresión de que tus amigos pagarían una fortuna por ella. Igual que los romanos.

De pronto, Arión aferró con la mano izquierda la muñeca, que sostenía el cuchillo, se giró y la derecha fue directa al costado de Nikokrates.

El cuchillo del ladrón voló por los aires y cayó al suelo. Nikokrates gruñó de dolor. Su amigo Zeuxis lanzó un grito y corrió hacia él. Uno de los desconocidos salió en su persecución y lo derrumbó de un golpe seco. La mano del desconocido se levantó para descender de nuevo: los aullidos de Zeuxis eran horribles. Una vez más, la mano se levantó y volvió a caer. Los gritos cesaron.

Arión se agachó sobre Nikokrates y tiró de algo que había quedado enterrado en el costado del ladrón. Se incorporó lentamente, con el cuchillo en la mano. La hoja estaba teñida de rojo.

—No creí que fuera a necesitarlo —dijo, mirándolo.

Lo lanzó al suelo y cayó de rodillas. Una mirada de horror invadió su semblante. Su mano ensangrentada empezó a hurgar en el cuello de la túnica..., cuando sus ojos se quedaron clavados en una mirada fantasmagórica característica. La sangre manaba lentamente de un corte en el ángulo del cuello donde el cuchillo de Nikokrates le había herido al volverse, pero era evidente que no sentía ningún tipo de dolor.

Kinesias miró a Arión, luego a los tres cuerpos que había en el suelo y finalmente a los siniestros y silenciosos hombres que habían salido de sus camarotes..., pero para proteger a Arión, como comprendió finalmente Melanthe, no para proteger al capitán. Miró de nuevo a Arión. Y una mirada de pánico le transfiguró la cara.

—¡Vete de aquí! —le ordenó con un grito agudo—. No sabía dónde me metía. ¡No pienso llevarte a ningún precio!

Capítulo 11

Cesarión se sentó al escritorio de su camarote para redactar una carta. Estaba a punto de amanecer. El capitán del barco había aceptado a regañadientes que tanto él como sus pertenencias desaparecieran discretamente de la embarcación al salir el sol, en lugar de huir a la desbandada en plena noche, ya que con ello corrían el riesgo de llamar la atención de los guardias del puerto. Los esclavos se afanaban en embalar las últimas alfombras, tapices y muebles. Lo único que quedaba era el escritorio y el candelabro que utilizaría para alumbrarse y escribir la carta.

En realidad, los bienes y los esclavos pertenecían a un Amigo de su madre. No se trataba de un Pariente o de un Amigo: Archibios había permanecido fuera de ese círculo selecto. Se trataba simplemente de un ciudadano extremadamente rico que acudía a la corte de manera ocasional... aunque, después de la muerte de la reina, había ofrecido al emperador la asombrosa suma de dos mil talentos de plata para conservar intactos los monumentos y las estatuas erigidas en su honor. Rodón le había comentado a Cesarión que esa postura contrastaba totalmente con la de muchos otros personajes ilustres, incluyendo entre ellos a varios con los que Cesarión había pensado contactar. Mientras la reina estuvo prisionera, Seleukos, su ministro de Finanzas, informó a Octaviano acerca del paradero de los tesoros reales que ella pretendía utilizar para sobornar a gente, e incluso Olimpos, su médico de confianza, avisó a los guardianes de que la reina pensaba quitarse la vida antes que rendirse al triunfo de los romanos. Otros personajes en los que había pensado Cesarión, como el visir Mardion y el secretario real Diomedes, habían muerto. Jamás se le habría ocurrido recurrir a Archibios. El valor añadido de Rodón en este caso era evidente.

En términos generales, Rodón había resultado toda una sorpresa. Cesarión sabía que su tutor era propietario de una casa cerca del Museo, pero ignoraba que tuviese una amante e hijos. La casa resultó ser una mansión pequeña pero exquisitamente decorada, y la amante, una esclava gala pelirroja que Rodón había adquirido diez años atrás y que posteriormente había liberado. No podían contraer matrimonio legal, aunque era evidente que la pareja estaba enamorada: su mayor preocupación era cómo legalizar a sus hijos para que pudieran heredar. Cesarión podía imaginar ahora la angustia que Rodón debió de sentir cuando supo que tenía que abandonar a su familia y huir al exilio.

El remordimiento que Rodón sentía por la traición que había cometido era realmente sincero y se había lanzado con apasionado entusiasmo a la tarea de encontrarle un refugio a Cesarión.

Archibios se negó al principio a recibir a Rodón en su casa, pero finalmente lo hizo, más que nada por curiosidad. Poco después, fue el propio Archibios quien se

presentó personalmente en casa de Rodón para estrechar la mano de Cesarión y llorar de alegría por ello. Les comentó que tenía una extensa propiedad en la isla de Chipre y preguntó a Cesarión si estaría dispuesto a aceptarla. Podían preparar una factura falsa que cerrara la compra. La transacción no levantaría ningún tipo de sospecha, pues estaba vendiendo muchas de sus propiedades para reunir la suma que le había prometido al emperador para conservar las estatuas. Dijo que le haría muy feliz si aquella propiedad servía para garantizar la vida del hijo de la divina reina.

Cesarión preguntaba una y otra vez por Filadelfio. Tanto Archibios como Rodón le prometieron averiguar lo que pudieran, aunque no habían recibido noticias hasta aquel momento, exceptuando la confirmación de que el pequeño estaba al cuidado de su niñera. Mientras tanto, el viaje a Chipre pasó de la simple sugerencia al plan sin que él pudiera dar siquiera su visto bueno. Entre Archibios y Rodón encontraron un barco de dudosa reputación capaz de salir de puerto sin pasar ningún tipo de control. Archibios había seleccionado a diversos ayudantes (guardaespaldas armados por si acaso el capitán del barco caía en la tentación de robar a su pasajero) y proporcionado esclavos y mobiliario procedentes de su propia casa. Se había mostrado tan dispuesto a ayudar a Cesarión, que a éste le había resultado imposible negarse... a pesar de que le invadía una inmensa sensación de pánico ante la idea de que lo descubrieran en su intento de gestionar una propiedad en Chipre.

Y ahora le tocaba escribir a Archibios para informarle de que todos sus esfuerzos no habían servido para nada. No era tarea sencilla: por un lado se sentía avergonzado de haber desperdiciado tanto esfuerzo, haber comprometido tanta buena voluntad y haber corrido tanto riesgo; pero no se arrepentía. Había salvado a Melanthe y la devolvería a su familia y aquello valía más que los miserables retazos de su vida. Sin embargo, lo sentía por Archibios.

Tolomeo César a su Amigo Archibios, hijo de Diodoros, saludos. Espero que te encuentres en perfecto estado de salud. Con gran pesar debo informarte de que el viaje que has preparado no tendrá lugar. Cuando subí a bordo del barco que contrataste, reconocí, entre los esclavos integrantes de la parte principal de su cargamento, a la hija del mercader que me salvó la vida cerca de Berenice después de resultar herido. La maldad de un enemigo de su padre había dado como resultado final su secuestro, y Kinesias, el capitán del barco, se negó a liberarla, a pesar de mi oferta de pagar por su rescate. Insistí en su liberación (mi deuda para con su familia no exigía menos) y fui reconocido en el transcurso de la discusión que siguió a todo ello. A pesar de que los hombres que me protegían actuaron con una velocidad digna de elogio para evitar que el asunto llegara más lejos, es evidente que el capitán se ha dado cuenta de quién soy y se niega a llevarme con él.

Soy consciente de que mi posición es demasiado delicada para soportar los retrasos y trastornos que implican la búsqueda de un nuevo barco y estoy decidido, en

consecuencia, a no arriesgar más la vida de mis amigos. No lo siento por mí. De hecho, temo que, de haberme hecho cargo de la propiedad que tan amablemente me ofreciste, pronto habría empezado a sufrirlo. No obstante, siento mucho los esfuerzos que has realizado por mí, que han sido leales y generosos, y que me han consolado sobremanera después de la traición de tantos otros. Me sentiría profundamente afligido si tu amabilidad conmigo te llevara a la ruina. En consecuencia te devuelvo, junto con esta carta y mi agradecimiento, toda la gente y las propiedades que con tanta bondad pusiste a mi disposición. Te suplico que dejes de preocuparte por mí y que pienses en tu propia seguridad. Huiré de Egipto por otros medios.

Agradezco tu lealtad hacia mi persona y hacia la memoria de mi madre, que tanto has luchado por preservar. Rezo a los dioses para que te hagan prosperar como mereces y te deseo mucha felicidad.

Permaneció un momento observando cómo se secaba la tinta. Se sentía extrañamente en paz. Podía haber muerto en Kabalsi... pero, a pesar de todo lo que había sufrido, aquel último mes había merecido la pena. Había conocido la bondad y la lealtad verdaderas; había descubierto que incluso los traidores eran capaces de expiar su culpa; había salvado a gente que merecía ser salvada; se había enamorado.

La puerta de la cabina se abrió y apareció Rodón. Su antiguo tutor había pasado la noche colaborando con los preparativos de la marcha. Cesarión sopló para que acabara de secarse la tinta, rubricó la carta y la introdujo en uno de los elegantes estuches cilíndricos para cartas que Archibios le había proporcionado junto con el escritorio.

—¿Puedo leerla? —preguntó Rodón.

Tras dudar unos instantes, Cesarión le entregó la carta sin el lacre.

Rodón la extrajo del estuche y empezó a leerla murmurando para sus adentros. Al final del segundo párrafo se detuvo y le lanzó una mirada acusadora.

—¿Qué otros medios? —preguntó.

—Ya sabes a qué me refiero —respondió Cesarión en voz baja—. Te lo suplico, no se lo menciones a Archibios. Dile que espero encontrar un barco en uno de los puertos del Mar Rojo.

—¡Y todo por una muchacha! —exclamó Rodón, consternado—. ¡Por una egipcia de ojos negros que tiene dieciséis años!

—Tú me traicionaste por tu amante y tus hijos —señaló Cesarión—. Y eso es aún más grave. Pero no es sólo por ella. En realidad, Rodón, no deseo ir a Chipre; además he contraído una deuda enorme con Melanthe y su familia. No tiene sentido que me aferre a una vida que odio a costa de traicionar a gente que quiero.

Rodón bajó la carta y lo miró fijamente.

—¿Amor?

Cesarión notó el calor que le subía a las mejillas, pero no apartó la mirada.

—Son buena gente. Me ayudaron sin esperar nada a cambio. Tú eres filósofo. ¿No

hay escuelas que sostienen que la cuna donde nacemos es un mero accidente y que, en esencia, nuestras almas son todas iguales, que todos somos mortales? Yo estimo y respeto a Melanthe y a su familia, y no les traicionaré.

Rodón exhaló un bufido de exasperación.

—Sabéis muy bien que jamás me adherí a ninguna escuela. Y que vuestro nacimiento no fue un accidente. Vuestra madre decidió que quería un hijo de Julio César, y lo tuvo.

—Lo cual, desde un punto de vista filosófico, sigue siendo un accidente, ¿no es cierto? No es intrínseco a mi naturaleza como hombre.

—Por Zeus, ya no sé ni lo que es intrínseco al hombre ni lo que somos por libre elección. Nunca estuvisteis realmente dispuesto a partir sin Filadelfio, ¿verdad?

—Supongo que no —admitió Cesarión—. Piénsalo, Rodón, ¿qué habría hecho yo en Chipre sin tener a Filadelfio a mi lado para cuidarlo y ocuparme de él? Beber en exceso, hablar más de la cuenta cuando estuviera bebido y causaros problemas tanto a Archibios como a ti. No me educaron para vivir en la tranquilidad. Me educaron para ser rey y eso no puedo cambiarlo, igual que no puedo sanar de mi enfermedad.

Rodón apartó la vista. Miró de nuevo la carta, la enrolló en silencio y la devolvió al estuche.

—Supongo —dijo con un hilo de voz— que quería que fueseis a Chipre para liberar mi conciencia. Una vez allí, sano y salvo, ya no me dolería tanto haberos traicionado.

—Eso ya no importa —dijo Cesarión—. Además, tenías razón. La guerra estaba acabada. Seguir luchando habría servido únicamente para provocar más muertes y sufrimiento sin obtener ningún beneficio a cambio.

Rodón sacudió la cabeza.

—Estaba equivocado. Estaba muy equivocado.

Cesarión vio con sorpresa que estaba llorando.

—Pensaba que erais como vuestra madre... que no podíais sentir el sufrimiento de los demás. Pero estaba equivocado. Habríais sido un gran rey.

Cesarión se sintió conmovido y perplejo ante semejante halago.

—Nadie puede saber qué clase de rey habría sido —dijo al fin—. Jamás habría reinado. Egipto estaba bajo control romano antes de que cualquiera de nosotros naciera. Mi madre creía que podría forjar una alianza con Roma, pero mi muerte se hizo inevitable en el instante en que esa alianza fracasó. De hecho, no comprendo por qué me envió lejos de la ciudad. Eso no haría más que prolongar la guerra.

Rodón lo miraba, asombrado.

—Ella quería que vivieseis. El oro era para vos, no para pagar a los soldados. ¿No os disteis cuenta de ello?

Jamás se le había ocurrido pensarlo. Su madre no le había dicho por qué lo enviaba lejos. Le había citado repentinamente una noche a principios de verano y le

había ordenado que marchara. Él pretendía permanecer en Alejandría hasta que la ciudad cayera... ya que todos sabían que era inevitable.

—Debes huir —le dijo, cogiéndole la mano y mirándolo a los ojos—. Puede que perdone la vida a los demás, pero no la tuya. Tengo un barco preparado, y dinero. Debes marcharte rápidamente, mientras sigamos controlando el Nilo. Yo me uniré contigo, si puedo. —Luego lo abrazó, cosa que hacía con regularidad, aunque normalmente se trataba de un gesto mecánico destinado a demostrar a la corte que él le pertenecía y que seguía favoreciéndolo. Pero en esa ocasión fue distinto: le rodeó el cuello con sus brazos y hundió la cara en el cabello de su hijo; luego retrocedió y lo contempló durante largo rato.

Por vez primera se daba cuenta de que en aquel momento su madre sabía que no volvería a verlo. Rodón tenía razón. El barco y el oro no estaban destinados a continuar la lucha, sino que eran un intento de mantenerlo con vida. Siempre había sido consciente de que ella lo había concebido como una herramienta destinada a unir en su persona a los gobernadores de Roma con los herederos de Alejandro. Pero el hecho de que ella deseara mantenerlo con vida a sabiendas de que él jamás cumpliría el objetivo para el que fue concebido... era nueva, chocante y profundamente conmovedora. Permaneció sentado, inmóvil, notando en los oídos los latidos del corazón. Sin perder un segundo, buscó el remedio y lo inhaló, temeroso de que aquella revelación le desencadenara un ataque.

—Gracias, Rodón —dijo al fin.

—¿Nunca lo habíais pensado?

Cesarión negó con la cabeza.

—No era una madre muy cariñosa —continuó Rodón con calma—. Me imagino que, simplemente, no podíais ni imaginarlo.

—Cuando se me declaró la enfermedad por primera vez, se sintió muy decepcionada —replicó Cesarión—. Buscó por todos los medios una forma de curarme... El caso es que este hecho estropeó nuestra relación.

—Ella quería que siguieseis con vida —dijo Rodón en voz baja—. Y podríais. Aún estáis a tiempo. ¿Qué pretendéis hacer en los puertos del Mar Rojo? Archibios podría proporcionaros dinero.

—No. —Cesarión se secó los ojos y guardó la bolsita del remedio—. Estoy poniendo en peligro a todos los que me ayudan. Los romanos me interrogaron dos veces camino de Alejandría, Rodón, y tuve que cruzar tres puestos de control. Sobreviví porque viajaba con el padre de Melanthe, un mercader auténtico que transportaba un cargamento legítimo y correctamente documentado. Viajar como fugitivo, con una suma importante de dinero... me apresarían.

—Podríais regresar con vuestro mercader —le aconsejó Rodón—. Parece que sois buenos amigos. Podríamos...

—No —insistió Cesarión—. No quiero que corra más riesgos. ¿Cómo puedo

pedirle a esa buena gente que se arriesgue a morir o a perderlo todo para que yo siga con vida, cuando ni siquiera yo mismo le encuentro sentido? Tú mismo lo dijiste. No valgo más vidas. —Se secó de nuevo los ojos—. Además, estoy cansado, de las mentiras y de las malas decisiones, de la traición y de la enfermedad. Acabar con todo sería un consuelo.

Siguió un silencio prolongado, interrumpido por alguien que llamó dubitativo a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Cesarión.

La mayor de las tres esclavas que Archibios le había dado asomó la cabeza por la puerta de la cabina.

—Señor —empezó a decir, nerviosa... y Melanthe se abrió paso detrás de ella.

De manera instintiva, Cesarión se puso en pie y abrió los brazos. Melanthe fue directa hacia ellos, como si fueran el lugar natural donde debía estar, y apoyó la cara contra su hombro. Era un abrazo en busca de consuelo, no de amor; sin embargo, todo su cuerpo se abrió a él como si fuese un ojo. La besó en el cabello y se lo acarició, repentina e intensamente feliz. Melanthe estaba sana y salva gracias a él. Se sentía orgulloso de ese logro.

Se había planteado devolverla con su familia la noche anterior, pero el terror y la violencia habían cobrado su peaje y, tan pronto la muchacha comprendió que estaba a salvo, rompió a llorar y a temblar y se derrumbó. Cesarión ordenó a las esclavas que se ocupasen de ella. Le dieron vino caliente con miel mezclado con opio y la acostaron. Acababa de despertarse y, según parecía, se había lavado y perfumado, y ahora estaba en sus brazos.

La esclava parecía divertida con la escena.

—Entonces, señor, ¿estáis dispuesto a verla? —preguntó, sin necesidad, pues acababa de ser testigo de que estaba más que dispuesto.

Cesarión hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Gracias por cuidar de ella.

La mujer saludó y se retiró. Melanthe levantó la cara y lo miró. Tenía un lado de la boca todavía hinchado por los golpes recibidos el día anterior y un corte en la ceja izquierda; pero sus ojos eran tan bonitos como siempre.

—¿Eres su señor? —preguntó Melanthe.

Cesarión pensó que la muchacha no podía comprender muchas de las cosas que estaban sucediendo. Sin embargo, era observadora y estaba lejos de ser estúpida, aunque se encontraba excesivamente conmocionada para poder razonar los acontecimientos.

—Sólo por un tiempo —le explicó—. Pertenecen a un amigo de mi madre. Volverán con él tan pronto como acabemos de empaquetar.

Melanthe se encogió.

—¿Y todo por mi culpa? ¿El capitán no quiere llevarte con él por lo de anoche?

—Es mejor así —le respondió firmemente—. La verdad es que no quería ir a Chipre.

—¿Qué ha sido de tu hermano pequeño? —preguntó Melanthe.

Sacudió la cabeza.

—Está vivo, con su niñera. Me han asegurado que no le harán ningún daño. Debo conformarme con eso, ya que no puedo hacer nada para cambiar la situación.

—¿Y tu primo segundo? ¿Sabe que estás aquí?

—¡Primo segundo! —exclamó Rodón, sorprendido.

Cesarión se había olvidado de él. Se volvió para mirar a su antiguo tutor.

—Sí, un primo lejano...

—Desde su punto de vista, el lejano sois vos... —subrayó Rodón, sombrío—. Salud, muchacha.

Melanthe soltó a Cesarión, que se quedó compungido, y observó cautelosamente a Rodón.

—Salud, señor. ¿Sois amigo de Arión?

Rodón no pareció sorprendido al oír aquel nombre: Cesarión había decidido conservarlo mientras durara el viaje.

—Desearía serlo —le respondió con voz pausada a Melanthe—. Pero me temo que ha decidido no tener amigos. He intentado convencerlo de que acepte ayuda, pero se niega. ¿Es cierto que tu padre tiene negocios en el Mar Rojo?

—Sí, señor —confirmó Melanthe, sin abandonar su cautela—. Tiene una sociedad con un capitán llamado Kleon, que tiene el barco en Berenice.

—Me gustaría mucho que Kleon y tu padre pudieran convencer a Arión para que zarpara también de Berenice, como tercer socio, tal vez con un segundo navío. Dada la piratería que abunda en esos mares, siempre es más seguro disponer de un convoy que de una única embarcación. Mis amigos y yo tenemos algún dinero que podríamos invertir. Entiendo que podría ser un negocio rentable.

—¡Rodón! —protestó Cesarión, sorprendido y consternado. No tenía la menor intención de involucrar a Melanthe en sus problemas.

La joven lo miró con los ojos abiertos de par en par, y luego a Rodón.

—Mi padre le ofreció que formara parte de la sociedad —dijo—. Él se negó a ello.

Rodón arqueó las cejas.

—¿De verdad? Me encantaría conocer a tu padre. Debe de ser un hombre notable. Mi joven amigo lo tiene en gran estima, y los miembros de su familia no son de los que se impresionan con facilidad.

Melanthe se infló visiblemente de placer y satisfacción.

—¡Pensaba que todo se debía a que es demasiado orgulloso para aceptarlo!

—Si se negó a ello debió de ser por temor a su primo —le explicó Rodón—. Yo creo que fuera de Alejandría estará a salvo. Su primo lo da por muerto y no seguirá

buscándolo. —Con el estuche de cartas, se daba golpecitos en la barbilla—. Ahora que lo pienso, me imagino perfectamente a Arión al mando de un barco en el Mar Rojo, luchando contra los piratas y negociando con los bárbaros. Eso se aproxima mucho más a aquello para lo que fue educado que administrar una propiedad en Chipre.

—¡No puedo, Rodón! —gritó Cesarión, enojado—. ¡Sabes que no puedo!

Rodón lo miró a los ojos.

—Vos podríais sobrellevar eso mejor que esta familia vuestra muerte. —Miró a Melanthe por encima del hombro—. Pretende quitarse la vida tan pronto como te haya devuelto a tu familia.

—¡Arión! —exclamó acusadoramente Melanthe, volviéndose hacia él como un torbellino—. ¿Es cierto eso? —Le escudriñó la cara y luego se ruborizó, indignada—. ¡Es cierto! Ibas a gestionar una propiedad en Chipre para este caballero y yo lo he echado todo por tierra, y por eso piensas ahora suicidarte. ¡No lo hagas! Salvaste a mi familia en Ptolemais y anoche me salvaste a mí. Moriría por devolverte lo que te debo. ¡Y mi padre también, estoy segura! ¡No puedes irte y matarte sin decir ni una palabra! ¡Si te hemos estropeado un plan, debes permitirnos que te proporcionemos otro!

—Melanthe... —empezó Cesarión, dudando.

Ella lo cogió por los hombros y lo zarandeó.

—¡No debes hacerlo! ¡Tal vez tu vida no te importe, pero sí le importas a tus amigos, y a mi familia, y a mí! ¿Es que eso no te importa?

Cesarión miró por encima del hombro a Rodón, que sonreía y abría los brazos en un gesto de impotencia, con un aspecto de insufrible satisfacción.

—Me importa —le dijo a Melanthe—. Ésa es la razón por la que...

—Es un joven decidido —interrumpió Rodón—, y tozudo y testarudo, como toda su familia. Cree que su vida ya no tiene sentido..., y a mí no me quedan esperanzas de hacerle cambiar de idea, pero, no sé, tal vez tú puedas...

Melanthe captó la indirecta al vuelo. Lanzó una mirada penetrante al rostro de Cesarión, se separó de él, le cogió la mano izquierda, la volvió hacia arriba y repasó con un dedo la marca rojiza de la muñeca.

—Cuando te hiciste esto —le explicó, mirándolo a los ojos seriamente—, también me dolió a mí. Aunque sólo un poco, porque entonces no me importabas tanto. Si volvieras a hacerlo, sentiría el cuchillo en mi propio corazón. —Levantó la mano y besó la cicatriz; la caricia de sus labios le produjo un hormigueo en la piel—. No debes hacerlo. Arión, por favor. Te aprecio mucho. No debes, no hay ninguna necesidad. Puedes volver al *Soteria* y permanecer allí hasta que abandonemos Alejandría. Nos iremos muy pronto. Mi padre ha debido de conseguir ya el estaño. Tu primo no sabe nada de nosotros, no sospechará nada. Si tus amigos están dispuestos a proporcionarte un barco, pueden escribir a mi padre y a Kleon. Nadie sabría jamás que has estado con nosotros. Sería completamente seguro.

—Para nuestro amigo Archibios también sería muy natural invertir en un barco —

añadió Rodón, impaciente—. Tiene dinero invertido en todo tipo de negocios.

Cesarión retiró la mano.

—Vuelve con las mujeres y que se preparen para marchar —le ordenó muy serio a Melanthe—. Diles que te busquen un manto. Debo discutir todo esto.

—¡No debes matarte! —insistió Melanthe—. ¡No te dejaré!

—¡Lo discutiré con mi amigo! —espetó Cesarión, empujándola hacia la puerta.

Se marchó, aunque con una mirada desafiante que le decía que aún no había dicho su última palabra. Cesarión cerró la puerta y se apoyó contra ella. Rodón se echó a reír.

—¡Oh, Afrodita, hija de Zeus, la más grande de los Inmortales! ¡Ni siquiera los reyes pueden competir con vos!

Cesarión lo miró furioso.

—¡Esto no es jugar limpio! ¡Ella no sabe quién soy ni a qué se arriesga!

—No le importa —respondió Rodón—. Ha subrayado vuestro nombre y lo ha marcado con una señal: ¡Quiero éste! Y vos estáis encantado de que así sea. No tratéis de negarlo: se os nota en la cara. Tampoco hay nada de malo en ello. A mí también me llenaría de satisfacción que una muchacha tan valiente y bonita como ella estuviera enamorada de mí. Y si por algo así no vale la pena seguir con vida, entonces decidme por qué. —Se acercó a Cesarión y depositó el estuche de las cartas en el escritorio—. Escribid otra carta —le instó—. Decidle a Archibios que habéis encontrado a un mercader del Mar Rojo que os ha aceptado como socio y que en cuestión de días partiréis hacia Coptos y Berenice. Invitadlo a que escriba al mercader y a que invierta en un barco.

Cesarión no sabía qué responder. Su añorado destino acababa de abandonar la cabina junto con Melanthe, y su imaginación traicionera comenzaba a construirle un nuevo y frágil edificio: Ani dándole la bienvenida como socio; Melanthe sonriéndole, besándolo, abrazándolo; viajes desde Berenice hacia las maravillas del Sur...

—¿Y no se sentirá Archibios ofendido y avergonzado de mí al ver que soy capaz de caer tan bajo como para convertirme en mercader? —consiguió decir, en un nuevo esfuerzo por evidenciar lo absurdo de todo aquello.

—¿Por qué creéis que Archibios disponía de los dos mil talentos que entregó al emperador? —dijo Rodón—. Es un terrateniente, desde luego, pero sus beneficios los ha obtenido invirtiendo aquí y allá. No siente ningún tipo de desprecio hacia el comercio... y desea que sigáis con vida. Oh, rey. Quiere saber que la sangre de los lágidas sigue fluyendo en Egipto, que el viejo orden sobrevive junto con el nuevo, que nuestra gloriosa herencia no está totalmente destruida. Todo eso tiene para él un valor precioso... igual que para mí. Le haré ver que vuestra personalidad es mucho más adecuada para la actividad y el peligro que para el aburrimiento que supone administrar una propiedad, y creo que estará de acuerdo. Conoce el historial de vuestra familia.

—El riesgo...

—¡No es grande! Yo he decidido correrlo y Archibios también. La muchacha no

dudaría un instante. Estáis muerto, recordadlo: vuestras cenizas están en esa urna. No creo que hasta ahora nuestros preparativos hayan despertado un gran revuelo, y Kinesias seguro que no va a ir con su historia a las autoridades. En Alejandría podrían reconoceros, pero fuera estaríais a salvo. Y en cuestión de uno o dos años, si os dejáis crecer la barba, estaréis más a salvo si cabe. —Extrajo la carta del estuche y la acercó al candelabro—. Permitid que la queme —le instó—. Redactad otra. Vivid. Dad a la muchacha lo que desea. Os promete vida y amor. ¿Por qué elegir la muerte?

Se mordió el labio hasta que notó el sabor de la sangre. —No dejaré que permanezcan en la ignorancia —dijo finalmente—. Llevaré a Melanthe con su familia y le explicaré la verdad a Ani. Si aun así está de acuerdo, tomaremos el camino que sugieres.

Rodón sonrió y acercó el papiro a la llama del candelabro. Éste prendió y comenzó a despedir humo. Luego lo sujetó de otra esquina, lo dejó consumir y aplastó las cenizas con el pie contra la tarima de madera sin pulir. Cesarión cogió un nuevo rollo de papiro, sumergió la pluma en la tinta y escribió una nueva carta.

Una vez la hubo terminado y metido en el estuche, extrajo un último papiro y escribió con sumo cuidado:

Yo, el rey Tolomeo César, Theos Philometor Philopator, decreto que los hijos de mi tutor Rodón, hijo de Nicanor, habidos con la mujer libre Velva, sean considerados legítimos. Serán inscritos como ciudadanos de Alejandría y podrán reclamar la herencia de su padre.

Atestiguado el día veintiocho de junio del vigésimo segundo año del reinado de la reina Cleopatra, que es el decimoquinto año de mi reinado, por

Segundo testigo:

Se lo entregó a Rodón.

—No tengo el sello real —dijo—. Pero puedes decirle a Archibios que te he pedido que lo firmara. Si tú también lo firmas, debería ser suficiente para convencer a cualquier tribunal.

Obviamente los romanos pueden rechazarlo, pero, como han ratificado la mayoría de las actas ordinarias y ordenanzas del reino, no creo que pongan ningún inconveniente.

Rodón se quedó mirando fijamente el documento, con la cara blanca.

—¿Y la fecha? —preguntó.

—Es justo antes de que partiéramos de Alejandría —dijo Cesarión—. Debes recordar lo siguiente. Estábamos a punto de marchar. Me suplicaste que hiciese algo para poder mantener a tus hijos y escribí esto. Nos encontrábamos cerca de la casa de Archibios, así que le pedimos que actuara de testigo. Él se quedó como responsable del asunto y debía obtener de mi madre el sello real, pero no lo hizo debido a la confusión

reinante durante el asalto de la ciudad. Cuando se enteró de tu traición, decidió no devolver el documento. Sin embargo, volviste a visitarlo recientemente y le explicaste que te habías dejado corromper por las promesas de los romanos. Viéndote decepcionado y consumido por el remordimiento, te devolvió el documento... lo que proporciona una explicación a las respectivas visitas que habéis celebrado últimamente, en caso de que alguien se haya interesado por ellas.

Rodón permaneció un rato con la mirada fija en el documento. Luego lo besó y lo deslizó en el interior de su túnica con mano temblorosa.

—Gracias —dijo. Se puso de rodillas y se postró, el saludo formal al monarca reinante que los herederos de Alejandro adoptaron de los persas y que éstos utilizaban ante sus reyes y sus dioses.

—¡Levántate! —dijo entre dientes Cesarión, alarmado—. ¡No es lugar para esto! ¡Por Zeus, podría entrar cualquiera!

Rodón seguía en el suelo.

—Os suplico clemencia, oh rey —dijo formalmente—, por mi traición y por el mal que os hice.

—Ya te he perdonado —repuso Cesarión—. No habría escrito eso de no haberlo hecho. ¡Levántate!

Rodón se incorporó y avanzó dubitativo en busca del abrazo que un Pariente real esperaría después de llevar a cabo la postración, pero se detuvo, avergonzado. Cesarión completó el movimiento y, sin darse cuenta, se encontró fuertemente atrapado entre los brazos temblorosos de Rodón. El papiro crujió, la bolsita con el remedio se le adhirió al pecho y la hoja del cuchillo que llevaba escondido en el dobladillo de la túnica le presionaba incómodamente en el costado.

—Lo siento —balbuceó Rodón—. Debería haberme acercado a vos exactamente así. No creí que prestarais atención.

—Puede que no —admitió Cesarión.

El corazón le latía con fuerza. Tantas emociones lo habían debilitado. Se soltó de su amigo, se sentó y buscó su remedio. Había renovado las hierbas y el aroma era intenso. Aspiró profundamente, combatiendo la sensación de pánico. Deseaba que todo aquello terminara: deseaba ver al rey Tolomeo César, centro de tantas incertidumbres y peligros, muerto y enterrado. Deseaba ser de nuevo Arión.

—Sella la carta —le ordenó—. Debemos irnos.

En el exterior de la cabina, dos esclavos aguardaban para retirar el escritorio y el candelabro. Cesarión les hizo una señal con la cabeza, inició el ascenso por la escalera y, cuando asomaba la cabeza por cubierta, escuchó el sonido de las patas del escritorio que golpeaban contra el suelo al ser desmontadas. Rodón lo seguía en silencio.

El barco de Kinesias se encontraba atracado en el puerto de Eunostos, al oeste del Faro, en una zona de casas destartaladas situada más allá de los muelles centrales protegidos por espigones de piedra destinados a embarcaciones que gozaban de más

privilegios. La gente de Archibios los esperaba formando un grupo compacto en un extremo del ruinoso muelle y dos carros tirados por mulas cargaban con el equipaje.

Kinesias estaba en cubierta y se acercó en cuanto vio aparecer a Cesarión. Se frotó nerviosamente las manos, ofreció lo que pretendía ser una sonrisa apaciguadora pero que acabó resultando una sonrisa afectada, e inclinó la cabeza. A pesar de ser comerciante de esclavos, ladrón, chulo y contrabandista, seguía sintiéndose impresionado ante la presencia de un rey.

—Señor —dijo—, espero que no haya resentimientos.

Cesarión se pasó el extremo del manto por encima del hombro y se colocó el tocado. El manto era nuevo, oscuro y discreto. El tocado, el que Ani le había comprado en Berenice.

—Si me cogen —dijo sin alterarse—, ten por seguro que haré todo lo posible para que te corten la cabeza, tal y como te mereces por abusar de la gente libre. Si no me atrapan, lo único que puedo hacer es rezar para que los dioses te apliquen el castigo que yo no puedo infligirte. Maldito seas, Kinesias, ahora y para siempre. —Realizó un enérgico ademán para despedirse de la mirada cadavérica de Kinesias y descendió a grandes zancadas por la plataforma que conducía hasta el muelle.

Melanthe lo esperaba junto con los demás. Las mujeres le habían encontrado un manto (las mujeres respetables no paseaban por la ciudad vestidas solamente con la túnica) y él, al principio, no se percató de su presencia. Se trataba de un manto sencillo de lino, ya que las tres esclavas no habían podido encontrar nada mejor. No obstante, Melanthe seguía estando hermosa. Lo observaba, ansiosa, desde debajo de su capucha.

Él la saludó con la cabeza; luego hizo lo mismo con los criados y los esclavos. Esperó la llegada de los dos últimos hombres, que venían cargados con el escritorio, y levantó la mano para reclamar la atención de todos.

—Como sabéis —comenzó—, nuestro plan se ha ido al traste y os devuelvo a vuestro señor. Le he escrito una carta en la que le explico la situación y en la que queda claro que ninguno de vosotros es culpable de nada. A lo largo de estos últimos días, me habéis proporcionado un buen servicio y os doy las gracias por ello... al tiempo que me siento satisfecho de poder enviaros a casa. Servís a un hombre bueno y leal y no creo que estuvierais muy felices de abandonarlo ni que, de corazón, no estéis ahora satisfechos de regresar con él.

»Le he dicho a vuestro señor que voy a intentar otro medio para salir de la ciudad. Sin embargo, llevaré a cabo las gestiones necesarias a través de otra persona y, en consecuencia, ya no debéis hacer nada más por mí. Os recomiendo que toméis el camino que sigue los muelles, pues ahí los carros no llamarán tanto la atención. No obstante, si alguien os interroga, decid que estáis trasladando los enseres de una propiedad que vuestro señor acaba de vender. Me despediré aquí de vosotros. —Convocó con un gesto a Chaireas, el jefe de los sirvientes libres. Éste se aproximó y realizó una profunda reverencia. Cesarión le entregó la carta sellada y Chaireas la

guardó acto seguido en el interior de su túnica.

De pronto, se produjo cierto revuelo. Chaireas se aclaró la garganta y preguntó, dubitativo:

—Señor, ¿podríamos acompañaros alguno de nosotros?

—No —respondió al instante Cesarión—. Desearía atraer la mínima atención posible. —Era cierto, y tampoco deseaba que nadie conociera el nombre y la situación del *Soteria*: le parecía más seguro así—. Desapareceré sin hacer ruido. Únicamente vendrá conmigo la muchacha que voy a devolver a su familia.

A Sosias, el mayordomo encargado de los esclavos, no parecía que le hubiera agradado la respuesta.

—¿Y vuestro equipaje, señor? —preguntó, señalando con un gesto el voluminoso baúl de ropa—. Necesitaréis alguien que lo transporte.

—Demasiado llamativo —dijo Cesarión, lanzando una mirada desdeñosa— para transportarlo y también para vestir. Prepárame una túnica y un manto de repuesto en una cesta. Con eso tendré suficiente.

—De cualquier forma, necesitaréis alguien que os lo lleve, señor —insistió el mayordomo, sorprendido—. ¡Un señor no puede cargar con una cesta, como un esclavo!

—La llevaré yo —declaró repentinamente Melanthe.

Cesarión la miró muy serio.

—Tú no eres una esclava.

—Pero estoy acostumbrada a llevar cestas —repuso y miró de forma desafiante a los esclavos—. ¡En Coptos, es algo que suele hacer la gente libre!

Los esclavos pusieron cara de no dar crédito a sus oídos.

—Lo solucionaremos en su momento —dijo Cesarión, intentando reprimir una sonrisa—. Limítate a preparar la ropa de repuesto.

Los esclavos, murmurando incrédulos sobre un mundo donde los señores de la más noble de las sangres se veían obligados a atravesar la ciudad a pie con su equipaje en una cesta, encontraron una cesta adecuada y la prepararon... pero tuvieron que sustituir todo con ropajes menos llamativos. Se produjo un nuevo retraso debido a la apertura de la caja fuerte para extraer de ella una pesada bolsa llena de monedas.

—¡Señor, mi amo se disgustaría si se enterase de que os he permitido partir como un mendigo! —protestó Sosias.

Por fin, pudo desear a sirvientes y esclavos mucha felicidad y contemplar los carros alejándose por los muelles.

Con él se quedaron solamente Rodón y Melanthe.

—¿Tengo permiso para ir con vos? —preguntó secamente Rodón—. Debo advertiros que nos encontramos en una parte de la ciudad no muy segura, y tres iríamos más seguros que dos, o que uno, en mi caso, que no soy más que un pobre filósofo indefenso...

—Puedes venir con nosotros hasta el Heptastadion —le concedió Cesarión—. No

obstante, después, preferiría que fueses a ver a Ar... a nuestro amigo para explicarle la situación. —Cogió la cesta.

Melanthe se acercó al momento y se la arrancó de las manos.

—¡Dije que la llevaría yo!

—No pesa —le dijo Cesarión, intentando recuperarla, aunque con poco entusiasmo.

—¡Entonces permite que la lleve yo! Ellos piensan que no deberías llevarla. Y tú también lo piensas. —Cargó con la cesta y lo miró desafiante—. ¿Has decidido qué piensas hacer?

—Le explicaré la situación a tu padre —respondió con una sonrisa torcida—. Si está de acuerdo, regresaré a Coptos con vosotros a bordo del *Soteria* y mis amigos de Alejandría llevarán a cabo las inversiones necesarias para conseguir un barco.

Su mirada desafiante dio lentamente paso a una amplia y blanca sonrisa de satisfacción.

—¿De verdad? —preguntó sin aliento—. ¡Oh, alabada sea Isis! —Se arrojó en sus brazos, con cesta y todo, y le regaló una sonrisa—. ¡Todo irá bien, ya verás!

Él no estaba tan convencido, pero aquella encantadora cara dedicándole aquella sonrisa era imposible de resistir. La besó. Ella se estrechó contra él y la mano de ella ascendió para acariciarle el cabello y las cicatrices que le recorrían la nuca. Cuando el joven levantó la cabeza, ella seguía sonriendo, con la mirada encendida de amor. Él se estremeció, de pronto terriblemente asustado, y la soltó.

—Si tu padre está de acuerdo —dijo, muy serio.

Se alejó del malecón, siguiendo la estela de los carros. Rodón estaba en lo cierto en cuanto a que aquélla no era una buena zona de la ciudad y a que estarían más seguros evitando las callejuelas hasta que hubieran avanzado hacia el este.

—¡Estará de acuerdo! —declaró Melanthe, corriendo feliz tras él—. Sabes que lo estará. Te quería como socio incluso sin dinero. Cuando se entere de que tus amigos no sólo desean unirte a él, sino que además van a comprarte un barco para ampliar el negocio... creerá que ha llegado a Oriente, donde viven los dioses y todo es perfecto.

—Al parecer, la estima es mutua —dijo Rodón. El joven miró hacia atrás y vio el aspecto divertido de su tutor.

Melanthe bajó la vista, se sentía violenta.

—Sí, señor, mi padre tiene a Arión en mucha estima. Nosotros somos egipcios, y mi padre no ha recibido estudios, pero es algo que valora mucho. Arión es muy educado y sabe muchas cosas. Mi padre siente un gran respeto hacia él.

—Al parecer la admiración es mutua —dijo Rodón, divirtiéndose ya abiertamente.

—Rodón era uno de mis maestros —explicó Cesarión.

—De filosofía y de matemáticas —confirmó Rodón.

—¿De verdad? —preguntó Melanthe, con los ojos brillantes—. ¿Sois filósofo? ¿De qué escuela? ¿Estoico?

—No, gracias a Zeus —dijo Rodón—. Entre mis objetivos no se encuentra la indiferencia hacia los bienes terrenales ni el control de las emociones. No estoy adherido a ninguna escuela. En todas ellas encuentro siempre algo que no es de mi agrado. Supongo que podría definirme como cínico, aunque las etiquetas me resultan tediosas.

—Es un buen maestro —le comentó Cesarión—. Me enseñó las teorías de las distintas escuelas y me ayudó a elegir lo mejor de cada una. Me enseñó a pensar con criterio.

—En este sentido, necesitasteis poca ayuda —dijo Rodón, sonriendo—. Era vuestro instinto natural. —Se volvió hacia Melanthe—. Era un buen estudiante. Muy agudo, muy rápido. Más interesado en la filosofía natural y en la matemática práctica que en la especulación abstracta, algo que es tradición en su familia.

—A mi padre le encantaría conoceros, señor —dijo Melanthe, sin que sus ojos perdieran el brillo en ningún momento—. Le interesa la filosofía, pero en Coptos sólo hay estoicos, y lo único que hacen es rezar.

—Y a mí me complacería conocer a tu padre —repuso Rodón—. Si un egipcio sin estudios es capaz de crear una impresión tan grande en... Arión, debe de ser un hombre realmente notable.

—Todavía no —dijo firmemente Cesarión—. Si Ani está de acuerdo con el plan, llevaremos a cabo los preparativos. Hasta entonces, es mejor que no exista un vínculo evidente entre él y mis amigos de Alejandría. Aún hay muchas cosas que pueden salir mal. —Se estremeció de nuevo. Había mantenido la calma y no había sentido miedo mientras escribía la carta, pero, en aquel momento, cualquier posibilidad lo inundaba de terror. Melanthe había tocado un rincón de su corazón que no había sido capaz de proteger por completo, y lo único que le había proporcionado la amarga sed de amor que allí residía era dolor.

Llegaron al Heptastadion, la carretera que llevaba hasta la isla del Faro. Rodón no paraba de responder a las incesantes preguntas de Melanthe sobre filosofía. Más allá, el Gran Puerto formaba una bahía con un deslumbrante paisaje de agua azul que resaltaba contra el mármol blanco. El templo de César se encontraba junto a la carretera, un edificio imponente de estilo jónico, donde se erigía una estatua de bronce dorado del divino Julio... donde Antilo había huido en busca de refugio y desde donde había sido arrastrado hacia la muerte. A un kilómetro y medio de distancia, en el lado opuesto del puerto, el promontorio de Lochias resplandecía en rojo, oro y verde: el barrio de palacio, donde había nacido Cesarión. En aquellos momentos era César Octaviano quien se encontraba allí, desayunando tal vez en el Salón del Nilo, o tomando un baño matutino bajo el mural de Dioniso y los piratas, mientras se realizaba el cambio de guardia y los soldados que habían vigilado por la noche marchaban a los espaciosos barracones a descansar.

En algún lugar de palacio, Filadelfio estaría levantándose, o sentado junto a una

ventana mientras su niñera lo peinaba, preguntándose qué iba a ser de él. Tal vez estaría de luto por su hermano, que creía muerto.

Cesarión giró la cabeza. No podía ayudar a Filadelfio y jamás volvería a verlo. Recordaba los cálidos brazos del pequeño cuando se colgaba de su cuello y un húmedo beso en la mejilla, una dolorosa tarde en la que sufrió un ataque. Recordaba a su hermano, vestido con su manto de color morado, en los establos, mordiéndose el puño mientras lo veía partir. El dolor era algo físico, un nudo en el corazón.

Se sentía débil. Extrajo la bolsita con el remedio y se lo acercó a la cara.

—Pero ¿qué sucede? —preguntó Melanthe, alarmada—. ¿Estás...?

Negó con la cabeza.

—Sólo pensaba en mi hermano pequeño. —Se recompuso y se dirigió a Rodón—. Nos separaremos aquí —decretó.

Rodón se quedó dudando, pero luego le tendió la mano.

—Sólo por unos días, espero. Enviadme una carta lo antes posible confirmándome el acuerdo y vendré para discutir los detalles.

Cesarión le estrechó la mano.

—Si Ani está de acuerdo.

—Seguro que mi padre estará de acuerdo —declaró Melanthe, confiada—. Nos veremos pronto a bordo del *Soteria*, señor.

—Si no está de acuerdo —dijo Rodón, sujetando con firmeza la mano de Cesarión entre las suyas—, volved a mi casa, os lo suplico. Prepararemos cualquier otra cosa. Estoy profundamente en deuda con vos, señor, y agradecería cualquier oportunidad que se me presentara para complaceros.

Cesarión le regaló una sonrisa forzada, sin atreverse ni a hablar. Retiró la mano y echó a andar por la calle que iba desde el Heptastadion hasta el templo de Serapis. Sabía que Rodón estaría observándolo con una mirada de preocupación.

Se encontraban de nuevo en la parte respetable de la ciudad. Era todavía primera hora de la mañana, pero las tiendas estaban ya abiertas y, a medida que se acercaban a la vía Canópica, la calle se llenaba de gente. Carros y carretas transitaban por la calzada adoquinada y los vendedores ambulantes pregonaban sus artículos en cada esquina. Cesarión tiró del ala de su tocado hacia abajo, subió el extremo del manto y siguió caminando en silencio y a paso ligero. Melanthe corrió tras él, chocando con la cesta contra los transeúntes, hasta que finalmente lo alcanzó y le dio la mano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, ansiosa.

—Tengo miedo —admitió—. No sé qué haré si tu padre dice que no. Y puede decir que no, Melanthe. Nunca le he contado la verdad, y cuando la sepa tal vez decida que el riesgo es excesivo.

—No dirá que no —dijo Melanthe, inclinándose hacia delante para poder verle la cara—. Arión, te ayudó cuando ni tan siquiera sabía quién eras, y anoche me salvaste, a costa de perder... todo lo que tus amigos te habían preparado. ¡No puede decir que no!

Él se detuvo, cogió las manos de la muchacha entre las suyas y la miró un instante. La gente los miraba. Se zambulleron en la sombra de un pórtico y la arrastró detrás de una columna.

—Tengo miedo —volvió a decirle.

—Si tu primo te da por muerto no será tan peligroso.

—No es eso. No sé, creo que todo esto no tiene sentido. En Berenice, temía que si llegaba aquí convertido en el secretario de tu padre me convertiría en otra persona..., y estaba en lo cierto, así ha sido. En el barco... —Cogió aire. No sabía qué intentaba explicarle ni por qué lo hacía. Lo único que sabía era que su corazón palpitaba con fuerza ante el pavor de una catástrofe inminente y que la perspectiva de encontrarse con Ani parecía muy lejana, al otro lado de una barrera que no se creía capaz de superar.

Ella lo observaba muy seria, con sus enormes ojos. El mundo parecía girar entorno a ellos.

—¿Te avergüenzas del hombre en el que te has convertido?

—No —dijo él con sinceridad—. Y creo que debería estar avergonzado, pero no lo estoy. La gente del barco no sabía quién soy. Sólo sabían qué represento. Yo también lo he sabido siempre, aunque no ignoraba que no podría asumir mi condición, debido a la enfermedad... y a que no soy lo bastante bueno o inteligente o fuerte. Reverencian lo que se supone que soy, pero yo... el yo que está aquí, hablando contigo, a ése ni lo ven. Ante mí, se sienten incómodos y guardan silencio. Sólo tú y tu familia sabéis lo que soy de verdad, porque lo otro es algo que no os he contado. Por eso tengo miedo, ¿lo entiendes? Tengo miedo de lo que penséis y sintáis cuando sepáis la verdad. Puedo afrontar la muerte, pero perderme justamente cuando empiezo a ser yo mismo por primera vez... eso no puedo afrontarlo.

Ella le acercó un dedo a los labios.

—Te quiero —le dijo muy seria—. Sé que soy joven y que te conozco desde hace poco tiempo, y sé también que hay muchas cosas que no nos has contado... pero te quiero, y esto no cambiará.

Él recostó su frente contra la de ella y aspiró el aroma de su cabello. Ella le acarició la cabeza, recorriendo con los dedos los estrechos senderos de las cicatrices. La sensación sobrecogedora de miedo dio paso repentinamente a la alegría, una alegría tan intensa que parecía explotar fuera de su corazón y llenar de luz la totalidad del universo.

—Melanthe... —dijo, y el mundo se hizo añicos.

Capítulo 12

Posteriormente, Melanthe se dijo a sí misma que debería haber reconocido los síntomas de lo que vino después. Arión se había puesto muy pálido, la había mirado con una intensidad desesperada y una expresión de terror. Pero no reconoció los síntomas y el ataque la cogió totalmente desprevenida.

Y no se trataba de uno pequeño. Nunca había presenciado uno fuerte, pero éste no era como los que ella conocía. Estaba pronunciando su nombre, a punto de besarla... y al momento siguiente emitió un alarido terrible y se tambaleó sobre ella. Tenía los músculos rígidos.

Ambos cayeron de rodillas al suelo. Él se deslizó de entre sus brazos y rodó sobre el sucio pavimento del pórtico. Estaba rígido, con la espalda arqueada y los labios contraídos en una horrible mueca. Los ojos se le habían quedado en blanco. A su alrededor, todo el mundo los observaba con gestos de alarma.

—¡Arión! —gritó, y se abalanzó sobre él, horrorizada, sin saber qué hacer.

—¡Un hombre está sufriendo un ataque! —exclamó una de las tenderas a su vecina.

Varias personas les escupieron para evitar el contagio y se alejaron de ellos. De repente, Melanthe se encontró rodeada por un círculo de gente que observaba al joven con repulsión. Finalmente no le cupo duda de que estaba sufriendo un ataque. No estaba muriéndose, no se trataba de que un demonio se hubiera cernido repentinamente sobre él o de que hubiera sido poseído por un dios: estaba sufriendo un paroxismo cerebral como en tantas otras ocasiones. Temblando, se arrodilló junto a su cabeza e intentó hacerle las veces de almohada. Los labios de Arión habían adquirido un tono azulado. El tocado se le había caído hacia atrás y la cuerda que lo sujetaba se le clavaba en el cuello; la aflojó deprisa y lo metió en la cesta. Pero él seguía sin recuperar la respiración. No sabía cómo actuar y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no llorar: ponerse histérica no ayudaría mucho.

De pronto, Arión exhaló un profundo suspiro. Su cuerpo se convulsionó de la cabeza a los pies y se quedó flácido. Se produjo una nueva convulsión y echó espuma por la boca... aunque volvía a respirar. Melanthe le cogió la mano y no la soltó. Más gente se acercaba a escupirles.

El dueño de una tienda de quesos que había enfrente se aproximó a ellos haciendo aspavientos con los brazos.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando a Melanthe—. ¡Saca a este loco de aquí!

—Con gusto lo haría —dijo, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Préstanos un carro!

—¿Un carro? Yo no presto nada a un loco y a su puta. ¡Llévatelo lejos de mi tienda!

—¡Yo no soy eso que tú dices! —gritó indignada—. ¡Y él no es un loco! ¿Y cómo voy a llevármelo si no es con un carro?

—¡Limítate a llevártelo! —gritó el tendero—. ¡Esa enfermedad es repugnante! ¡No deberían dejarlos salir! —Le dio una patada a Arión, pero éste no sintió nada.

—¡Déjalo! —gritó, furiosa, Melanthe—. ¡No puedes hacer eso! ¡Es un caballero!

—¡Un caballero! —repitió el quesero con sorna y escupió directamente en la boca llena de espuma de Arión—. ¡Loco asqueroso! ¡Deberían encerrarlo!

Ella recordó de pronto el dinero que le habían entregado a Arión. Le había sorprendido ver que Arión no había preguntado ni comprobado cuánto había, aunque la bolsa parecía pesada. Buscó entre los pliegues del manto y lo encontró atado al cinturón de Arión—. ¡Tenemos dinero! —gritó, señalando la bolsa—. Podemos alquilar un carro. ¿Quién puede alquilarnos un carro?

El quesero observó con sorpresa la pesada bolsa y los remates bordados en oro de la túnica que Melanthe había dejado asomar debajo de aquel sencillo manto. Por un instante, sus ojos centellearon como si aquel rostro le sonara de algo. El cuerpo de Arión estaba completamente laxo. El blanco de los ojos asomaba por entre los párpados a medio cerrar y la espuma se derramaba desde sus labios hasta las confortables rodillas de Melanthe.

—Yo no alquilo mi carro a un loco, aunque tenga dinero —decidió el quesero—. No quiero esa enfermedad asquerosa cerca de mí, no. Lo quiero bien lejos de mi tienda: ¡la gente espera que mis quesos estén sanos! —Le dio una nueva patada a Arión y trató de hacerlo rodar con el pie hasta la calle.

—¡Déjalo! —chilló Melanthe. Apartó con cuidado la cabeza de Arión de su regazo y se incorporó. El tendero dio un nuevo empujón al cuerpo del joven. Entonces la muchacha se precipitó contra él y le golpeó en el pecho—. ¡Me lo llevaré! —le gritó delante de sus narices—. ¡Me lo llevaré lo antes posible, pero no puedo cargar con él!

—Mi amo quiere saber qué sucede —dijo una nueva voz. Melanthe se volvió y vio a un hombre que examinaba con aversión el cuerpo que estaba tendido en el suelo. Se percató de que la multitud congregada había aumentado y de que se extendía hasta la calzada. En la calle, iluminada por el sol, había estacionado un carruaje de cuatro ruedas profusamente decorado, tirado por mulas blancas y rodeado de sirvientes vestidos con túnicas rojas.

—Mi amigo ha sufrido un ataque —dijo ella, intuyendo la presencia de una autoridad capaz de imponer orden—. Quiero llevarlo a casa, pero necesito un carro... o una carretilla, una mula, ¡algo! Necesito llevarlo hasta el barco de mi padre, que está amarrado en el puerto Mareótico. Somos gente respetable, señor. Mi padre es un mercader de Coptos y éste es su socio. Tenemos dinero, podemos pagar.

El hombre hizo una mueca de desprecio, pero regresó al carruaje para informar. El quesero observaba a Melanthe, pero ya no intentaba empujar el cuerpo hacia la calle. Había llegado la «autoridad» y esperaría su veredicto.

Se abrió la puerta del carruaje y salió de él un hombrecillo vestido con un manto de color morado. Avanzó hacia ellos con paso majestuoso.

—¿Es que no hay nadie en esta ciudad capaz de solucionar nada por sí solo? —Parecía muy enojado... y entonces vio a Arión.

Por un momento, Melanthe pensó que también a él iba a darle un ataque: se quedó blanco primero, y a continuación observó con asombro al joven que estaba tendido en el suelo.

—¡Oh, padre Zeus! —exclamó—. ¡Dioses inmortales, no es posible!

—Al parecer, ha sufrido un ataque —le explicó, perplejo, el sirviente—. La muchacha quiere un carro para trasladarlo.

El hombre del carruaje se acercó más a Cesarión, sin dejar de mirarlo. Melanthe observó que su mirada se había quedado clavada en las cicatrices. Al asombro que mostraba su cara se le unió entonces el horror.

—¡Oh, Zeus, Zeus! —murmuró—. Es él. Es imposible, pero es él. —Con repentina urgencia, ordenó—: ¡Subidlo inmediatamente al carruaje!

—¿Señor? —cuestionó el sirviente, como si hubiera oído mal—. ¿Lo queréis en vuestro carruaje?

—¡Sacadlo de aquí ahora mismo! —gritó el hombre vestido de morado.

El perplejo sirviente se encogió y pasó la orden con un ademán a varios de sus compañeros. El hombre que vestía de morado miró a Melanthe. Tenía unos pequeños ojos azules encuadrados en un rostro que expresaba avaricia.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Qué haces tú con... esta persona?

Era su primo. Melanthe lo supuso de inmediato. Tenía exactamente el aspecto que había imaginado. Horrorizada, dio un paso hacia atrás.

—Señor —dijo—, ¿quién...? ¿Qué es lo que deseáis de mi amigo?

Los sirvientes se apiñaron alrededor de Arión. Le colocaron bien el manto, se agacharon y le pasaron las manos por debajo del cuerpo. La cabeza se desplomó hacia atrás sin fuerza alguna.

—Es amigo tuyo, ¿verdad? —preguntó lúgubremente el hombre vestido de morado—. Ven con nosotros.

Melanthe dio un nuevo paso hacia atrás. Los sirvientes levantaron a Arión y lo sacaron del pórtico.

—¡No! —gritó la muchacha con tal intensidad que los obligó a detenerse y se volvieron a mirar. Melanthe salió disparada hacia el grupo. Eran cinco, y Arión yacía inconsciente en sus brazos. No podía arrebatárselo—. ¿Adónde lo lleváis? —preguntó, desesperada—. Sois sus enemigos, ¿verdad? ¡Soltadlo! ¡Llamaré a la guardia!

Los hombres resoplaron, burlándose de ella, y transportaron el cuerpo hasta el carruaje. El hombre vestido de morado se acercó a Melanthe y la cogió del brazo.

—¡No seas tonta! —le espetó—. ¿Es que no sabes quién soy?

—No —fue su breve respuesta—, pero lo que sí puedo decir es que no sois nada

bueno.

—Soy Ario Dídimo —dijo el hombre vestido de morado, irguiéndose para alcanzar el máximo de su poco impresionante altura—. Soy amigo del emperador. Todo Alejandría lo sabe. Debes venir conmigo, pequeña, y explicarme...

Melanthe le dio un pisotón y salió corriendo.

Se abrió paso a trompicones entre la multitud. Sin hacer caso a los gritos, siguió corriendo por la calle al tiempo que se arremangaba la túnica. Al cabo de media manzana, llegó a una calle mucho más ancha. Salió disparada detrás de un carro, esquivó un caballo, saltó un bordillo y llegó a unos soportales. Una vez allí, volvió a cubrirse la cabeza con el manto y caminó a paso ligero, como si estuviera atareada. Los soportales estaban llenos de gente y muchas de las mujeres y muchachas que paseaban por allí llevaban mantos parecidos al suyo. Escuchó un griterío a sus espaldas, pero no se volvió. Al cabo de un rato los gritos se desvanecieron.

Melanthe siguió caminando, llena de temor. Algunos la miraban con extrañeza y se tapó la cara con un extremo de la túnica. La nariz le moqueaba y tenía la mirada vidriosa.

Debería haber impedido que se lo llevaran. Debería... haber mantenido la calma y hablado razonablemente con algún otro tendero. Debería haber conseguido un carro para trasladar a Arión antes de que se armara tanto revuelo. No tenía que haber pedido ayuda. «¡Oh, Isis! ¡Mira que solicitar ayuda a un rico desconocido!... Se me tenía que haber ocurrido que era peligroso.» Había sucumbido al pánico, había perdido la cabeza y Arión moriría por ello.

Ella le había dicho que lo amaba. Él había sufrido el ataque justo después de escuchar esas palabras, y cuando despertara, ¡si es que despertaba!, estaría en manos de su enemigo..., y ella no estaría allí, y Arión pensaría que lo había traicionado. ¡Oh, Isis!

Pero conseguiría ayuda. A su padre se le ocurriría algo. Arión lo había salvado a él: seguro que encontraría una manera. Ario Dídimo, el Amigo del emperador romano... ése debía de ser el primo. Todo en su persona encajaba con lo que Arión había explicado de él. Además, su nombre recordaba al de Arión. Normalmente, las familias utilizaban nombres parecidos para todos los miembros. Seguro que su padre habría oído hablar a sus nuevos socios griegos sobre Ario Dídimo. Tal vez le hubieran contado algo que pudiera resultarles útil. Encontraría una forma de ayudarlo.

Tropezó con una mujer corpulenta que iba cargada con una cesta de verduras.

—¡Ve con cuidado, muchacha! —le soltó la mujer; luego, al mirarla con más atención, le dijo—: ¿Qué te sucede?

—Me he perdido —sollozó Melanthe, secándose las lágrimas con las manos—. Tengo que encontrar a mi padre. Su barco está en el puerto Mareótico, pero no sé cómo ir.

La mujer corpulenta la acompañó hasta la esquina y le indicó el camino.

El puerto Mareótico estaba igual que cuando lo dejó: era un amasijo de

embarcaciones, muelles, almacenes, vagonetas y grúas. Corrió a ciegas, incapaz de recordar dónde estaba atracado el *Soteria*, entre todas aquellas barcazas, esquifes y barcos de vela. Al cabo de un rato de ir de un lado para otro, oyó que la llamaban por su nombre. Se volvió y vio, entre lágrimas, que su padre corría hacia ella.

—¡Papá! —gritó, aliviada, y corrió también hacia él.

—¡Melanthe! —exclamó él, y la rodeó con los brazos.

La muchacha lo abrazó, llorando amargamente.

—Ya ha pasado todo —le dijo él con ternura—. Ya ha pasado todo, mi colibrí, ya estás a salvo.

No había pasado todo, pero era incapaz de hablar.

Su padre la acompañó a lo largo del muelle sin dejar de abrazarla hasta donde se encontraba el *Soteria*. Al verlos, Tiathres corrió hacia a ellos, y sus hermanos y todos los demás se congregaron a su alrededor. Trajeron pañuelos para secarle la cara y tazas con vino aguado, mientras se advertían unos a otros de que no la agobiaran.

Pero faltaba alguien. Harmias, a quien había visto por última vez tendido sobre la cubierta con la cabeza ensangrentada, no estaba.

—¿Y Harmias? —preguntó. El silencio repentino respondió antes de que su padre tuviera que admitirlo.

—Murió antes de que yo regresara. ¡Oh, mi niña querida, tenía miedo por ti! —Le hablaba en demótico, un idioma con el que rara vez se dirigía a ella—. ¿Estás bien, mi pequeña? ¿Te han hecho daño?

—Tienen a Arión —le dijo.

Por el silencio que siguió, se dio cuenta de que, naturalmente, lo único que ellos sabían era que una banda de ladrones se la había llevado a rastras del *Soteria*.

—Él... me rescató —comenzó a explicar—. Me llevaron a un barco para venderme, pero Arión se encontraba allí. Zarpaba a Chipre en aquel mismo barco. Les dijo que me dejaran marchar, pero ellos no querían y hubo una pelea. Mataron a Aristodemos. Yo...

—¿Aristodemos estaba en ese barco? —preguntó Ani. Su expresión cada vez era más sombría.

Melanthe hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Les pagó cien dracmas por robar el *Sotena* y les prometió el cargamento, sólo que no había nada. Les había dado la orden de que destruyeran todos los documentos, pero los escondí. ¿Los has encontrado?

—Sí —dijo Ani, y le dio un golpecito en el hombro—. Eres una muchacha muy inteligente. Las autoridades del puerto vinieron después del robo. Alguien les había enviado una carta diciendo que nuestro cargamento era robado. Sin esos papeles, habríamos tenido problemas. No me cabía ninguna duda de que Aristodemos estaba detrás de todo esto. Les dije a los guardias que lo arrestaran, pero jamás harían una cosa así con un caballero griego. ¿Así que ha muerto...?

—Lo ma-mataron —tartamudeó Melanthe, recordándolo, y empezó a temblar—. No vi cómo. No sé qué le pasó. Dio un suspiro profundo y dejó de hablar. Lo depositaron en el suelo. Tenía la mirada fija y no respiraba. Yo creo que alguien lo apuñaló. Llevaban cuchillos. Arión también tenía uno escondido bajo el manto. No lo vi hasta que lo sacó para ma-matar a Nikokrates... el jefe de los ladrones. Fue horrible. Me alegro de que Arión lo matara. Iban a ven-venderme en un burdel de Chipre. Nikokrates consiguió que Aristodemos le pa-pagara por ello, en lugar de venderme a ti, por-porque Aristodemos te odiaba tanto que pa-pagaría para hacerte infeliz. —Tragó saliva—. Y entonces Kinesias, el capitán, dijo que no llevaría a Arión y le ordenó que abandonara el barco.

»Así que dejamos el barco esta mañana. Un amigo de Arión me pidió que hablara con él, porque al parecer pretendía suicidarse. Iba a Chipre a administrar una propiedad, pero la pelea lo echó todo a perder. Pensaron en buscar otro barco, pero él no quería ocasionar más problemas a sus amigos, así que decidió que no tenía otra salida que el suicidio. El amigo de Arión me dijo que lo convenciéramos para que regresara con nosotros a Coptos, que él y otras personas le proporcionarían un barco... un segundo barco, papá, para que formara un convoy con el *Prosperidad*. Así que le supliqué a Arión que aceptara el plan. Él dijo que primero quería hablar contigo, y cuando veníamos hacia aquí... tuvo un ataque. —Se echó de nuevo a llorar—. Se desplomó delante de una tienda, y el dueño salió y comenzó a darle patadas. La gente le escupía y lo llamaba loco despreciable. El hombre me dijo que me lo llevara de allí, pero yo no podía, sin un carro, y no querían prestarme ninguno. Entonces llegó un hombre rico. Yo pensé que me ayudaría, pero era el pri-primo de Arión. Les di-dijo a sus hombres que se lo llevaran y lo subieran al ca-carruaje. Yo no pu-pude hacer nada. ¡Lo ma-matarán!... —Se tapó la cara con las manos—. ¡Si no fuese por mí, ahora estaría rumbo a Chipre!

—¡Tranquila, tranquila! —dijo Tiathres, abrazándola.

—Cálmate —le ordenó Ani—. Respira hondo. Bien, ¿estás segura de que ese hombre era el primo de Arión?

Sintió un torrente de consuelo y se sonó la nariz. A su padre se le ocurriría algo.

—Creo que sí —contestó enseguida—. Era rico y dijo que era amigo del emperador. Reconoció a Arión en el acto y exclamó: «¡Oh, Zeus, es imposible, pero es él!», y ordenó a su gente que lo trasladaran a su carruaje. Dijo que se llamaba Ario Dídimo, un nombre que se parece al de Arión.

—¡Ario! —exclamó alguien del grupo. Al levantar la cabeza, vio que se trataba de Apollonios, el marinero de Kleon—. ¡Dicen que Ario es el hombre más poderoso de Alejandría!

—¿Qué sabes de él? —preguntó rápidamente Ani—. He oído su nombre muchas veces desde que llegamos aquí, pero no sé nada de él.

Apollonios se rió sarcásticamente.

—Al parecer, los egipcios nunca se enteran de nada. Es un filósofo. Formaba parte de la corte de la reina, pero nunca llegó a ser nadie, así que fue a ver al emperador y ahora está en lo más alto. Cuando César entró en la ciudad, Ario iba a su lado en la carroza. El emperador dijo a la ciudad que su actitud clemente se debía en parte a la intercesión de Ario. Consigue todo lo que quiere de él. Todo el mundo quiere ser su amigo. En estos momentos, es un hombre muy, muy importante.

—Es pequeño y feo —dijo apasionadamente Melanthe—. Intentó meterme también a mí en su carruaje pero logré escapar.

—Mejor —dijo Apollonios—. Es un hombre al que es preferible evitar.

Melanthe lo miró de reojo y luego a su padre.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó, suplicante—. Yo tengo la culpa de todo. Arión estaría camino de Chipre de no haber sido por mí.

—No es culpa tuya que te secuestraran —le dijo Ani, muy firme. Suspiró y le acarició el cabello. De repente tenía un aspecto terriblemente agotado—. ¡No lo sé, Colibrí! Imagino que deberíamos ir a ver a Ario y decirle que su primo no reclama ninguna herencia, que si le deja marchar, me lo llevaré y nunca volverá a verlo.

—¿Estás loco? —intervino Apollonios—. Si Ario considera que ese joven epiléptico es su enemigo, ya puede darse por muerto. Nadie en Alejandría movería un dedo para salvarlo. Arión lo sabía: te dijo que no hicieras nada. ¡Por Zeus, y aunque Ario no te hiciera nada, todo el mundo te buscaría problemas con tal de complacerlo!

—¡Tengo una deuda con ese joven! —dijo Ani, mirando de reojo a Melanthe.

—¡El cargamento no es tuyo! —gritó Apollonios, poniéndose en pie—. Es de Kleon. ¡Kleon me envió para controlar las cosas y tú no vas a echar al traste una empresa boyante por culpa del novio de tu hija!

Melanthe estalló de nuevo en sollozos.

—Arión nunca hizo daño a su primo —dijo Ani, manteniendo la calma—. No se merece tanto odio.

—¡Eso tú no lo sabes! —espetó Apollonios—. ¡No sabes nada sobre Arión, excepto que se niega a responder a las preguntas!

—Sé lo más importante sobre él —respondió Ani, cortante—. Y sé que me gusta mucho más que tú.

Apollonios rió sarcásticamente.

—Sí, eso es evidente desde hace mucho tiempo. Un joven griego, agradable, con una bella voz, de buena cuna, bien educado. Una pena lo de la enfermedad... y que sea demasiado orgulloso para fijarse en ti. ¿Pensabas dárselo a tu hija o compartirlo con ella?

—¡Griego maricón...! —rugió Ani, poniéndose en pie de un brinco—. ¡No me acuses de lo que tú eres! —Se abrió paso entre los demás y se abalanzó violentamente sobre Apollonios.

Apollonios se tambaleó contra la borda. Luego se recuperó y se lanzó contra su

adversario. Tiathres gritó. Ani y Apollonios cayeron en cubierta, maldiciéndose y sin dejar de pegarse.

Todos los presentes, excepto Ezana, iban a favor de Ani. No paraban de animarlo y de dar patadas a Apollonios.

Tiathres dio un brinco, cogió un cubo, lo hizo descender con la cuerda hasta el agua por encima de la borda, lo subió y lanzó la sucia agua del puerto sobre los combatientes. Ambos se separaron, tosiendo. Ezana cogió a Apollonios, lo arrastró hasta la zona de popa y empezó a discutir a gritos con él. Tiathres, mientras tanto, se arrodilló junto a su esposo y lo abrazó. Le suplicó que se dejase de peleas, y menos con el hombre de su socio. Ani permanecía sentado, chorreando. Se secó un corte que había sufrido en la mejilla, maldiciendo, y le lanzó una mirada asesina a Apollonios.

Melanthe se tapaba la cara. Su padre era un hombre, no un dios. No podía obrar milagros. No había salvación. Arión la había ayudado, a costa de su propia seguridad, y ahora el muchacho moriría por ello.

Más aún, ella lo había abandonado, se percató con una ardiente punzada de vergüenza. Si hubiera accedido a ir con el hombre de morado, tal vez hubiera podido ayudarlo... pero había huido y lo había abandonado. Ahora comprendía cómo se había sentido él en el templo de Ptolemais cuando se dio cuenta de que había fallado a aquellos a quienes había comprometido su corazón; comprendía por qué había querido morir.

La tripulación del *Soteria* fue calmándose gradualmente. El amigo de Apollonios lo convenció para que pidiera perdón, cosa que hizo a regañadientes. Las disculpas fueron aceptadas también a duras penas. Melanthe se acostó en la cabina de popa, tapada hasta la cabeza con una sábana. Su padre se dirigió a las autoridades del puerto para informar del retorno de su hija. Ellos se encargarían a su vez de dar parte a la guardia de la ciudad, quien enviaría a alguien para interrogarla.

—Si no te sientes capaz de hablar con ellos, dilo —le dijo a su hija cuando regresó—. Puedo decirles que vengan en otro momento.

Melanthe retiró la sábana que le cubría la cabeza y lo miró con cara de pena. El rostro de su padre, que siempre le había parecido lleno de inteligencia, estaba magullado. Se le veía agotado y avergonzado. Un arranque de compasión se abrió paso entre el inmenso dolor que sentía. No era un dios... pero la quería y se había vuelto loco por su seguridad. Habría ayudado si hubiera podido, aunque ello supusiera arriesgar su vida.

Se sentó y le dio un abrazo. Su padre la correspondió.

—Lo siento mucho —dijo Ani, en un hilo voz.

—No podemos hacer nada —musitó ella—. Cuando venga la guardia, ¿qué les digo de Arión, papá?

La soltó, la miró con expresión grave e infló las mejillas.

—No lo sé —dijo finalmente.

—Les diré la verdad, que me salvó. Aunque si Ario es tan poderoso como dicen, tal vez le cause problemas. Lo que no entiendo es por qué estaba Arión en aquel barco. Dijo que no quería llamar la atención y que le preocupaban las autoridades portuarias, pero no comprendo por qué, como tampoco entiendo por qué no podía esperar a que sus amigos le buscaran otro barco. Es muy extraño. Su gente fue quien mató a Aristodemos. Y eso puede traer problemas, para él o para sus amigos.

—¿Su gente? —preguntó Ani, confuso—. Creía que habían sido los ladrones quienes habían matado a Aristodemos.

—No —dijo Melanthe—. Fue un hombre de Arión. No sé quiénes eran. No eran esclavos. Iban armados. Llevaban cuchillos, y en uno de sus camarotes vi también lanzas. Los acompañaban al menos una docena de esclavos, más tres mujeres que cuidaron de mí. Él dijo que todos pertenecían a un amigo suyo, y cuando nos fuimos los envió de nuevo con él. —Permaneció un momento en silencio. Los acontecimientos de la noche anterior y de aquella mañana le parecían como un sueño, irreales, empañados por la intensidad de las emociones—. Su camarote estaba cubierto de alfombras e iluminado por candelabros de plata —continuó. Parecía como si se diera cuenta por vez primera de todo lo que había vivido—. También ordenó que se llevaran todo eso. Y había ropas de seda, que no quiso porque decía que llamarían la atención. Los esclavos se ofrecieron a acompañarlo para transportar sus cosas, pero se negó. Todos lo llamaban «señor». Incluso su amigo lo llamaba así.

—¿Estás segura? —le preguntó Ani con el entrecejo fruncido, sin soltarle las manos.

—Sí. —También ella frunció entonces el entrecejo—. Arión pensaba explicártelo todo, aunque temía que no lo ayudases cuando supieras la verdad. Yo le dije que sí lo harías.

Ani sacudió la cabeza, insatisfecho.

—Por supuesto, Colibrí. Tal vez aún podamos hacer algo. Has mencionado a un amigo que lo acompañaba. ¿Sabes cómo se llama?

—Rodón —dijo Melanthe enseguida—. Es un filósofo. Al principio no me gustaba, porque... porque no quería que me sacasen del barco, por... por si llamaba la atención de las autoridades. Le dijo a Arión que me llevase con él a Chipre. Pero esta mañana se mostró muy amable y educado, y dijo que tú debías de ser un hombre notable para haber impresionado tanto a Arión y que quería conocerte.

Ani se quedó sorprendido, entre halagado e insatisfecho.

—Rodón —repitió—. Creo que Arión lo ha mencionado alguna vez.

—Dijo que era su maestro.

Ani frunció el entrecejo. De pronto, se oyó un grito en el muelle.

Se miraron, repentinamente asustados, se pusieron en pie y salieron a cubierta.

Una columna de romanos, encabezada por un impaciente oficial del puerto, avanzaba a paso ligero por el muelle. Serían una treintena. Llevaban túnicas rojas

bordadas en oro, coraza pulida y cascos relucientes con altas crestas de crin de caballo también rojas.

Melanthe se quedó boquiabierta. No le habla dicho a Ario quién era ella: no podía ser.

Sin embargo... al criado de Ario sí le había contado que su padre era un mercader de Coptos y que tenía el barco atracado en el puerto Mareótico. El comercio procedente del Mar Rojo seguía siendo escaso: era probable que no hubiera ningún otro mercader de Coptos atracado allí. Y menos, seguramente, que hubiera llevado consigo a toda la familia. Y la autoridad portuaria estaría al corriente, después de los acontecimientos del día anterior, de que Ani, hijo de Petesuchos, tenía una hija.

—Papá —dijo, abatida.

—¡Por Isis! —gimoteó Ani—. Colibrí, creo que no hemos entendido nada desde el principio.

Apollonios, sorprendido también por aquella inesperada intrusión, levantó la cabeza y vio a los romanos. Se volvió furioso hacia Ani y exclamó:

—¡Es culpa tuya!

Capítulo 13

Cesarión se despertó con una profunda sensación de alegría y gratitud, con la impresión de que le había ocurrido algo maravilloso, aunque no recordaba qué. Estaba acostado, relajado, respirando con tranquilidad y contemplando las pinturas de la pared. Se trataba de *Ulises en el Hades*, de Apolodoro, lo que significaba que se hallaba en la cámara de las audiencias privadas del Gran Palacio. No recordaba haber ido hasta allí, pero era normal: había sufrido un ataque. Se encontraba débil, cansado y dolorido, como siempre que le daba uno de los fuertes, pero no tenía la habitual sensación de culpabilidad y vergüenza. En unos instantes, pensó soñoliento, llegaría alguien con alguna bebida fría y pediría que le preparasen un baño. —Está despierto —dijo alguien. Había algo allí que no encajaba. La voz... había hablado en latín. Luchó para incorporarse y sentarse, pero descubrió que estaba tumbado en el suelo y que tenía las manos atadas. Las miró sin poder creerlo: estaban atadas con una tira de cuero oscuro que parecía un trozo de arnés de caballo. Levantó la vista y vio a un hombre de pie que lo observaba pensativo.

Tendría unos treinta y cinco años. Era de piel blanca y bien parecido, de semblante delicado, frente amplia y una barbilla pequeña y redondeada; el cabello, de color castaño, le caía en gruesos mechones sobre la frente y las orejas. Vestía una túnica blanca, atravesada por la amplia banda de color morado de la orden senatorial. No llevaba manto y lucía en la mano derecha un gran anillo de oro con un sello. La cara le resultaba familiar.

—Estáis en palacio —le explicó el hombre, en griego—. Sufristeis un ataque en la calle Serapeion, cerca de la vía Canópica y, por desgracia para vos, mi amigo Ario os encontró y os trajo aquí. —Retrocedió y tomó asiento en un sillón, frente a Cesarión.

Cesarión observó sus manos atadas y luego levantó la mirada hacia aquel hombre. Empezaba a recordar dónde había visto aquella cara: en estatuas y monedas.

—¡Octaviano! —dijo. Sentía la garganta seca.

El emperador suspiró.

—Mi nombre es Cayo Julio César, como mi padre.

—Padre adoptivo —disparó Cesarión, a modo de respuesta—. Hasta que tuvisteis mi edad, erais Cayo Octavio.

—Y vos —replicó Octaviano— fuisteis Tolomeo César desde que nacisteis y os dieron el título de «rey» a los tres años. Pero yo soy emperador y vos no —concluyó la argumentación, alzando los brazos—. ¿Cómo es que estáis vivo?

El corazón empezó a latirle al ritmo lento y débil de sus tripas. Se preguntaba si habrían encontrado el cuchillo que llevaba encima. No se atrevía a comprobarlo mientras estuvieran observándolo. Paseó la mirada por la estancia y se percató de la

presencia de otro hombre que permanecía de pie junto a la puerta. Era moreno, robusto e iba sencillamente vestido; aunque obviamente no se trataba de un criado. En la pared opuesta, un tercer hombre, a quien sí conocía, Ario Dídimo, filósofo, antiguo miembro de la corte, traidor y ambicioso, permanecía sentado en silencio. No vio a nadie más.

La sala de las audiencias privadas tenía dos puertas. Una de ellas comunicaba con el Salón Rojo. La otra, más pequeña, daba a un largo corredor que conectaba con un pasadizo por el que se accedía a los establos. Se utilizaba, obviamente, cuando se quería salir de palacio sin ser visto. Era muy probable que lo hubieran conducido hasta allí por el pasadizo. Al otro lado de la puerta habría guardias, por supuesto, y también en el Salón Rojo. Seguramente, el motivo por el que no había guardias en el interior de la sala era porque el emperador no quería que la gente lo viera ni que nadie supiera que seguía con vida. No había salida. Estaba atado, aún se sentía débil a consecuencia del ataque y el hombre moreno no dejaba de observarlo. No había escapatoria. Moriría.

Volvió a mirarse las manos y las alzó en busca del remedio. No estaba.

—Os hemos cogido la medicina —dijo el emperador—. También el cuchillo que llevabais cosido a la túnica. —Adelantó un pie y Cesarión vio sus dos posesiones en el suelo, sólo a dos palmos de donde se encontraba, pero fuera de su alcance—. Responded a la pregunta, hijo de Cleopatra.

Iba a morir, pero primero querían que hablase. No debía traicionar a ninguno de sus amigos. Cerró los ojos, se obligó a respirar hondo y volvió a abrirlos.

—Cuando atacaron mi campamento —le explicó a César Octaviano, aliviado al ver que su voz no se alteraba—, sufrí un ataque y caí en un profundo estupor. Me hirieron gravemente en el costado. Según parece, los hombres que enviasteis a matarme me dieron por muerto y me colocaron en la pira. Cuando me desperté era de día y nadie vigilaba, así que me limité a salir de allí por mi propio pie. A modo de mortaja, habían colocado sobre la pira el toldo de una tienda; al parecer no se les ocurrió levantarlo y no se percataron de que me había escapado. No hubo ninguna traición, oh emperador, exceptuando la de Rodón hacia mí. —Hizo una pausa, para añadir a continuación—: El medicamento que me habéis quitado es un remedio para la enfermedad sagrada, no un veneno. No tenéis motivo alguno para privarme de él.

—Había oído decir que padecíais la enfermedad —dijo Octaviano, pensativo.

—La heredé —replicó Cesarión—. De mi padre.

El emperador sonrió.

—¿Y quién era, oh rey? ¿Lo sabéis acaso?

—Sí —dijo sin alterarse—. Tan bien como vos.

La sonrisa se esfumó para ser sustituida por una mirada de fría evaluación.

—Muy bien. Así que decís que fue un simple error, nada que ver con una traición, por lo que sobrevivisteis a vuestra ejecución. Imagino que debo creeros, ya que he sido testigo de los profundos estupores que causan los ataques epilépticos y vos habéis dado sobradas pruebas de que estáis sujeto a ellos. ¿Cómo escapasteis y qué infortunio os

trajo hasta aquí?

Lo de estar sentado en el suelo como un niño asustado no era bueno en absoluto. Cesarión se puso lentamente en pie y enderezó su cuerpo, intentando con todas sus fuerzas parecer un lágida, un auténtico rey.

—Si han regresado los hombres que enviasteis a apresar nuestro barco, veréis que en su informe aparece un alejandrino llamado Arión que en Berenice intentó ponerse en contacto con el hombre responsable de custodiar el navío. Conseguí engañar al centurión, Cayo Paterculo, gracias al falso nombre que adopté y a las noticias que había recibido sobre mi muerte. Le dije que era un oficial bajo el mando de Eumenes, el comandante de mi guardia personal, y se lo creyó. Viéndome joven, herido y desarmado, decidió que yo no supondría ningún peligro para nadie y, siguiendo vuestra política de clemencia, me dejó marchar.

Octaviano frunció las cejas.

—Un grave error.

—¿Qué peligro supongo para vos? —preguntó Cesarión, amargamente—. Tenéis Egipto. No pude ni huir al exilio y me he convertido en un fugitivo en mi propio país. Quería regresar a Alejandría para ayudar a mi madre y recoger a mi hermano pequeño, pero durante el viaje me enteré de que mi madre había muerto y sé que mi hermano está más allá de mi alcance. Mi única opción era desaparecer silenciosamente y vivir el resto de mi vida con un nombre falso.

—¿Quién os ayudó? —preguntó Octaviano, implacable—. Es imposible que llegarais hasta Alejandría por vuestra cuenta.

—Vine a Alejandría por la vía normal. No le dije a nadie mi nombre verdadero ni revelé mi identidad. Por si os interesa saberlo, escribí cartas para pagarme el viaje. Llegué a la ciudad hace escasos días y, cuando ese traidor me encontró, intentaba resolver mi futuro. —Miró a Areios con desdén y por encima del hombro.

—Ibais con una muchacha —apuntó Ario, sin levantar apenas la voz—. Una egipcia. Dijo que su padre era un mercader de Coptos y que vos erais su socio.

Cesarión permaneció inalterable, manteniendo la expresión de majestuosa lejanía que había utilizado en innumerables ceremonias.

—Es un don nadie. Uno de los muchos con los que me tropecé a lo largo del viaje. Si la vierais sabríais por qué la tenía conmigo. ¿Dijo de verdad que yo era socio de su padre? ¡Por Heracles, qué ilusa!

—Llevabais también con vos una bolsa con cuarenta dracmas —dijo lentamente Octaviano—. Y vestís una túnica de buena calidad, no un atuendo militar, con ese ingenioso bolsillo para alojar un cuchillo... ¿Os vistieron así para colocaros en la pira o lo obtuvisteis gracias al sueldo recibido como escriba?

Deseaba desesperadamente no haber aceptado aquel dinero y haber vestido su sencilla túnica militar de color rojo. Llevaba aquélla por el bolsillo para el cuchillo..., y no podía negar que le había sido útil.

—¿Y bien? —preguntó Octaviano.

Cesarión sacudió la cabeza.

—Algunos amigos me han dado dinero y se han ofrecido a proporcionarme una forma de subsistencia. Pero nadie me ha pedido que me enfrentara a vos. Ni tampoco yo he pedido ayuda a nadie para hacerlo. Como he dicho, mi plan era desaparecer en silencio, objetivo que sin duda vos compartís.

—¿Quién os ha ayudado? —preguntó el hombre moreno, que no se separaba de la puerta.

Hablaba en latín, con una voz profunda y tonante. Cesarión lo miró de soslayo y volvió la vista al emperador.

—No diré sus nombres —dijo en latín—. Os aseguro que no existe ninguna conspiración contra vos. Su único crimen ha sido quererme con vida.

El emperador arqueó las cejas.

—Vuestro latín es tan fluido como me dijeron. —También él había cambiado al latín—. Os educaron, no obstante, con la esperanza de gobernar sobre los romanos, ¿no es eso? Me temo que no podemos aceptar vuestras garantías.

El hombre moreno abandonó su puesto junto a la puerta y se acercó. Cesarión notó una mano robusta que se posaba sobre su hombro. Se obligó a mantener la calma y a no volverse para mirar.

—¿Cuánta gente sabe que seguís con vida? —le preguntó al oído la voz profunda.

Permaneció erguido e inmóvil.

—Pronto se enterarán de que estoy muerto. —Entonces se permitió volverse para contemplar aquella cara amenazadora—. Supongo que vos sois Marco Vespasiano Agripa.

El emperador soltó una leve risotada. Agripa puso mala cara. No se había equivocado en la suposición: se trataba del general en jefe y mano derecha del emperador. La actitud de Ario sugería que la única razón de su presencia en la sala era haber traído a Cesarión hasta allí. Era probable que ni siquiera entendiera lo que decían, ahora que habían empezado a hablar en latín.

—Nos planteáis una dificultad —dijo Octaviano, todavía en latín—. Habéis sido proclamado públicamente muerto. Vuestras cenizas han desfilado por el Nilo y han sido expuestas en todas las ciudades situadas entre Alejandría y Coptos. Vuestro regreso tiene todo el aspecto de un milagro. Si admitimos haber cometido un error, la gente pondrá en duda cualquier declaración que podamos realizar en el futuro. En la próxima mala siembra, nos enfrentaremos con una cosecha de pretendientes al trono.

—Una hilera interminable de Cesariones regresados de la muerte —rugió Agripa — y acompañados tal vez por una o dos Cleopatras.

—No espero recibir un perdón público por el error cometido —dijo Cesarión, complacido con su propia frialdad—. Sois perfectamente capaz de corregirlo en privado.

—La cuestión es si podemos —le dijo Octaviano—. ¿Cuánta gente sabe que seguís con vida?

—Muy pocos —le dijo Cesarión—. Emperador, sabéis muy bien con qué facilidad nos traicionan los amigos. Si hubiera pedido ayuda a tres personas, una de ellas al menos me habría traicionado.

—¿Qué dos os ayudaron, entonces? —preguntó Agripa.

Cesarión permaneció con la mirada perdida al frente, sin responder. La mano que seguía apoyada en su hombro presionó con más fuerza y la otra mano lo cogió por la barbilla y lo obligó a volver la cabeza, de modo que no tuviera otro remedio que mirar directamente aquellos ojos profundos.

—Estáis oficialmente muerto —dijo el general—, así que podemos hacer con vos lo que nos plazca. ¿Creéis que no somos capaces de obligaros a decir la verdad?

Tragó saliva de manera involuntaria y vio, avergonzado, que Agripa se había percatado de ello. Cesarión recordaba la facilidad con que Hortalo lo había doblegado en Ptolemais. Entonces no creía que nadie se atreviera a abusar de él. Pero en estos momentos sí.

Agripa le soltó la barbilla y repasó con el pulgar las cicatrices de la nuca. Recordaba las caricias que Melanthe le había prodigado aquella mañana en ese mismo punto, explorando con curiosidad, con amor, deseosa de conocer más de él. Cerró los ojos, temblando.

—¿Por qué tenéis eso? —preguntó Agripa.

¡Por Apolo, no, por favor!

Oyó al emperador que se levantaba y se acercaba para observar. Sintió cómo el dedo imperial trazaba el recorrido que la huella del hierro candente al rojo vivo le había dejado marcada en el cráneo.

—Había oído hablar de ello —dijo Octaviano—. Mi tío lo mencionó en una ocasión. Un tratamiento para la enfermedad sagrada. Hierros candentes.

—¿A un «rey»? —cuestionó Agripa, sorprendido.

—Me imagino que la reina pretendía curarlo —dijo el emperador—. Al parecer, él no era capaz de llevarle la contraria en nada. —Regresó a su sillón y volvió a sentarse—. ¿O acaso os sometisteis voluntariamente?

Cesarión no respondió. Los recuerdos de los hierros cauterizadores le agarrotaban la garganta y sabía que no podría hablar, que le saldría un grito. Necesitaba el remedio. ¡Por Dioniso, resultaría humillante sufrir un ataque en esos momentos!

—Mi tío jamás hubiera permitido que se le acercara un médico —informó Octaviano, inclinándose hacia delante—. ¿Volveríais a someteros a ese tratamiento? No me cabe duda de que conocéis el dolor mucho mejor que la mayoría. ¿Cuánto creéis que podréis soportarlo?

—Ario, ¿entiendes lo qué están diciendo? —gritó Cesarión, en griego—. Me torturarán para obtener los nombres de los amigos que me han ayudado. Tú lo apruebas,

¿verdad?

Ario se replegó contra con la pared. Cesarión miró de nuevo a Octaviano.

—¿También lo aprobarán los torturadores? —preguntó, sin abandonar el griego, para asegurarse de que todo aquel que pudiera escucharlo entendiera lo que decía—. Soy un lágida, un dios e hijo de un dios. Soy también pariente vuestro, el hijo del padre adoptivo a quien tanto honor profesáis. Incluso vuestros amigos se estremecen ante este acto. ¿Y qué obtendríais con ello? ¿Uno o dos nombres que de todos modos, podéis estar seguro, jamás admitirán haberme visto con vida? No ha existido ninguna conspiración. Habéis ganado, César. Egipto es vuestro, mi madre está muerta y pronto lo estaré también yo.

—No nos gusta tener que aceptar vuestra palabra en lo que respecta a la conspiración —dijo Agripa, detrás de él.

—Y a mí no me gusta que me pidan que traicione a mis amigos —respondió Cesarión—. Tú los silenciarías para siempre. Tal vez no pueda soportar mucho dolor... pero lo intentaré. No te daré los nombres gratuitamente.

El emperador suspiró e hizo un gesto en dirección a Agripa. El hombretón abandonó a Cesarión y se sentó junto a su amigo. Los dos, codo con codo, lo observaron seriamente.

—No condenaría a muerte a vuestros amigos —dijo Octaviano.

Cesarión resopló.

—No, por supuesto que no.

—¿Quién fue? ¿Timágenes? ¿Athenion? ¿Hermógenes? ¿Archibios?

Cesarión no dijo nada. Se abrazaba a la idea de que jamás se le ocurriría pensar en Rodón.

—¡No les haré ningún daño! —repitió Octaviano, impaciente—. ¿No veis que ya es tarde para andarse con ejecuciones? Ya maté a todo aquel que tenía que matar durante los primeros días. ¡Empezar ahora a decapitar a seguidores vuestros atraería precisamente el tipo de atención que deseamos evitar!

—Sois rey, incluso más que rey —replicó Cesarión—. No hay nada ni nadie que pueda controlar vuestros actos. Si llegarais a saber el nombre de mis amigos, ni la opinión del pueblo podría salvarlos.

—¡No soy un monstruo! —exclamó el emperador—. He luchado para conseguir Egipto, pero ahora es mío y deseo que prospere en paz. He sido clemente y piadoso. Seré también generoso con vuestros amigos.

—¿No fue eso mismo lo que le dijisteis a mi madre? —preguntó Cesarión—. ¿Que la trataríais con generosidad? Pero vuestra intención era exhibirla como un trofeo y, cuando temisteis que pudiera liberarse de vos mediante el suicidio, la amenazasteis con asesinar a sus hijos. ¡Ésa es la auténtica medida de vuestra clemencia!

—No los he matado.

—¿Qué sentido tenía estando ella muerta? César, me habéis amenazado con

hierros candentes... ¿Pretendéis que crea que vais a perdonar a mis amigos?

—Así no llegaremos a ninguna parte —dijo Agripa—. Encerradlo bajo llave y veamos qué podemos averiguar.

Cesarión comprendió entonces que en ningún momento habían tenido intención de torturarlo. Simplemente intentaban asustarlo para que hablara. Se avergonzaba de haberles creído.

—¿Encerrarlo dónde? —preguntó Octaviano—. Seguramente ya deben de correr rumores por todas partes: «Ario llegó corriendo a palacio con un cuerpo escondido en su carruaje; llevaba la cara cubierta con un manto y lo metieron a toda prisa en una cámara privada. El emperador y Agripa están encerrados con él; dioses y diosas, ¿quién te imaginas que puede ser?»

Ario estaba conmocionado.

—¡Lo hice lo mejor que pude, señor! —dijo protestando—. Mis criados no lo reconocieron, e intenté evitar que alguien lo viera.

—No era una crítica —dijo Octaviano al instante—. Lo has hecho muy bien. Me refería a que ya correrán rumores por la ciudad. La gente estará ávida por descubrir qué sucede, y si alguien lo ve, el rumor se extenderá por toda la ciudad en menos de una hora. «¡Tolomeo César ha regresado de la muerte y se encuentra prisionero en palacio!» Se produciría un levantamiento antes de que terminara el día. Y si lo trasladamos con la cabeza tapada y con una guardia especial, dará la impresión de que queremos ocultar algo. —Apoyó la barbilla en el puño, observando con furia a Cesarión.

—De momento lo dejaremos en el corredor —sugirió Agripa—, atado con grilletes y vigilado por dos hombres de confianza. Eso nos ahorraría montar turnos de vigilancia especiales en la cárcel. O podríamos colgarlo inmediatamente, aunque no me parece recomendable sin saber antes con quién se ha visto.

Octaviano suspiró y estiró los músculos.

—El corredor —decidió—. Sí, llévalo allí y pregúntale a Longino si ha localizado ya a la muchacha.

Cesarión apretó las manos intentando mantener la impasibilidad en sus facciones. «Localizar a la muchacha. Una muchacha egipcia que dijo que su padre era un mercader de Coptos...»

¡Oh, Zeus! Sabiendo aquello, localizarían a Melanthe. Ani debía de haber montado un buen revuelo con su desaparición y la guardia debía de estar buscándola. Cualquier comerciante que procediera de Coptos utilizaría el puerto Mareótico, y en aquellos momentos había pocos mercaderes con aquella procedencia.

—Ya os lo he dicho —dijo, consiguiendo mantener la voz firme—, esa joven no es nadie. Jamás le dije ni a ella ni a su padre nada sobre mí.

Tanto Octaviano como Agripa lo miraron fijamente. Entonces se dio cuenta, con asco hacia sí mismo, que no debería haber dicho nada. Ambos habían dado por supuesto que ella no tenía la menor importancia y él acababa de demostrarles que no

era así.

—Estuvo con vos el tiempo suficiente para saber a quién ibais a visitar, ¿verdad? —preguntó Agripa, sonriendo por vez primera.

Melanthe sí sabía quién lo había ayudado. Conocía a Rodón, y aunque había intentado no nombrar a Archibios en su presencia, probablemente habría oído el nombre en boca de los esclavos o de cualquier otra persona. Con seguridad, ella no era consciente de lo que podía ocurrirles a esas personas si daba sus nombres; y si no lo hacía, si decidía mantener su silencio, la torturarían. Los escrúpulos que lo protegían a él no se extendían en absoluto a una joven egipcia.

Destruiría a todo aquel que lo había ayudado: a Rodón, a su amante pelirroja, a sus hijos; a Archibios, ese anciano fiel y generoso; a Ani, a Tiathres, a Serapión y al pequeño Isisdoros; a los esclavos y a los colaboradores; a la preciosa Melanthe, que le había prometido que lo amaría sin importarle lo que contara sobre su persona. Todos morirían... por haber cometido el descomunal error de ayudarlo.

Se los imaginaba aplicando los hierros sobre Melanthe.

—Por favor —se oyó decir a sí mismo, y sintió que su voz se quebraba—. El único pecado que ha cometido esa gente ha sido ayudarme. Ellos no saben quién soy. No son vuestros enemigos, César. Os lo suplico, no les hagáis daño.

Hubo un silencio; después Octaviano le preguntó con gesto de incredulidad:

—¿Me lo suplicáis?

—¡Os lo suplico! —repitió temerariamente Cesarión—. ¿Queréis que me arrodille? ¿Que me postre? Lo haré si con ello les perdonáis la vida. La vergüenza será vuestra, César, por exigirlo. —Se hincó de rodillas—. ¡Os lo suplico, César, mostrad piedad con esos inocentes que no han cometido ningún crimen contra vos!

Octaviano dio un paso atrás, alarmado.

—¡Levantaos! —ordenó—. No os lo he pedido.

—¡Jurad que no castigaréis a nadie por el simple hecho de haberme ayudado!

—¡No estáis en posición de exigir! —interrumpió Agripa, enojado.

—No estoy exigiendo —dijo Cesarión con rabia—. Estoy suplicando. Soy un lágida y estoy de rodillas, suplicando a tu amigo que perdone a personas que nunca le han hecho daño de ninguna manera. ¡Oh, dioses, sed testigos de ello!

—¡Levantaos! —gritó Octaviano—. ¡Por Apolo! ¡Yo no os he pedido que os arrodilléis!

Agripa salió corriendo de la estancia.

—No me habéis pedido eso —repuso Cesarión, mirando al emperador a los ojos—, pero sí que traicione a mis amigos. Y no habéis sentido reparo por ello, ni por haberme amenazado con la tortura... Sin embargo, ahora os mostráis avergonzado por haberme obligado a suplicaros piedad hacia ellos... ¡no, no es ni siquiera piedad! ¡La piedad es para perdonar a los culpables, pero perdonar a los inocentes es justicia, César! ¿No podéis impartir justicia?

Agripa entró de nuevo, acompañado por dos hombres vestidos con coraza y con los cascos de crestas altas característicos de la Guardia Pretoriana. Por la cantidad de oro de sus guarniciones, era evidente que se trataba de dos altos mandos.

—Lleváoslo —les ordenó, señalando a Cesarión—. Mantenedlo en el corredor junto a esta sala hasta que os llamemos. Que nadie se acerque a él ni le hable, y no digáis a nadie nada de lo que veáis o escuchéis en relación con él... ni a vuestros hermanos ni a vuestras amantes ni a vuestros propios oficiales. Es Tolomeo César, el hijo de Cleopatra. No debe filtrarse en la ciudad ningún rumor de que sigue con vida. Os enviaré inmediatamente a Longino con unos grilletes.

Los dos guardias miraron impresionados a Cesarión, saludaron a Agripa y se dispusieron a obedecer la orden. Cesarión se incorporó en cuanto se le acercaron, sabiendo que, en caso contrario, lo arrastrarían de rodillas. Lo cogieron cada uno por un brazo, sin que opusiera resistencia, y lo llevaron hasta la pequeña puerta oscura. Miró por encima del hombro y vio que Octaviano seguía observándolo. Sus ojos se encontraron y ambos mantuvieron la mirada hasta que se cerró la puerta. Fue entonces, atrapado en el oscuro corredor y custodiado por sus dos centinelas, cuando supo que ya no había esperanzas.

Capítulo 14

El arresto en Ptolemais había sido peor, se dijo Ani mientras observaba cómo los romanos precintaban el *Soteria* y dejaban allí un retén de vigilancia. Hubo gritos, golpes y niños llorando. Los soldados responsables del arresto apenas hablaban griego y todo había sido confusión y dolor. Fue todo muy metódico.

—¿Eres Ani, hijo de Petesuchos, mercader de Coptos? —le preguntó el comandante en jefe. Éste sí hablaba un buen griego—. ¿Es ésta tu hija? Tenemos órdenes de arrestarte.

No dieron explicaciones sobre el motivo del arresto. Dijeron que no les habían informado de ello. Los hombres miraron lascivamente a Melanthe, pero su oficial los reprendió. Luego averiguaron con detalle la identidad de toda la tripulación, verificaron que no faltara nadie y ataron a los hombres, uno tras otro, sin hacer uso de la violencia.

Sin embargo, tanta meticulosidad asustaba. Ptolemais había sido lo que un egipcio podía esperar de la justicia griega, pero tanto orden, tanta precisión metódica, olía a algo que venía de muy arriba, ordenado por un poder que hasta los mismos soldados temían. Y en esta ocasión, los arrestaban a todos. Incluso a Tiathres. Incluso a los niños.

Uno de los romanos acabó de revisar e inventariar los documentos del barco. Firmó en un papel, lo depositó encima del resto y lo guardó todo en la caja fuerte. Se la puso bajo el brazo e hizo un ademán al comandante en jefe. Éste dio una orden, los soldados formaron en dos columnas y, con los egipcios atados en medio, se pusieron en marcha.

Por respeto a su condición de jefe del grupo, Ani encabezaba la hilera de prisioneros. Igual que los demás, llevaba las manos atadas a la espalda y, para desgracia mutua, una cuerda al cuello lo unía a Apollonios, el siguiente en la fila. Las mujeres y los niños iban sueltos. Tiathres y la niñera se turnaban para llevar en brazos a Isisdoros, que era demasiado pequeño para caminar tanto tiempo, mientras que Melanthe llevaba de la mano a Serapión. El pequeño, que había llorado cuando vio que ataban a su padre, se había calmado y se limitaba a mirarlo todo con sus enormes ojos asustados:

Ani, haciendo caso omiso de las protestas de Apollonios, se adelantó lo que le permitía la cuerda y preguntó al oficial romano, que iba un poco por delante de él.

—Señor, por favor...

El oficial se volvió y lanzó una mirada desaprobatoria hacia el egipcio.

—¿Adónde nos lleváis, señor? —preguntó Ani.

—A palacio —fue su breve respuesta.

—¿A palacio? —repitió Ani, incrédulo—. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Obedezco órdenes y no pido explicaciones a quien me las da. Así que cállate.

—¡Pero, señor, somos gente normal y corriente!

—Si se trata de un error, lo sabremos en cuanto lleguemos. Y ahora guarda silencio.

La caminata fue larga. Después de atravesar la puerta Mareótica, subieron por la calle Soma y vieron el recinto de las tumbas reales, el mausoleo de Alejandro el Grande —el fundador de la ciudad—, el gran Museo y la famosa Biblioteca. Las calles eran cada vez más anchas, y los edificios que las flanqueaban, más espléndidos. Ani sentía la presión de la cuerda en las muñecas y empezaban a dolerle los hombros de caminar con las manos atadas a la espalda. Sin embargo, el dolor físico no era nada al lado del pánico que lo invadía. Era como si acabara de tener una terrible y vital revelación y de repente se hubiera olvidado... o estuviera demasiado espantado para sacarla a la luz.

Llegaron a un muro y después a una puerta custodiada por soldados que vestían el mismo uniforme que quienes los habían apresado. Las dos columnas se detuvieron en seco dando un doble pisotón en el suelo y los prisioneros se vieron repentina e inesperadamente retenidos en su marcha.

—Esto es el palacio —dijo Serapión. Su vocecita destacó por encima del repentino silencio—. Intentamos entrar ayer para ver la casa de las fieras, pero no nos dejaron pasar.

El oficial se volvió y miró al pequeño con una escalofriante sonrisa.

—Hoy te dejarán pasar. Y con suerte, puede que incluso no te dejen volver a salir. —Se dirigió hacia la puerta y habló con los centinelas. Las grandes puertas de hierro se abrieron de par en par y atravesaron el umbral.

El palacio estaba compuesto por un vasto complejo de edificios. Desde la puerta de entrada se vislumbraba un amasijo de cúpulas y pórticos repartidos entre el abundante verde de los exuberantes jardines. El conjunto era una fantasía de mármol y palmeras, oropeles y parras. Los soldados giraron a la derecha, en dirección a un patio que estaba delimitado por unos barracones y un establo. Se detuvieron allí y permanecieron bajo el sol mientras el oficial se dirigía a informar a su superior.

El tiempo no pasaba. Hacía mucho calor y estaban cansados y sedientos a causa de la larga caminata. Isisdoros empezó a llorar. Tiathres se arrodilló para acunarlo en su regazo. La niñera, asustada, se sentó en el suelo y se tapó la cabeza con las manos. Melanthe hizo lo mismo, abrazando a Serapión.

Al principio, los romanos los apuntaban con las lanzas, pero al cabo de un rato permitieron a los prisioneros varones que se sentaran en el suelo y la mitad de ellos se refugiaron en la sombra que ofrecía la pared de uno de los barracones.

Por fin regresó el oficial, acompañado por un hombre que llevaba un manto rojo y un peto dorado. Aunque Ani no conocía lo bastante a los romanos para asignarle ningún

rango en concreto, era evidente que se trataba de alguien de jerarquía superior. Los soldados que estaban a la sombra se pusieron en pie de inmediato y los que vigilaban a los prisioneros los azuzaron para que se levantaran. El recién llegado observó a los egipcios con aversión.

—¿Quién de vosotros es el jefe? —solicitó.

Ani enderezó sus doloridos hombros.

—Yo, señor. Ani, hijo de Petesuchos. Sin duda, debe de tratarse de un error. Yo soy un mercader...

—¿Eres de Coptos? —lo interrumpió.

—Sí, señor. He venido a Alejandría en representación de mi socio Kleon, un cap...

—¿Tienes una hija de unos dieciséis años?

—Soy yo —dijo Melanthe, pasándose otro pliegue de la túnica por encima de la cabeza.

El hombre del peto dorado la miró con los ojos abiertos de par en par e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Luego se dirigió en latín al oficial que los había arrestado y éste respondió algo. Después, el comandante dio una orden y el oficial saludó.

—Tú y la muchacha vendréis con nosotros —dijo el oficial a Ani—. Los demás se quedarán aquí.

Serapión se echó a llorar y Tiathres intentó consolarlo. Mientras los soldados le desataban la cuerda que le rodeaba el cuello, Ani miraba con anhelo a su esposa y a sus hijos. Luego se dirigió al oficial.

—Señor —preguntó humildemente—, ¿podríais traer a mi gente algo de beber?

El oficial se quedó pensativo, luego chasqueó los dedos e impartió una orden en latín.

—Mis hombres les traerán agua —dijo.

—Gracias —susurró Ani.

El oficial asintió y movió la mano en dirección a la puerta principal. Ani saludó con la cabeza y echó a andar hacia la dirección indicada.

—¡Por ahí no! —dijo el hombre del peto dorado.

El oficial se quedó sorprendido y confuso. Su superior resopló y señaló en la dirección contraria, en dirección a los establos. El comandante inició la marcha, y el oficial, más confundido si cabe, indicó a Ani y a Melanthe que fueran tras él.

Entraron en los establos y allí, entre los pesebres y los caballos, había una puerta. El comandante cogió una llave que llevaba prendida al cinturón y la abrió. Un tramo de peldaños descendía hacia la oscuridad. Después del sol ardiente en la plaza, aquella entrada parecía tan oscura como la entrada en el inframundo. El comandante se apartó para que pasaran. Cuando el oficial estuvo a su altura, le susurró algo que sonó primero como una orden y luego como una advertencia.

Ani se percató de la cara de terror del oficial, y a él también lo invadió el pánico.

El oficial miró a Ani y a Melanthe, les hizo un gesto con la cabeza y empezó a descender por la escalera. Sus pasos rompieron el silencio.

Melanthe se quedó temblando, sin atreverse a dar un paso, con la mirada clavada en la oscuridad.

—¿Qué es esto? —preguntó, asustada—. ¿Qué vais a hacernos?

—Es una entrada secreta a palacio —dijo, impaciente, el comandante—. Un camino privado. Os llevamos a presencia del emperador.

La cabeza se le alzó como un resorte y lo miró, horrorizada.

—¿Del emperador? ¿Por qué? ¡Nosotros no hemos hecho nada!

Ani sintió que se tambaleaba: su esposa y sus hijos, en el patio; su barco, precintado en el puerto Mareótico, y él, emprendiendo un viaje al inframundo del que probablemente no regresaría. Pero no tenía otra elección, así que se encomendó a Isis y a Serapis, los únicos capaces de alterar el Destino.

—Enseguida averiguaremos qué quieren de nosotros —le dijo a Melanthe—. Vamos, Colibrí. Estaré contigo.

Melanthe respiró hondo y comenzó a descender hacia la oscuridad, seguida de Ani. El comandante cerró la puerta con llave y bajó tras ellos.

El pasadizo no estaba totalmente a oscuras. Unos pequeños agujeros abiertos en la pared a intervalos regulares permitían la entrada de la luz natural, que se proyectaba sobre las gastadas baldosas del suelo. Las paredes eran lisas, de yeso encalado. Desde arriba llegaban ruidos de relinchos de caballos y voces de hombres; más adelante, de agua y de alguien cavando y, nuevamente, voces, demasiado lejanas para comprender lo que decían. Ellos caminaban en silencio, sin más ruido que el de sus propios pasos: el taconeo de las sandalias con clavos de los dos oficiales, las suaves pisadas de Ani y el murmullo de las de Melanthe. Al cabo de un rato oyeron ruido de pasos que no eran los suyos, y el pasadizo adquirió un aspecto más semejante al de un pasillo. El suelo ahora estaba entarimado. De vez en cuando una ventana sustituía a los tragaluces, pero estaban demasiado elevadas para ver otra cosa que no fuese la copa de un árbol o el cielo. Llegaron a una puerta y el oficial, que iba en cabeza, se detuvo y lanzó una mirada interrogante hacia atrás, en dirección al hombre del peto dorado. Éste movió negativamente la cabeza y prosiguieron.

Cuando Ani pensaba que el pasillo continuaría eternamente, giraron en una esquina y vieron a dos soldados que estaban de pie apoyados en sus lanzas; en medio de ellos, se veía una figura sentada en el suelo, con la espalda recostada contra la pared y la cabeza hundida entre las rodillas.

—¡Arión! —gritó Melanthe, intuyendo, más que viendo, la identidad de lo que era tan sólo una forma oscura en la penumbra del corredor.

La figura que estaba sentada en el suelo levantó la cabeza. Efectivamente, se trataba de Arión. Llevaba cadenas en los tobillos y grilletes en las muñecas. Una luz mortecina destellaba débilmente en el dorado de su túnica. Estaba lívido. Uno de los

centinelas se adelantó y dirigió amenazadoramente su lanza hacia ellos.

—*Consistete*! —ordenó.

El comandante gritó algo, se abrió paso entre los prisioneros y se dirigió al centinela. Éste levantó la lanza al instante.

Arión se incorporó, apoyándose contra la pared, y emitió un ruido metálico. Todos los romanos se volvieron, alarmados.

—Melanthe —dijo con voz baja y ronca—. Ani. —Respiró hondo—. Lo siento.

—*Tace*!—le dijo uno de sus vigilantes.

—Deberías haberme abandonado en el camino de Kabalsi —continuó Arión, sin hacer caso al romano—. Ojalá lo hubieras hecho.

Ani esperaba que los centinelas lo golpearan, que lo amenazaran para obligarlo a callar... pero no lo hicieron. Era como si le tuviesen miedo. El otro soldado se dirigió con un gesto a los recién llegados para que pasaran. El comandante agarró a Melanthe del brazo y tiró de ella.

—¡Lo siento! —le dijo a Arión, casi sin aire—. Si no fuera por mí, ahora estarías de camino a Chipre.

Arión sonrió con tristeza y sacudió la cabeza. El hombre del peto arrastró a Melanthe por delante de Arión. Ani, que iba detrás, pensó en decir algo, pero no sabía qué y, temiendo que los centinelas les pegaran si abría la boca, decidió guardar silencio. El corredor era muy estrecho en ese punto y casi rozó el hombro a Arión. El joven lo miró con una intensidad desesperada, entre angustiado y avergonzado. Ani deseaba detenerse, coger al muchacho del brazo y decirle que no se preocupara, que no pasaba nada... pero sí pasaba. Además, no podía hacerlo, tenía las manos atadas.

Después de que Ani hubiera pasado a su lado, Arión se derrumbó en el suelo, produciendo un nuevo estrépito metálico, y enterró la cabeza entre las manos.

Al final del pasillo había una puerta. El hombre del peto dorado llamó con los nudillos y alguien abrió. La estancia que había tras ella tenía el tamaño de un comedor grande. En la pared de enfrente había un mural de unos tres metros de longitud que representaba a un hombre a la orilla de un río oscuro, que levantaba una mano suplicante hacia la vaga figura de otro hombre, que se iba. Estaba rodeado de siluetas incorpóreas y los demás hombres llevaban la cabeza cubierta en señal de duelo. Después de lo sucedido en el pasillo, la imagen golpeó como un martillo el corazón de Ani y por un instante no pudo hacer otra cosa que permanecer con la mirada fija en ella.

—Es la muchacha —dijo una voz, y el egipcio apartó la vista del mural. En la sala había tres hombres: uno, el que acababa de hablar, era de baja estatura y lucía un manto de color morado; otro, alto y moreno, iba sencillamente vestido y estaba apoyado contra la pared junto a la puerta que acababan de cruzar; el tercero, sentado en un sillón de marfil, era delgado, de piel muy pálida, y llevaba una túnica blanca.

—Ése es Ario —dijo Melanthe, acercándose a su padre y con la mirada fija en el hombre de morado.

—Parece que el reconocimiento es mutuo —dijo con satisfacción el hombre de la túnica blanca—. Y tú, amigo..., ¿eres el padre de esta muchacha?

—Sí —acertó a responder Ani. Tenía la boca seca—. Ani, hijo de Petesuchos. Señor..., perdonadme, señor, pero soy extranjero en la ciudad y desconozco a la gente que ejerce el poder. ¿Sois vos el emperador?

—Así es —contestó el otro con mucha calma—. Lo soy. —Le ofreció una leve sonrisa—. Con el tiempo, Egipto aprenderá a reconocerme.

Ani se arrodilló con torpeza. Sabía que ante un rey lo adecuado era postrarse, pero no sabía cómo debía hacerlo.

—No te postres —dijo Octaviano, indicándole con un gesto que se incorporara—. Ésa es una costumbre oriental que los romanos despreciamos. —Ani luchó para ponerse en pie sin hacer uso de las manos—. ¿Sabes por qué te he hecho traer aquí?

Melanthe respiró hondo.

—Por Arión —respondió ella... valientemente, aunque Ani estaba lo bastante cerca de su hija para percatarse de que estaba temblando—. Este hombre, Ario, ha debido de contaros alguna mentira con respecto a su primo Arión.

—¿Su primo Arión? —repitió el emperador, sorprendido—. ¿A quién y a qué te refieres?

Ani deseaba que el emperador le hubiese permitido permanecer arrodillado: las piernas le flojeaban y las tripas le rugían. La terrible revelación que había tenido tomaba forma.

—¡Oh, Isis! —murmuró. Melanthe lo miró, confundida y alarmada—. Creo que no se llama Arión —le dijo a su hija y tragó saliva. Luego, se enfrentó a la gélida mirada del emperador y musitó—: Su nombre es Cesarión, ¿verdad?

—¡No puede ser, Cesarión es el rey...! —objetó Melanthe. De pronto, las facciones se le petrificaron y los ojos se le abrieron en una expresión de horror—. ¡El rey ha muerto! ¡Vi la urna que contenía sus cenizas!

Pero su voz la traicionó. Su tono agudo y afilado proclamaba que en el fondo sabía que lo que estaba diciendo no era cierto.

—Cuando lo recogí, me dijo que los romanos lo daban por muerto —explicó Ani a su hija con voz temblorosa—. Dijo que le habían aplicado ungüentos y colocado en la pira, y que se había despertado mientras todos dormían y se había ido. Pensé que lo había dicho porque estaba aturdido a causa de la fiebre.

—Así que os reveló quién era —dijo el emperador, inexorable.

—No —repuso Ani—. Apenas sabemos nada de él. Desde que vuestros soldados nos apresaron, he estado reflexionando... —Miró las facciones implacables del nuevo dueño de Egipto—. Cuando dijo que su primo segundo lo mataría por culpa de una herencia en disputa, no se refería a Ario, ¿verdad? Se refería a vos.

—Sí —confirmó el emperador, satisfecho.

—¿Primo segundo? —preguntó el hombre moreno.

—Si aceptáramos el relato de Cleopatra en cuanto a la paternidad —respondió Octaviano—, yo sería primo lejano suyo.

Ani no podía mirarlo a los ojos. Mil pequeñas cosas sin sentido tomaban forma dentro de su cabeza. Tendría que haberse dado cuenta mucho, mucho antes. Recordaba la desolación de Arión cuando se enteró de que la reina había sido apresada, su angustia cuando oyó mencionar por vez primera el nombre de Cesarión, su sorpresa cuando el centurión de Berenice se dirigió a él por el nombre que le había dado a Ani. Recordaba al muchacho, herido y abatido, diciéndole que los romanos lo habían dado por muerto; y posteriormente, cuando supo que el rey se encontraba en el campamento y que había muerto, no lo relacionó, no se planteó ni por un instante que aquel joven, que evidentemente era un aristócrata y de la misma edad que el rey, pudiera ser el soberano de Egipto. Todo lo que había sabido de Arión a partir de aquel momento (su padre romano, su dolor al enterarse de la muerte de la reina, sus referencias cada vez más abiertas a un poderoso enemigo cuya atención debía evitar Ani a toda costa)... lo había soslayado por completo, o malinterpretado y convertido en ridículas fantasías de herencias y legados. ¿Por qué había sido tan estúpido y ciego?

Porque él era un hombre corriente, y los hombres corrientes no proponen a los reyes fugitivos que escriban cartas para ellos. Porque a medida que fue conociendo a aquel muchacho, más vio en él a una persona frágil, humana y agradable, y más imposible le resultó asociarlo con el divino hijo de la reina Cleopatra y Julio César.

—Tiene la enfermedad sagrada —dijo estúpidamente—. Jamás oí decir que el rey sufriera la enfermedad sagrada.

—No es algo que hubiera de pregonarse a voz en grito —replicó Octaviano—. Yo sí había oído hablar de ello por boca de personas bien informadas sobre lo que sucedía en la corte —miró de reojo a Ario—, pero, en general, la reina consiguió atajar cualquier rumor relacionado con la enfermedad de su hijo.

—Dijo que su padre la sufría. Nunca oí decir que...

—Mi padre adoptivo padecía la enfermedad —dijo el emperador—. Naturalmente, yo no acepto que Tolomeo César sea hijo suyo. A la reina le pareció conveniente proclamar que el padre de su hijo era César. —Tamborileó con los dedos el brazo del sillón—. Veo que empiezas a comprender lo grave de tu situación. Has dado cobijo y ayuda al rey Tolomeo César, a quien yo sentencié a muerte. No ha sido agradable para mí descubrir que el hombre a quien consideraba reducido a cenizas ha estado paseándose libremente por Egipto durante el último mes. Si deseas seguir con vida, tendrás que decirme todo lo que sabes: dónde ha estado, qué ha hecho y, particularmente, con quién ha hablado. Es evidente que, conocieras o no su identidad, habéis convivido más de lo que él pretende admitir. Tienes una hija —le echó un vistazo, prolongando la inspección visual más de lo debido— y, según me han informado, esposa, hijos, esclavos y amigos que están en mis manos. Morirán todos, ¡créeme!, si mientes o falseas los hechos.

Ani permaneció petrificado ante aquella mirada helada, consciente de que Melanthe temblaba a su lado. Sentía dolor en las muñecas y en los hombros. Se imaginó a Tiathres, sentada en el polvo del patio bajo el sol, consolando a sus hijos, y por primera vez el angustioso horror aflojó lo bastante para dar cabida a una nueva emoción: un hilillo de rabia.

—Lo encontré en un camino en dirección a Berenice —dijo—. Cerca del apeadero de Kabalsi. Fue la noche del catorce o quince de agosto. Estaba tendido en el camino, herido e inconsciente. Lo recogí y lo ayudé por el simple motivo de que si no hubiera muerto, y no podía permitir que un joven muriera cuando tenía en mis manos la posibilidad de salvarlo. Me dijo que se llamaba Arión y que era miembro de la guardia personal que acompañaba al rey. Más tarde, cuando me enteré de que nuestro soberano había estado en ese campamento, me dijo que era Amigo del rey. En Berenice lo esperaba un barco en el que abandonaría Egipto, pero vuestra gente se había apoderado ya de él. Como yo tenía planeado desplazarme hasta Alejandría en viaje de negocios, le ofrecí la posibilidad de que me acompañara a cambio de que me escribiera cartas comerciales. Soy un hombre sin estudios, señor, un campesino con deseos de prosperar. Este mismo verano he comenzado mi actividad como mercader. Me desplacé hasta Berenice con un cargamento de lino que vendí a un capitán y propietario de navío llamado Kleon, el cual acordó formar sociedad conmigo. Ese hombre me confió un cargamento de especias para venderlo en Alejandría y, con las ganancias obtenidas, comprar cristal y estaño. Para un hombre de mi condición no resulta fácil ser aceptado por los mercaderes de Alejandría y sabía que me resultaría de gran ayuda tener a un griego cultivado que me escribiera cartas y me asesorara. Arión accedió a ello y debo decir que me ha ayudado mucho. Vuestros hombres se llevaron toda la documentación que había en mi barco, de modo que, si lo deseáis, podéis verificar el trabajo que realizó. No se sentía muy feliz con ello, sobre todo al principio; lo encontraba denigrante, y no es de extrañar, siendo, como es, rey. Y eso es todo. Puedo asegurar que no ha realizado ningún tipo de acción política. Cuando llegamos a Alejandría, hace ya siete días, insistí para que se quedara conmigo y le ofrecí establecer una sociedad, pero él se negó. Me dijo que tenía un enemigo que me destruiría si lo ayudaba, y se fue. No he vuelto a verlo hasta ahora mismo, en el pasillo. Todo esto es tan cierto, señor, como que amo la vida.

—Esta mañana han visto a tu hija con él —dijo el hombre moreno.

Ani lo miró a los ojos.

—Ayer por la tarde, señor, unos ladrones asaltaron mi barco, mataron a uno de mis esclavos y se llevaron a mi hija a la fuerza. Si dudáis de mi palabra, podéis preguntar a las autoridades portuarias y a la guardia de la ciudad, cuyas puertas me pasé la noche entera golpeando para pedir noticias suyas. Hace unas horas que ha regresado al barco. Dice que Arión la rescató y que la traía de vuelta cuando sufrió un ataque y cayó en vuestras manos. —Se dio cuenta de que seguía diciendo «Arión». El hecho de conocer

el nombre verdadero del muchacho no parecía haber cambiado su forma de pensar respecto a él.

El muchacho. Arión. El rey Tolomeo César, el Dios que Ama a su Padre y a su Madre, el hijo de una mujer que afirmaba ser la encarnación viviente de Isis... No podía encajar los títulos en el joven que conocía. Dulce Isis, ¿dónde se había metido?

El emperador miró a Melanthe con aire pensativo y luego al comandante. Éste lo saludó.

—He visto los documentos a los que se ha referido el mercader —afirmó—. La mayoría son permisos de aduanas y papeles relacionados con la compraventa de incienso y estaño. También hay, no obstante, una carta de Cayo Cornelio Gallo en la que dice que el mercader fue arrestado con el cargo de fomentar la sedición y que posteriormente, según parece, quedó demostrado que todo se trataba de una falsa acusación por parte de un mercader rival.

El emperador miró otra vez a Ani, repentinamente helado.

—Tengo un enemigo llamado Aristodemos —dijo Ani. Acababa de darse cuenta de que le resultaba imposible hablar con firmeza y claridad: nada de lo que sucediera podía ya empeorar la situación—. Era socio de Kleon, el mercader del Mar Rojo que trabaja en la actualidad conmigo, y estaba furioso porque, desde su punto de vista, yo le había robado el puesto. Tuvo un breve encuentro con Arión en la plaza del mercado de Coptos, cuando fuimos a pagar los impuestos del cargamento, y se enteró de que era Amigo del rey. Entonces se fue a Ptolemais Hermiou y le explicó al general Gallo que Arión era un rebelde y que yo lo ayudaba y financiaba. Pero todo era mentira. La única razón por la que hizo aquello fue... por mí; él no sabía nada, ni le importaba Arión. Ni siquiera sabía que hablaba latín. De haberlo sabido, seguramente habría buscado otra acusación, porque fue precisamente el latín de Arión lo que nos sacó del apuro, ya que fue capaz de convencer a los ro... a los hombres del general Gallo, para que escucharan nuestra versión de los hechos. Mi hija dice que Aristodemos fue también quien envió los ladrones a nuestro barco, cosa que ya he comentado con la guardia ciudadana. Los documentos que tenéis en vuestras manos prueban asimismo que no fomentábamos ningún tipo de sedición. El tres de septiembre pagué en Coptos mis aranceles de aduana. El general Gallo nos arrestó en Ptolemais Hermiou el día seis y nos liberó el siete. En la carta debe de quedar demostrado. Pasamos la aduana de Babilonia el veinte y nos registramos en el puerto de Alejandría el veintitrés. El trayecto desde Coptos es largo, señor, y mi barco es pesado y dispone de ocho remos: no tuvimos tiempo para conspirar. Y tampoco con el cargamento he podido financiar ninguna actividad subversiva: lo traje directamente hasta Alejandría, lo vendí, y he gastado las ganancias obtenidas en cristal y estaño, exceptuando el beneficio de Kleon y el mío, cantidades que están depositadas en un banco. Soy un hombre honrado que trabaja, nada más. —Sostuvo la gélida mirada—. Tampoco luché por la reina. No considero que fuera una buena gobernante. A lo largo del Nilo hay excelentes tierras de cultivo que están

convirtiéndose en desierto porque el dinero y los hombres que deberían haber sido empleados para reparar los diques y los canales fueron enviados para atender sus luchas en el extranjero. Ahora sois vos quien gobierna en Egipto, señor, y espero que hagáis algo más para mejorar vuestra nueva tierra.

Siguió un silencio.

—Egipcio —dijo el emperador—, eres un insolente.

—Lo siento —dijo Ani al instante, con toda sinceridad—. No era mi intención. Como os he dicho, soy un hombre sencillo y desconozco los modales que se deben utilizar ante un rey. Me postraría, pero decís que no es de vuestro agrado.

Octaviano hizo una mueca. Se recostó en su sillón.

—Muy bien. Digamos que acepto tu relato. En ese caso, sabemos que Tolomeo César estuvo inocentemente comprometido en el mundo del comercio entre la fecha de su supuesta muerte, el catorce de agosto... ¿no es eso, Marco?... el catorce de agosto y vuestra llegada a Alejandría el... repíteme, ¿cuándo fue eso?

—El veintitrés de septiembre —dijo Ani en voz baja. ¿Creería el emperador su relato? ¿Podía atreverse a ser optimista?

—El veintitrés de septiembre —repitió Octaviano—. Mi cumpleaños, qué casualidad. ¡Por Apolo, qué regalo de cumpleaños! Estamos a veintinueve. Según tú, te separaste del rey hace siete días y no has sabido nada de él desde entonces... exceptuando el supuesto rescate de tu hija. —Inspeccionó a Ani y a Melanthe, siempre con aquella frialdad en la mirada—. Sé que ha contactado con amigos para solicitar ayuda. Necesito saber con quién. Si me lo dices, llegaré a la conclusión de que no sois rebeldes y podré ser piadoso tanto con vosotros como con el resto de vuestra gente que tengo en mi poder. Si os negáis a revelarme sus nombres, deduciré que formáis parte de una conspiración y os trataré en consecuencia.

El leve soplo de esperanza de Ani se había esfumado. El corazón le latía con fuerza y volvió a desear que el emperador le hubiera permitido arrodillarse.

—Yo no sé a quién ha visto —dijo—. Melanthe, díselo tú, si sabes algo.

Melanthe miró al emperador con unos ojos enormes.

—¡Nuestras vidas dependen de ello! —exclamó Ani.

—Yo... —empezó, y se mordió el labio—. Señor... por favor. ¿Qué les sucederá a los amigos de Arión... del rey? Sólo intentaban ayudarlo, no intentaban rebelarse contra vos.

—Si eso es cierto, no tienen nada que temer —dijo Octaviano, sin dudarlo un instante—. Sabes quiénes son, ¿verdad?

—Creo... creo que sí. Un hombre acompañaba a Arión, un amigo, y otro le había prestado dinero y esclavos. Si hay alguien más, yo no lo sé.

—¿Dónde ocurrió todo eso? —preguntó, cortante, el hombre moreno.

—En un barco, señor. Los... los ladrones me llevaron allí. No sé su nombre, pero el capitán se llamaba Kinesias y zarpaba para Chipre. Compraban gente libre y los

vendían como esclavos en ultramar. Arión estaba allí. Kinesias había sobornado a las autoridades portuarias para partir sin que vieran lo que llevaba a bordo. Arión tenía mucha gente con él. Iba a Chipre para administrar la propiedad de un amigo suyo, pero cuando me vio intentó liberarme. Hubo una pelea y... ahora comprendo por qué el capitán se negó a transportarlo..., porque se dio cuenta de quién era Arión. Entonces no lo entendí. Así que abandonamos el barco y Arión devolvió a toda la gente y todas las cosas a su amo y dijo que encontraría otra manera de salir de la ciudad. El amigo que lo acompañaba me dijo que Arión quería suicidarse e intentamos convencerlo de que no lo hiciera y de que aceptase la oferta de mi padre. Creedme, señor, ¡nadie mencionó nada relacionado con combatir contra vos!

—¡Los nombres! —dijo Marco, impaciente—. ¡Dos, has dicho! ¡Dos nombres!

—El hombre que tenía la propiedad, el amo de los esclavos, se llamaba Archi... no lo recuerdo. Nunca lo vi, y sólo escuché su nombre un par de veces: Arión procuraba no mencionarlo. Se lo oí a los esclavos. Archi... archib...

—¿Archibios? —acabó Marco.

—Sí —respondió Melanthe—. Eso es.

Marco sonrió, aliviado, y miró a Octaviano.

—Encaja —dijo el emperador—. Podemos confirmar que posee una propiedad en Chipre. Muy bien, muchacha. ¿Y el otro amigo, el que conociste?

—Rodón —dijo al instante Melanthe—. Dijo que era filósofo y que había sido maestro de Arión.

Ani recordó de repente dónde había oído ese nombre. Rodón era el tutor que había traicionado al joven rey y bajo cuya lanza había fallecido. Se acordó de la primera ocasión en la que interrogó a Arión: «¿Por qué no llevas coraza?» «Estaba dormido. Entró Rodón y...» y otra de aquellas enloquecedoras paradas que le habían llevado a provocar al muchacho, ardiendo de fiebre, sediento, dolorido e irritable como estaba, y preguntarle: «¿Rodón? ¿Tu amante?»

No, Rodón era el que lo había herido en el costado. ¿Qué hacía ese Rodón en el barco, aceptado de nuevo por Arión entre sus amigos? No tenía sentido... a menos que fuera cierto que existía una conspiración, que la muerte del rey Tolomeo César hubiera sido un montaje, que existieran planes serios y auténticos de rebelión y que Rodón hubiera formado parte de ellos en todo momento.

Pero no había ningún plan. Ani lo sabía: había sido testigo de la herida, el desorden y la confusión. Sin embargo, quien no lo sabía era el emperador, y su cara reflejaba una duda y una sensación de alarma que iban en aumento.

Melanthe se quedó observándolo, consciente de que algo que desconocía había ido mal.

—¡Rodón! —dijo Octaviano, cortante—. ¿Estás segura?

El hombrecillo, Ario, se separó de la pared y, por vez primera, intentó hacerse notar. En el interior de aquella estancia, «el hombre más poderoso de Alejandría»

parecía tan insignificante que Ani casi se había olvidado de él.

—César —dijo.

Octaviano lo miró.

—Yo... bueno, Rodón y yo estudiamos juntos, y... bien, he hablado con él un par de veces desde... Está muy arrepentido. No pretendía matar al muchacho, sólo quería hacerlo prisionero y traerlo a la ciudad. Pensaba pediros que le perdonarais la vida. No... no creo que hubiera ninguna conspiración. Creo que pensaba que el joven había muerto y, cuando descubrió que seguía con vida, aprovechó la oportunidad para reparar su error.

Octaviano mantenía la mirada fija en él. Ario bajó ligeramente la cabeza y volvió a alzarla. Ani pensó que en realidad se trataba de un buen hombre, deseoso de proteger a sus amigos... que Melanthe lo había juzgado equivocadamente.

—Señor, conozco a Rodón —insistió—. Es un hombre directo. Me resulta imposible imaginármelo simulando arrepentimiento y vergüenza sabiendo que, en realidad, el joven que suponía haber matado seguía aún con vida. No es un buen actor, César. No sería capaz de engañar a nadie. Por otra parte, señor, vuestros propios hombres informaron de que Tolomeo César fue atravesado con la lanza y muerto por su tutor. Si a quien atravesó con la lanza no era Tolomeo César, ¿quién era entonces el hombre que recogió el mercader en el camino? Y si éste y su hija forman parte de la conspiración y no encontraron a nadie en el camino, ¿por qué deberían nombrar ahora a Rodón? Y si no formaran parte de la conspiración y no hubieran encontrado a nadie, ¿cómo podrían conocer a Cesarión? César, cuanto más se examina, más contradictoria resulta la teoría de la rebelión y más débil se torna.

Un nuevo momento de relajación. El emperador asintió con la cabeza y se volvió hacia el silencioso comandante de la guardia.

—Haz que traigan al joven —ordenó—. Ordena que le quiten las cadenas de los pies. No es necesario que ande arrastrándolas.

El comandante saludó y salió.

Se produjo un silencio penetrante. Melanthe permanecía muy quieta, temblando, con las manos entrelazadas, observando la puerta con una mirada de desesperación en los ojos. Ani se dio cuenta y recordó que cuando era algo mayor que ella conoció a la que sería su madre. Oh, Isis, albergar un fuego como aquél en el corazón por un ser que pertenecía a otro mundo y que pronto estaría muerto.

Era posible que pronto todos estuvieran muertos.

La puerta se abrió de nuevo e hizo su entrada el pequeño cortejo: el comandante, el primer guardia, el prisionero y el segundo guardia. Arión seguía con las muñecas encadenadas. Había perdido el manto y la rica túnica de color negro bordada en oro estaba manchada. Tenía los ojos rojos, pero seguía manteniendo el porte de un rey. Ani pensó que siempre lo había tenido: montado sobre el camello o en el barco, solo o en compañía, medio desnudo o acostado en un jergón bajo un toldo y con un agujero en el

costado, siempre había exhibido ese aire de seguridad desdeñosa, esa gracia especial. En un principio, a Ani no le había gustado, pero luego fue más de su agrado cuando comprobó el efecto que ejercía en los demás. Aunque no había podido descubrir de qué se trataba.

Arión miró a Ani de reojo, con aire triste; luego, más prolongadamente, a Melanthe, y finalmente al emperador... como si, pensó Ani, fuera él quien mandaba allí y el emperador, simplemente, alguien a sus órdenes.

—Archibios —dijo Octaviano, sin alterar el tono de voz— y Rodón.

Su rostro se contrajo en una mueca de dolor. La mirada de Arión regresó a Melanthe y, por un instante, reflejó de nuevo angustia. Luego, cuando miró de nuevo al emperador, se cubrió otra vez con la máscara del desdén.

—Debo confesar que lo de Rodón ha sido una auténtica sorpresa —dijo Octaviano —. Decidme, ¿en qué circunstancias os encontrasteis?

—Fue por casualidad —respondió Arión, con la voz firme y tan bellamente modulada como siempre—. Cuando llegamos a Alejandría, me dirigí al recinto de las tumbas para reflexionar sobre lo que debía hacer. Descubrí mi urna en el jardín donde me gustaba sentarme. Rodón iba allí a cuidar de ella. Se quedó muy sorprendido al encontrarme, ya que me creía muerto. De haber podido, habría echado a correr, pero él me lo impidió. Sin embargo, después de discutir y de explicarle que lo único que quería era desaparecer de Egipto sin hacer ruido, me pidió que le permitiera ayudarme. Así pues, me alojé en su casa y él contactó con Archibios. Ninguno de ellos urdió nada contra vos, emperador. Son hombres inocentes cuyo único crimen consiste en intentar salvar la vida de un amigo. ¿Me concederéis lo que os solicité?

La mirada de Arión era desafiante y orgullosa; el emperador, sentado, le devolvió otra de fría valoración.

—Rodón sigue siendo una sorpresa para mí —insistió Octaviano—. Él os traicionó. Según todas las versiones, os hirió gravemente.

—Así fue —respondió enseguida Arión—. Si no dais crédito al relato de una centuria entera de vuestros propios hombres, César, la prueba está presente en mi propia carne. Estoy seguro de que no tendréis ningún escrúpulo en cuanto a examinarla, y yo no puedo negaros vuestro deseo.

El emperador lo miró impasible durante un instante. Luego hizo un ademán con la cabeza en dirección al comandante de la guardia.

Los guardias no querían ejercer ningún tipo de acción indigna sobre el rey. Se acercaron a Arión y probaron a bajarle la túnica por los hombros sin despojarlo de ella por completo. Pero estaba cosida y no podían deslizaría hacia abajo; además, los grilletes de las manos lo dificultaban todavía más. Entre el cosido y las cadenas acabaron liándose, y Arión, con la cara encendida aunque impasible, terminó por desabrocharse él mismo el cinturón con las manos atadas y lo dejó caer en el suelo. Los soldados le quitaron finalmente la túnica y su cuerpo quedó al desnudo, como si se

tratase de un esclavo. La cicatriz apareció en el costado derecho, todavía roja e inflamada con sangre. Octaviano realizó un gesto con la cabeza y los guardias le colocaron de nuevo la túnica y le abrocharon el cinturón, sin abandonar ni un instante su embarazoso silencio.

—El centurión responsable de la misión era un hombre de confianza —dijo el emperador—. Estoy seguro de que fue Rodón quien os provocó la herida y de que parecíais muerto. Y no obstante habéis confiado en Rodón. Más que eso: cuando os pedí su nombre y os amenacé con la tortura, os negasteis a dármelo. Me sorprende.

Melanthe se tapó la boca con las manos, horrorizada al ver que acababa de traicionar algo que Arión no había revelado ni con la presión de la tortura.

—Lo he perdonado —dijo Arión. El color no abandonaba sus mejillas. Ani notó que se sentía humillado y rabioso porque el emperador lo había sometido a aquella inspección—. Comprendo por qué actuó de la manera en que lo hizo. Yo no quería un César muerto. No quiero que muera nadie por ayudarme. ¿Me concederéis lo que os solicité?

A Melanthe se le cortó la respiración. El joven rey se volvió rápidamente para mirarla, y en su rostro apareció de nuevo la angustia.

—Él nos ha dicho que no nos harían daño si lo único que habíamos hecho era ayudarte —susurró Melanthe.

—Melanthion, los reyes mienten —le respondió Arión—. Este hombre ha mentido, y volverá a hacerlo; ha firmado tratados llenos de promesas y los ha incumplido todos. Pero tú no tenías por qué saberlo. ¿Dijo que os perdonaría si le decíais lo que quería saber?

—Sí, y que nos mataría a todos, incluso a mis hermanos, si no lo hacíamos —contestó Melanthe, temblorosa.

—¡Los reyes mienten...! —interrumpió sarcásticamente Octaviano—. Eso he debido aprenderlo de ti, «Arión». Muchacha, no tengo motivo alguno para matar a tus hermanos. Y en cuanto a vuestra solicitud, Tolomeo César, todavía estoy por decidir si os la concederé o no. Me creáis o no, deseo actuar con clemencia siempre que me sea posible.

—¿Fuisteis clemente acaso —preguntó, enfurecido, Arión— cuando publicasteis las proscripciones y condenasteis a muerte a los mejores hombres de Italia? Unos dos mil, según tengo entendido.

—Eso fue hace doce años —dijo Octaviano, cortante. De repente, la frialdad quedó inundada por la rabia—. ¡Y todos esos hombres eran enemigos! A su manera, tanto Archibios como Rodón me han prestado sus servicios.

—Dos mil talentos de plata —comentó Arión sarcásticamente— y cincuenta de oro. Las proscripciones dan mucho dinero. Vuestra clemencia ha sido siempre más débil que vuestro orgullo. ¿Fuisteis clemente con Mardion, con Diomedes y con Alexas? ¿Y con Antilo? ¿Y con mi madre? ¿Y conmigo?

Octaviano apretó los puños.

—¡Muchacho! —dijo Ani, entre dientes, y Arión lo miró, enfadado—. Esto no sirve de ninguna ayuda. ¡Por el bien de todos, si este hombre dice que quiere ser clemente, no discutas con él!

Siguió un silencio. Arión tenía las mejillas ardiendo y los ojos encendidos. Ani se dio cuenta de que acababa de llamarle «muchacho» delante de todo el mundo.

Sin embargo, parecía que había enfriado con ello el temperamento imperial. Octaviano lanzó una mirada irónica a Ani y volvió rápidamente la vista hacia Arión.

—Así que perdonáis a Rodón y comprendéis su forma de actuar —apuntó.

Arión se quedó un instante sin decir nada, con las mejillas todavía encendidas.

—Tiene una mujer e hijos aquí en Alejandría —dijo por fin—. No quería abandonarlos indefensos cuando la ciudad cayera. Y dijo, acertadamente, que la guerra había acabado y que seguir con ella no significaba otra cosa que perder dinero y más vidas por una causa ya perdida. —Levantó la cabeza—. Si mi madre pudo oponeros resistencia, César, fue únicamente porque estaba aliada con Antonio. Yo no tengo aliados romanos: están todos con vos, o están muertos. Soy el hijo de César, pero su heredero sois vos. Si fuera libre, y rey de Egipto, seguiría sin poder luchar contra vos. Lo máximo que podría hacer sería causaros algún quebradero de cabeza y algún gasto; cualquier guerra que iniciara, finalizaría en cuestión de un año, y sería mi pueblo quien lo sufriría. Sólo vos tenéis el poder de establecer la paz o la guerra. Y por tanto, coincido con Rodón en que lo mejor que puedo hacer es morir. Lo único que os pido es que actuéis con justicia y perdonéis la vida de aquellos cuyo único crimen consiste en haberme ayudado.

Siguió otro largo silencio.

—Me sorprendéis —dijo por fin Octaviano.

—¿Me concederéis lo que os solicito? —preguntó otra vez Arión.

El emperador se inclinó hacia delante y se acarició la barbilla con la mano.

—Aclaremos la situación de vuestros amigos. Si hubieran tomado y ocultado un tesoro confiscado por el Estado, deberían morir por ello. Si hubieran sido descubiertos almacenando armas y municiones, serían ejecutados... aunque afirmaran que no pretendían utilizarlas. Y vos sois un tesoro enorme para cualquier rebelión que pretendiera alzarse contra mí y un arma muy peligrosa en cualquier futura guerra. Vuestros amigos eran conscientes de eso.

—Éstos no.

—Sin embargo, ahora están al corriente de muchas cosas que no deseo que se sepan.

—Si no les concedéis vuestra piedad —dijo Arión, con voz débil aunque con toda la intención—, ¿me permitiréis entonces que sea yo quien se la compre?

—Cualquier cosa que pudierais poseer me pertenece ahora a mí por derecho de conquista. ¿Qué pensáis ofrecerme?

—Una carta —respondió Arión, totalmente pálido—. Perdonadlos y dejad sus casas y sus propiedades intactas, y escribiré una carta confesando que mi madre me confió en una ocasión el nombre de mi verdadero padre. La fecharé en cualquier momento anterior a este año y la dirigiré a alguien que pudiera razonablemente ser el receptor de una confidencia de este calibre.

Un nuevo silencio.

—Me asombráis —dijo finalmente Octaviano—. ¿Quién fue entonces vuestro verdadero padre?

—César —contestó Arión, con una mueca—, como bien sabéis. Pero nombraré a otro. Confío en que no insultaréis la memoria de César exigiéndome que diga que mi madre lo engañó con un cualquiera.

Después de unos momentos de duda, Marco sacudió la cabeza.

—No serviría de nada —le dijo al emperador—. Para que un documento así tuviera algún peso debería llevar el sello personal y lo destruimos. Los que le suponen hijo de César lo calificarían de falsificación.

—Lo harían igualmente, aunque dispusiéramos del sello —replicó Octaviano—. Dirían: «Si no era hijo de César, ¿por qué lo mataron?» De todos modos, me parece una oferta extraordinaria. Dos años atrás, hubiera perdonado a una docena de traidores y pagado un cargamento de oro por ello. Hoy en día... considero más sencillo declinarla.

Arión se encogió de hombros y bajó la cabeza.

—Te concedo lo que has solicitado —dijo el emperador.

La cabeza de Arión ascendió de nuevo y abrió los ojos con incredulidad.

Octaviano ofrecía una sonrisa de autosatisfacción.

—Mi clemencia se da, no se compra. En primer lugar, me gustaría confirmar la historia que han contado estos dos. Si queda demostrado que han dicho la verdad, les exigiré que juren no contar jamás a nadie que os conocen y quedarán libres. También interrogaré a Rodón y a Archibios; si sus versiones coinciden con la vuestra, los liberaré también bajo el mismo juramento. La última vez que hablamos, hijo de Cleopatra, me dijiste que, por el hecho de ser rey, nada ni nadie podía controlar mis actos y que, si yo deseaba matar a vuestros amigos, ni la opinión pública podría salvarlos. Ésta es, sin duda, una lección que aprendisteis de vuestra madre. Esto mismo le dijo ella a mi padre, que sin embargo murió en los peldaños del Capitolio con veintitrés puñaladas en el cuerpo. Vuestra madre podría haber aprendido de este hecho que se equivocaba en cuanto a la importancia de la opinión pública... pero no lo hizo. A Antonio le dijo lo mismo, y ahora Antonio está muerto, igual que ella. Podrían haber sobrevivido, incluso después de Actium, si su gente les hubiera sido fiel... pero todos desertaron tan pronto como su causa empezó a quebrantarse. ¿Por qué creéis que ocurrió así? A vuestra madre jamás le importó que la odiasen, mientras la obedecieran. A mí sí me importa, y espero gobernar más tiempo que ella. Archibios es un hombre querido y respetado; Rodón es conocido por haberme prestado un gran servicio; estos

dos aquí presentes son gente normal que ignoraban dónde se metían. Seré clemente.

Ani comprendió que Octaviano hacía rato que había llegado a la conclusión de que podía serlo sin poner en peligro la seguridad de la nación; incluso le resultaría más fácil y menos problemático que ser vengativo... pero dilataba su decisión porque deseaba que Arión la apreciara, que le diera las gracias. De pronto pensó que se trataba de una demanda ultrajante. Lo obligaba a dar las gracias al hombre que había invadido su país, asesinado y encarcelado a su familia, tomado todo lo que le pertenecía y que, además, lo había sentenciado a muerte.

Arión dudó. Luego, saludó con una lenta inclinación de cabeza y dijo, sintiéndolo de corazón:

—Os doy las gracias, César, por vuestra clemencia.

Octaviano le ofreció una nueva sonrisa de satisfacción.

—La otorgo con sumo gusto. Decidme, ¿quién es esa persona cuya vida tanto os importa como para estar dispuesto a suplicar y a calumniar a vuestra madre por ella? Supongo que no se trata de Rodón, por mucho que lo hayáis perdonado. ¿Tan enamorado estáis de esta joven?

Arión se enderezó, recuperando la realeza en sus facciones.

—Amo a esta mujer. Pero habría suplicado por cualquiera de ellos. La vergüenza que he sufrido en mi persona no es nada en comparación con el dolor que me hubiera causado saber que había destruido a mis amigos.

—¿Dónde adquiristeis esa conciencia? —preguntó Octaviano—. Es una virtud desaparecida hace mucho tiempo en el linaje de vuestra madre.

—Tampoco podría haberla obtenido por la parte de mi padre —replicó Arión, esbozando una ligera mueca—. Digamos que cada uno es responsable de su propio corazón. —Luego, mirando a Ani, añadió—: Este hombre aquí presente ha sido quien me la ha dado.

Ani estaba asombrado. El emperador lo miró de reojo durante un instante. A continuación, levantó la mano para dar una orden.

—Marco —dijo—, busca los documentos que ha mencionado el mercader; repásalos y confirma su relato. Ario, acompáñalo. Longino, consigue un caballo, dirígete a la oficina del puerto y comprueba la historia de los ladrones. Vitalus, interroga a los hombres de este mercader con respecto a su viaje hasta Alejandría; comprueba que nadie abandonara en ningún momento el barco por su cuenta para hablar con gente que no conozcamos. No des ningún tipo de información a nadie. Vosotros dos —ordenó a los guardias que custodiaban a Arión—, llevad de nuevo al prisionero al corredor, y llevaos también a la muchacha; permitidles hablar, si quieren. Yo seguiré conversando un rato con este mercader.

Marco hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y desapareció por la puerta grande. Ario saludó y lo siguió. El comandante y su subordinado saludaron por turnos y partieron por la puerta pequeña, en dirección al pasadizo que conducía a los establos.

Los dos guardias restantes escoltaron a Arión y a Melanthe hasta la pequeña puerta y desaparecieron. Ani permaneció inmóvil. Se encontraba a solas en una estancia con el gobernador del mundo.

Octaviano se puso en pie, se agachó y extrajo de debajo del sillón un cuchillo enfundado con la empuñadura de color negro. Se acercó a Ani por la espalda, le cortó la cuerda que le sujetaba las manos y regresó a su asiento.

Ani relajó los brazos y contempló sus magulladas muñecas. Después miró con cautela al emperador, que jugueteaba con el cuchillo.

—Gracias, señor —balbuceó—. Gracias, muchas gracias por vuestra clemencia. —Esbozó una débil sonrisa—. Tengo esposa, señor, e hijos que estaré muy feliz de volver a ver.

Octaviano asintió con la cabeza y dijo:

—No, no creo que representes ningún peligro para mí... me recuerdas a mi padrastro.

Ani lo miró sorprendido.

—No en cuanto al aspecto —añadió—, pero observo cierta... —se frotó expresivamente los dedos—, cierta característica común.

—¿Con vuestro padrastro, señor? —preguntó Ani con incredulidad, cuestionándose quién sería el padrastro del emperador... ¿no sería César?

—Lucio Marcio Filipo —dijo Octaviano, como si le hubiera leído el pensamiento —. El segundo esposo de mi madre. Un buen hombre, como tú.

¡Por Isis!, el emperador estaba muy bien dotado en cuanto a padres... natural, adoptivo, y ahora aparecía también un padrastro. Se preguntaba qué querría aquel hombre. No acababa de confiar en él. Deseaba saber si Tiathres, los niños y los hombres seguían sentados en el patio de los barracones o si los habían encerrado bajo llave en una prisión. Oh, Isis, ansiaba volver a verlos...

Luego pensó que era buena señal que aquel hombre frío, calculador y de espíritu mezquino deseara sentirse elogiado por su clemencia, en vez de por su magnificencia, su poder o sus glorias militares. Se trataba de un ideal mucho más humano que los elegidos por la mayoría de los gobernantes. Eso hablaba en su favor.

—Tengo curiosidad —le dijo el emperador—. ¿Qué le has hecho a Tolomeo César?

—¿Señor? —cuestionó Ani, sin salir de su asombro.

—Acaba de decir que has sido tú quien le ha enseñado a tener conciencia. Le has llamado «muchacho», te ha lanzado una mirada y ha sido capaz de contener su ira. ¡Es un lágida! Y seguramente también un juliano, a pesar de que yo lo niegue; pero sin duda es un lágida. Ha suplicado por vuestra vida. Ha reclamado la presencia de los dioses para que fueran testigos de ello, y probablemente lo habrán sido, pues no creo que hayan presenciado jamás algo así: un lágida suplicando algo en beneficio de otro...

—Señor, no hay nadie que desee la ruina de sus amigos. Arión... —dudó.

—Su nombre es Tolomeo —apuntó Octaviano.

—Yo lo conozco por ese nombre, señor. Señor, creo que Arión ha tenido muy pocos amigos y que estima muchísimo lo que ha conseguido. A decir verdad, señor, creo que ha tenido una vida desgraciada.

De pronto dejó de hablar. Le pareció una estupidez lo que acababa de decir. Arión... Cesarión era, al fin y al cabo, el hijo de una reina, de una diosa... Aquella sala, aquel palacio, aquella ciudad y todo el reino de Egipto habían sido suyos hasta ese mismo verano.

Ani se apresuró a justificar su comentario:

—Él me dijo que nadie se había mostrado amable con él desinteresadamente, que jamás ha podido confiar en nadie y que había aprendido que los aduladores siembran gusanos en el corazón de quien los escucha. Al parecer, su madre pensó que sería bueno para él presenciar cómo le abrían la cabeza a alguien que sufría la enfermedad sagrada... lo que me indica cuando menos que no era una mujer a la que yo confiaría un niño, y mucho menos uno como él.

—¿Y cómo es él?

Ani se encogió de hombros.

—Nervioso, apasionado, imaginativo...

—Hablas como si fueras su padre.

Ani notó que le ardía la cara.

—Sé quién soy yo y quién es él... pero lo encontré herido y abandonado, y lo cuidé. Supongo que sí, que albergo hacia él un sentimiento paternal. Sé que resulta insolente, pero no he podido evitar que hayan sucedido las cosas así. No sabía que era el rey.

Octavio rió, divertido.

—Es probable que fueses un buen padrastro. Aunque no en la corte de Cleopatra. La reina habría castigado severamente tu insolencia.

—¡Por Isis! No puedo imaginarme una cosa así. Ni siquiera me habrían permitido entrar en palacio, exceptuando, tal vez, por la puerta de las mercancías.

—Era una mujer extraordinaria. Incluso al final, como prisionera. Cuando ella entraba en una estancia, todo parecía desvanecerse. Era un ser único. Jamás pretendí su muerte, aunque creo que no habría sido una compañera cómoda. No puedo imaginarme tener a una mujer así como madre, una mujer que jamás permitiría que su pareja pudiera considerarse como un igual. Creo que tienes razón, el muchacho ha tenido una vicia dura. La enfermedad por sí sola ya es una carga cruel... recuerdo lo mucho que mi tío sufrió con ella.

—¿Tío? —Ani sospechó que esa vez Octaviano se refería a César. Se preguntó de nuevo por qué habría sido seleccionado como confidente imperial—. Dice que, cuando le sobrevienen los ataques, recuerda cosas —informó Ani con expresión dubitativa—. Cosas terribles, una y otra vez.

—Mi tío también los sufría —dijo Octaviano en voz baja—. Cuando volvía en sí le daba por llorar. —Miró a Ani a los ojos y prosiguió, muy despacio—: Me recuerda mucho a mi tío..., a mi padre, debería decir, ya que me adoptó, aunque, para ser sincero, sigo pensando en él como el gran tío Julio. Me recordó mucho a él cuando me lo trajeron aquí, inconsciente, después del ataque. Marco y Ario no comprendían qué le pasaba, pero yo lo sabía porque había visto a mi tío Julio en las mismas condiciones. Tiene la misma manera de mirar que mi tío, como si acabara de descender del Olimpo, y luego, esa mirada impetuosa cuando están apasionados por algo. Sin embargo, no posee su encanto, ni el de su madre. Tienes razón, ha tenido una vida miserable.

Hubo un silencio y luego Ani se atrevió a preguntar:

—Señor, ¿qué le haréis al muchacho? —No es que quisiera saberlo, lo necesitaba. Y sentía que, por algún extraño motivo, Octaviano deseaba que él, concretamente él, le hiciese aquella pregunta.

—Es demasiado peligroso para permitir que continúe con vida —respondió enseguida Octaviano—. Por mucho que tú lo llames «muchacho», piensa que yo tenía su edad cuando murió mi tío y fui nombrado su heredero. Mucha gente, Marco Antonio entre ellos, me consideraba demasiado joven para tomarme en serio. Sin embargo, el tiempo ha demostrado que estaban terriblemente equivocados.

—Pero él no desea combatir contra vos —se atrevió a decir Ani, sin saber todavía lo que le estaba permitido comentar o no y temeroso de ser castigado por su insolencia —. Ya le habéis oído, señor. Vos deseáis que desaparezca sin hacer ruido, y esto es exactamente lo que desea él. Tolomeo César murió hace un mes. ¿No podríais haceros a la idea de que Arión no es más que un joven que se le parece? Nadie creería que el hijo de Cleopatra trabaja como mercader en el Mar Rojo.

Octaviano lo observaba con expresión divertida.

—Sí, eres como mi padrastro. Nunca se daba por vencido. Sigues queriendo a ese joven como socio. ¿Se ha acostado con tu hija?

Ani volvió a notar que le subían los colores a la cara.

—No —respondió brevemente—. No, que yo sepa. Mi hija es una muchacha ingenua, y siento que lo haya conocido, porque no se repondrá fácilmente de ello.

Octaviano miró el cuchillo que tenía entre las manos y volvió a juguetear con él.

—Te diré una cosa. Cuando César me nombró su heredero, mi padrastro me aconsejó que rechazara la herencia. Dijo que me destruiría, de una manera o de otra. Con ello quería decir que las luchas que me vería obligado a emprender acabarían conmigo, que las crueldades y traiciones que debería poner en práctica para triunfar acabarían matándome el alma. Yo amaba a Filipo y me planteé realmente seguir su consejo. Creo que era un hombre sabio. Mi alma no ha muerto por completo, pero siento que muchas partes de ella han desaparecido: principios, esperanzas...

—Queréis perdonarle la vida —dijo Ani, comprendiendo de pronto por qué estaba allí.

Octaviano lo miró con una sonrisa torcida.

—Mientras Cleopatra fue mi prisionera, me mostró algunas de las cartas que mi tío le había escrito. La amaba. Yo de pequeño adoraba a mi tío Julio. A él se lo debo todo como hombre. Reconoció a Cesarión como hijo suyo. No tuvo otro hijo natural. Y él es su hijo, por más que yo proclame lo contrario al mundo entero. Antes no estaba convencido de ello, pero ahora lo estoy. Mi tío Julio no hubiese querido que lo matara. —Suspiró—. Ese muchacho me enojó, con sus ínfulas de superioridad y su charlatanería sobre las proscripciones. Sin embargo, tiene un coraje excepcional, inteligencia, elocuencia, lealtad para con sus amigos y conciencia. Desearía no haberlo conocido. Ordenar su muerte me resultaba mucho más fácil antes de todo esto.

—¡Pero sois el emperador! —exclamó Ani—. ¿Por qué deberíais hacer algo que no queréis hacer?

—Dejar a ese joven con vida sería como derrotar un ejército y dejarlo intacto con todas sus armas y sus cofres llenos de oro —dijo Octaviano—. Mientras respire, constituye una amenaza para la paz. Ahora desea desaparecer sin hacer ruido, y sus amigos desean lo mismo..., pero ¿y de aquí a unos años? Una desgracia inesperada, una mala cosecha, una invasión extranjera... y Egipto clamando un salvador. ¿No reaparecería de nuevo entonces?

—¡Ya lo habéis oído, señor! Él sabe que de hacerlo iniciaría una guerra y que todo empeoraría. Ha reconocido que solamente vos sois quien puede mantener la paz. ¿Acaso creéis que ha mentido cuando ha dicho que creía que lo mejor para él era morir? ¡Ni se le ha pasado por la cabeza que pudierais perdonarle la vida!

—Estoy seguro de que era sincero. Pero las circunstancias cambian, y los reyes, si quieren sobrevivir, tienen que adaptarse a ellas.

—Pero él únicamente representa una amenaza si sigue siendo Tolomeo César —dijo Ani, aproximándose al emperador y haciendo una genuflexión para poder mirarlo directamente a la cara—. Arión no representa una amenaza para nadie. Y cuando lleve unos cuantos años como Arión, ¿quién va a creer que alguna vez fue Tolomeo César? El emperador Octaviano mató a Tolomeo César, todo el mundo lo sabe. Podrías perdonarle la vida sin ningún temor.

Octaviano deslizó el cuchillo en el interior de su funda y lo apretó entre ambas manos. Después miró fijamente a Ani a los ojos.

—Desde luego, no sería un tipo de vida para un rey —continuó Ani—, pero estaría vivo y vos lo sabríais. Sabríais que el hijo de vuestro tío sigue viendo la luz del sol, que su sangre sigue corriendo por venas con vida... y, tal vez, que su linaje pervive, aunque de manera humilde, y que no fuisteis el responsable de su exterminación. Podríais tener ambas cosas: a vuestro enemigo muerto y a vuestro primo vivo.

—¿Te harías responsable de él? —preguntó Octaviano, en voz baja—. ¿Comprometerías tu vida y la vida de todos los miembros de tu familia para que siguiera siendo siempre Arión, pase lo que pase?

Ani se tomó unos instantes para reflexionar sobre ello y exhaló un profundo suspiro.

—Sí, señor. Comprometería mi vida y la de todos los miembros de mi familia. Entregádmelo y me haré responsable de él. Lo que no sé es si él lo aceptará. Es desesperadamente orgulloso y no otorga ningún valor a su vida. Creo que, en muchos sentidos, considera la muerte como una liberación.

—Ama a tu hija —dijo Octaviano—. Le haré una oferta. Si la acepta, se hará como tú dices. —Se puso en pie, se encaminó hacia la puerta y la abrió de golpe.

A escasa distancia, en el corredor en penumbra, Arión y Melanthe aguardaban juntos, entre los guardias. La muchacha permanecía abrazada entre las manos encadenadas de Arión. Todos volvieron la cabeza al oír que se abría la puerta.

—Hacedlos entrar —ordenó el emperador.

El grupo se puso en movimiento con cierto alboroto. Melanthe se agachó por debajo de los grilletes y se cogió al brazo de Arión. La pequeña comitiva entró en la sala de audiencias.

Ani recordó a Arión en el barco durante el trayecto entre Ptolemais y Alejandría: el lento, tímido y nervioso despliegue de felicidad. Sintió un repentino y desesperado deseo de que aquello continuara. Arión, no obstante, había sido Arión sólo durante un mes. Sin embargo, había sido Tolomeo César el resto de su vida. ¿Cómo podía pretender que renunciara a lo que había sido por algo que apenas había comenzado?

Octaviano tomó asiento y examinó de nuevo a su prisionero.

—He estado discutiendo la situación con vuestro amigo Ani, hijo de Petesuchos —anunció—. Me ha hecho una sugerencia. ¿Conocéis *Electra*, de Eurípides?

Arión lo miró fijamente, sin comprender. Luego se quedó lívido.

—César... —comenzó, y se calló.

—Naturalmente, en esa obra, el plebeyo no cumplía en absoluto las expectativas de la reina —prosiguió Octaviano implacablemente—. Yo tampoco permitiría una conducta así por vuestra parte.

—César... —protestó Arión—, yo no pido eso.

—Tolomeo César ha muerto. Y debe permanecer muerto. Si queréis vivir, deberéis hacerlo como Arión, hijo de Cayo. Renunciaréis a vuestro nombre y condición y juraréis no revelar jamás vuestra verdadera identidad. Abandonaréis Alejandría tan pronto como os sea posible y no regresaréis nunca. Yo les diré a Archibios y a Rodón que os he condenado a muerte. Nunca intentaréis contactar con ellos ni con nadie que os conozca de vuestra vida anterior. Permaneceréis con la familia de Ani, hijo de Petesuchos, el cual se ha hecho responsable de vos y ha comprometido su vida y la de todos los miembros de su familia a cambio de que os entregue a él, asegurándome que nunca perturbaréis la paz de Egipto. ¿Estáis dispuesto a llevar una vida con estas condiciones?

Arión no dijo nada. Volvió su perpleja cara primero hacia Ani y luego hacia

Melanthe, que se sentía inflamada de esperanzas. Emitió un sonido incoherente, arañó la parte superior de su túnica y cayó de rodillas. Tenía la mirada fija en el vacío y una expresión de horror.

—Es un ataque —dijo precipitadamente Ani, temeroso de que el emperador se sintiera ofendido y retirara su oferta—. Se siente... se siente derrotado. Deberéis esperar a que se le pase, señor.

Octaviano observó al joven con la curiosidad de un médico. Los dientes de Arión comenzaron a rechinar.

—No se ha desplomado —objetó.

—Este tipo de ataques son más suaves —explicó Ani, avergonzado de estar hablando de la enfermedad con la calma de quien la conoce bien—. Son más frecuentes que los otros, pero no duran mucho.

Octaviano lanzó un suspiro y, del mismo lugar de donde había sacado el cuchillo, extrajo una conocida bolsita de seda sujeta a una fina cadena de oro.

—Dijo que era un remedio —comentó, y a continuación se lo entregó a Ani.

—Sí —confirmó Ani, y corrió a cogerlo para situarlo frente a la cara torturada de Arión—. No detiene los ataques, pero creo que lo tranquiliza después de haberlos sufrido.

—Señor —dijo Melanthe, mirando al emperador con ojos brillantes—, sois amable y bondadoso, y os doy las gracias con todo mi corazón. Rezaré para que gobernéis Egipto con salud y prosperidad hasta que mis hijos sean viejos.

—Tolomeo César aún no ha dado su conformidad, muchacha —dijo Octaviano... pero sonrió con suficiencia.

Capítulo 15

Arión formalizó el juramento y retiró la mano del pequeño montón de sellos, estampados con símbolos de distintos dioses, que había utilizado en la improvisada ceremonia (en la cámara de las audiencias privadas era imposible acomodar un altar y una víctima para realizar sacrificios). Se descubrió observándose la mano bajo la luz parpadeante de un candelabro. No parecía distinta, aunque diez minutos antes fuese la mano de un rey depuesto y en esos momentos fuese la mano de... ¿quién?

No lo sabía. Una parte de él gritaba que todo aquello estaba mal, muy mal, que debería haber muerto... en Kabalsi, en Berenice, en Ptolemais y, más que en cualquier otro lugar, en Alejan dría, antes de haberse rebajado a repudiar su propio nombre.

Sin embargo, el resto de su persona se sentía tremendamente aliviado.

Melanthe lo observaba, embelesada. Por un lado, deseaba besarla; por otro, estaba furioso con ella porque era la causa de su destrucción. Ella lo miraba, pero Ani la retuvo, consciente de la lucha interna de Arión.

—Espero no arrepentirme de esto —dijo Octaviano.

—Espero que ninguno de nosotros lo haga —replicó Arión—. Si decidís cambiar de idea, no protestaré.

Agripa ponía mala cara. No estaba de acuerdo. Había intentado convencer a su amigo el emperador de lo inconveniente de un perdón con tan pocas garantías. Arión seguía sin comprender por qué el general no se había salido con la suya, pero sospechaba que Octaviano le había perdonado la vida porque quería disfrutar de la posesión exclusiva del nombre de César, algo que, de lo contrario, Cesarión hubiera mantenido incluso muerto. Octaviano no había podido resistir la tentación de humillar a un enemigo... por duplicado: primero degradándolo y luego obligándolo a aceptar esa degradación.

Cesarión se preguntaba si habría aceptado de no haber perdido su dignidad y capacidad de resistencia a causa de su cerebro enfermo. Pero no tenía sentido tratar de imaginar cómo se habrían desarrollado los acontecimientos si no hubiera padecido la enfermedad. La enfermedad formaba parte de él, y sin ella sería un hombre completamente distinto.

—He estado reflexionando sobre la explicación que podríamos ofrecer sobre todo lo sucedido en el día de hoy —dijo Octaviano—, pero no se me ha ocurrido ninguna que me resultara remotamente satisfactoria.

Ani tosió.

—Señor, ¿se os ha ocurrido pensar que podríamos ser otras personas?

—¿Quiénes? —preguntó el emperador—. Desde luego, preferiría evitar cualquier mención al rey Tolomeo César.

—Espías —sugirió Arión—. Podíais haber recibido alguna información que sugería que el rey de Etiopía había enviado espías río abajo para determinar la fuerza y la naturaleza del nuevo régimen. Ani y yo encajábamos con la descripción de los espías. Sin embargo, después de una investigación concienzuda y de un interrogatorio intenso, llegasteis a la conclusión de que éramos simples mercaderes y que la descripción que habíais recibido era inexacta o mal intencionada.

—¿El rey de Etiopía? —preguntó Octaviano, lleno de curiosidad.

—Etiopía mantiene una disputa eterna con Egipto en lo que se refiere a incursiones mutuas en la frontera, propiedad de la tierra y derechos sobre determinados templos en Philae y Syene —le informó con cansancio Arión—. El rey de Etiopía se andaba con mucho cuidado con mi ma... con la reina, y supongo que en el transcurso del año próximo intentará verificar el alcance de vuestras fuerzas.

—¿De veras? No pensaba que hubiera ninguna razón para preocuparme por la situación en el sur de Egipto. ¿Existe la probabilidad de que el rey envíe espías?

—Es casi seguro que lo habrá hecho ya.

—¿De veras? No estaba al corriente. El tiempo lo dirá. De todos modos, le pediré a Gallo que no le quite el ojo a Etiopía. —Miró a Arión—. Nombraré a Gallo gobernador de la provincia y dejaré tres legiones con él, algo que, estoy seguro, os agradará. Eso debería ser más que suficiente para solventar cualquier tipo de problema que pudiera surgir... desde Etiopía o desde cualquier otro origen.

Arión se inclinó ligeramente.

—Regresaré a Roma el mes que viene. No obstante, informaré a Gallo sobre vos, dentro de la más estricta confidencialidad. No quedará nada por escrito y ni sus más íntimos estarán al corriente. Podrá localizaros, a vos y a vuestro amigo Ani, en caso de que algo saliese mal.

Arión inclinó de nuevo la cabeza.

—Marco dice que Gallo menciona en su carta que os ofreció un trabajo.

—Sí, como secretario. Sobre todo, por mis conocimientos de idiomas. Y en parte también por nuestros gustos comunes en cuanto a poesía.

Agripa emitió un sonido de desaprobación.

—Su afición a la poesía es excesiva... sobre todo a la que él mismo escribe. Ofrecerle un puesto de trabajo a un joven de quien no sabe nada... Ese hombre está loco.

—A mí también me gusta la poesía —replicó con tolerancia Octaviano—. Debes entender, Marco, que no es fácil encontrar secretarios que dominen el griego y el latín, y también la lengua local... Me imagino que vuestra madre tiene que ver en ello, ¿no?

—Así es —confirmó Arión.

—Gallo supo reconocer la clase —dijo Octaviano—. El linaje siempre queda, aunque los ropajes desaparezcan. —Luego miró a Arión y le tendió la mano—. Os deseo felicidad.

Arión se la estrechó. La tenía fría y húmeda. Octaviano, pensó, tenía un auténtico carácter flemático.

—Os deseo felicidad —dijo, sintiendo que algo de él moría en esos instantes... Cuando se separaran, no habría vuelta atrás. Habría repudiado su herencia para siempre.

Y de pronto recordó otro asunto que necesitaba desesperadamente resolver con aquel hombre.

—César —dijo, con una urgencia repentina—, mi hermano Filadelfio, ¿qué planes tenéis para él?

Octaviano arqueó las cejas.

—¿Por qué os interesáis por Filadelfio? Tenéis otro hermano y una hermana.

—Amaba a Filadelfio —respondió sinceramente—. Nunca llegué a conocer bien a Alejandro ni a Selene.

—Los tres adornarán mi triunfo —dijo el emperador—. En una carroza, creo, con una pintura. Nada de cadenas. Al pueblo le gustará. Mi hermana se ha ofrecido a acogerlos. Al fin y al cabo, son los hijos de ese bruto con quien la obligué a casarse. Ya tiene a su cargo a los otros hijos de Antonio, los que le dio Fulvia.

«Exceptuando a Antilo», pensó Arión para sus adentros.

—Mi hermana es una persona noble, amable y bondadosa —prosiguió Octaviano —. Vuestro hermano estará bien cuidado con ella.

Cleopatra aborrecía a Octavia. Decía de ella que era «fría, creída, arrogante y presumida». Pero, en realidad, estaba celosa de ella, pues se había casado con su hombre. La verdad era que Octavia gozaba de una reputación de mujer piadosa y amable. Sin lugar a dudas, se encargaría de que Filadelfio fuera tratado correctamente, que recibiera alimentación, vestido, educación y cuidados. En cuanto a amor... Bueno, era poco probable que una matrona romana de su posición social cuidara personalmente de los niños. Filadelfio tendría una niñera. Tal vez aprendería a querer a Alejandro y a Selene, o a sus hermanastros y hermanastras, los hijos de Antonio y Fulvia. Era la mejor de las posibilidades.

—Gracias —susurró Arión—. Estoy en deuda con ella.

Deseaba haber podido ver a Filadelfio, aunque únicamente fuera para despedirse de él. Pero ya se habían separado antes y el pequeño estaría al corriente de las noticias de su muerte. A estas alturas, era probable que la herida estuviese cicatrizando. Mejor no reabrirla.

—Entonces, una vez más, os deseo felicidad —le dijo a Octaviano.

—Y yo a vos, primo —respondió el emperador.

Arión lo miró, sorprendido, pero el emperador estaba ya haciendo señas a los guardias para que abriesen la puerta que daba acceso al corredor privado y acompañaran a su primo.

Era ya de noche y los guardias portaban antorchas. Arión caminaba en silencio,

con los hombros encogidos. Se sentía agotado. Cuerpo y alma parecían unidos en un mismo dolor indistinguible. Se preguntó, vagamente, qué habría sido de su manto y de su tocado, y del cesto con ropa que llevaba Melanthe cuando sufrió el ataque. Abandonados en la calle, sin duda, para alegría de algún mendigo. Lo cierto era que el dinero no volvería a verlo. Al menos, Octaviano le había devuelto el remedio. Lo tocó para tranquilizarse y deseó haber conservado también el cuchillo. Notaba que Melanthe se le acercaba, sabía que quería cogerle de la mano, pero no volvió la cabeza.

Por fin salieron a los establos. Se acordó de cuando iba allí con Antilo para recibir lecciones de equitación, y de *Perseo*, su magnífico semental bayo. Se preguntó si seguiría allí y si el caballo lo reconocería en caso de que se acercara a su pesebre para darle una manzana. Si lo hacía, ¿representaría aquel acto un quebrantamiento del juramento de no acercarse a nadie que hubiera conocido en su vida anterior? ¿Contaría un caballo como «alguien»? Se sentía inmaterial, un fantasma cautivo en un sueño quimérico.

Longino, el comandante de la Guardia Pretoriana, lo miró alarmado.

—¡Señor, no os dejéis ver! —le recordó—. Y tú —ordenó a uno de sus guardias —, dale un manto y algo para que se cubra la cabeza. Tú, aparta ese candil. ¡Por Júpiter, la mayoría de los mozos de las cuadras y de los sirvientes lo conocen!

—Señor, ¿sigue mi gente en el patio? —preguntó Ani con impaciencia al comandante.

—Lo averiguaré en cuanto hayamos cubierto a tu amigo —respondió lacónicamente el comandante.

Arión se adentró en la oscuridad de un pesebre vacío y permaneció a la espera en silencio. Melanthe lo observaba, aunque él no la miró. Ani estaba desesperado por ver de nuevo a su esposa y a sus hijos.

El guardia llegó por fin con un sencillo manto negro de lana y un tocado de viaje de ala ancha muy similar al que Cesarión había perdido. Se los puso. El manto era excesivamente pesado para el calor de las noches de septiembre y el tocado le iba algo grande. Se lo inclinó hacia delante de modo que la cara quedara oculta entre las sombras y se cubrió hasta la barbilla con el manto. El comandante lo examinó durante un instante e hizo un gesto de satisfacción con la cabeza.

La gente de Ani había permanecido encerrada bajo llave en una celda que había un poco más allá de los barracones. A Ani le dio un vuelco el corazón cuando la puerta se abrió y el grupo salió a la fragancia balsámica de la noche. Hubo lágrimas y abrazos. Les explicaron la historia de los espías etíopes. Tiathres culpó en el acto a Aristodemos de todo lo acontecido y agradeció de viva voz a los dioses que estuviera muerto y que no pudiera ocasionarles más problemas.

Arión observaba impasible la escena a cierta distancia. Incluso cuando los demás se percataron de su presencia, evitó los abrazos. El dolor que sentía en el corazón aumentaba a medida que se desvanecía la sensación de ensueño.

Por fin iniciaron su andadura por las calles de la ciudad. Los acompañaban los cuatro pretorianos que habían estado en la cámara de las audiencias y otro hombre que llevaba la documentación del *Soteria.*

Apollonios avanzó furtivamente hacia Arión.

—¿Qué ha pasado con tu primo? —preguntó.

Arión lo observó con la mirada vacía, todavía demasiado aturdido para sentir otra cosa que no fuera un asombro remoto.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Melanthe dijo que Ario Dídimo te subió inconsciente a su carruaje. ¿No era ése el primo del que hablabas?

—No —dijo Arión, desorientado.

—¿No era él? —Apollonios estaba sorprendido y defraudado al mismo tiempo—. Entonces, ¿por qué te llevaron?

Arión le contó la historia de los espías etíopes. Apollonios puso cara de no creerla.

—Entonces, ¿quién es tu primo? —preguntó.

—Nadie que tú conozcas —respondió Arión, cansado—. Déjame solo.

—¿Qué ibas a hacer en Chipre?

—¿Quién ha dicho que me iba a Chipre?

—Melanthe. Dijo que ibas a Chipre para administrar la propiedad de un amigo.

—Entonces ésa debe de ser la razón por la que iba a Chipre, ¿no? Te he pedido que me dejes solo.

—¿Y por qué vienes con nosotros? Dijiste que no volverías. ¿Por qué has regresado?

—Voy a casarme con Melanthe. Déjame solo.

—Haz lo que te dice —le ordenó Longino, acercándose por detrás a Apollonios y apartándolo de un golpe.

Apollonios miró asustado al comandante de la Guardia Pretoriana y se alejó. Arión hizo el resto del trayecto hasta el puerto Mareótico flanqueado por los guardias, que mantuvieron un silencio sepulcral.

Antes de subir al *Soteria*, tuvieron que firmar varios documentos en el puerto. Era ya muy tarde, y el pequeño Isisdoros dormía en brazos de su padre. Por fin, todo quedó arreglado y obtuvieron permiso para regresar a bordo.

Tenía el mismo aspecto sucio, destartalado y desgastado que la primera vez que Arión lo había visto. Permaneció de pie en el muelle observándolo mientras los demás saltaban alegremente a bordo.

—Recordad vuestro juramento —le dijo Longino antes de partir de nuevo a palacio con los guardias.

«He cometido un error —deseó decir—. No quería hacerlo. Regresaré con vosotros; prefiero que me ahorque Octaviano. Descansaré en la urna del jardín entre

mis antepasados. Moriré como un rey.»

Pero no consiguió decirlo, sino que hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, en silencio, y subió a bordo de la embarcación.

El *Soteria* era tal como lo recordaba: pequeño, frágil y sucio. Se acostó en su jergón de la cabina de popa, entre Ani y Apollonios, y pasó la noche contemplando el techo.

Por la mañana dijo que estaba enfermo, lo cual era cierto, y se quedó en la cabina. Lo dejaron que descansara. Todos estaban muy ocupados. Al parecer, Ani había encontrado un proveedor de estaño y había comprado una buena cantidad de artículos de cristal, y se pasaron el día entero arriba y abajo discutiendo sobre el espacio que ocuparía la carga y cómo debían estibarla. Resultaba que el *Soteria* no era lo bastante grande para transportarlo todo en un solo viaje. La dificultad se solventó en cuanto averiguaron que el proveedor de estaño no disponía todavía del material. Ani abandonó el barco para acordar con el proveedor si sería él quien se encargaría de enviar el estaño a Coptos o si deberían regresar ellos a recogerlo. Mientras tanto, la tripulación comenzó a cargar los artículos de cristal. Nada parecía real.

Tiathres entró varias veces a ver cómo estaba Arión, le llevó bebidas frías y le dio las gracias por haber rescatado a su hija. Melanthe acompañó a su madrastra la primera vez, pero él le pidió que se fuera. A la luz del nuevo día, lo que había hecho con su persona le parecía más aterrador y menos excusable.

A media tarde sufrió un ataque, de los ligeros, que le resultó curiosamente reconfortante. Todos los recuerdos fueron agradables: Filadelfio jugando en el jardín a las canicas, Rodón explicándole conceptos de filosofía, un jardín con un estanque de carpas... De pronto cayó en la cuenta de que, desde que le había hablado del tema a Ani, no se le había vuelto a aparecer el hombre sobre la mesa. ¡Por Zeus, sería maravilloso escapar de aquella pesadilla!

Al atardecer, Ani entró en la cabina, cuando los demás se encontraban en cubierta cenando.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Arión miró el techo de la cabina. La respuesta que se le ocurría era: «¿Has oído hablar de los galli, los sacerdotes de Cibeles que se castran en el transcurso de rituales extáticos? Me siento como uno de ellos.» Pero no lo dijo. Sería descortés con aquel hombre que había comprometido su vida como garantía de su supervivencia, en quien confiaba como nunca había confiado en nadie, a quien quería (ahora podía admitirlo) como al padre que nunca conoció.

—Viviré —dijo finalmente.

Ani se puso en cuclillas a su lado e hizo un mohín con los labios.

—Sería una pena que no lo hicieses, después de todo. ¿Qué ocurre en *Electra* de Eurípides?

—La princesa Electra, la hija de Agamenón, se casa con un vulgar campesino, de

modo que no puede dar a luz hijos que venguen el asesinato de su padre.

—Oh.

—De hecho, el campesino, por respeto a la casa real, nunca consuma el matrimonio, que queda disuelto al final de la obra.

—No se lo expliques a Melanthe. Ya está bastante apenada.

Recordó el breve intervalo con la joven en el corredor, cuando creía que la seguridad de ella estaba garantizada, pero que él moriría pronto. La caricia de su cuerpo, sus labios, sus manos, su voz susurrándole que lo quería... En ese momento le había parecido que vivir y poseerla valía más que un simple nombre. Tal vez volvería a parecérselo, pero en aquellos instantes se sentía un cobarde degradado y un estúpido.

Por Dioniso, ¿cómo podía haber repudiado su nombre?

—Ya no sé quién soy —le dijo a Ani, con los ojos arrasados en lágrimas.

—Pero eso no es culpa suya —dijo Ani—. Ella sí sabe quién eres. Para Melanthe, eres Arión, el que salvó a su familia y su libertad, el hombre al que ama. Para nosotros, eres lo que has demostrado ser.

—¡Eres mi propietario! —exclamó rabioso, sentándose—. En Berenice eran treinta dracmas; cuando llegamos a Coptos era más, mucho más, y ahora... él ha dicho que me entregaba a ti. ¿Voy a ser tu esclavo?

—Yo te ofrecí formar una sociedad conmigo —respondió agriamente Ani—. No tienes por qué casarte con Melanthe. Hay otros que estarán encantados de disfrutar de esa oportunidad.

Respiró hondo.

—Déjame solo, por favor. Es demasiado pronto. Aún estoy dolido.

Ani suspiró, asintió con la cabeza y se incorporó.

—¿Quieres comer algo?

—No. Gracias.

—¿Una túnica limpia? La que llevas debe de picar.

—Más tarde.

Terminaron de cargar los objetos de cristal y lo embalaron en cestas protegidas con hojas de palmera. Ani se dirigió al banco para que le extendieran pagarés que pudiera cobrar en Coptos o en Berenice, donde el banco tenía representaciones. Prefería no llevar el dinero consigo. Luego visitó a su proveedor y dio por terminadas las gestiones del estaño. Mientras tanto, Arión permaneció encerrado en la cabina. Tiathres le llevó una túnica de lino limpia que había pertenecido a Harmias.

Para entonces, pensó Cesarión, Rodón y Archibios estarían informados de su muerte. Recordaba la oferta que le habían hecho de comprarle un barco para invertir en el comercio del Mar Rojo. A Ani le habría gustado, aunque el negocio parecía ir muy bien sin su ayuda. Esa vez los beneficios serían para Kleon, exceptuando la comisión que correspondía a Ani; sin embargo, los beneficios eran cuantiosos, y el cargamento que habían adquirido, de gran calidad. Existían enormes probabilidades de que el

siguiente viaje fuera sumamente productivo, pues la mitad de lo que obtuviesen sería para Ani.

Pensó que podría resultar de gran utilidad al egipcio en los negocios, aunque no pudiera desplazarse a Alejandría. Él se encargaría de negociar con las autoridades, griegas o romanas, y dejaría que Ani se ocupara del comercio. Era muy probable que prosperaran.

Se imaginó viviendo en casa de Ani, casado con Melanthe, teniendo hijos..., y se estremeció.

No estaba seguro de si las perspectivas eran una bendición o un horror.

Arión había pensado permanecer en la cabina hasta el anochecer pero, en cuanto el *Soteria* se puso en movimiento, se echó por encima el manto, se puso el tocado y salió a cubierta.

La embarcación, cargada hasta los límites de su capacidad, avanzó lentamente para abandonar la laguna. Alejandría se alzaba junto a las aguas azules como una ciudad de fantasía, un sueño de luz y sombras, demasiado bella para ser real. Su ciudad, su ciudad de siempre: fundada y construida por sus antepasados, una creación de su propia sangre. La idea de que jamás volvería a verla era casi tan dolorosa como la pérdida de Filadelfio. Se inclinó sobre la barandilla de popa y se quedó contemplándola hasta que desapareció de su vista. El viento del norte le azotaba las mejillas, tiraba del tocado y provocaba un fuerte aleteo de su manto negro. Pensó en las velas negras de Teseo, cuando regresó a Atenas después de haber recorrido el laberinto, acabado con el minotauro y abandonado a su amante dormida en Naxos. Notaba que Melanthe lo observaba, pero no se volvería a mirarla.

Recorrieron el canal Canópico navegando siempre a favor el viento, por lo que apenas hubo necesidad de usar los remos. Cuando llegaron al Nilo, había anochecido.

Atracaron el *Soteria* muy cerca de donde lo habían hecho en el viaje de ida. Tiathres encendió el fuego y preparó la cena. Ani, por su parte, desembarcó y fue a comprar vino. A Arión le trajeron pan, queso y aceitunas, cosa que él agradeció. A continuación, se sentó en el suelo para comer, aparte de los demás pero ya no encerrado. Decidió que ya podía despojarse con seguridad del manto y el tocado. Nadie cuestionó su actitud, ni siquiera Apollonios. Daba la sensación de que habían comprendido que Arión había renunciado a su posición de caballero para salvar a Melanthe, y todos lo trataban con solemne cortesía.

Por fin los egipcios empezaban a recobrar los ánimos después de las tensiones de los últimos días. Pamonthes sacó su flauta y se puso a tocar melodías populares. Algunos comenzaron a cantar. Arión permanecía apartado del grupo, pero escuchando. Notaba que Melanthe seguía mirándolo.

Al cabo de un rato, la muchacha se acercó y se sentó a su lado. Él no dijo nada.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó ella finalmente.

—No fue culpa tuya —respondió él, con aire cansado.

—Mi padre dice que aún estás muy dolido y que no puedes hablar del tema. —Sin darse cuenta, se encontró respondiéndole con un gruñido con el que daba a entender su conformidad—. No imaginaba que pudiera dolerte tanto —dijo humildemente—. Yo me sentía feliz porque significaba que no morirías. Pensaba que tú también te sentirías feliz. —Él bajó la vista para mirarse la muñeca izquierda y se frotó la cicatriz—. ¿Desearías haber muerto? —inquirió ella con un hilo de voz.

—Una parte de mí sí lo deseaba —admitió—. La persona que yo era, Melanthe, todo lo que era, todo lo que tenía... lo he repudiado. Ya no sé qué me queda.

—Todo —replicó ella casi sin aliento—. No eres distinto. Sigues siendo tú. Justo antes de que sufrieras el ataque me dijiste que antes la gente veía en ti únicamente a una representación de tu persona, no a la que en realidad eres. Dijiste que reverenciaban esa imagen, pero que te ignoraban a ti..., que simulaban no verte, porque se sentían incómodos.

Cesarión había olvidado que hubiera dicho aquello. Reflexionó un instante: era cierto.

—Nunca estuve a la altura de lo que se esperaba de mí —le dijo—. Nunca pude ser lo que se suponía que estaba llamado a ser. Lo intenté, pero estaba la enfermedad, y no tenía cura.

—¡Nadie podría estar a la altura siendo hijo de Cleopatra y Julio César!

—¡Calla! ¡No lo menciones! Ese hombre está muerto.

—¡Sólo un dios podía ser suficiente para ellos! Pero tú eres suficiente para mí. Eres más de lo que jamás soñé que pudiera existir. ¡Y ése eres tú, Arión, no esa otra persona!

—Yo nací siendo esa otra persona. Es igual que la enfermedad, innata e incurable. Aprendes a convivir con ella, pero no por eso desaparece.

Ella le cogió la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Pero estás vivo. Eres libre. Tienes gente que te quiere, cosas que hacer. ¿No puedes ser feliz?

Arión la miró a los ojos, aquellos ojos grandes y negros como el carbón, resplandecientes a la luz de la luna. Los labios le temblaban. La abrazó y la atrajo hacia sí. La tensión de los músculos desapareció y Melanthe se fundió en su cuerpo. La muchacha se estremeció y recostó la cabeza sobre su hombro.

—Creo que aprenderé a serlo —afirmó.

Epílogo

Lo que sucedió en realidad y lo que yo he inventado

Cesarión existió en realidad, aunque la cuestión de si Julio César fue su padre ha sido un tema acaloradamente debatido desde la Antigüedad. Resulta fácil comprender por qué Cleopatra pudo desear reclamar dicha paternidad y por qué Octaviano se empeñó en negarla. El único argumento contra la paternidad de César es que, a pesar de su legendaria promiscuidad, éste tuvo un único descendiente reconocido: su hija Julia, nacida treinta y cinco años antes que Cesarión. Pero es sabido que la mayor parte de los líos amorosos de César ocurrieron con mujeres casadas, cuya descendencia no podía ser reconocida como suya. Los rumores le asignan la paternidad de un mínimo de dos nobles romanos, y es posible que existan otros bastardos de origen más oscuro. No cabe la menor duda de que César conocía su descendencia mejor que cualquier historiador moderno, y todas las pruebas demuestran que se consideraba padre de Cesarión. De hecho, Marco Antonio afirma que él mismo lo reconoció una vez. Quizá fuera una cuestión de propaganda política, pero es indudablemente cierto que, durante la visita que Cleopatra le rindió en Roma (que, en términos generales, los historiadores coinciden en situar cronológicamente después del nacimiento de Cesarión), César la alojó en una de sus residencias, como también es cierto que ordenó esculpir una estatua con su imagen para exhibirla en el templo que había hecho levantar en honor a la diosa Venus Genitrix, una supuesta antepasada de su familia, un honor excepcional en la Roma republicana y que César nunca había dispensado a su esposa. Es difícil imaginar que hubiera hecho eso si hubiera creído que Cleopatra intentaba imponerle la paternidad del hijo de otro hombre.

Con casi total seguridad, el auténtico Cesarión fue asesinado por orden de Octaviano en el año 30 antes de Cristo. Existen dos versiones sobre este hecho: ambas coinciden en que preparaba su huida de Egipto a través de los puertos del Mar Rojo y que fue traicionado por un hombre llamado Rodón, uno de sus tutores. Sin embargo, Plutarco afirma que Rodón lo engañó para que regresara a Alejandría poniéndole como señuelo la promesa del perdón, mientras que Dio Casio declara que fue sorprendido y asesinado camino del exilio.

Que fuera epiléptico es de mi invención. Creo que le impuse esa enfermedad porque gracias a ella el personaje me resultaba más interesante. La idea no entraba en mis planes cuando inicié la investigación para escribir el libro, pero llegué a la conclusión de que Cleopatra era un personaje desagradable como material de trabajo y que su hijo no debía de haber sido mucho mejor. Y así, dotándolo de una debilidad, recuperé mi simpatía por él (yo quería admirar a Cleopatra, pero me resultó imposible.

Era una mujer excesivamente cruel que estaba más interesada en conquistar el mundo que en ocuparse de su propio reino. Mostraba la misma actitud que deploro en los «grandes hombres» y que, en conciencia, nunca podría aprobar en una gran mujer).

En defensa de esta libertad que me he tomado, lo único que puedo alegar es que entra dentro de los límites de lo posible. Julio César era epiléptico, lo que hacía que sus descendientes tuvieran cuatro veces más probabilidades que cualquier otra persona de desarrollar la enfermedad; por otra parte, el historial de incestos entre los lágidas aumentaba asimismo el riesgo. En el caso de que Cesarión hubiese desarrollado la enfermedad nefanda, griegos y antonianos lo habrían silenciado justamente por ese motivo. Los octavianos tampoco habrían dicho nada porque supondría una prueba de la paternidad de César. Cesarión aparece en escasas ocasiones a lo largo del reinado de Cleopatra: no existe mención de su presencia en ninguna campaña, a pesar de tener edad para ello, y tampoco existen referencias a ningún matrimonio convenido, a pesar de que sus hermanos menores sí estaban comprometidos. Ello podría deberse a que había en él algo extraño (podría deberse también, naturalmente, a la paranoia de Cleopatra por compartir con él el poder real).

En cuanto al conocimiento que en aquella época se tenía sobre la epilepsia y su tratamiento, estoy muy agradecida a la obra de Owsei Temkin, *The Falling Sickness*. La patología de la enfermedad que Cesarión le relata a Ani es la misma que ofrecían los mejores médicos de la época. (Me apresuro a añadir que, en realidad, es errónea. Los ataques epilépticos sobrevienen cuando el cerebro produce descargas eléctricas anormales, bien a nivel general, bien en una zona en concreto. La epilepsia del lóbulo temporal, la que elegí para Cesarión, se inicia en los lóbulos temporales, de ahí su nombre, y puede extenderse o no al resto del cerebro.)

Con cierta reticencia, he seguido la costumbre de los historiadores y me he referido al emperador como «Octaviano», a pesar de que nadie en su época parece que lo hacía así (él se autodenominaba «Cayo Julio César» y sus enemigos lo llamaban «Octavio»). Posteriormente, él mismo solucionó el problema de su nombre, cuando en el año 27 antes de Cristo adoptó el título de «Augusto», nombre con el que es más conocido.

He dado por supuesto que los griegos de la época de Cleopatra conocían los ciclos y las fases de los monzones y que comerciaban con la India. Podría haber sido así o no. Se dice que fue un griego llamado Hipalo quien descubrió la naturaleza periódica de estos vientos, pero no existen referencias cronológicas sobre él. Es posible que viviera en una época tan temprana como la generación anterior a Cleopatra, o tan tardía como la generación posterior a Octaviano. Sin embargo, los puertos del Mar Rojo y las rutas de caravanas que partían desde Coptos hacia el oeste estaban operativas desde los comienzos del período tolemaico y sospecho que esos vientos fueron descubiertos más bien antes que después.

Los romanos utilizaron intensivamente las rutas de las caravanas, las mejoraron y

explotaron minas en las montañas cercanas. Repararon también los sistemas de irrigación a lo largo del Nilo, que los últimos lágidas habían descuidado. Durante un breve período, Egipto prosperó como provincia romana. Sin embargo, una mínima parte de la riqueza que se extraía del país se reinvertía en él, y después de Augusto la tendencia fue de mal en peor.

Los hijos que Cleopatra tuvo con Marco Antonio fueron criados por la antigua mujer de Antonio, Octavia, hermana de Octaviano (resulta curioso comprobar que muy poca gente sabe que Cleopatra tuvo hijos. Cleopatra, la diosa del sexo, atrae la imaginación popular de un modo que no lo hace la Cleopatra madre soltera de cuatro hijos o, incluso, la cruel gobernanta). Cleopatra Selene acabó casándose con el rey Juba II de Numidia (posteriormente Mauritania) y, en cierto momento, Alejandro Helios y Tolomeo Filadelfio fueron «entregados» a ella. Nada más se sabe de su destino.

Cayo Cornelio Gallo fue gobernador de Egipto durante sus primeros tres años como provincia romana. Fue un administrador enérgico, supervisó las obras de reparación de los sistemas de irrigación, apaciguó un par de rebeliones (una de ellas en el sur del país) y acogió al gobernador de Etiopía bajo la protección romana. Sin embargo, el éxito se le subió a la cabeza y comenzó a erigirse estatuas para mayor gloria de sí mismo y a realizar inscripciones alabando sus logros «sin hacer referencia al emperador». Como consecuencia, fue retirado del cargo y de la lista de amigos del emperador. Se suicidó cuando el Senado inició contra él un proceso por traición. Al parecer, Augusto, que se encontraba ausente, lamentó que el Senado no lo dejara libre para pelear con sus amigos.

César Augusto, hijo del divino Julio, dirigió el Imperio romano con clemencia y magnanimidad durante cuarenta y cuatro años, y su reinado fue posteriormente considerado como una Edad de Oro.

Fin

* * *

Título original: Cleopatra's Heir
Traducción: Isabel Murillo Fort

ISBN: 84-7888-816-0

Escan v.1 LTC

Formato fb2 editado por Chabos